

Elif

Shafak

El fruto

del honor



Nacieron del mismo vientre y casi al mismo tiempo: Pembe y Jamila eran gemelas, hijas de una familia numerosa que vivía en un pequeño pueblo de Kurdistán, pero la voluntad del padre las separó y llevó sus vidas por caminos distintos.

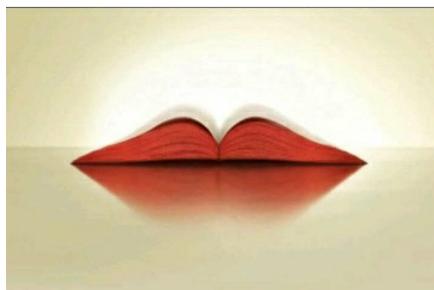
En 1970 Pembe y su marido Adem se trasladan a Londres, en busca de un mejor destino para sus hijos Alex, Esma y Yunus, dejando a Jamila en el pueblo, aunque el matrimonio está destinado al fracaso desde el principio. Harta de soportar un marido infiel y jugador, Pembe se aleja poco a poco de Adem y encuentra finalmente a un hombre con quien compartir su destino, pero Alex entiende esta nueva relación de la madre como una enfrenta al honor de la familia y toma cartas en el asunto, sin darse cuenta de que está cometiendo un error que marcará a la familia para siempre.

De un pequeño pueblo de Kurdistán a Londres, pasando por Estambul y Abu Dhabi, Elif Shafak ha urdido una trama apasionante y polémica para su nueva novela. Con ella vamos a recorrer los hilos de una historia donde la tradición de Oriente y Occidente muestran su lado más oscuro: cuando se habla y se actúa en nombre de un honor que ya no tiene dueño ni sentido, se anda en la desgracia, y los cuerpos de Pembe y Jamila ahí están para contestar a quien pregunte.

Elif Shafak



# **El fruto del honor**



Título original: *Honour*  
Elif Shafak, 2012  
Traducción: Sílvia Pons Pradilla, 2012

---



Vins

---

Revisión: 1.0  
Fecha: 25/09/2019

Cuando tenía siete años, vivíamos en una casa verde. Uno de nuestros vecinos, un sastre de profesión, a menudo pegaba a su esposa. Por la noche todo el vecindario oía los gritos, los golpes, los insultos, pero por la mañana, cada cual se ocupaba de lo suyo, como si nadie hubiera visto ni oído nada.

*Esta novela está dedicada a los que quieren oír y ver.*

Desde que tiene conocimiento se ha sentido el rey de la casa y con respecto a su madre, como un apoyo ambiguo y un protector ansioso.

J. M. COETZEE

*Infancia. Escenas de una vida en provincias*

# Esma

Londres, 12 de septiembre de 1992

**M**i madre murió dos veces. Me prometí que no permitiría que su historia se olvidara, pero nunca encontré el tiempo, la voluntad o el valor para escribirla. Es decir, hasta hace poco. No creo que jamás llegue a ser una escritora de verdad, y ahora lo tengo asumido. He alcanzado una edad en la que acepto mis limitaciones y mis fracasos. Pero tenía que contar esta historia, aunque solo fuera a una persona. Tenía que enviarla a un rincón del universo donde pudiera flotar libremente, lejos de nosotros. Se la debía a mamá, esa libertad. Y tenía que terminarla este año. Antes de que él saliera de la cárcel.

Dentro de unas horas sacaré el *halva* de sésamo del fuego, lo pondré a enfriar junto al fregadero y besaré a mi marido fingiendo que no he notado la expresión de preocupación en sus ojos. Después saldré de casa con mis hijas gemelas —de siete años, nacidas con cuatro minutos de diferencia— y las llevaré en coche a una fiesta de cumpleaños. Se pelearán durante el viaje y, por una vez, no las regañaré. Las niñas se preguntarán si habrá un payaso en la fiesta o, aún mejor, un mago.

—Como Harry Houdini —comentaré.

—¿Harry qué?

—¡Ha dicho ju-di-ni, tonta!

—¿Quién es ese, mamá?

Será doloroso. Como el aguijonazo de una abeja. La superficie no se verá demasiado afectada, pero por debajo de la piel notaré un creciente ardor. Me

daré cuenta, como me ha sucedido en tantas ocasiones, de que no saben nada sobre la historia de su familia, porque les he contado muy pocas cosas. Algún día, cuando estén preparadas. Cuando yo lo esté.

Una vez haya dejado a las niñas, charlaré un rato con las otras madres. Le recordaré a la anfitriona de la fiesta que una de mis hijas es alérgica a los frutos secos, pero que, como es difícil diferenciarlas, será mejor que las vigile a ambas para que no coman nada con nueces, ni siquiera el pastel de cumpleaños. Es un poco injusto para mi otra hija, pero entre hermanas se dan a veces; las injusticias, quiero decir.

Después subiré al coche, un Austin Montego rojo que mi marido y yo compartimos. El viaje de Londres a Shrewsbury dura tres horas y media. Puede que haga una parada rápida justo antes de llegar a Birmingham. Dejaré la radio encendida, a ver si la música me ayuda a ahuyentar los fantasmas.

Han sido muchas las veces que he pensado en matarlo. He tramado planes elaborados en los que aparecían pistolas, veneno o, mejor aún, una navaja automática; por justicia poética, si es que se le puede llamar así. También se me ha pasado por la cabeza perdonarlo, del todo y de corazón. Sin embargo, no he conseguido ninguna de las dos cosas.

Cuando llegue a Shrewsbury, dejaré el coche frente a la estación de ferrocarriles y caminaré cinco minutos hasta llegar al mugriento edificio de la cárcel. Pasearé por la calle o me apoyaré contra la pared que hay enfrente de la entrada principal, y esperaré a que salga. No sé cuánto tardará. Y no sé cómo reaccionará al verme. Hace más de un año que no voy a verlo. Solía visitarlo con frecuencia, pero a medida que se acercaba el día de su puesta en libertad, dejé de hacerlo.

En algún momento, la enorme puerta se abrirá desde dentro y él saldrá. Alzará la vista al cielo, poco acostumbrado a ver esta vasta extensión sobre su cabeza tras catorce años de encarcelamiento. Lo imagino parpadeando ante la luz del día, como una criatura de la noche. Mientras tanto, permaneceré inmóvil, contando hasta diez, o cien, o tres mil. No nos abrazaremos. No nos daremos la mano. Un breve gesto mutuo con la cabeza irá seguido del saludo más exiguo pronunciado en voz baja y entrecortada. Cuando llegemos a la

estación, él subirá al coche. Me sorprenderá su buena forma física. Al fin y al cabo, aún es un hombre joven.

Si quiere fumar un cigarrillo, no me opondré, aunque odio el olor y no permito que mi marido fume en el coche ni en casa. Cruzaremos la campiña inglesa y recorreremos praderas silenciosas y campos abiertos. Me preguntará por mis hijas. Le diré que están bien, que crecen deprisa. Sonreirá, si bien no tiene la menor idea de lo que significa ser padre. Yo no le preguntaré nada.

En el coche sonará la cinta que he elegido para la ocasión. Los mayores éxitos de ABBA, las canciones que mi madre solía canturrear mientras cocinaba, limpiaba y cosía: «Take a Chance on Me», «Mamma Mia», «Dancing Queen», «The Name of the Game»... Porque ella estará mirándonos, no me cabe la menor duda. Las madres no van al cielo cuando mueren. Dios les concede un permiso especial para quedarse por aquí algún tiempo, cuidando de sus hijos, sin que importe lo que haya sucedido entre ellos durante sus breves vidas mortales.

De regreso en Londres, cuando lleguemos a Barnsbury Square, buscaré un lugar donde aparcar mientras refunfuño para mis adentros. Empezará a llover; una lluvia fina, como diminutas gotas de cristal. Por fin encontraré un lugar en el que encajar el coche después de un sinfín de maniobras. Puedo engañarme y convencerme de que conduzco bien, hasta que llega el momento de aparcar. Me pregunto si se burlará de mí por cumplir los tópicos de la mujer conductora. En el pasado lo habría hecho.

Caminaremos juntos en dirección a la casa, la calle en silencio e iluminada frente a nosotros y a nuestras espaldas. Durante un brevísimo instante compararemos el entorno con el de nuestra vieja casa de Hackney, la de Lavender Grove, y nos maravillaremos ante lo mucho que han cambiado las cosas, y cómo la vida ha seguido adelante, incluso cuando nosotros no pudimos hacerlo.

Una vez dentro, nos quitaremos los zapatos y nos pondremos las zapatillas; él, unas clásicas de color gris, de mi marido, y yo las de color vino, sin talón y con pompones. Seguro que torcerá el gesto cuando las vea. Para tranquilizarlo, le diré que son un regalo de mis hijas. Entonces, cuando sepa que no son las de ella, se relajará. El parecido es pura coincidencia.

Desde la puerta me mirará mientras preparó el té, que tomará sin leche y

con mucho azúcar, si es que la cárcel no ha modificado sus gustos. Después sacaré el *halva* de sésamo. Nos sentaremos juntos al lado de la ventana, sujetando las tazas y los platos de porcelana en las manos, como dos elegantes desconocidos, y veremos caer la lluvia sobre las violas de mi jardín trasero. Alabaré lo buena cocinera que soy, y comentará lo mucho que ha echado de menos los *halvas* de sésamo, aunque ha rechazado amablemente un segundo pedazo. Le diré que sigo la receta de mamá al pie de la letra, pero que nunca me quedan tan buenos como a ella. Con eso lograré hacerlo callar. Nos miraremos fijamente y el silencio se sentirá opresivo en el ambiente. A continuación se excusará, dirá que está cansado y que, si es posible, le gustaría irse a la cama. Lo acompañaré a su habitación y cerraré la puerta despacio.

Y lo dejaré allí. En una habitación de mi casa. Ni demasiado lejos ni demasiado cerca. Lo mantendré encerrado entre esas cuatro paredes, entre el amor y el odio, sensaciones que no puedo combatir, atrapadas para siempre en una caja, dentro de mi corazón.

Es mi hermano.

Él, un asesino.

# Nombres como terrones de azúcar

En un pueblo cercano al río Éufrates, 1945

Cuando Pembe nació, Naze se puso tan triste que olvidó todo lo que había sufrido durante las veintiséis horas previas, mientras la sangre le corría entre las piernas, y trató de levantarse e irse. Al menos eso es lo que cuentan quienes estuvieron presentes en la sala de partos aquel día de tormenta.

Sin embargo, por mucho que deseara marcharse, Naze no pudo ir a ningún sitio. Para sorpresa de las mujeres que había en la sala y de su marido, Berzo, que esperaba en el patio, las contracciones la obligaron a tumbarse de nuevo en la cama. Tres minutos después apareció la cabeza de un segundo bebé. Con mucho pelo, la piel rojiza y el cuerpo húmedo y arrugado. Otra niña, solo que algo más pequeña.

En esa ocasión Naze no intentó huir. Soltó un suspiro apenas audible, hundió la cabeza en la almohada y se volvió hacia la ventana abierta, como si aguzara el oído para escuchar el susurro del destino en el viento, suave como la leche. Si prestaba la suficiente atención, pensó, tal vez le llegaría una respuesta de los cielos. Al fin y al cabo, debía de haber una razón, una justificación desconocida para ella, pero sin duda evidente para Alá, que explicara por qué le había dado dos hijas más cuando ya tenían seis, y ni un solo hijo varón.

Así pues, Naze frunció los labios como un dobladillo apretado, decidida a no volver a pronunciar palabra hasta que Alá le explicara de manera extensa y convincente el motivo que se ocultaba tras sus acciones. Incluso dormida

seguía apretando los labios. Durante los cuarenta días y las cuarenta noches siguientes no pronunció palabra. Ni cuando cocinaba garbanzos con grasa de rabo de oveja, ni cuando bañaba a sus otras hijas en un enorme barreño, ni cuando preparaba queso con ajo silvestre y hierbas, ni siquiera cuando su marido le preguntaba qué nombre le gustaría poner a las niñas. Se mantuvo silenciosa como el cementerio junto a las colinas donde estaban enterrados todos sus antepasados y donde también ella descansaría algún día.

Vivían en un pueblo kurdo de territorio escarpado en el que no había calles, electricidad, médico ni escuela. Las noticias del mundo exterior apenas conseguían penetrar aquella cortina aislante. Las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial, la bomba atómica... Los aldeanos jamás habían oído hablar de nada de eso. Aun así, estaban convencidos de que se producían hechos extraordinarios en el universo, es decir, más allá de las orillas del Éufrates. El mundo era el que era, y no tenía sentido tratar de descubrirlo. Todo lo que había existido y todo lo que sería algún día se encontraba presente aquí y ahora. Los seres humanos estaban predestinados a ser sedentarios, como los árboles y las rocas. Y así debían actuar, a menos que fueran una de estas tres figuras: un místico errante que hubiera perdido su pasado, un necio que hubiera perdido la razón, o un *majnun* que hubiera perdido a su amada.

Derviches, excéntricos y amantes aparte, para el resto de la gente nada resultaba asombroso y todo era como debía ser. De lo que sucediera en cualquier rincón, pronto estaban todos al corriente. Los secretos eran un lujo que solo los ricos podían permitirse, y en ese pueblo, llamado Mala Çar Bayan, «casa de los cuatro vientos», nadie era rico.

Los ancianos del pueblo eran tres hombres de baja estatura y gesto triste que pasaban la mayor parte del tiempo en el único salón de té, reflexionando sobre los misterios de la sabiduría divina y la estupidez de los políticos mientras tomaban té en vasos de cristal fino como cáscaras de huevo, frágil como la vida. Cuando se enteraron del voto de silencio de Naze, decidieron ir a visitarla.

—Venimos a advertirte que estás a punto de cometer sacrilegio —dijo el primer hombre, tan viejo que la brisa más ligera podría haberlo derribado.

—¿Cómo esperas que Alá el Todopoderoso te revele sus caminos cuando es sabido que solo ha hablado con los profetas? —señaló el segundo hombre,

a quien apenas le quedaban un par de dientes—. Y seguro que entre ellos no había ninguna mujer.

El tercero de los hombres agitó las manos en el aire, agarrotadas y nudosas como raíces de árboles.

—Alá quiere oírte hablar. De otro modo, te habría hecho pez.

Naze los escuchó, dándose de vez en cuando golpecitos en la comisura de los ojos con la punta del pañuelo de cabeza. Durante un momento se imaginó convertida en pez; en una gran trucha marrón en el río, con las aletas reluciendo bajo el sol, las manchas rodeadas de reflejos pálidos. Poco sospechaba entonces que sus hijas y sus nietos se sentirían vinculados a varias especies de peces en distintos momentos de su vida, y que cierta afinidad con el reino subacuático seguiría presente en su familia durante generaciones.

—¡Habla! —ordenó el primer anciano—. Va contra natura que las de tu especie guarden silencio. Y lo que va contra natura va contra la voluntad de Alá.

Sin embargo, Naze no habló.

Cuando sus honorables visitantes se hubieron marchado, la mujer se acercó a la cuna donde dormían las gemelas. El resplandor procedente del hogar bañaba la habitación de un amarillo dorado, confiriendo a la piel de los bebés un brillo suave, casi angelical. Su corazón se enterneció. Se volvió hacia sus seis hijas, de pie a su lado, ordenadas de mayor a menor estatura, y les dijo en voz ronca y apagada:

—Ya sé cómo las llamaré.

—¿Cómo, mamá? —preguntaron las pequeñas, encantadas de oírla hablar de nuevo.

Naze se aclaró la garganta y respondió, con cierto tono de derrota en la voz:

—Esta será Bext y la otra, Bese.

—Bext y Bese —repitieron las niñas al unísono.

—Sí, hijas mías.

Al pronunciar esas palabras, chasqueó los labios, como si los nombres le hubieran dejado un sabor inconfundible en la lengua, salado y ácido. Bext y Bese en kurdo, Kader y Yeter en turco, Destino y Suficiente en cualquier otra lengua. De ese modo manifestaría a Alá que, si bien como buena musulmana se

había resignado a su suerte, ya estaba harta de hijas y la próxima vez que se quedara embarazada, en la que sabía que sería la última vez, pues tenía cuarenta y un años y ya no estaba en la flor de la vida, tenía que darle un hijo, y nada más que un hijo.

Esa misma noche, cuando el padre llegó a casa, las niñas corrieron a comunicarle la buena noticia.

—¡Papá! ¡Papá! Mamá habla.

Aunque en un primer momento se alegró de que su mujer hubiera decidido volver a hablar, el rostro de Berzo se ensombreció cuando descubrió los nombres que había elegido para las recién nacidas. Sin dejar de menear la cabeza, permaneció en silencio durante unos incómodos minutos.

—Destino y Suficiente —murmuró al fin, como para sí—. En realidad no les has puesto un nombre. Lo que has hecho ha sido lanzar una petición al cielo.

Naze se miraba los pies, estudiando el dedo que le asomaba por el agujero del calcetín de lana.

—Los nombres que insinúan sentimientos de rencor pueden ofender al Creador —prosiguió Berzo—. ¿Por qué hacer que dirija su ira hacia nosotros? Será mejor que elijamos nombres corrientes y que no corramos riesgos.

Dicho lo cual, anunció que tenía nombres alternativos en mente: Pembe y Yamila, o Rosa y Belleza. Nombres como terrones de azúcar que se deshacen en el té, dulces y agradables, sin sarcasmo alguno.

Si bien la decisión de Berzo era definitiva, las opciones de Naze no fueron descartadas fácilmente. Persistieron en la memoria de todos, atadas al árbol familiar como dos ligerísimas cometas enganchadas en las ramas. De ese modo, las gemelas pasaron a llamarse por ambos nombres: Pembe Kader y Yamila Yeter, o Rosa Destino y Belleza Suficiente. ¿Quién les iba a decir que algún día uno de esos nombres aparecería impreso en los periódicos de todo el mundo?

# Colores

En un pueblo cercano al río Éufrates, 1953

**D**esde niña, a Pembe le encantaban los perros. Adoraba su capacidad para descubrir el alma de la gente, incluso durmiendo profundamente, a través de los ojos cerrados. La mayoría de los adultos creían que los perros no entendían demasiado, pero ella opinaba que se equivocaban. Lo entendían todo, pero eran indulgentes.

Había un perro pastor por el que sentía especial debilidad. Tenía las orejas caídas, el hocico largo y el pelaje lanudo, blanco y castaño. Era un animal bonachón al que le gustaba perseguir mariposas y jugar a atrapar palos, y que se lo comía casi todo. Lo llamaban Kitmir, pero también Quto o Dodo. Le cambiaban el nombre constantemente.

Un día, de manera inesperada, el animal empezó a comportarse de un modo extraño, como si estuviera poseído por un *yinni* travieso. Cuando Pembe intentó acariciarle el pecho, el animal se abalanzó sobre ella gruñendo y le mordió la mano. Más que la herida superficial que le causó, fue el cambio en el carácter del perro lo que resultó preocupante. En los últimos tiempos se había producido un brote de rabia en la región, y los tres ancianos del pueblo insistían en que debía ir a ver a un médico, con el inconveniente de que no había ninguno a menos de cien kilómetros.

Fue entonces cuando la niña Pembe y su padre, Berzo, tomaron primero un microbús y después un autobús para llegar hasta la gran ciudad, Urfá. La idea de pasar el día alejada de su gemela, Yamila, le provocó un escalofrío, pero no pudo disimular el placer que le producía tener a su padre solo para ella.

Berzo era un hombre de complexión robusta y huesos fuertes, facciones severas y un bigote poblado, con manos de campesino y el pelo canoso en las sienes. Tenía los ojos profundos, de color avellana y mirada amable, y, exceptuando las veces que se ponía de mal humor, era un hombre de carácter sereno, aunque le entristecía enormemente no tener un hijo que llevara su nombre hasta los confines de la tierra. Pese a ser un hombre de pocas palabras y aún menos sonrisas, se comunicaba con sus hijas mejor que su esposa. A cambio, sus ocho pequeñas competían por su amor, como gallinas que picotearan un puñado de grano.

El viaje a la ciudad fue divertido y emocionante; la espera en el hospital, ni una cosa ni la otra. En fila frente a la puerta del médico, había veintitrés personas. Pembe sabía el número exacto porque, a diferencia de otras niñas de ocho años de su pueblo, Yamila y ella iban a la escuela —un edificio decrepito de una sola planta situado en un pueblo vecino, a cuarenta minutos a pie—, y sabía contar. En medio de su clase había una estufa de la que emanaba más humo que calor. Los niños más pequeños se sentaban a un lado y los mayores al otro. Como las ventanas rara vez se abrían, el aire de la sala era viciado y seco como el polvo.

Antes de empezar en la escuela, Pembe creía que todas las personas del mundo hablaban kurdo. Sin embargo, ahora entendía que no era así. Había gente que no sabía una palabra de ese idioma. Su profesor, por ejemplo. Era un hombre con el pelo corto y ralo, de mirada lúgubre, como si echara de menos la vida que había dejado atrás en Estambul y lamentara que lo hubieran enviado a ese lugar desolado. Se enfadaba cuando sus alumnos no entendían sus explicaciones o se burlaban de él en kurdo. En los últimos tiempos, había introducido una serie de normas: quien pronunciara una palabra en kurdo, tendría que permanecer sobre un solo pie, junto a la pizarra, de espaldas a sus compañeros de clase. La mayoría de los alumnos aguantaban unos minutos y acto seguido recibían su perdón con la condición de que no volvieran a cometer tal error; sin embargo, de vez en cuando el profesor se olvidaba de algún niño durante el día, obligándolo así a pasar horas en la misma postura. La norma había provocado reacciones opuestas en las gemelas. Mientras que Yamila optó por quedarse muda y no hablar en absoluto, Pembe se esforzaba para superarse en turco, decidida a aprender la lengua de su profesor y, de ese

modo, ganarse su corazón.

Mientras tanto, su madre, Naze, no veía la necesidad de que tuvieran que aprender tantas palabras y números que no les servirían de nada, puesto que sus hijas no tardarían demasiado en casarse. Sin embargo, su marido insistía en que las niñas recibieran una educación.

—Cada día hacen esa caminata de ida y vuelta, y se les gastan los zapatos —gruñó Naze—. ¿Y para qué?

—Para que puedan leer la Constitución —respondió Berzo.

—¿Qué es una Constitución? —preguntó con recelo.

—¡Es la ley, mujer ignorante! ¡El gran libro! Algunas cosas están permitidas, otras prohibidas, y si no sabes diferenciarlas, tendrás muchos problemas.

Naze chasqueó la lengua, poco convencida por sus argumentos.

—¿Y en qué ayudará eso a casar a mis hijas?

—¿Quién sabe? Si un día sus maridos las tratan mal, no tendrán por qué aguantar. Podrán coger a sus hijos y marcharse con ellos.

—¡Oh! ¿Y adónde irán?

Berzo no había pensado en ello.

—Siempre podrán refugiarse en la casa de su padre, por supuesto.

—Ajá. ¿Y para eso tienen que darse la caminata todos los días y llenarse la cabeza de todas esas cosas? ¿Para volver a la casa donde nacieron?

—Tráeme un té —espetó Berzo—. Hablas demasiado.

—Quítatelo de la cabeza —susurró Naze mientras se dirigía a la cocina—. Ninguna de mis hijas abandonará a su marido. Y si lo hace, le daré una tremenda paliza, aunque entonces ya esté muerta. ¡Volveré convertida en fantasma!

Tal amenaza, si bien vacua e impulsiva, llegaría a convertirse en una profecía. Tiempo después de su muerte, Naze regresó a menudo para perseguir a sus hijas, a unas más que a otras. Al fin y al cabo, era una mujer terca. Jamás olvidaba. Y, a diferencia de los perros, nunca perdonaba.

Ahora, mientras esperaban en el hospital, Pembe observaba con sus ojos de niña a los hombres y las mujeres que esperaban en fila en el pasillo. Algunos fumaban, otros se comían las tortas de pan que habían traído de casa, algunos se curaban las heridas mientras otros gritaban de dolor. En el ambiente

flotaba un intenso hedor; una mezcla de sudor, desinfectante y jarabe para la tos.

Mientras observaba el estado de cada uno de los pacientes, la niña sintió una admiración creciente por el médico al que aún no conocía. Un hombre capaz de proporcionar una cura para enfermedades tan distintas debía de ser una persona extraordinaria, se dijo. Un vidente. Un mago eternamente joven con dedos milagrosos. Cuando al fin llegó su turno, la niña rebosaba curiosidad y siguió a su padre con impaciencia al interior de la consulta del médico.

Allí dentro todo era blanco. No como la superficie jabonosa que se formaba en la fuente donde lavaban la ropa. No como la nieve que se amontonaba en el exterior durante las noches de invierno, ni como el suero de la leche que mezclaban con ajo silvestre para hacer queso. Era un blanco que no había visto antes; persistente y sobrenatural. Un blanco tan gélido que le provocó un escalofrío. Las sillas, las paredes, las baldosas del suelo, la mesa de reconocimiento, incluso las tazas y los escalpelos emanaban tal ausencia de color. Pembe jamás había imaginado que el blanco pudiera ser tan desconcertante, tan lejano, tan oscuro.

Sin embargo, aún le sorprendió más que el médico fuera una mujer, aunque distinta a su madre, sus tías y sus vecinas. De igual modo que la habitación estaba bañada en la ausencia de color, la doctora que tenía delante carecía de las características femeninas que a Pembe le resultaban familiares. Debajo de la larga bata, vestía una falda marrón hasta las rodillas, medias de lana suave y delicada, y botas de cuero. Llevaba unas gafas tan redondas que parecía un búho malhumorado. Y eso que la niña nunca había visto un búho malhumorado, pero, sin duda, debía de tener ese aspecto. No podía ser más diferente de las mujeres que trabajaban los campos de la mañana a la noche, que tenían la piel arrugada por entrecerrar los ojos bajo el sol, y que daban a luz hasta tener suficientes hijos. Esa era una mujer acostumbrada a que la gente, también los hombres, hicieran caso a sus palabras. Incluso Berzo se quitó el sombrero y agachó los hombros ante ella.

La doctora no dirigió a padre e hija más que una mirada desganada. Parecía que el mero hecho de su existencia la dejara exhausta e incluso la entristeciera. Estaba claro que eran las dos últimas personas a quienes le

apetecía visitar al término de su duro día de trabajo. Ni siquiera habló demasiado con ellos, y dejó que fuera la enfermera quien formulara las preguntas importantes: «¿Cómo era el perro?», «¿Le salía espuma por la boca?», «¿Se comportó de manera extraña al ver agua?», «¿Había mordido a alguien más del pueblo?», «¿Lo examinaron después?». La enfermera hablaba con mucha rapidez, como si hubiera un reloj haciendo tictac en algún lugar y se estuviera agotando el tiempo. Pembe se alegró de que su madre no los hubiera acompañado. Naze no habría sido capaz de seguir la conversación y, enfadada y recelosa, no habría imaginado más que cosas malas.

Mientras la doctora extendía la receta, la enfermera administró una inyección en el estómago de la niña, que soltó un gemido desgarrador. Seguía llorando cuando salieron al pasillo, donde las miradas de los desconocidos empeoraron su dolor. Fue entonces cuando su padre, con la cabeza en alto y los hombros erguidos —de nuevo Berzo—, le susurró al oído que si dejaba de llorar y se comportaba como la niña buena que era, la llevaría al cine.

Pembe enmudeció de inmediato, los ojos brillantes por la emoción. La palabra «cine» le sonó como un caramelo en su envoltorio: aún no sabía qué había dentro, pero seguro que era algo bueno.

En la ciudad había dos teatros. El de mayor capacidad lo utilizaban más los políticos que iban de visita que los artistas y músicos de la localidad. Antes y después de las elecciones, se reunían en él multitudes de hombres y se pronunciaban discursos encendidos, y las promesas y la propaganda circulaban por el aire como un enjambre de abejas zumbantes.

El segundo local era mucho más modesto pero igualmente conocido. Se exhibían películas de distinta calidad, a merced del gusto de su propietario, quien prefería las aventuras a las diatribas políticas y pagaba importantes comisiones para que le hicieran llegar películas nuevas, junto a tabaco, té y otros productos de contrabando. Así, la gente de Urfa había visto algunas películas del Oeste en las que aparecía John Wayne, *El desertor del Álamo* y *Julio César*, además de *La quimera del oro* y otras películas interpretadas por ese hombrecillo simpático con el bigote negro.

Ese día proyectaban una película turca en blanco y negro, que Pembe

siguió de principio a fin con la boca ligeramente abierta. La heroína era una niña hermosa y pobre, enamorada de un muchacho muy rico y muy malcriado. Pero él cambió. Tal era la magia del amor. Mientras que todo el mundo, empezando por los padres del chico, menospreciaba a los jóvenes amantes y unían sus fuerzas para separarlos, ellos se reunían en secreto debajo de un sauce a orillas de un río. Allí se daban la mano y entonaban canciones tristes como un suspiro.

A Pembe le encantaba todo lo que tuviera relación con el cine: el vestíbulo ornamentado, las pesadas cortinas drapeadas, la oscuridad densa y acogedora. Se moría de ganas de hablarle a Yamila de esa nueva maravilla. En el autobús, de regreso a casa, cantó la canción de la película una y otra vez.

*Tu nombre está grabado en mi destino,  
tu amor fluye por mis venas.  
Si alguna vez le sonríes a otra,  
me suicidaré si es que el dolor no me mata antes.*

Mientras Pembe meneaba las caderas y agitaba las manos en el aire, los pasajeros daban palmas y la aclamaban. Cuando por fin guardó silencio, más por agotamiento que por decoro, Berzo se rio y se le arrugaron las comisuras de los ojos.

—Qué talentosa es mi niña —la alabó, con un matiz de orgullo en la voz.

Pembe apoyó la cabeza en el ancho pecho de su padre e inhaló el aceite de lavanda que le perfumaba el bigote. No lo sabía, pero ese sería uno de los momentos más felices de su vida.

Cuando regresaron a casa, encontraron a Yamila en un estado espantoso: los ojos hinchados, el rostro abotargado. Había pasado el día esperando junto a la ventana, enredándose el pelo en los dedos, mordiéndose el labio inferior. De repente, y sin motivo alguno, había soltado un grito terrible. Por mucho que su madre y sus hermanas intentaron calmarla, no dejó de gimotear.

—Cuando Yamila empezó a llorar, ¿qué hora sería? —preguntó Pembe.

Naze intentó recordarlo.

—Hacia primera hora de la tarde, diría. ¿Por qué lo preguntas?

Pembe no respondió. Ya tenía la información que quería. Su gemela y ella, aunque a kilómetros de distancia, habían gritado al mismo tiempo, en el momento en que le habían administrado la inyección. La gente decía que los gemelos eran dos cuerpos que compartían una sola alma. Sin embargo, ellas eran más que eso. Ellas eran un solo cuerpo y una sola alma. Destino y Suficiente. Cuando una cerraba los ojos, la otra dejaba de ver. Si una se hacía daño, la otra sangraba. Y cuando una tenía pesadillas, a la otra se le aceleraba el corazón.

Esa misma noche, Pembe enseñó a Yamila los pasos de baile que había visto en la película. Turnándose para imitar a la protagonista, las niñas giraron, se besaron y abrazaron como una pareja de enamorados, sin dejar de reír.

—¿A qué viene tanto ruido?

Era Naze, que formuló la pregunta con voz severa y tono desdeñoso. Había estado aventando arroz sobre una bandeja plana.

Pembe abrió los ojos como platos y la miró con resentimiento.

—Solo estábamos bailando.

—¿Y por qué razón tenéis que bailar? —replicó Naze—. A menos que hayáis decidido convertirnos en un par de ramera.

Pembe no sabía qué era una ramera, pero no se atrevió a preguntar. Se sintió invadida por una oleada de rencor. ¿Por qué su madre no podía disfrutar de las canciones como lo habían hecho los pasajeros del autobús? ¿Por qué unos desconocidos eran más tolerantes que su propia madre? Seguía pensando en ello cuando oyó que Yamila daba un paso al frente y, como si aceptara toda la culpa, murmuraba:

—Lo sentimos, mamá. No volveremos a hacerlo.

Pembe lanzó una mirada desafiante a su gemela, sintiéndose traicionada.

—Os digo las cosas por vuestro bien. Si os reís demasiado, mañana lloraréis. Es mejor que os sintáis mal ahora que más adelante.

—No entiendo por qué no podemos reír ahora, mañana y al otro —observó Pembe.

Ahora fue Yamila quien frunció el entrecejo. El descaro de su hermana no

solo la había sorprendido, sino que la colocaba en una posición incómoda. Contuvo la respiración, temerosa de lo que la esperaba: el rodillo de amasar. Cada vez que una de las niñas sobrepasaba un límite, Naze les pegaba con el delgado rodillo de madera en la cocina. Nunca en la cara, pues la belleza era la dote de una chica, sino en la espalda y en el trasero. A las niñas les resultaba curioso que el instrumento que detestaban sirviera también para preparar los pasteles esponjosos que tanto les gustaban.

Sin embargo, esa noche Naze no las castigó. Arrugó la nariz, meneó la cabeza y desvió la mirada, como si deseara estar en cualquier otro lugar. Cuando volvió a hablar, lo hizo con voz serena.

—El recato es el único escudo de una mujer —anunció—. Recordad esto: si lo perdéis, no valdréis más que un *kuruş* lleno de muescas. Vivimos en un mundo cruel que no se apiadará de vosotras.

Pembe se imaginó lanzando una moneda al aire y viéndola caer sobre la palma de su mano. Siempre había dos caras, y solo dos. Ganar o perder. Dignidad o vergüenza, y poco consuelo para quienes perdían.

Ello se debía a que las mujeres estaban hechas de la batista más fina, prosiguió Naze, mientras que los hombres habían sido creados a partir de una tela gruesa y oscura. Era así como Dios había confeccionado a ambos: uno superior al otro. Y en cuanto a por qué había actuado de ese modo, no estaba en manos de los humanos cuestionarlo. Lo importante era que el color negro no dejaba ver las manchas, mientras que el blanco revelaba la más diminuta mota de suciedad. De igual modo, las mujeres mancilladas quedaban señaladas de inmediato y eran apartadas del resto, como las cáscaras que se separaban del grano. Por consiguiente, cuando una virgen se entregaba a un hombre, aunque fuera el hombre al que amaba, tenía todo que perder, mientras que él no perdía nada en absoluto.

Así pues, en la tierra donde habían nacido Rosa Destino y Belleza Suficiente, el honor era algo más que una palabra. Era también un nombre. Podías llamar a tu hijo «Honor», siempre que fuera niño. Los hombres tenían honor. No importaba que fueran ancianos, adultos, o colegiales tan pequeños que aún olían a la leche de su madre. Las mujeres no tenían honor. Por contra, tenían vergüenza. Y, como todo el mundo sabía, «Vergüenza» no era un nombre que a nadie pudiera gustarle llevar.

Mientras escuchaba, Pembe recordó el blanco riguroso de la consulta de la doctora. La incomodidad que había sentido entonces volvió a ella de repente, solo que con mayor intensidad. Pensó en otros colores —el azul de la hierba doncella, el verde pistacho, el marrón avellana—, y en telas distintas, como el terciopelo, la gabardina y el brocado. El mundo contenía una variedad inmensa; sin duda mayor de la que podía encontrarse en una bandeja de arroz aventado.

Una de las muchas ironías que poblaron la vida de Pembe sería que las cosas que detestaba oír en boca de su madre se las repetiría a su hija, Esma, palabra por palabra, años después en Inglaterra.

## Askander... Askander...

En un pueblo cercano al río Éufrates, 1962-1967

**P**embe era una mujer de ideas insostenibles y miedos infundados. Tales rasgos de su personalidad no eran producto de una evolución a lo largo de los años. Al contrario, se había vuelto supersticiosa de manera repentina, casi de la noche a la mañana: la noche que nació Iskender.

Pembe tenía diecisiete años cuando fue madre por primera vez; una madre joven, hermosa y aprensiva. Allí estaba, en una habitación bañada por la penumbra, mirando fijamente la cuna, como si no acabara de convencerse de que ese bebé, con sus dedos rosados y frágiles, su piel transparente y una manchita morada en la diminuta nariz, hubiera sobrevivido contra todo pronóstico; de que a partir de ese momento sería su bebé, solo suyo. Su hijo, el hijo que su madre había deseado y por el que había rezado a lo largo de toda su vida.

Tras dar a luz a Rosa Destino y Belleza Suficiente, Naze se quedó embarazada una vez más. En esa ocasión tenía que ser un niño, no había otra posibilidad. Alá se lo debía. Estaba en deuda con ella, solía decir Naze, aunque consciente de que sus palabras constituían una absoluta blasfemia. Se trataba de un acuerdo secreto entre ella y el Creador. Después de tantas niñas, sabía que él la recompensaría. Tan convencida estaba de ello, que pasó meses tejiendo mantas, calcetines y jerséis de un color azul oscuro como las noches tormentosas, diseñados especialmente para su niño perfecto. No quería escuchar a nadie; ni siquiera a la comadrona que la examinó cuando rompió aguas y le comunicó en un tono sereno como la brisa que el bebé no estaba

bien colocado, y que sería mejor que fuera a la ciudad. Aún había tiempo. Si partían de inmediato, podrían llegar al hospital antes de que empezaran las contracciones.

—Tonterías —repuso Naze, dirigiendo una mirada encendida a la comadrona.

Todo iba bien. Todo estaba en manos de Dios. Tenía cuarenta y nueve años y ese niño sería un milagro divino. Daría a luz allí mismo, en su casa, en su cama, como había hecho con anterioridad, solo que esa vez tendría a un niño.

El bebé venía de nalgas. Era demasiado grande y no estaba bien colocado. Transcurrieron horas. Nadie las contó, porque eso traía mala suerte. Además, solo Alá poseía el tiempo, por eso era el relojero divino. Lo que resultaba insoportablemente largo para los simples mortales, pasaba en un abrir y cerrar de ojos para él. Así pues, el reloj de la pared se cubrió con un pedazo de terciopelo negro, al igual que todos los espejos de la casa, cada uno de los cuales era una puerta hacia lo desconocido.

—Ya no puede seguir empujando —comentó una de las mujeres presentes.

—Entonces tendremos que hacerlo nosotras por ella —respondió la comadrona con tono decidido, aunque sus ojos revelaron el miedo que trataba de disimular.

La comadrona introdujo la mano en Naze hasta que sintió el cuerpo suave y resbaladizo del bebé retorcerse entre sus dedos. Notó el débil latido del corazón, como una vela chispeante a punto de extinguirse. Cuidadosamente, pero con firmeza, trató de girar al bebé en el útero. Una vez. Dos. La tercera vez fue más enérgica, pues ya actuaba con cierta urgencia. El bebé se desplazó en el sentido de las agujas del reloj, pero no fue suficiente. La cabeza oprimía el cordón umbilical, con lo que disminuía peligrosamente la cantidad de oxígeno que recibía.

Naze había perdido tanta sangre que se desvanecía lentamente, sus mejillas del color del invierno. Había que tomar una decisión. La comadrona sabía que solo sobreviviría la madre o el hijo. Era imposible salvar a ambos. Su conciencia se tornó silenciosa como una noche sin luna, e igualmente oscura. De repente, tomó una decisión. Salvaría a la mujer.

En ese instante, Naze, tumbada con los ojos cerrados, bailando con la muerte, sangrando y agraviada, alzó la cabeza y gritó:

—¡Ni se te ocurra, zorra!

Fue un grito tan enérgico y estridente que no parecía posible que lo hubiera emitido un ser humano. La mujer tendida en la cama se había convertido en un animal salvaje, hambriento y bestial, dispuesto a atacar a quien se interpusiera en su camino. Corría por un denso bosque en el que el sol proyectaba reflejos temblorosos de color oro y ocre sobre las hojas; libre como nunca lo había sido. Quienes la oyeron, creyeron que había perdido el juicio. Solo los locos gritaban de ese modo.

—¡Ábreme, puta! ¡Sácalo! —ordenó Naze, y a continuación se rio, como si hubiera traspasado un umbral más allá del cual todo se convertía en una broma—. Es un niño, ¿no lo ves? ¡Mi hijo está a punto de llegar! Puta celosa y rencorosa. ¡Coge esas tijeras! ¡Ahora! ¡Ábreme el vientre y saca a mi hijo!

Una nube de moscas diminutas zumbaba en la habitación, como buitres revoloteando sobre su presa. Había mucha sangre por todas partes. Demasiada ira y resentimiento esparcidos sobre las alfombras, las sábanas, las paredes. El ambiente de la habitación se había vuelto denso, indiferente. Y las moscas... Si al menos pudieran librarse de las moscas.

Naze no sobrevivió. Como tampoco lo hizo el bebé durante mucho tiempo. El bebé sobre cuyo sexo Naze había estado equivocada todos esos meses. La novena criatura, la que la mató y después murió serenamente en su cuna, era otra niña.

Así, ese día de noviembre de 1962, mientras yacía en la cama del hospital, despierta a altas horas de la madrugada, Pembe se sintió angustiada al pensar que Dios pudiera ser tan arbitrario. Allí estaba ella, con tan solo diecisiete años y dando el pecho a su hijo. No podía librarse de la sospecha de que, desde algún lugar del cielo, bajo una luz acuosa, su madre la observaba con envidia. «Ocho partos, cinco abortos, un bebé muerto, y ninguno de ellos fue un niño... Y vas y le das un niño sano a la descerebrada de mi hija. ¿Por qué, Alá? ¿Por qué?».

La voz de Naze resonó en los oídos de Pembe hasta convertirse en una bola de furia que le rodó por el pecho y se le instaló en el estómago. Y si bien intentaba con todas sus fuerzas combatir sus preocupaciones, solo lograba que la asaltaran otras nuevas. Trazaban círculos en el interior de su cabeza y giraban como una peonza, y de súbito no había lugar alguno donde esconderse

del mal de ojo contenido en la mirada de su difunta madre. Cuando empezó a prestar atención, Pembe veía esa mirada en todas partes. En el grano y en los anacardos que machacaba en un mortero de piedra, que convertía en pasta y después utilizaba para enriquecer su leche. Estaba también en las gotas de lluvia que resbalaban por los cristales de las ventanas, en el aceite de almendras que se aplicaba en el pelo después de cada baño, y en la densa y burbujeante sopa de yogur que hervía a fuego lento.

«Alá Misericordioso, por favor, haz que mi madre cierre los ojos en su tumba y que mi hijo crezca fuerte y sano», rezaba Pembe, mientras se mecía hacia delante y hacia atrás, como si fuera ella la que necesitara dormirse, y no el bebé.

La noche que nació Iskender, Pembe tuvo una pesadilla, como le había sucedido tantas otras veces durante el embarazo. Pero esa la sintió tan real que una parte de ella jamás se recuperaría del impacto, nunca volvería de la tierra líquida de los sueños.

Se vio tendida de espaldas sobre una alfombra decorativa, con los ojos muy abiertos y el vientre hinchado. Sobre ella, multitud de nubes se deslizaban por el cielo. Hacía calor, un calor espantoso. A continuación, se dio cuenta de que la alfombra estaba extendida sobre el agua, un río revuelto que se agitaba bajo su peso. «¿Cómo es que no me hundo?», pensó. En lugar de una respuesta, el cielo se abrió y le ofreció un par de manos. ¿Acaso eran las manos de Dios? ¿O las manos de su madre muerta? No fue capaz de averiguarlo. Las manos le rajaron el vientre. No sintió dolor, tan solo el horror de ser consciente de lo que estaba sucediendo. Acto seguido, las manos extrajeron al bebé. Era un niño regordete con ojos del color de guijarros oscuros. Antes de que Pembe pudiera tocarlo, y mucho menos abrazarlo, las manos soltaron al bebé en el agua. El pequeño se alejó a la deriva, flotando sobre un pedazo de madera, como el profeta Moisés en su cesta.

Pembe compartió su pesadilla con una única persona, los ojos brillantes y encendidos mientras la relataba, y Yamila la escuchó, y ya fuera porque de verdad creía en ella, o porque deseaba liberar a su gemela del horror del fantasma de Naze, le dijo que tenía una explicación.

—Puede que te hayan lanzado una maldición. Probablemente haya sido un *yinni*.

—Un *yinni* —repitió Pembe.

—Sí, cariño. A los *yinn* les encanta hacer la siesta en sillas y sofás, ¿no lo sabías? Los *yinn* adultos pueden salir a toda mecha cuando ven que se acerca un adulto, pero los niños no son tan rápidos. Y las embarazadas son pesadas y torpes. Te habrás sentado encima de un *yinni* bebé y lo habrás aplastado.

—¡Oh, Dios mío!

Yamila frunció la nariz como si hubiera notado un olor repugnante.

—Yo diría que la madre ha querido vengarse y te ha lanzado una maldición.

—¿Y qué voy a hacer?

—No te preocupes, siempre hay formas de apaciguar a un *yinni*, por muy enfadado que esté —respondió Yamila con seguridad.

Así, mientras Pembe amamantaba a su recién nacido, Yamila le decía que arrojara pedazos de pan duro a perros callejeros y se alejara sin mirar atrás; que lanzara un pellizco de sal por encima del hombro izquierdo y otro pellizco de azúcar por encima del derecho; que caminara a través de campos recién arados y por debajo de telas de araña; que vertiera agua de rosas bendita en todos los rincones de la casa, y que llevara un amuleto colgado al cuello durante cuarenta días. Era así como esperaba curar a Pembe del temor hacia su difunta madre. Sin embargo, lo que hizo fue abrir la puerta a las supersticiones; una puerta que Pembe siempre supo que existía, pero que jamás se había atrevido a cruzar.

Entretanto, Iskender seguía creciendo. Tenía la piel del color de la arena caliente, el pelo oscuro, ondulado y brillante como el polvo de estrellas, los ojos vivos y picaros, y con la mancha de nacimiento desaparecida hacía tiempo, era un niño sonriente que se ganaba el corazón de todo el mundo. Cuanto más hermoso se volvía su hijo, mayor era el terror de Pembe hacia las cosas que no podía controlar: terremotos, corrimientos de tierras, inundaciones, incendios, enfermedades contagiosas, la ira del fantasma de Naze o la venganza de una madre *yinni*. El mundo siempre había sido un lugar peligroso, pero de súbito el riesgo se volvía demasiado real, demasiado cercano.

Tal era la angustia de Pembe, que se negó a dar un nombre a su hijo a fin de protegerlo de Azrael, el Ángel de la Muerte. Si al bebé no se le asociaba con ningún nombre, Azrael no lograría encontrarlo aunque lo buscara, se decía Pembe. Así, el niño pasó el primer año de su vida en este mundo sin nombre, como un sobre sin dirección. Al igual que su segundo, tercero y cuarto años. Cuando querían llamarlo, le gritaban «¡hijo!» o «¡eh, chico!».

¿Y por qué su marido, Adem, no se opuso a una situación tan absurda? ¿Por qué no tomó el control y puso un nombre a su heredero como hacían todos los hombres? Había algo que lo retenía, algo más fuerte que su genio vivo y su orgullo masculino, un secreto entre ambos que fortalecía a Pembe y debilitaba a Adem, y que lo alejó de su casa hacia un mundo clandestino en Estambul, donde apostaba y podía ser el rey, aunque solo fuera por una noche.

No fue hasta que el niño cumplió los cinco años cuando Adem tomó las riendas de la situación y anunció que no podía prolongarse durante más tiempo. Su hijo empezaría a ir a la escuela en breve y si no tenía nombre, sus compañeros se ocuparían de darle el más ridículo que pudieran imaginar. A regañadientes, Pembe aceptó, pero con una condición. Se llevaría al niño a su aldea natal para que su gemela y sus otros familiares le dieran su bendición. Una vez allí, consultaría el asunto con los tres ancianos del pueblo, que ya debían de ser más viejos que el monte Ararat, pero que aún dispensaban sabios consejos.

—Has hecho bien en venir a vernos —dijo el primero de los ancianos, un hombre tan frágil que cuando una puerta se cerraba de golpe cerca de él, la vibración lo hacía temblar de arriba abajo.

—También es bueno que no te hayas empeñado en ponerle tú el nombre al niño, como algunas madres hacen hoy en día —señaló el segundo anciano, a quien solo le quedaba un diente, una pequeña perla que brillaba en solitario, como el primero de un niño.

El tercer anciano habló a continuación, pero en voz tan baja, y arrastrando las palabras de tal modo, que nadie entendió lo que dijo.

Después de una breve discusión, los ancianos tomaron una decisión: al niño debía ponerle nombre un desconocido, alguien que no supiera nada de la

familia y, por consiguiente, que no hubiera oído hablar del espectro de Naze.

Convencida por sus palabras, Pembe aceptó la propuesta. A algunos kilómetros de distancia, había un riachuelo de corriente baja en invierno y extremadamente alta en primavera. Los campesinos lo cruzaban en un bote improvisado atado a un cable que tendían entre ambas orillas. El trayecto era peligroso, y cada año varios pasajeros caían al agua. Se decidió que Pembe esperaría en la orilla de llegada y pediría al primer hombre que lo cruzara que le diera un nombre a su hijo. Entretanto, los ancianos del pueblo aguardarían escondidos tras los arbustos e intervendrían si fuera necesario.

Así pues, Pembe y su hijo esperaron. Ella llevaba un vestido rojo hasta los tobillos y un chal de encaje negro. El niño lucía su único traje y parecía un hombre en miniatura. El tiempo transcurría con lentitud y el niño empezó a aburrirse, de modo que Pembe le contó historias para entretenerlo. Una de esas historias se quedaría grabada en su memoria para siempre.

—Cuando el maestro Nasrudin era pequeño, su mamá lo quería como a las niñas de sus ojos.

—¿Es que tenía niñas en los ojos? —preguntó el niño.

—Es una expresión, mi sultán. Significa que lo quería muchísimo. Los dos vivían en una bonita cabaña a las afueras de la ciudad.

—¿Dónde estaba el padre?

—Se había ido a la guerra. Pero escucha. Un día su madre tuvo que ir al bazar, y le dijo: «Tienes que quedarte en casa y vigilar la puerta. Si ves a un ladrón que intenta entrar, empieza a gritar con todas tus fuerzas. Eso lo asustará. Yo volveré antes del mediodía». Así pues, Nasrudin hizo lo que su madre le dijo y no apartó los ojos de la puerta en ningún momento.

—¿No tenía pipí?

—Tenía un orinal.

—¿Y no tenía hambre?

—Su madre le había dejado comida.

—¿Pastelitos?

—Sí, y *halva* de sésamo —respondió Pembe, que conocía bien a su hijo—. Después de una hora, llamaron a la puerta. Era el tío de Nasrudin, que pasaba a ver cómo estaban. Le preguntó al niño dónde estaba su madre y después le dijo: «Bueno, pues ve y dile a tu madre que vuelva a casa pronto y

nos prepare el almuerzo. Mi familia vendrá a haceros una visita».

—¡Pero si está vigilando la puerta!

—Exacto. Nasrudin estaba indeciso. Su madre le había pedido que hiciera una cosa, y su tío otra. No quería desobedecer a ninguno de los dos. Así que quitó la puerta, se la cargó a la espalda y fue a buscar a su madre.

El niño soltó una risita, pero enseguida volvió a ponerse serio.

—Yo no haría eso. Yo haría caso a mi madre antes que a mi tío.

En cuanto terminó de pronunciar esas palabras, oyeron un ruido. Alguien había cruzado el río y caminaba hacia ellos. Para sorpresa de Pembe y de los ancianos del pueblo, resultó ser una mujer mayor. Tenía una nariz exageradamente aguileña, las mejillas hundidas por debajo de los pómulos arrugados y los dientes torcidos. Los ojos, pequeños y redondos, no dejaban de moverse, como si se negaran a posarse en algo en concreto.

Pembe le contó que le urgía dar un nombre a su hijo y le preguntó si tendría la amabilidad de ayudarla, evitando los detalles sobre el fantasma de Naze y los ancianos escondidos detrás de los arbustos. La mujer no pareció sorprendida en lo más mínimo. Apoyada en su bastón, sopesó la proposición, serena y dispuesta, como si tal petición fuera lo más común de este mundo.

—Mamá, ¿quién es? —preguntó el niño.

—Chist, león. Esta buena mujer será quien te ponga nombre.

—Pero es fea.

Fingiéndose no haberlo oído, la mujer dio un paso hacia él y lo examinó de cerca.

—Así que aún no has encontrado tu nombre, supongo.

El niño alzó las delgadas cejas, negándose a responder.

—Bueno, pues yo tengo sed —anunció la mujer, y señaló el lugar donde el curso del agua formaba un entrante—. ¿Por qué no me traes un vaso de agua?

—No tengo vaso.

—Entonces utiliza las manos —insistió la anciana.

Con el entrecejo cada vez más fruncido, el niño miró a la mujer, después a su madre, y acto seguido de nuevo a la desconocida.

—No —respondió, con un tono diferente en la voz—. ¿Por qué no vas tú a buscarla? No soy tu criado.

La mujer ladeó la cabeza, como si las palabras del niño fueran un golpe

que había tenido que esquivar.

—No le gusta servir, ¿verdad? Solo le gusta que le sirvan.

Llegado ese momento, Pembe estaba convencida de que habían elegido a la persona equivocada. A fin de apaciguar los ánimos, Pembe dijo, en el tono más conciliador del que fue capaz:

—Yo le traeré agua.

Sin embargo, la mujer no bebió el agua que Pembe le llevó en el cuenco de las manos. En lugar de eso, la leyó.

—Hija mía, este niño seguirá siendo pequeño durante mucho tiempo, y solo crecerá cuando alcance la edad adulta. Madurará muy tarde.

Pembe contuvo la respiración. Tenía la clara impresión de que la mujer estaba a punto de contarle un secreto, algo que no debía desvelar.

—Algunos niños son como el Éufrates, rápidos y vivos. Sus padres no pueden seguirles el ritmo. Me temo que tu hijo te romperá el corazón en mil pedazos.

Esas palabras cayeron sobre ella como una piedra aparecida de la nada.

—Pero eso no es lo que le he preguntado —repuso Pembe, con cierta tensión en la voz—. ¿Ha pensado en un nombre para él?

—Sí. Hay dos nombres que le irían bien, según lo que esperes. Uno es Saalim. Una vez hubo un sultán con ese nombre, que era poeta y además un músico distinguido. Si recibe ese nombre, es posible que tu hijo aprenda a apreciar la belleza.

—¿Y el otro? —Pembe contuvo la respiración, a la expectativa. Ahora incluso el niño parecía interesado en la conversación.

—El otro es el nombre de un gran comandante que siempre marchó frente a sus soldados, que luchó como un tigre, ganó todas las batallas, aniquiló a todos sus enemigos, conquistó tierra tras tierra, unificó el este y el oeste, el amanecer y el atardecer, y siguió siempre con hambre de más. Puede que también tu hijo sea invencible y tenaz, y que dirija a otros hombres, si recibe ese nombre.

—Este es mejor —respondió Pembe, con el rostro iluminado.

—Bueno, entonces ya no me necesitas.

Dicho lo cual, la anciana agarró su bastón y empezó a alejarse por el camino con paso sorprendentemente ágil. Pembe necesitó un par de segundos

antes de ordenar sus pensamientos y salir corriendo tras ella.

—Pero ¿cuál es?

—¿Cuál es qué? —La anciana se volvió y observó su rostro, como si hubiera olvidado quién era.

—¡El nombre! No me ha dicho cuál es ese nombre.

—¡Ah! Askander.

—Askander... Askander... —repitió Pembe, embelesada.

Cuando regresaron a Estambul, inscribieron al niño en la oficina local. Aunque con varios años de retraso, y tras muchas súplicas y un considerable soborno, su existencia quedó por fin legalizada. El nombre que aparecía escrito en su tarjeta cuando empezó en el colegio era Iskender Toprak.

—Un nombre propio de un líder mundial —comentó Pembe. Entonces ya sabía quién era Alejandro Magno.

Y así fue como su primer hijo, la niña de sus ojos, recibió el nombre de Askander en kurdo o Iskender en turco. Cuando la familia emigró a Londres, para los niños y los profesores de la escuela, fue Alex, el nombre por el que lo conocerían también en la cárcel de Shrewsbury, tanto convictos como carceleros.

# Un príncipe en el árbol

Estambul, 1969

**E**n la primavera de cuando aún no había cumplido los siete años, Iskender huyó de un hombre al que nunca había visto pero del que había oído hablar mucho. Si bien el hombre era distinto a como se lo había imaginado, eso no lo volvió menos aterrador. Llevaba unas gafas de montura gruesa que le resbalaban por la nariz, un cigarrillo sin encender entre los labios y una gran bolsa de cuero que, se rumoreaba, contenía instrumentos afilados y un pedazo de piel de cada una de sus víctimas.

Al verlo, Iskender sintió un latigazo de pánico que le recorrió el cuerpo.

Soltó el sorbete de arándano que llevaba en la mano y unas gotas rojas salpicaron su camisa blanca, como sangre sobre la nieve. Intentó limpiarse las manchas, primero con las manos, después con el borde de la capa. No sirvió de nada. Su precioso traje había quedado estropeado.

Con mancha o sin ella, seguía siendo un príncipe, con su larga capa plateada y el gorro adornado con cuentas brillantes, y con un cetro tan lustroso que era casi transparente. Había pasado la tarde sentado en una silla alta, como un noble que contemplara sus tierras, aunque como era un poco bajo para su edad casi todas las sillas eran altas para él. A su izquierda había cuatro niños, mayores y más altos, pero con indumentaria similar. Como para evaluarlos antes de pelearse con ellos, Iskender los había mirado de arriba abajo y había llegado a la conclusión de que sus trajes no eran tan impresionantes como el suyo.

Mientras los otros príncipes engullían caramelos y contaban chistes,

Iskender esperaba, moviendo las piernas. ¿Cómo podían estar de broma cuando sabían lo que estaba a punto de suceder? Paseaba la mirada de un lado a otro con inquietud. Había mucha gente en la sala, pero estaba seguro de que nadie se acercaría a rescatarlo, ni siquiera su madre, Pembe, ella seguro que no. Se había pasado la mañana llorando y diciéndole lo orgullosa que estaba de que su pequeño fuera a convertirse en un hombre. Porque eso era en lo que te convertías cuando te circuncidaban: en un hombre.

A Iskender no le entraba en la cabeza que pudiera convertirse en un hombre mediante un corte con un cuchillo. Era un acertijo difícil de solucionar. Con menos, te convertías en más. Tampoco entendía que le hubieran dicho que no llorara, cuando era evidente que le dolería. En cambio, su madre podía llorar tanto como quisiera, aunque a ella no iba a pasarle nada.

Con el rabillo del ojo, observó al hombre de la bolsa de cuero y se fijó en que tenía una cicatriz que le recorría el pómulos izquierdo hasta la mandíbula. Tal vez uno de los muchachos a los que había operado le hubiera causado la herida. Durante un momento se recreó en la idea, e imaginó que, cuando el hombre estuviera a punto de circuncidarlo, se liberaría de las manos que lo sujetaban, le quitaría la cuchilla y rajaría la mejilla derecha de su torturador. Después ayudaría a los otros chicos a levantarse y juntos se dirigirían a la puerta, victoriosos. Sin embargo, pronto la fantasía se desvaneció y la realidad de la sala volvió a cobrar vida: un *hafiz* ciego recitando el Corán, una mujer sirviendo té y pasta de almendras, los invitados charlando en tono bajo, y el momento más temido peligrosamente cerca.

Despacio, Iskender se hundió en la silla. Los pies tocaron el suelo y la alfombra recibió su peso. Dio un paso y contuvo la respiración a la espera de que alguien, quien fuera, le preguntara adónde iba, pero nadie lo hizo. Avanzó de puntillas junto a la cama de matrimonio que habían dispuesto en un rincón, con la cabecera de hierro forjado, almohadas bordadas, amuletos contra el mal de ojo y una colcha de seda azul cobalto. El azul era el color favorito de Iskender. Era el color de los niños, lo que significaba que el cielo era un niño. Igual que los ríos y los lagos; y los océanos, aunque aún no hubiera visto ninguno.

Cada vez más ligero y decidido con cada paso que daba, salió a hurtadillas por la puerta trasera. Una vez fuera, empezó a correr, ganando

velocidad a medida que cruzaba el jardín, rodeaba el pozo, bajaba por el camino de gravilla, dejaba atrás las casas de los vecinos y ascendía por la colina. Se había ensuciado el traje, pero no le importaba. Ya no.

Iskender pensó en las manos de su madre; peinándole el ondulado pelo castaño, preparando yogur en tazas de arcilla, acariciándole las mejillas, moldeando figuritas de masa. Hasta llegar al roble, visualizó esas imágenes y ninguna otra.

Era un árbol viejo con raíces que tomaban cuatro direcciones por encima de la tierra y ramas que se extendían hacia las nubes hinchadas. Con la respiración entrecortada, empezó a trepar por él, rápido y concentrado. Las manos le resbalaron en dos ocasiones y estuvo a punto de caerse, pero logró mantener el equilibrio. Jamás había subido tan alto y lamentó que no hubiera nadie para presenciar su hazaña. Desde allí arriba, el cielo parecía tan cercano que casi podía tocarlo. Bajo un manto de nubes, se quedó sentado satisfecho, con un orgullo dulce, hasta que cayó en la cuenta de que no sabía cómo bajar.

Una hora después, un mirlo se posó a poca distancia. Era un ejemplar precioso con aros amarillos alrededor de los ojos y reflejos rojos, brillantes como rubíes, en las alas. Pío una vez, tímido y frágil pero lleno de vida. Si se hubiera acercado un poco más, Iskender lo habría atrapado entre las manos y habría notado el débil latido de su corazón en la piel. Lo habría protegido, querido y cuidado, pero un solo movimiento brusco habría bastado para romperle el cuello.

Nada más pensar en ello, sintió una punzada de remordimiento. En el infierno había calderas enormes, hirviendo a la espera de quienes albergaban tales pensamientos pecaminosos. Entonces se le llenaron los ojos de lágrimas. Estaba seguro de que su madre se habría dado cuenta de que se había marchado, y aun así nadie iba a buscarlo. Moriría allí arriba, de frío y de hambre. ¿Qué diría la gente cuando descubriera que no había muerto por una enfermedad o en un accidente, como todo el mundo, sino por cobardía?

Tal vez lo hubieran buscado en todos los lugares equivocados y llegado a la conclusión de que se había marchado. Quizá pensarán que lo habían atacado los lobos, aunque no los hubiera en la zona. Imaginó una muerte terrible, destrozado por las garras y los dientes de bestias salvajes. ¿Su madre se

quedaría desconsolada o se alegraría en secreto por tener una boca menos que alimentar?

Al pensar en la comida de su madre se dio cuenta del hambre que tenía. Pero con mayor urgencia necesitaba hacer pipí. Incapaz de aguantar más, se bajó los pantalones y se sacó la colita, que tanto malestar le provocaba. Apenas había empezado a aliviarse, cuando oyó un grito.

—¡Eh! ¡Está ahí arriba! ¡Lo he encontrado!

Al cabo de unos segundos apareció un hombre, después otro, a continuación diez más. Se detuvieron junto al árbol y lo observaron. Ante su mirada, Iskender siguió orinando como si su vejiga se hubiera duplicado de tamaño. Al fin se subió la cremallera, y estaba considerando pedirles ayuda para bajar cuando se dio cuenta de que entre el grupo se encontraba el hombre de la bolsa de cuero.

Fue entonces cuando sucedió un hecho de lo más extraño: Iskender se quedó paralizado. Las extremidades flojas, la lengua dormida, y el lugar de su estómago lo ocupaba ahora una piedra pesada. Oía a la gente pidiéndole que bajara, pero no era capaz de responder. Permaneció inmóvil, como si formara parte del árbol. Un niño bellota.

Al principio, los curiosos de abajo sospecharon que había fingido su muerte para llamar aún más la atención. Solo cuando entendieron que no estaba fingiendo, que el niño estaba de verdad paralizado, empezaron a pensar en cómo bajarlo. Un hombre intentó trepar, pero no logró llegar a la rama lateral donde estaba sentado Iskender. A continuación lo intentó otro hombre, con éxito similar. Entretanto, otros se ocupaban de sostener mantas para atrapar al niño si se caía y de formar lazos, aunque nadie sabía con exactitud qué hacer con ellos. Nada resultaba efectivo. Las escaleras eran demasiado cortas, las cuerdas demasiado delgadas, y el chico seguía incapaz de colaborar.

En ese momento, una voz atravesó el aire.

—¿Qué hace ahí arriba? —gritó Pembe, mientras corría ladera arriba.

—No puede bajar —aclaró alguien.

—¡Cómo que no! Ya es mayorcito. —Pembe frunció el entrecejo mientras miraba las piernas delgadas de su hijo, colgando por encima de la rama—. ¡Baja ahora mismo!

Como el hielo derritiéndose bajo el sol, Iskender sintió que empezaba a descongelarse.

—¡Baja de ahí, granuja! Has avergonzado a tu padre. Han circuncidado a todos los chicos. Tú eres el único que se ha portado como un niño pequeño.

Por mucho que lo intentara, Iskender seguía sin poder moverse. Entonces miró hacia abajo y sonrió. Pensó que si trataba de quitar gravedad a la situación, todo sería más sencillo. Se equivocaba. Toda la tensión acumulada en su madre brotó en un torrente de furia cuando lo vio sonreír.

—¡Mocoso consentido! ¡Baja ahora mismo o te partiré todos los huesos! ¿Es que no quieres ser un hombre?

Iskender reflexionó sobre ello.

—No —respondió al fin.

—Si sigues siendo un niño nunca tendrás tu propio coche.

Iskender se encogió de hombros. Iría a pie. O tomaría el autobús.

—Ni tu propia casa.

El niño intentó repetir el gesto. Viviría en una tienda, como había visto que hacían los gitanos.

—Ni una esposa bonita.

El rostro de Iskender adoptó una expresión de contrariedad. Quería una esposa, una mujer que se pareciera a su madre pero que no lo riñera. Se mordió el labio mientras rumiaba. Tras lo que le pareció una espera interminable, hizo acopio de fuerzas y voluntad para volver a mirar los ojos de su madre: oscuros y verdes como dos brotes de hiedra que, con cuidado pero firmemente, tiraban de él hacia ella.

—Está bien —dijo Pembe en un suspiro—. Tú ganas. No te circuncidarán. No dejaré que nadie te ponga una mano encima.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo, mi sultán.

Su voz sonó cálida, tranquilizadora. Mientras su madre le hablaba, Iskender notó que el pánico se desvanecía. Movi6 los dedos de las manos, después los de los pies, y consiguió descender un par de ramas hasta donde le esperaba un hombre junto al peldaño de la escalera más alta que habían apoyado contra el árbol. Cuando estuvo de nuevo a salvo en el suelo, corrió hacia su madre, llorando desesperado.

—Hijo mío —dijo Pembe, como si necesitara verificarlo. Lo estrechó con tanta fuerza entre sus brazos que notó el latido de su corazón a través del pecho—. *Malamin*<sup>[1]</sup>, mi sultán.

Iskender se alegró de sentir el suelo bajo sus pies, y aún se alegró más de que su madre lo hubiera echado tanto de menos; sin embargo, notó algo sofocante en su abrazo, forzosamente empalagoso. Con los labios a un lado de su cuello, su aliento y el abrazo lo atrapaban como si estuviera en un ataúd. Como si le hubiera leído la mente, Pembe agarró al niño por los hombros, lo apartó para mirarlo a los ojos y le dio un fuerte bofetón.

—¡No se te ocurra volver a avergonzarme!

Volviéndose a medias hacia el hombre de la bolsa de cuero, añadió:

—¡Lléveselo!

Iskender palideció. Estaba más sorprendido que afectado. Su madre lo había engañado delante de todo el mundo. Y lo había abofeteado. Nunca le había pegado y el niño jamás había contemplado que pudiera hacerlo. Realizó un enorme esfuerzo por hablar, pero las palabras se habían convertido en canicas que le obturaban la garganta.

Por la noche, todos alabaron a Iskender por haber sido tan valiente durante la circuncisión. Dijeron que no había derramado ni una sola lágrima. Pero él sabía que su comportamiento nada tenía que ver con la valentía. Si no se había preocupado por la operación era porque seguía pensando en lo que su madre le había hecho, y en el porqué. Jamás habría creído que se pudiera engañar a quien se quiere. Hasta ese día, no sabía que se podía querer a alguien con todo el corazón y aun así estar dispuesto a hacerle daño. Fue su primera lección sobre la complejidad del amor.

## La fuente de los deseos

En un lugar cercano al río Éufrates, 1977

Pembe ya se había marchado y su imagen en el espejo, su reflejo, permanecía en aguas tranquilas. Ahora dormía bajo un cielo distinto, y de vez en cuando enviaba a Yamila cartas y postales con imágenes de autobuses rojos de dos pisos e inmensas torres de reloj. Cuando regresó a casa de visita, la ropa le olía diferente y tenía un tacto suave. Eso fue lo que más sorprendió a Yamila: observar a su hermana mientras abría la maleta y sacaba aromas, sabores y telas de otras tierras. Pembe se había marchado con la certeza no expresada de que a su regreso nada habría cambiado. Sin embargo, se encontró con que nada seguía igual. Y ella no había regresado para quedarse.

Durante años, Pembe había enviado cartas a Yamila en las que le contaba historias de su vida en Inglaterra. También los niños, de vez en cuando, le escribían algunas líneas, sobre todo Yunus. Yamila guardaba esas misivas en una caja de té de latón que escondía debajo de la cama, como si fuera un tesoro. Las respondía con regularidad, aunque ella tenía menos que contar, o eso le parecía. En los últimos tiempos, le había preguntado a Yunus si había visto a la reina y, de ser así, qué aspecto tenía. El niño respondió:

*La reina vive en un palacio. Es tan grande que se pierde.  
Pero siempre la encuentran y la sientan en su trono. Lleba un*

*vestido diferente cada día y un sombrero muy gracioso. Tiene que ser del mismo color que el vestido. Tiene las manos suaves porque lleva guantes y se pone cremas y no lava los platos. Vi su foto en, la escuela. Parece simpática.*

Yamila no entendía que llevaran tanto tiempo en esa isla y aún no hubieran visto a la reina, salvo en periódicos y revistas. A veces dudaba que Pembe se hubiera marchado realmente del barrio. Si se pasaba el día entre las paredes de su casa, ¿de qué servía marcharse a un país lejano? ¿Por qué los seres humanos no podían vivir y morir donde habían nacido? A Yamila, las grandes ciudades le resultaban sofocantes y tenía la idea de que los lugares desconocidos —los edificios, las avenidas, las multitudes— le provocarían opresión en el pecho y la dejarían sin aire.

En sus cartas, por lo general hacia el último párrafo, Pembe solía escribir: «¿Estás enfadada conmigo, hermana? ¿Podrá perdonarme tu corazón?». Sin embargo, Pembe conocía la respuesta. Yamila no estaba enfadada con su gemela ni con nadie. Aun así, era consciente de que Pembe tenía que hacerle esa pregunta cada vez que le escribía, como una herida que hubiera que lavar con regularidad.

La conocían por el nombre de Kiz Ebe, la «comadrona virgen». Se decía que era la mejor comadrona que esa empobrecida región kurda había conocido en el último siglo. Las embarazadas se sentían tranquilas cuando ella las atendía, como si su mera presencia asegurara un parto sencillo y mantuviera alejado a Azrael. Sus maridos solían inclinar la cabeza convencidos, y con frecuencia se les oía comentar: «La comadrona virgen se hace cargo de la situación, por lo que todo saldrá bien. Gracias a Alá en primer lugar, y después a ella».

Sin embargo, esas palabras no la reconfortaban; solo servían para acrecentar su miedo de no estar a la altura de lo que la gente esperaba de ella. Sabía que era buena, tanto como se pudiera llegar a serlo antes de empezar a perder facultades por culpa de la edad, una vista precaria o pura mala suerte.

Como todas las comadronas, era consciente del peligro que entrañaba que mencionaran su nombre cerca del de Dios. Cuando oía a los campesinos pronunciar tales blasfemias, murmuraba para sí: *Tövbe, töbve*, «Lo retiro, lo retiro». No era necesario que la oyeran; bastaba con que lo hiciera Dios. Tenía que dejarle muy claro que no codiciaba su poder y que no competía con él, el único dador de vida.

Yamila sabía que pisaba terreno resbaladizo. Era fácil pensar que se tenía experiencia y conocimiento hasta que llegaba el momento de enfrentarse a un parto complicado y temible que volvía a hacer que te sintieras casi como una principiante. De vez en cuando, algo salía mal, terriblemente mal, pese a todos los esfuerzos. En otras ocasiones, no conseguía llegar a un parto a tiempo, y cuando hacía acto de presencia se encontraba con que la madre acababa de dar a luz sola, y a veces incluso había tenido que cortar el cordón umbilical con un cuchillo afilado y atarlo con su propio pelo. Yamila interpretaba esos incidentes como señales divinas destinadas a recordarle sus limitaciones.

Las mujeres llegaban en su busca desde pueblos lejanos y barrios desolados. Había otras comadronas más cerca de sus casas, pero la querían a ella. En esa parte del mundo era una figura conocida, y muchas niñas recibían su nombre: Belleza Suficiente.

«Llevará tu nombre y ojalá sea la mitad de pura que tú», anunciaban los padres de las niñas a las que traía al mundo.

Yamila asentía con la cabeza, consciente del significado de la insinuación. Deseaban que sus hijas fueran puras y virtuosas, pero también querían que se casaran y tuvieran hijos a su debido tiempo. El nombre y el carácter de las niñas podían ser similares al de su comadrona, pero preferían que sus destinos fueran distintos.

Yamila se acercó a la ventana con un chal de lana sobre los hombros y una lámpara en la mano, y escrutó la oscuridad. Bajo el profundo manto de la noche, el valle dormía, desnudo y yermo, emborronado de marañas de arbustos y suelo árido. Siempre había imaginado suavidad por debajo de ese paisaje agreste, que comparaba con un hombre tosco de corazón tierno. Sin embargo, no tenía por qué vivir sola en un lugar tan remoto. También ella podría haberse marchado. A algún lugar. A donde fuera. No obstante, no disponía de los medios necesarios, ni tenía parientes que pudieran ayudarla a

comenzar de nuevo en otro sitio. A sus treinta y dos años, no era ninguna joven y ya no estaba en la edad adecuada para casarse. Era demasiado tarde para formar una familia. «Un útero marchito es como un melón estropeado: está bien por fuera, pero seco por dentro, y no sirve para nada», comentaban las campesinas sobre las mujeres como ella.

Sin embargo, podía casarse con un inválido o un anciano, o podría aceptar convertirse en la segunda esposa de alguien, o la tercera, o la cuarta, si bien era algo poco común. Solo la primera esposa tenía derechos y podía presentarse en un hospital, un tribunal o una oficina de impuestos como una mujer casada con hijos legítimos. Aunque, de todos modos, en esa parte del país nadie iba a ningún sitio, a menos que tuviera un problema gravísimo, se estuviera muriendo a causa de una infección o hubiera perdido el juicio, y, en tal caso, ¿qué importancia podía tener ser la primera esposa o la cuarta?

Su casa, si es que esa choza era digna de tal nombre, estaba situada en una hondonada cerca de un barranco en las afueras de Mala Çar Bayan. Más abajo, se veía un grupo de rocas que de lejos parecían gigantes petrificados y resplandecían como rubíes cuando los rayos del sol incidían sobre ellas. Corrían muchas leyendas acerca de esas rocas, y tras cada leyenda se ocultaba una historia de amor prohibido. Durante siglos, cristianos y musulmanes, zoroástricos y yazidis habían vivido allí, unos al lado de otros, y habían amado y muerto, también juntos. Sin embargo, hacía tiempo que sus nietos habían partido hacia otras tierras. En la zona tan solo quedaban unos cuantos campesinos... y Yamila.

Los lugares desiertos en los que antaño había rebosado la vida desprendían una suerte de tristeza, un dolor espectral que flotaba en la brisa y se colaba por todas las rendijas. Tal vez ese fuera el motivo por el que, después de cierto tiempo, las personas que habitaban paisajes abandonados terminaban pareciéndose al lugar y se volvían silenciosas, apagadas y hurañas. Sin embargo, eso era lo que se veía en la superficie. Y con la gente, al igual que con la tierra, la superficie rara vez coincide con lo que yace en el interior.

Debajo de las capas de ropa que vestía para no pasar frío, había otra Yamila, joven, bonita, jovial, dueña de una risa como el tintineo de una copa contra otra. Pero en esos tiempos apenas afloraba, y se escondía tras la mujer práctica que cortaba madera, segaba los campos, sacaba agua y preparaba

pociones. En ocasiones temía perder la razón. Tal vez tanta soledad la estuviera afectando al fin, y estuviera royéndole la mente poco a poco.

Cuando soplaba el viento procedente de las montañas lejanas, transportaba el aroma de flores silvestres, hierbas frescas y arbustos en flor. Sin embargo, a veces también le acercaba un olor empalagoso a carne asada que se quedaba flotando en el ambiente y se le pegaba a la piel. En la zona había traficantes y bandoleros que pasaban de una cueva a otra y nunca permanecían en el mismo lugar durante más de un día. En las noches sin luna, Yamila veía sus hogueras brillando en la oscuridad como estrellas lejanas. El olor era distinto según lo que cocinaran y cuánto se acercaran.

También había lobos. Yamila los oía durante el día, al caer la tarde y en plena noche. Gruñían y rugían, y a veces emitían ladridos agudos o aullaban a la vez. En ocasiones aparecían frente a su puerta, cercanos y silenciosos, para olisquear su soledad. Pero acto seguido se marchaban, con el morro fruncido y una expresión decepcionada, como si no la encontraran lo bastante apetitosa para darse un festín con ella. Yamila no los temía. Los lobos no eran sus enemigos y los bandidos estaban interesados en presas más sustanciosas. Además, Yamila estaba convencida de que el peligro siempre llegaba de donde menos se esperaba.

El montón de leña que ardía en la chimenea chisporroteó con fuerza cuando una ramita se prendió. El rostro de Yamila resplandecía, pero el resto de la casa permanecía a oscuras. Sospechaba que los campesinos no la querían, aunque la respetaran. A caballo, en burro o en mula, podía adentrarse en lugares a los que ninguna otra mujer tenía acceso. A menudo iba acompañada de gente conocida, pero a veces también de extraños.

Un hombre al que no había visto antes podía llamar a su puerta en plena noche y rogarle: «¡Vamos rápido, por favor! Mi mujer está de parto en tal pueblo. Tenemos que darnos prisa. Algo no va bien».

Podía ser que estuviera mintiendo. Siempre cabía la posibilidad, por pequeña que fuera, de que el mal apareciera disfrazado. Mientras seguía al hombre en el silencio de la oscuridad, Yamila era consciente de que corría el riesgo de que la raptara, violara y asesinara. Pero tenía que confiar. No en él, sino en Él. Sin embargo, también consideraba que había reglas no escritas que nadie en su sano juicio osaría infringir. Una comadrona, una mujer que traía

niños al mundo, era casi una santa. Caminaba entre el mundo invisible y el visible, sobre un hilo tan delgado como la hebra de seda de una araña.

Al tiempo que alimentaba las llamas del hogar con más leña, Yamila puso el *cezve* de cobre en el fuego. Advirtió que le quedaban pocas provisiones de agua, azúcar y café, si bien las familias le llevaban regalos a menudo: henna, té, galletas, azafrán, pistachos, cacahuetes y tabaco que pasaban clandestinamente desde el otro lado de la frontera. Yamila sabía que si recibiera dinero, le pagarían una vez y la deuda quedaría saldada. Sin embargo, al cobrar en pequeños detalles, el pago se prolongaba durante toda una vida.

Mezcló el café suavemente, con cuidado. El café era como el amor, se decía, cuanta más paciencia se tenía, mejor sabía. Sin embargo, Yamila no tenía mucha experiencia en ello. Había estado enamorada una vez, y le había sabido amargo y oscuro. Después de haberse quemado la lengua, jamás volvió a hablar del tema.

Sin apartar la mirada de la espuma ascendente, aguzó el oído para captar los sonidos cercanos y los que procedían de más lejos. El valle estaba poblado de espíritus. Había criaturas del tamaño de granos de arroz, imperceptibles a simple vista, pero aun así fuertes y peligrosas. Los pájaros daban golpecitos en las ventanas, los insectos saltaban del agua de los cubos como si resbalaran sobre la superficie de un lago. Todo tenía un lenguaje, creía Yamila. Las tormentas eléctricas, el rocío de la mañana, las hormigas que reptaban por el cuenco del azúcar... A veces le parecía entender lo que decían.

Nada le apasionaba más que su trabajo de comadrona. Era su misión, su única fortuna. Por esa razón, hubiera niebla, brillara un sol abrasador o sesenta centímetros de nieve cubrieran la tierra, a cualquier hora del día o de la noche, Yamila estaba siempre de guardia, esperando que alguien llamara a su puerta. Nadie lo sabía, pero en lo más hondo de su corazón, Yamila estaba casada. Casada con su destino.

Fuera, el viento nocturno hacía vibrar las hojas de las ventanas. Yamila apartó el café de las llamas y se sirvió un chorro en una pequeña taza de barro que

tenía el asa desportillada. Se lo bebió a sorbos lentos. El fuego se parecía en algo a su vida, ardiente por dentro, sin permitir que nadie se acercara demasiado, con momentos preciosos que se convertían en cenizas, como sueños que se apagaban.

A lo lejos un pájaro gritó; un búho, al que los habitantes de la zona llamaban «la madre de la perdición». Volvió a ulular, esa vez con mayor atrevimiento. Yamila siguió allí sentada, con los ojos cerrados, dejando volar sus pensamientos. Pese a las penalidades, recordaba su infancia como feliz. En ocasiones una de las gemelas jugaba a ser la madre, y la otra la hija. Aunque era mayor por tres minutos, Pembe siempre quería ser la hija, mientras que a Yamila le tocaba meterse en el papel de madre e intentar retenerla, controlarla y darle consuelo. Solía mecerla, cantarle nanas y contarle cuentos. Al recordar esos juegos, a Yamila le sorprendió la seriedad con que se los tomaban.

Recordó que una vez Berzo, su padre, las llevó a una ciudad donde había una fuente de los deseos. Mujeres que deseaban tener hijos, suegras que querían lanzar una maldición a sus nueras y vírgenes con ganas de encontrar un esposo adinerado, todas acudían allí a arrojar una moneda al agua. Cuando la gente se hubo marchado, Pembe se remangó la falda, se metió en la fuente y recogió las monedas. Después ambas huyeron corriendo, gritando de entusiasmo, hacia la tienda más cercana, donde compraron caramelos duros y barras dulces de colores.

Si bien Yamila se divirtió con la aventura, después se sintió culpable. Se habían convertido en ladronas. O en algo mucho peor. Robar los deseos de la gente era más despreciable que robarles la cartera.

—No seas tan sensible —dijo Pembe cuando Yamila le confesó su preocupación—. Ya habían tirado las monedas y nosotras solo las recogimos.

—Sí, pero llevaban consigo un deseo. Si alguien te robara tu deseo secreto, te molestaría, ¿verdad? A mí, sí.

Pembe sonrió.

—¿Y cuál es tu deseo secreto?

Yamila titubeó al sentirse acorralada. Sí, algún día le gustaría casarse, llevar un bonito vestido de novia y encargarse un pastel de Crema de mantequilla como los que hacían en la ciudad; sería maravilloso, pero no era tan importante. Le gustaría tener hijos, pero no sabía si era porque de verdad

los deseaba o porque todo el mundo le decía que debía tenerlos. Sería bonito tener una granja y cultivar la tierra, pero eso era más un capricho que una pasión. Al pensar en ello, Yamila se alegró de ser solo una ladrona y no una visitante de la fuente de los deseos. Si le hubieran ofrecido una moneda para pedir un deseo, probablemente no se le habría ocurrido ninguno.

Ante la vacilación de su hermana, Pembe soltó una risa burlona, con un brillo peculiar en la mirada.

—Yo seré navegante y recorreré el mundo. Y cada semana despertaré en un puerto distinto.

Yamila jamás se había sentido más sola. Entendió que, pese a ser idénticas en todos los sentidos, había entre ellas una diferencia fundamental: la ambición. Pembe quería navegar por el mundo, más allá del río Éufrates. Tenía el valor suficiente para seguir los deseos de su corazón y pasar por alto lo que la gente pensara de ella. En un instante de tristeza, Yamila comprendió que su gemela y ella estaban destinadas a vivir sus vidas la una lejos de la otra.

Su padre decía que los gemelos idénticos eran afortunados en igual medida que cargaban con una maldición. Eran afortunados porque siempre tendrían a alguien con quien contar. Sin embargo, también estaban malditos, porque si a uno de los dos le afligía la pena, estaban destinados a sufrirla juntos y, por tanto, con el doble de intensidad. Si ese fuera el caso, se preguntaba Yamila, ¿qué era más probable que les causara un mayor dolor, las pasiones de su hermana, o la aparente ausencia de ellas en Yamila?

# Recuerdos

Londres, diciembre de 1977

**M**ientras recogía un puñado de galletas de avena de la cinta transportadora y las metía en la siguiente caja de metal, Adem Toprak tuvo una revelación: no era capaz de recordar la cara de su madre. Se detuvo un instante, durante el cual sintió que se le erizaba la piel de todo el cuerpo, y por culpa de esa pausa el siguiente montón de galletas pasó de largo frente a él. Bilal, de pie unos metros más allá en la cadena de montaje, se percató del error y lo corrigió. Si Adem se hubiera dado cuenta de lo sucedido, habría dedicado un gesto a su amigo a modo de agradecimiento, pero en ese momento seguía intentando recordar el aspecto de su madre.

En un rincón de su mente se ocultaba la figura de una mujer, lejana y borrosa, como envuelta por una fina niebla. Era alta y delgada, con el rostro como el mármol, la mirada clara y serena, y la expresión preocupada. Una rendija de luz procedente de una ventana con celosía le iluminaba la parte trasera de la cabeza, dejándole el rostro a oscuras. Tenía el cabello marrón rojizo, del color de las hojas en otoño. Sin embargo, a medida que la luz se volvía más tenue, cambiaba de tono hasta convertirse en negro azabache. Tenía los labios carnosos y redondeados. O tal vez no.

Adem no estaba seguro. Quizá los tuviera finos, con la comisura hacia abajo. La mujer parecía cambiar a cada segundo. La suya era una cara esculpida en cera que se estaba fundiendo.

O tal vez estuviera confundiendo el recuerdo de la mujer que le había dado la vida con la imagen de su esposa. El pelo largo, ondulado y castaño que

ahora veía era el de Pembe, no el de su madre, Aisha. ¿Acaso su mujer se había convertido en una parte tan inseparable de su existencia que eclipsaba todos sus recuerdos, incluso los anteriores a que se conocieran? Cambió el peso de un pie al otro y cerró los ojos.

Entonces le sobrevino otro recuerdo. Su madre y él estaban en un campo verde esmeralda desde el que se veía una presa. Él debía de tener ocho años. Su madre se había soltado el pelo, y el famoso *poyraz*, el viento del noroeste de Estambul, le soplaba en la cara. Sobre ellos, el cielo era una generosa extensión de azul, y motas doradas de color peltre y plata salpicaban las lejanas colinas. De las numerosas puertas de la presa, solo algunas estaban abiertas, y el nivel del agua del lago estaba bajo. El niño se mareó al ver el agua agitada debajo de ellos. Cualquiera otro día su madre le habría advertido que no se acercara tanto al borde, pero, extrañamente, ese día no lo hizo.

«Sheitan espera en las cornisas para empujar a quienes se acercan demasiado».

Por eso la gente se caía a menudo; bebés que se asomaban a la barandilla de los balcones, amas de casa que se subían a las repisas de las ventanas para limpiar los cristales, o deshollinadores que se encaramaban a las cornisas. Sheitan les agarraba el tobillo con sus garras y tiraba de ellos hacia el vacío. Solo los gatos sobrevivían, porque tenían nueve vidas y podían permitirse morir ocho veces.

Bajaron juntos de la mano por la colina hasta llegar a los enormes muros que cubrían en pendiente un lado de la presa. Aisha suspiró al llegar a la coronación de la presa, sin dejar de mover los labios. Parecía haberse olvidado de que el Maligno estaba cerca. O tal vez no, porque, cuando prestó atención a lo que estaba murmurando, el niño se dio cuenta de que era una oración, sin duda para alejar la desgracia. Entonces se sintió aliviado, pero solo por un momento. ¿Y si el diablo estuviera escondido en algún lugar entre los arbustos, dispuesto a empujarlos a ambos al vacío? De manera repentina, como guiado por un impulso, el niño soltó la mano de su madre y miró alrededor para asegurarse de que estaban solos. Cuando volvió de nuevo la cabeza, la mujer no estaba junto a él.

Poco a poco, segundo a segundo, la observó caer.

Adem abrió los ojos y descubrió a Bilal mirándolo con una expresión de gran inquietud.

—¿Qué pasa, tío? —le preguntó Bilal por encima del traqueteo de las máquinas—. Te has saltado más de doce tandas.

—Nada. —Adem se llevó la mano derecha al corazón y se acarició el pecho—. Estoy bien.

Bilal esbozó una sonrisa lenta pero auténtica. Asintiendo, regresó al trabajo, al igual que Adem. Durante el resto de la tarde, consiguió atrapar hasta la última galleta. Sin embargo, quienes lo conocían notaban que algo le preocupaba. Algo que se escapaba a su poder, más allá de su control, una inquietud dolorosa reptaba en las profundidades de su alma, siniestra como una nube de tormenta.

Adem sabía lo que era: el miedo de un animal acorralado. Se sentía perseguido, avasallado, como si le hubieran inyectado un veneno que no mataba pero ralentizaba los movimientos de su presa. Dondequiera que mirara, veía las sombras de sus depredadores. No tenía escapatoria, a menos que se marchara de Inglaterra para siempre. Pero no podía huir, tenía mujer e hijos que dependían de él. Y si quería llevarse a su familia, tendría que sacar dinero de algún sitio. Mucho dinero. Estaba atrapado. Y los chinos lo sabían. Por eso ni siquiera se molestaban en vigilarlo a diario. Sabían que podían encontrarlo cuando quisieran, en el momento en que dejara de efectuar un pago. Pero había otra razón por la que Adem no podía ir a ningún sitio: Roxana.

Hacía seis semanas, Adem se había despertado con una sensación de euforia y júbilo tan intensa que se sintió como flotando en un sueño. Estaban todos los presagios. Las señales que jamás le habían traicionado. Le picaban las palmas de las manos, el corazón le latía a más velocidad de lo habitual y tenía un ligero temblor en el ojo izquierdo. Nada molesto. Solo un leve tic que iba y venía, como un mensaje codificado procedente del cielo. Era un día normal en cualquier otro sentido, pero Adem no lograba zafarse de esa sensación. Esa tarde todo el mundo fue agradable con él, como él lo fue con todo el mundo. Era un día bonito y soleado, y el reflejo del sol sobre el Támesis aparecía

intenso y lleno de promesas.

Al anoecer se dirigió al garito. Un día cercano, el día menos pensado, dejaría de hacerlo. Rompería con el hábito, se lo arrancaría del cuerpo como si cortara la rama enferma de un árbol sano. Y al igual que la rama no volvería a crecer en ese árbol, él nunca volvería a sentir la necesidad de jugar. Pero no ahora. Aún no estaba listo para dejarlo. «Por hoy no pasa nada —se dijo—. Hoy las señales son favorables».

El lugar se encontraba en el sótano de una casa adosada de fachada amplia en Bethnal Green, un edificio de antiguo esplendor. Sin embargo, dentro se abría un mundo muy distinto. Constaba de cinco habitaciones, en cada una de las cuales los hombres jugaban al billar o se reunían en torno a la ruleta o las mesas de póquer y *blackjack*. El ambiente estaba cargado de humo. Los que tenían más dinero o menos miedo ocupaban la habitación del fondo. Desde detrás de la puerta cerrada con llave se oían los murmullos, los esporádicos gritos ahogados o gruñidos, y el golpeteo de la ruleta.

Era un lugar para hombres. Las pocas mujeres que se paseaban por las salas con paso afectado estaban reservadas y por tanto eran inaccesibles. Había normas tácitas que todos obedecían. Indios, paquistaníes, indonesios, bangladesíes, caribeños, iraníes, turcos, griegos, italianos... Todos hablaban inglés pero blasfemaban, conspiraban y rezaban en su lengua materna. La Guarida, llamaban al lugar. El negocio pertenecía a una familia de chinos taciturnos que habían vivido en Vietnam durante generaciones y que se habían visto obligados a emigrar después de la guerra. Adem siempre se sentía incómodo con ellos. Los chinos no se protegían los unos a los otros como los italianos, ni eran temperamentales como los irlandeses. Su conducta tenía una cualidad que le resultaba desconocida. Un poco como el tiempo, tenían propensión a exhibir un carácter variable y caprichoso.

Esa noche Adem jugó al *blackjack* y a otros juegos de dados, tras los cuales se pasó a la ruleta. Su primera apuesta fue al negro y tuvo un inicio prometedor. Después hizo una apuesta combinada. Volvió a ganar, pero no una cantidad importante. Cambió al rojo y ganó por tercera vez consecutiva, dejándose en cada apuesta las ganancias de la anterior. Se produjo uno de esos momentos mágicos en los que se puede llegar a sentir la ruleta. Al igual que él, la ruleta carecía de buena memoria. Se podía repetir la apuesta una vez, y otra,

y las posibilidades de ganar seguían siendo las mismas. La ruleta no obedecía a patrones reconocidos. Así, Adem jugó sin memoria, concentrándose en cada nueva apuesta como si fuera la primera y también la última.

Los hombres de la sala le mostraban los pulgares alzados, le daban golpecitos en el hombro y susurraban palabras de ánimo. Que un grupo de desconocidos le mostrara su respeto, le produjo una sensación excepcional. Se sintió admirado y envidiado. Jugó otra ronda y volvió a salir triunfante. Ahora, el grupo que se agolpaba junto a la mesa había crecido. Quince minutos después, seguía mirando la bola girar por la rueda, sin dejar de ganar. El crupier pidió un descanso.

Adem salió a la calle en busca de un poco de aire fresco. Allí se encontró con un marroquí alto y fornido al que conocía de la fábrica, sentado solo en el suelo.

—Eres un hombre afortunado —comentó el marroquí.

—*Kismet*. No todos los días son así.

—Tal vez Alá te esté poniendo a prueba. —El hombre hizo una pausa y le dirigió una fugaz mirada—. Ya sabes lo que dicen. «Quien quiere montar un caballo rápido corre el riesgo de partirse la espalda, pero el caballo tiene que galopar».

—¿Qué diablos significa?

—No lo sé, pero me gusta cómo suena.

Ambos se rieron, y sus voces resonaron en el aire de la noche.

—Este es mejor —anunció Adem—. «Un hombre puede huir al fin del mundo, pero por mucho que corra, no puede escapar de su trasero».

—Ajá. —El marroquí estaba a punto de levantar el vaso cuando se dio cuenta de que su compañero tenía las manos vacías.

—No bebo —dijo Adem a modo de explicación.

El hombre soltó una risotada.

—Oh, vaya. ¡Mírate! Enganchado al juego, pero en el tema del alcohol te vuelves un musulmán santurrón.

La expresión de Adem se cerró como una trampa. No era un adicto. Podía dejar de jugar cuando quisiera. Y en cuanto a sus razones para no beber, era algo de lo que apenas hablaba, sobre todo con desconocidos. Sin embargo, esa noche hizo una excepción y aclaró, en tono apagado:

—Mi padre bebía mucho.

En cuanto volvió al sótano, se apagaron las luces. Otro corte de electricidad. El tercero en lo que iba de semana. En esos días Londres amanecía gris por las nubes y por las noches se quedaba a oscuras a causa de los apagones. «La tienda de velas de Hackney debe de estar forrándose», pensó Adem. La venta de velas era un buen negocio, y más ahora, que se habían vuelto un producto de primera necesidad, como el pan o la leche.

Adem aguzó la vista mientras avanzaba por el pasillo débilmente iluminado en dirección a la puerta del fondo. En la mesa había tres chinos con gesto serio junto a una lámpara de queroseno. Eran hombres de pocas palabras y expresión inescrutable. Adem supo que había llegado el momento de marcharse. Podía estar satisfecho con el dinero que había ganado. Agarró la chaqueta, dio una propina al crupier y estuvo a punto de salir por la puerta, pero se detuvo.

Más adelante, cada vez que recordara ese momento, lo cual haría con cierta frecuencia, pensaría en las anillas de emergencia de los trenes. Jamás había intentado tirar de una, pero sabía que si alguien lo hiciera, el tren se pararía en seco. Esa noche, él se detuvo como si llevara una de esas anillas sujeta al cuerpo y alguien hubiera tirado de ella una y otra vez.

Una joven entró en la sala, como una aparición entre las sombras. Bajo la tenue luz de la lámpara, su cabello rubio rojizo despedía un brillo sobrenatural y se le rizaba por debajo de las orejas, pequeñas y delicadas. Minifalda de piel, camisa blanca de seda con la espalda descubierta, zapatos de tacón de aguja. Cada centímetro de su rostro ovalado enviaba el mensaje de que no le apetecía estar allí y preferiría encontrarse en cualquier lugar remoto. La observó mientras se sentaba junto a uno de los chinos —un hombre calvo y corpulento que se comportaba como si fuera el jefe, porque tal vez lo fuera— y le susurraba algo al oído. El hombre le dedicó una media sonrisa y le acarició el muslo. Adem sintió que algo se desgarraba en su interior.

—Así que todavía está por aquí. ¿Le apetece jugar otra ronda, amigo?

El hombre hizo la pregunta sin levantar la cabeza ni mirar a nadie en particular. Aun así, Adem supo, al igual que todos los presentes en la sala, que la pregunta iba dirigida a él. Sintió la mirada de cada uno de ellos, pero fueron los ojos de la mujer los que lo atravesaron: un par de zafiros azules. Jamás

había visto unos ojos tan grandes, brillantes y azules. Si su esposa hubiera conocido a esa mujer, habría temido el mal de ojo, pues Pembe creía que si unos ojos así miraban alguien fijamente, aunque solo fuera por un momento, esa persona tenía que volver corriendo a su casa y derramar sal en el fuego.

A Adem se le encendió el rostro. En ese preciso instante supo que estaba a punto de caer en el peor error que se podía cometer en una sala de juegos, si no el peor que se podía cometer en la vida: dejarse provocar. Sin embargo, entenderlo era una cosa y aceptarlo, otra muy distinta. Ladeando la cabeza, respondió:

—Sí, juego.

Volvió a apostar, aunque esa vez todo fue distinto. La energía a su alrededor había cambiado. Ahora la ruleta y él eran dos entidades separadas, habían dejado de estar en sintonía. Sin embargo, no cambió de opinión. Permaneció en su silla, observando a la diosa mirar la bola.

Entonces se encendieron las luces. Adem lo interpretó como una buena señal y siguió apostando. Ganó y volvió a ganar. Había mucho en juego. Era peligroso. Una locura. Los chinos intentaban mantener un gesto impassible, pero empezaban a dar muestras de nerviosismo. Entre la multitud, Adem cruzó la mirada con el marroquí, que fruncía el entrecejo con preocupación. Meneando la cabeza, el hombre gritó:

—¡Ya basta, hermano!

Pero Adem no podía parar. La mujer lo observaba fijamente desde el otro extremo de la mesa, con los labios como cerezas, carnosos y provocadores, y Adem creyó en la probabilidad, una posibilidad entre mil, pero una posibilidad al fin y al cabo, de ganar su corazón si seguía ganando a la ruleta. Segundos después, oyó que alguien la llamaba, y fue así como descubrió su nombre: Roxana.

Apuesta a un solo número. Colocó todas sus fichas en el número catorce. La bola comenzó a girar en dirección contraria a la rueda, como las dos mareas de su vida, la familia y la libertad, tirando de él en direcciones opuestas. Un coro de suspiros se alzó entre los curiosos; ondas de agua que alcanzaban la orilla. La bola dio un bote antes de posarse en una casilla. La rueda siguió girando hasta completar otra vuelta. El rostro de la mujer adoptó una expresión de sorpresa y reconocimiento, mezclados con algo que Adem

interpretó como admiración. No le hizo falta mirar para saber que había ganado.

Fue entonces cuando uno de los chinos masculló entre dientes, pero en voz lo bastante alta para hacerse oír:

—¿Es que no lo espera en casa su familia, amigo? Estarán preocupados. Es tarde.

La advertencia disimulada y la palabra «familia» corrieron una gruesa cortina entre él y la ruleta, él y la sala, él y ella. Adem metió las fichas en una caja, cobró y se marchó. Un conocido lo acompañó en coche y lo dejó a medio camino de su casa, de modo que Adem recorrió a pie la otra mitad.

Había montañas de porquería en las calles de East London; basura que empezaba a pudrirse, esparcida por todas partes. El mundo se había vuelto loco. Todos estaban en huelga: bomberos, mineros, panaderos, trabajadores de los hospitales, barrenderos. Nadie estaba dispuesto a seguir jugando a ese juego. Solo los jugadores.

Eran las cuatro de la madrugada cuando llegó a su casa de Lavender Grove. Se sentó a fumar en el sofá, el cigarrillo convirtiéndose en ceniza entre sus dedos, y a su lado, el montón de dinero caliente y leal. Dieciséis mil cuatrocientas libras. Como su familia dormía, no pudo relatarles su victoria. Tendría que esperar. Permaneció sentado con los ojos abiertos como platos en la penumbra del salón, invadido por una sensación de soledad tan profunda que se hacía insoportable. Oía el sonido de la respiración de su mujer; y la de sus dos hijos, la de su hija, incluso del pez... Todo ello envuelto en una misteriosa serenidad.

Lo había notado por primera vez mientras hacía el servicio militar en Turquía. Cuando más de tres personas dormían en un lugar pequeño, tarde o temprano sincronizaban su respiración. Tal vez fuera el modo en que Dios nos decía que, si nos dejábamos llevar, al final todos avanzaríamos a una y no se producirían más disputas. Esa idea resultaba nueva para él, y la disfrutó durante unos minutos. Sin embargo, aunque hubiera armonía en algún lugar, él no podría formar parte de ella. Como ya había hecho en otras ocasiones, pensó que era un hombre como cualquier otro, ni mejor ni peor, pero que estaba fallando a la gente que le importaba. Se preguntó por enésima vez si los suyos, los de su propia sangre, no estarían mejor sin él.

Incapaz de dormir, salió de casa al amanecer. Se llevó el dinero, consciente de que estaba cometiendo una imprudencia. Hackney estaba lleno de atracadores y ladrones que no vacilarían en romperle las costillas por tal cantidad de dinero. Con paso cada vez más rápido, se estremecía y sentía un escalofrío al pasar junto a un desconocido.

En United Biscuits, la fábrica donde trabajaba, lo recibieron como a un rey. Todos conocían la noticia. Durante el descanso del almuerzo, su hermano Tariq se acercó a él para felicitarlo... y para pedirle un favor.

—Ya sabes cómo es mi mujer —empezó Tariq, su voz reducida a un susurro de tono confidencial—. Se pasa la vida dándome la lata con lo de la cocina.

Tariq tenía una teoría acerca de las cocinas británicas: las hacían deliberadamente pequeñas y oscuras para que la gente tuviera que comprar comida para llevar. Los arquitectos eran cómplices en esa conspiración, así como los políticos, los ayuntamientos y los sindicatos, a quienes los propietarios de restaurantes se ocupaban de sobornar, y su diatriba seguía y seguía sin cesar.

Adem asintió con gesto afable, aunque tenía la impresión de que su hermano aceptaría tanto dinero como le ofreciera y, después de invertir una cantidad limitada en la cocina, ingresaría el resto en su cuenta de ahorros. Tariq siempre estaba ahorrando y escatimando. Costaba creer que fuera el mismo que durante su juventud había mantenido con generosidad a sus dos hermanos. Cuando su padre falleció, Tariq tuvo que trabajar duro y ocuparse de Adem y Jalil. A lo largo de los últimos años, sin embargo, se había convertido en un hombre cada vez más sobrio que cortaba los tubos de pasta de dientes para exprimir hasta la última gota, recortaba cupones de los folletos, apagaba el calentador del agua, reutilizaba las hojas de té, lo adquiría todo de segunda mano y prohibía a su familia que comprara algo sin preguntárselo, aunque cuando le pedían permiso él siempre respondía: «No nos hace falta».

Después de tomar aire, Adem le preguntó:

—¿Alguna vez piensas en mamá?

En un día cualquiera, Adem jamás se habría atrevido a hablar de ese modo. Sin embargo, ahora que su hermano acababa de pedirle un favor, se

sintió en posición de superioridad. Se merecía escuchar algunos recuerdos a cambio del préstamo. Sin embargo, la pregunta fue tan inesperada que durante unos segundos Tariq pareció incapaz de responder. En el entrecejo se le formó una arruga profunda que se extendió hacia la frente manchada de blanco como consecuencia de una enfermedad cutánea de la infancia. Cuando respondió, su voz sonó severa y áspera.

—¿Por qué iba a hacerlo? Era una fracasada.

«¿No quieres saber si está viva, si tuvo más hijos, cómo se encuentra, si alguna vez nos echó de menos?», quiso preguntar Adem, y a punto estuvo de hacerlo. Sin embargo, cuando rompió el silencio fue para decir con seriedad:

—Esta noche pasaré por tu casa con el dinero. Dile a mi cuñada que tendrá la cocina de sus sueños.

Al atardecer se le ocurrió que si jugaba de nuevo y volvía a ganar, tendría el doble de dinero que ahora. Entonces podría prestar dinero a Tariq y a más gente, y ni siquiera tendrían que devolvérselo. Motivado por una causa noble, se dirigió al sótano de Bethnal Green y vio a la mujer de ojos azules. Y de nuevo, la observó mirar la bola mientras giraba en la ruleta. Y perdió. Lo perdió todo.

#### *Cárcel de Shrewsbury, 1990*

*Hasta ese martes, jamás había tartamudeado. El 14 de noviembre de 1978. El día que decidí conseguir un cuchillo.*

*Estábamos en el comedor de la escuela. Mis colegas y yo. Bandejas azules de plástico, pastel de carne, brazo de mermelada, jarras metálicas de agua, lo habitual. Estaba bromeando y de repente empecé a atascarme como un imbécil. Sucedió así, de repente, tan rápido que todos creyeron que les tomaba el pelo.*

*Estábamos hablando del partido del día siguiente. El Chelsea jugaba contra el Dinamo de Moscú. Arshad —un paquistaní bajo y fornido que soñaba con jugar de defensa en el Nottingham Forest— dijo que apostaba sus Doctor Martens a que nuestros chicos de azul ganarían el partido —coser y cantar, dijo—, pero todos sabíamos que era una gilipollez.*

*Molesto porque no lo tomaban en serio, Arshad se volvió hacia mí, me guiñó el ojo y sonrió, como hacía siempre que*

quería algo.

-Eh, ¿vas a darme ese pudín?

Negué con la cabeza.

-Nn... ni... ni... haa... blar. Nn... ni... lo... sue... sue... ñes.

Arshad me miró fijamente. Los otros también lo hicieron, como si me estuvieran viendo por primera vez. Entonces alguien mencionó a un capullo de otra clase que tartamudeaba tanto que nadie hablaba con él. Como creyeron que me estaba burlando de él, todos rompieron a reír. Yo también. Pero por dentro estaba muerto de miedo. Empujé la bandeja hacia Arshad y con un gesto de la cabeza le di a entender que podía terminarse lo que quedaba. Había perdido el apetito.

Cuando terminó la hora de la comida, volví a dase con la moral por el suelo. ¿Cómo era posible que tuviera problemas para hablar, así de repente? Nadie en mi familia tartamudeaba. ¿No se suponía que esas cosas eran genéticas? Tal vez no. Podría ser un problema pasajero; un episodio aislado. Un fallo temporal de la mente, como en un mal viaje. Quizá desapareciera igual que había llegado, de manera repentina. Tenía que averiguarlo. Así que me guardé el reloj en el bolsillo y me acerqué a dos chicas para preguntarles la hora. Sin embargo, lo único que brotó de mi garganta fue un sonido ahogado.

Las chicas se rieron. ¡Estúpidas! Debieron de pensar que me gustaban. Di media vuelta y noté que me ardía la cara. Con el rabillo del ojo, me fijé en que mi novia observaba cada uno de mis movimientos. Cuando empezó la clase de historia, Katie me mandó una nota.

*Maggie, Christine, Hilary. Y si es niño Tom.*

Arrugué el papel y me lo metí en el bolsillo. De inmediato, me lanzó otra bola. *¿Qué te pasa?*

Me encogí de hombros, como queriendo decirle que no tenía importancia. Pero si Katie lo entendió, no pareció convencida.

Así que le escribí *¡Te lo contaré después!*

Durante la clase, estuve preocupadísimo por si el profesor me preguntaba algo. Me convertiría en el blanco de todas las bromas para siempre. Por suerte, no hubo preguntas. En cuanto

terminó la tortura, agarré la mochila y me dirigí a la puerta. Decidí saltarme el resto de las clases y marcharme directo a casa.

Eran las tres y media cuando llegué a casa y llamé al timbre. Mientras esperaba que se abriera la puerta, mi mirada se dirigió al nombre que había junto al timbre:

#### ADEM TOPRAK

Mi hermana, Esma, lo había escrito en su letra florida, aunque a regañadientes. «Nosotros también vivimos aquí -gruñó-. ¿Por qué tengo que escribir solo el nombre de papá?».

Esma era una niña débil pero con ideas gigantescas: igualdad de oportunidades, justicia social, derechos de las mujeres... Mis amigos creían que estaba chiflada o que era comunista. Si hubiera sido por ella, habría escrito:

#### FAMILIA TOPRAK

o tal vez.

#### ADEM, PEMBE, ISKENDER, ESMA, YUNUS Y EL PECECITO

A mí me importaba un carajo; si por mí fuera, habría dejado la chapa en blanco. Eso habría sido más aceptable, más sincero. Sería mi forma de decir que nadie vivía allí. Porque en realidad no vivíamos en ese piso, solo estábamos allí de paso. Para nosotros, nuestra casa no se diferenciaba de un hotel de una estrella en el que mamá, en lugar de una sirvienta, lavaba las sábanas y en el que cada día el desayuno era el mismo: queso blanco, olivas negras y té servido en vasos pequeños, siempre sin leche.

Arshad podría llegar a jugar en primera división, no lo sé. Podría llenarse los bolsillos con fotos de la reina y llevar a chicas guapas en el coche, pero la gente como nosotros siempre seríamos extranjeros. Nosotros, los Toprak, solo estábamos de paso en esta ciudad: una familia medio turca, medio kurda en la zona equivocada de Londres.

Volví a llamar al timbre. Nada. ¿Dónde diablos estaba mamá?

No podía ser que estuviera en Crystal Scissors. Hacía días que había dejado su trabajo. Yo me había convertido en el cabeza de familia desde que papá se había marchado y no quería que ella volviera a trabajar. Lloró mucho, pero no se opuso. Sabía que yo tenía mis razones. La gente había empezado a cuchichear. Y cuando el río suena, agua lleva. Así que le dije que se quedara en casa. Tenía que acallar los rumores.

En la escuela nadie sabía lo que estaba pasando, y yo quería que siguiera así. La escuela era la escuela, y la casa era la casa. Katie tampoco sabía nada. Tu novia era tu chica, y tu familia era tu familia. Algunas cosas tenían que mantenerse separadas. Como el agua y el aceite.

Se me ocurrió que mamá tal vez hubiera salido a comprar o algo por el estilo. Tendría que hablar con ella sobre eso. Saqué mi llave, la metí en la cerradura y la giré de un lado a otro, pero no cedió. La puerta estaba cerrada con cerrojo. Entonces oí pasos en el pasillo.

-¿Quién es? -preguntó la voz de mi madre.

-So... soy yo, mm... mamá.

-Iskender, ¿eres tú?

Había un rastro de pánico en su voz, como si algo malo fuera a suceder. Oí un susurro, grave y rápido, y supe que no era la voz de mi madre. El corazón me empezó a latir con fuerza y sentí que me quedaba sin aire. No podía avanzar ni retroceder, de modo que seguí hurgando con la llave. Estuve allí un minuto, tal vez más, y después la puerta se abrió.

Mi madre bloqueaba la entrada. Sus labios trazaban una sonrisa, pero sus ojos tenían una extraña fijeza. Me fijé en que se le había soltado un mechón de la coleta, y que uno de los botones de su blusa blanca estaba abrochado en el ojal equivocado.

-Iskender, hijo mío. Estás en casa -anunció.

Me pregunté qué la sorprendía más: que estuviera en casa casi tres horas antes de lo previsto o que fuera su hijo.

-¿Estás bien? -preguntó mi madre-. No tienes buen aspecto, mi sultán.

No me llames así, sentí ganas de decir. No me llames de ningún modo. En lugar de hablar, me quité los zapatos, me abrí paso con brusquedad, tanta que casi la tiré al suelo. Me dirigí a mi habitación, cerré la puerta con un sonoro golpe y coloqué una silla detrás para que no pudiera entrar. Me metí en la cama, me cubrí la cabeza con la sábana y me concentré en respirar, tal como nos habían enseñado en clase de boxeo.

*Inspirar. Espirar. Inspirar...*

*Fuera se producían ruidos sutiles: el crujido del suelo de madera, el soplido del viento, la llovizna que caía sobre la ciudad. Entre la mezcla de sonidos, oí que se abría la puerta y que alguien salía, silencioso como un gato.*

*Solía quererme más que a nada: su primer bebé, su primer hijo, roniya chavemin, «la luz de mis ojos». Ahora todo era diferente. Todo se había echado a perder. Una lágrima me corrió por la mejilla. Me di una bofetada para detenerla, pero no sirvió de nada. Me di otra, más fuerte.*

*Oí el sonido de sus pasos, que se acercaban por el pasillo, suaves y constantes como el latido de un corazón. Se detuvo frente a mi puerta, pero no se atrevió a llamar. Noté sus movimientos, palpé su culpabilidad, olí su vergüenza. Esperamos así Dios sabe cuánto tiempo, escuchándonos respirar, preguntándonos qué estaría pensando el otro. Entonces se marchó; como si no tuviera nada que decir, como si no me debiera ninguna explicación, como si mi opinión no contara para nada, o mi enfado, o mi dolor. Se alejó de mí.*

*Fue entonces cuando supe que lo que el tío Tariq me había dicho sobre mi madre era verdad. Y entonces fue cuando se me ocurrió comprar el cuchillo. Con el mango de madera y la hoja plegable con la punta curva. Ilegal, por supuesto. Nadie quería problemas con la pasma por vender una navaja, sobre todo a un tipo como yo. Pero sabía dónde conseguir una. Conocía al hombre que podía vendérmela.*

*No iba a hacer daño a nadie. Solo quería asustarla. O asustarlo.*

ISKENDER TOPRAK

# Pícnics al sol

Estambul, 1954

**A**dem había pasado toda su infancia dividido entre dos padres: su *baba* sobrio y su *baba* ebrio. Ambos hombres habitaban el mismo cuerpo, pero eran tan distintos el uno del otro como el día y la noche. El contraste entre ellos era tan marcado que Adem sospechaba que la bebida que su padre se tomaba todas las noches debía de ser una especie de poción mágica. No transformaba a sapos en príncipes ni a dragones en brujas, pero convertía al hombre que quería en un desconocido.

Baba (el Sobrio) era una persona cargada de espaldas y habladora a quien le gustaba pasar tiempo con sus tres hijos (Tariq, Jalil y Adem), y tenía la costumbre de llevar siempre a uno con él adondequiera que fuera, una lotería azarosa de amor y cuidado. El afortunado acompañaba a su padre a ver a sus amigos, en un paseo por la avenida Istiklal y, en ocasiones, a su lugar de trabajo; un garaje de la plaza Taksim donde era el mecánico jefe. Coches grandes con nombres complicados aparecían en su puerta para ser reparados o en busca de piezas de repuesto. Chevrolet Bel Air, Buick Roadmaster, Cadillac Fleetwood o el nuevo Mercedes-Benz. No todo el mundo podía permitirse esos modelos, y sus propietarios eran casi siempre políticos, hombres de negocios, dueños de casinos o jugadores de fútbol. De las paredes del garaje colgaban fotografías enmarcadas de los mecánicos sonrientes junto a sus importantes clientes.

En ocasiones, Adem acompañaba a Baba a la tetería del barrio, donde pasaban el rato tomando *sahlep*, tila o té, y observando a hombres de todas las

edades jugar al *backgammon* y a las damas. La política era un tema candente en el local. También el fútbol y las noticias de los periódicos. Ante la proximidad de las elecciones generales, la tetería bullía de encendidos debates. El primer ministro —el primer dirigente elegido democráticamente en la historia del país— sostenía que su Partido Demócrata se alzaría con una victoria arrolladora. Nadie podía vaticinar que sería reelegido por otro mandato, al término del cual acabaría ahorcado a manos de una junta militar.

En tardes lánguidas como esa Adem solía imitar a Baba (el Sobrio), haciendo chasquear la lengua contra un terrón de azúcar y sosteniendo el vaso de té con el dedo meñique levantado en el aire. Siempre había tanto humo que cuando llegaba a casa el pelo le apestaba como un cenicero. Con un ligero gesto de desaprobación, su madre, Aisha, lo obligaba a bañarse de inmediato. Adem habría preferido que no lo hiciera, pues el olor de tabaco en el pelo hacía que se sintiera mayor. Cuando un día se lo confesó a su padre, Baba se rio y dijo: «Hay dos cosas en esta vida que convierten a un niño en un hombre. Una es el amor de una mujer. La otra es el odio de otro hombre».

Baba (el Sobrio) le contó que quienes experimentaban lo primero se volvían blandos y peleles, y quienes conocían lo segundo, se hacían fuertes como piedras; pero quienes experimentaban ambas cosas, tenían lo necesario para convertirse en espada de acero. Como los artesanos expertos sabían bien, el mejor modo de solidificar el metal era calentarlo al fuego y enfriarlo en agua. «Lo mismo pasa con un hombre. Tienes que calentarlo con amor y enfriarlo con odio», concluyó Baba, y a continuación hizo una pausa para que retuviera la lección.

A Adem le inquietaba no haber sentido emociones tan profundas, pero se guardaba esa preocupación para sí. Ese mismo año sufrió su primer ataque de asma, enfermedad que desaparecería durante la adolescencia, pero que nunca abandonaría del todo su cuerpo y lo perseguiría a lo largo de su vida.

De vez en cuando, Baba (el Sobrio) llevaba a casa las sobras del matadero del barrio; pedazos de carne, huesos y vísceras. En esas ocasiones, solía pedir prestada la camioneta al encargado del garaje y se llevaba a su familia de pícnic. Adem y sus dos hermanos se acomodaban en la plataforma trasera y fanfarroneaban sobre la cantidad de salchichas o pies de ternera que podían comerse de una sentada. Baba delante, con su mujer sentada a su lado, solía

bromear y, si estaba de un humor especialmente bueno, bajaba la ventanilla y entonaba una canción. Las canciones siempre eran lacrimógenas, pero las cantaba con tanta alegría que nadie se daba cuenta. Con la camioneta cargada de ollas, vasijas y manteles, animados y de buen humor, enfilaban hacia las colinas que se alzaban sobre el Bósforo. Les molestaba que hubiera un cementerio cerca. Sin embargo, no podían hacer nada al respecto. Desde tiempo inmemorial, en Estambul, los muertos descansaban en las zonas más verdes y con las mejores vistas sobre la ciudad.

Una vez allí, los chicos buscaban un lugar agradable en la sombra. Sin embargo, antes de que se acomodaran, su madre rezaba por las almas de los muertos y les pedía permiso para pasar un rato en esas tierras. Por suerte, los muertos siempre respondían de manera afirmativa. Transcurridos unos segundos, Aisha asentía con la cabeza y empezaba a extender las esteras sobre las que se sentarían. A continuación, encendía el hornillo portátil y disponía todo lo necesario para preparar la comida. Entretanto, los chicos se revolcaban alegremente, destrozaban colonias de hormigas, perseguían grillos y jugaban a los zombis. Cuando el aroma de la carne de ternera asada llenaba el ambiente, Baba daba un par de palmadas, con lo que anunciaba que había llegado el momento de abrir la primera botella de *raki*.

A veces empezaba despacio y se iba animando poco a poco. En otras ocasiones, se precipitaba y bebía tres vasos en el tiempo que, por lo general, tardaría en terminarse uno. Sin embargo, de una manera o de otra, al final del almuerzo siempre estaba como una cuba.

En cuanto apuraba la primera botella, empezaba a dar las primeras señales. Fruncía el entrecejo con más frecuencia, se insultaba a sí mismo y a cada momento reñía a los chicos por hechos tan triviales que al cabo de un rato nadie lograba recordar el motivo. Todo era susceptible de molestarlo: la comida demasiado salada, el pan duro, el hielo no lo bastante frío. A fin de calmarse, abría la segunda botella.

Hacia el final del pícnic, cuando el sol comenzaba a ponerse y las gaviotas chillaban, el tiempo parecía detenerse y un punzante olor a anís flotaba en el ambiente. Baba añadía un poco de agua a la bebida y observaba el líquido transparente tornarse de un gris lechoso, tan nublado como sus pensamientos. Transcurridos unos minutos, se levantaba con torpeza y con la mirada solemne

y el mentón levantado ofrecía un brindis al cementerio.

—Amigos, no sabéis la suerte que tenéis —decía—. No tenéis que pagar el alquiler, ni la gasolina, ni bocas que alimentar. Sin una mujer que os dé la lata ni un jefe que os lea la cartilla. No sabéis lo afortunados que sois.

Las tumbas escuchaban mientras un viento bajo arremolinaba las hojas secas.

—Polvo somos, y en polvo nos convertiremos —agregaba.

De regreso a casa, insistía en que los chicos se sentaran delante con ellos. Por mucho cuidado que tuvieran, aunque apenas se los oyera respirar, aunque pusieran atención en cada palabra, siempre sucedía algo; algo lo bastante espantoso para que su padre montara en cólera. Los baches en la carretera, la ausencia de una señal de tráfico, un perro callejero corriendo frente a la camioneta, las noticias de la radio. Ese nuevo tipo, Jruschov, no parecía que supiera lo que se hacía. Tenía el cerebro aturullado por culpa del vodka, una bebida vulgar que no podía compararse con el *raki*. Nasser esperaba demasiado de los árabes, que hablaban el mismo idioma pero nunca se escuchaban entre sí; y ¿por qué el *sha* de Irán no se divorciaba de una vez de su segunda esposa, si era evidente que no podía darle un heredero?

—¡Que lío! ¡Menudo mundo de mierda!

Baba (el Ebrio) insultaba al ayuntamiento, al alcalde y a los políticos. Durante unos minutos felices, su ira se dirigía al mundo exterior, con lo que su familia quedaba a salvo. Aunque, por lo general, alguien en la camioneta hacía o decía algo que le molestaba. Tal vez uno de los niños se moviera demasiado, o tuviera hipo, eructara, se tirara un pedo o soltara una carcajada. Ese día en particular, Aisha le rogó que condujera más despacio.

—¿Y a ti qué diablos te pasa? —le preguntó en un tono tan sereno que no se correspondía con la severidad de la pregunta—. ¿Es que no puedo tener ni un momento de calma? ¿Eh? ¿Queréis que explote? ¿Es eso lo que buscáis?

Nadie respondió. Los chicos se miraron las rodillas sucias, o la mosca que había entrado por la ventanilla abierta y ahora no podía salir.

Baba alzó la voz.

—Me deslomo trabajando. Todos los putos días. ¡Trabajo como una mula! Para que podáis comer. ¿Es que soy el gilipollas de esta familia?

Alguien dijo *Estağfurullah*<sup>[2]</sup> en un pobre intento por apaciguarlo, en

vistas de lo que llegó después.

—Sois vampiros, todos vosotros, y solo vivís para chuparme la sangre. — Apartó las manos del volante para mostrarles las muñecas, delgadas y cetrinas —. ¿Creéis que aún me queda sangre que me podáis quitar? ¿Me habéis dejado algo?

—Por favor, coge el volante —susurró su mujer.

—¡Cierra la maldita boca! No serás tú quien me enseñe a conducir.

Adem no podía evitar sentir pena por Baba, quien claramente era la víctima, el que sufría. El sentimiento de culpabilidad le corroería por dentro. Lo habían vuelto a hacer. Le habían hecho enfadar, aunque Baba los había avisado una y otra vez. El chico deseaba reconciliarse con él, besarle la mano y prometerle que jamás volvería a chuparle la sangre.

—¿Te digo yo cómo cocinar las lentejas? Pues claro que no. Porque no es mi trabajo. ¡Y conducir no es el tuyo, mujer! ¿Qué sabes tú de coches?

En ese momento, pisó el freno con tanta fuerza que la camioneta derrapó como si avanzara sobre hielo. Resbalaron a toda velocidad hacia el otro lado de la carretera y chocaron contra un parterre, y por muy poco no cayeron en una zanja. Adem abrió los ojos y descubrió una calma que no había conocido antes: el silencio perfecto que se impone tras un accidente. Por primera vez, percibió los susurros del viento, los haces de luz en el aire. Su hermano Tariq se sujetaba el codo, con el rostro contraído por el dolor y los labios fruncidos alrededor de un grito que nunca emitió. Despacio, Baba abrió la puerta y bajó de la camioneta, con un corte sangrante en el labio superior. Rodeó el vehículo y abrió la puerta de su esposa.

—¡Baja!

—Oh, por favor —rogó Aisha con el rostro ceniciento.

—¡He dicho que bajas!

Agarrándola por el brazo, Baba la arrastró hacia el capó, que se había abierto con el impacto, y le dijo:

—Ya que sabes tanto de coches, arregla esto.

Aisha no movió un solo músculo de la cara. Baba le empujó la cabeza hacia el motor y solo se detuvo cuando la frente de la mujer chocó contra él con un ruido sordo.

—¿Qué pasa? ¿No puedes arreglarlo?

Aisha murmuró palabras tan ahogadas que ni Adem ni sus hermanos lograron entenderlas. Sin embargo todos oyeron las de Baba.

—¡Entonces cierra la boca y no me digas cómo tengo que conducir!

Entre los tres, los dos chicos y Baba, empujaron la camioneta y la sacaron del parterre. Tariq los observó sin decir palabra mientras se sujetaba el brazo roto. También su madre esperó en el borde de la carretera, llorando. Siempre sucedía lo mismo. Todos los pícnicos empezaban con grandes esperanzas y terminaban con alguien llorando o herido.

Por la noche Adem tenía que recordarse que era su otro *baba* el que se volvía loco de furia, igual que era su otro *baba* el que golpeaba el volante, las paredes, las mesas, las puertas, el armario de la vajilla, y, cuando eso no bastaba, lo azotaba con el cinturón, y el que una vez dio una patada a su mujer en la entrepierna que la hizo caer por las escaleras. Le ayudaba recordarse que no era el mismo hombre. No porque atenuara el dolor o el miedo, sino porque hacía que al día siguiente le resultara más fácil volver a querer a Baba (el Sobrio).

## Un retazo de verdad

Londres, diciembre de 1977

Entre bastidores se encontraba la sala de los artistas. En realidad, nadie la llamaba así, solo Roxana. Solo a ella le gustaba pensar en ese vestuario frío, repleto de objetos, que olía a cigarrillos, polvos de talco, perfume y sudor como en una área de descanso para los artistas antes de salir al escenario. Lo cual no significaba que se considerara una artista, porque no lo hacía. Según la ocasión, utilizaba palabras distintas para referirse a su profesión: intérprete, bailarina de *ballet*, animadora, bailarina exótica...

Era casi medianoche. En menos de quince minutos le llegaría el turno de salir a escena. Mientras repasaba su traje, se esparcía purpurina plateada por el pecho. En el primer acto, aparecía vestida de bailarina de samba. Llevaba una diadema con vistosas plumas moradas, un sujetador adornado con pedrería y lentejuelas, pantalones plateados de brillo metálico y, debajo, un tanga exiguo que mostraba al final del espectáculo. Con la habilidad propia del hábito, abrió el estuche de maquillaje y preparó los cosméticos y pinceles de distinto tamaño. Se trataba de un estuche viejo y gastado que multitud de mujeres habían utilizado muchas veces. Las esponjas tenían un color champiñón poco saludable, los cepillos de rímel estaban llenos de grumos gruesos, en la paleta faltaban algunos colores y esos platillos la miraban como cuencas de ojos vacías. No quedaba turquesa, por ejemplo, ni platino y champán —los tonos favoritos de Roxana—, de modo que se decidió por el violeta. Otra vez.

Cuando terminó con el rostro, se aplicó un pintalabios color melocotón. Finalmente se subió los pechos y se los colocó de manera que parecieran más grandes y carnosos en el interior del sujetador con volantes. En Inglaterra nunca los llamaban «pechos». Utilizaban nombres divertidos como «peras», «tetas», «melones» o «lecheras».

Una vez había bailado en privado para un caballero de edad avanzada; un miembro conservador del Parlamento que tenía un segundo empleo como comerciante de pieles, o eso se rumoreaba, y quien le había dicho: «Menea esas domingas de gelatina para mí, cariño». Roxana tardó un par de segundos en descifrar a qué parte de su cuerpo se refería exactamente.

Su inglés había mejorado de manera notable a lo largo de los años, aunque seguía manteniendo un acento marcado y persistente. A veces acentuaba las erres de forma deliberada, alargaba las us, reemplazaba las uve dobles por uves. Ya que no podía librarse de su acento, lo hacía aún más fuerte, más evidente, como todos en Inglaterra esperaban que hablara una rusa, puesto que eso era lo que Roxana decía a quienes conocía, que era de Rusia.

En realidad era búlgara. Sin embargo, en Inglaterra, incluso en Londres, donde se oían tantas lenguas y dialectos por la calle, la gente no sabía demasiadas cosas acerca de su país. Los Balcanes eran un *puzzle* de miles de piezas, cada una de ellas igualmente desconocida y excéntrica. Si Roxana dijera que era de Bulgaria, la gente asentiría con prudencia y no preguntaría nada más. Sin embargo, cuando comentaba que había nacido y crecido en Rusia, le respondían con un sinfín de preguntas. Era intrigante, y de algún modo romántico, ser de la tierra de la nieve, el vodka, el caviar y, curiosamente, de los espías de la KGB.

«Las chicas que aspiran a lo más alto, son las que caen más bajo», solía advertir la gente. Sin embargo, aunque fuera cierto, aunque al final tropezara, y aunque su sueño estuviera destinado a ser más breve que el aliento de una mariposa, el esfuerzo habría merecido la pena, ¿no? Roxana era su propia creación. Se había adjudicado un nombre (Roksana, Roxane o Roxie, como los hombres la llamaban según la ocasión), una nacionalidad, un pasado, un futuro y una historia que contar. La verdad, su verdad, no se escondía bajo múltiples capas como las enaguas de una dama victoriana. Consistía en el conjunto de todas las invenciones que hacían de ella lo que era: una joven de una

aletargada ciudad búlgara, que se hacía pasar por rusa y bailaba samba brasileña en un club de *striptease* en el centro de Londres.

Detrás del escenario, tras las cortinas magenta que llevaban años sin lavarse, si es que se habían lavado alguna vez, Roxana esperaba, lista y maquillada. Echó un vistazo y vio que la sala estaba llena. Otra noche movida. Estaban los asiduos y algunos clientes nuevos: los solteros, los que pronto se casarían, los recién divorciados y los maridos que llevaban tiempo casados. Jóvenes y mayores, pero sobre todo hombres de mediana edad.

Entonces lo vio en la barra, bebiendo despacio su soda. El turco de cabello oscuro con gesto de desesperación infinita, que llevaba la aprensión encima como si fuera una chaqueta consumida por las polillas. Lo había visto por primera vez en la casa de juego a la que la había invitado uno de los propietarios chinos. Allí fue donde conoció su nombre: Adem. Lo observó con atención mientras jugaba a la ruleta y se dijo que cualquier otro hombre se habría marchado de inmediato y se habría pulido hasta el último penique. Sin embargo, él había vuelto al día siguiente, había apostado aún más fuerte y lo había perdido todo. Una parte de ella lo despreciaba por su estupidez. Sin embargo, otra parte aplaudía su temeridad.

Desde entonces había acudido a cada uno de sus espectáculos, y a su término siempre la invitaba a una copa. Se había mostrado interesado y le había preguntado sobre su pasado, esperando oír la más triste de las confesiones. El único retazo de verdad que se permitió contarle fue la afición de su padre por la bebida.

«¿En serio? Conque tu viejo era como el mío, ¿eh? Baba murió con el hígado hinchado», comentó Adem.

Fue entonces cuando el rostro de ella dibujó un gesto de dolor, como si hubiera tropezado con un obstáculo. No quería conocer la triste historia de ese hombre. No quería descubrir las historias lamentables de nadie. Lo único que deseaba era inventarse sus propias historias, aliviada por la seguridad de que no eran ni jamás serían reales.

Le haría el vacío, le diría que se alejara de ella. Tal vez hiriera sus sentimientos, pero sería lo mejor para él... y su familia. Quizá entonces fuera

fiel a su esposa, aunque lo dudaba. Los hombres como él, una vez empezaban a frecuentar lugares de esa clase y a fantasear con aventuras románticas que la vida les había negado, no regresaban a sus casas hasta haber experimentado algo realmente desastroso.

# Gran juramento

Londres, octubre de 1977

**Y**unus era el único de los niños Toprak que había nacido en Inglaterra. Hablaba en inglés con fluidez, tenía algunas nociones de turco y ninguna de kurdo. Tenía el pelo de color caoba, rizado en las puntas, pecas en las mejillas y las orejas de soplillo, lo que le daba un encantador aire infantil. Tenía la cabeza un poco desproporcionada en relación con el cuerpo, y algo grande para su edad, «por pensar demasiado», según su madre. El color de los ojos le cambiaba de verde musgo a verde mirto según el tono de la ropa que llevara o de su estado de ánimo. Le pusieron el nombre de Jonás, el profeta que huyó: el hombre que cuando supo que su misión era informar al pueblo de verdades que no estaban listos para oír, se retiró a las colinas con la esperanza de librarse de la misión que Dios le había encomendado. El hombre que fue engullido por una ballena, en la que tuvo que pasar tres oscuros días y tres oscuras noches, solo y atenazado por el remordimiento.

A Yunus, de siete años, le encantaba escuchar ese relato y el rostro se le encendía de curiosidad al imaginarse el estómago de la ballena: oscuro, profundo y húmedo. Había otra razón por la que esa dura prueba le interesaba: al igual que el profeta, Yunus tenía la costumbre de salir corriendo. Cuando no le gustaba la escuela, se marchaba, y cuando no le gustaba lo que veía en casa, huía de su familia. Ante la más mínima señal de aburrimiento, ya estaba de pie, listo para marcharse de nuevo. Pese a los implacables esfuerzos de Pembe, pasaba tanto tiempo fuera de casa, recorriendo las calles y callejones de Hackney, que podría dar indicaciones a los taxistas.

Pembe solía comentar que no entendía que sus hijos fueran tan distintos entre sí, y Yunus era realmente diferente. El introvertido. El filósofo. El soñador. El ermitaño que vivía en una cueva de su imaginación y descubría riqueza en lo vulgar, compañía en la soledad, belleza en todas partes. Mientras que Iskender y Esma envidiaban la buena suerte de la gente y luchaban, cada uno a su modo, con sus circunstancias, Yunus no aborrecía a nadie y contaba solo consigo mismo. Aunque todos los miembros de la familia se sentían como unos extraños, si bien por razones distintas, Yunus parecía más que satisfecho con su situación. Cuando se encerraba en sí mismo, experimentaba tal plenitud que no necesitaba ninguna distracción. Podría haber vivido en el vientre de un pez sin problemas.

Pembe creía que se había salido de su camino porque no había disfrutado lo suficiente de su útero ni de su leche. Yunus era el único de sus hijos que había nacido de manera prematura y que, al rechazar su pecho, había tenido que tomar biberón. «Y así ha salido. Distante, inalcanzable», se quejaba.

Mientras que Iskender ansiaba controlar el mundo y Esma cambiarlo por completo, Yunus aspiraba a comprenderlo. Así de simple.

A principios del otoño de 1977, Yunus fue el primero en advertir que a su madre le ocurría algo. Parecía retraída, perdida en sus pensamientos. Alguna vez olvidaba darle la paga. También lo atiborraba menos, y cada vez le metía menos comida en la boca, por lo que Yunus se dio cuenta de que, sin duda, le sucedía algo. Pembe jamás se olvidaría de darle de comer; aunque fuera la mañana del Apocalipsis, se aseguraría de que su hijo subía al cielo con el estómago lleno.

Pero Yunus no estaba preocupado por sí mismo; siempre eran los otros quienes le quitaban el sueño. Además, había encontrado la forma de conseguir algo de dinero para sus gastos, bastante más del que Pembe le daba.

En Moulins Road, varias calles al noroeste de su escuela, había una casa. Un edificio grande que se alzaba en solitario, abandonado y habitado por fantasmas, según los vecinos. Tenía un tejado de pendiente pronunciada, un porche que lo rodeaba en su totalidad y ventanas de arco apuntado. Yunus lo había descubierto durante una de sus muchas exploraciones del vecindario. La

casa estaba ocupada por un grupo de jóvenes: punkis, anarquistas, nihilistas, pacifistas, marginados de la sociedad y desviados de distinta procedencia y filiación... Formaban un grupo variopinto y colorido, en el que predominaban los tonos rojo y negro. Nadie de la familia Toprak sabía cómo Yunus había entrado en contacto con ellos, pero los okupas parecían sentir simpatía hacia ese muchacho inteligente. Les hacía recados cuando estaban demasiado cansados o sencillamente no tenían ganas de salir. Pan, queso, leche, jamón, barritas de chocolate, latas de tabaco, papel de fumar... Yunus había descubierto dónde encontrar las mejores ofertas para cada producto.

A veces también le pedían que recogiera paquetes de un asiático de gesto adusto que vivía en un edificio poco iluminado a diez minutos en bicicleta, tarea que Yunus temía en secreto, aunque el hombre siempre le daba una propina y no le hacía preguntas. Del lugar emanaba un hedor inquietante a descomposición y enfermedad. La casa ocupada también apestaba, a veces aún más que la otra. Y, sin embargo, por debajo del fuerte olor que lo envolvía todo y a todos, se filtraban también otros aromas: a flores, hierbas y especias, de vidas en transición.

En el interior de la casa había una escalera curva de madera que ascendía tres pisos, tan empinada y podrida que se bamboleaba cada vez que alguien subía o bajaba por ella. Los tabiques del primer y el segundo piso se habían derribado, con lo que se habían conseguido espacios abiertos que se utilizaban como amplias habitaciones; incluso las bañeras se utilizaban como camas. En el tercer piso estaba el ágora. Los okupas solían reunirse allí, como los griegos antiguos en las ciudades-Estado, para discutir, votar y tomar las decisiones que afectaban a la comuna.

La mayoría de los muebles de la casa estaban reservados para el ágora: lámparas sacadas de tiendas de segunda mano, butacas y sillas de comedor — de las que no había dos iguales—, sofás cubiertos de quemaduras de cigarrillo. Había también una alfombra oriental de color rojo que nadie sabía de dónde había salido. Un poco deshilachada en algunas zonas, pero aún en buen estado, era, probablemente, el objeto más valioso de toda la casa. Amontonados por el suelo había libros, revistas y publicaciones temáticas, y una mezcla de tazas de café, copas de vino, galletas rancias desde hacía tiempo, armónicas y un radiocasete roto que nadie intentaba reparar... Todo

era de todos, y casi nada pertenecía a alguien en concreto.

El número de residentes variaba de una semana a otra. Yunus se dio cuenta de ello durante su segunda visita, al encontrarse con caras nuevas y ser informado de que los chicos que había conocido la vez anterior se habían marchado.

—Es como una casa flotante —aclaró un hombre, y le dedicó una sonrisa de colocado—. Este es nuestro barco y navegamos hacia el Gran Desconocido. Durante el camino, algunos pasajeros desembarcan y otros suben a bordo.

El hombre llevaba el pelo teñido de amarillo canario y peinado en puntas que parecían llamas. Parecía que se le hubiera incendiado la cabeza.

—Sí, una arca —añadió una joven irlandesa de ojos almendrados, pelo negro azabache y sonrisa radiante. Se volvió hacia el chico y se presentó—: Hola, me llamo...

Pero Yunus no llegó a oír su nombre. Ni en ese momento, ni más adelante. Estaba concentrado en el pendiente que llevaba en el labio, los de las cejas, y los tatuajes que le cubrían los brazos, los hombros y la parte superior del pecho. Al notar su sorpresa, la joven le pidió que se acercara y le mostró todos los tatuajes visibles de su cuerpo, como un coleccionista de arte que mostrara sus obras a un invitado a su fiesta.

En el brazo izquierdo lucía la figura de un arquero porque era su signo: Sagitario. Y como no quería que el arquero se sintiera solo y triste, había colocado un ángel con una arpa junto a él. Desde la nuca y extendiéndose por los hombros, le bajaba una enorme flor de loto, blanca y verde oscuro, cuyas raíces ocupaban la totalidad de su espalda. En el brazo derecho llevaba una rosa en flor con una palabra escrita debajo: *Tobiko*.

—¿Qué significa?

—Es una larga historia —respondió la joven encogiéndose de hombros.

—Mi hermana dice que no hay largas historias. Que solo existen las historias cortas y las que no queremos contar.

—Ah, qué guay. ¿A qué se dedica tu hermana?

—Quiere ser escritora y escribir novelas en las que no se enamore nadie, porque el amor es para los tontos.

La joven se rio. A continuación, le contó la historia de su tatuaje. Una vez

se tatuó «Toby», el nombre de su novio, por encima de la muñeca. «Estaba metido en el negocio de la música, y siempre estaba como una cuba». Pero ella lo quería igual. Un día le comunicó que estaba embarazada, aunque no era verdad; solo quería ver cómo reaccionaba. Los hombres solo podían reaccionar de dos maneras ante una noticia así. Nunca se sabía. A veces cambiaban y el hombre más agradable respondía con crueldad, mientras que el más distante se volvía dócil, considerado y totalmente zen.

—¿Cómo reaccionó tu novio? —preguntó Yunus.

—Bueno, se puso como un loco. ¡Se le fue la olla, al muy capullo!

La respuesta de Toby fue preguntar si el hijo era suyo. Y aunque lo fuera, agregó, ella tendría que «sacarlo de ese lío». Entonces fue cuando la joven lo dejó, aunque sin ganas de hacerlo. Eliminar un tatuaje no era tarea fácil, y le quedaría una cicatriz para siempre. No es que le molestaran las cicatrices, porque formaban parte de la vida, pero no quería una cicatriz de él en su cuerpo. Así pues, fue a un tatuador, que convirtió «Toby» en «Tobiko».

—Vaya. ¿Y qué significa?

—Bueno, es un plato japonés —aclaró—. Huevas de pez volador.

—Huevas de pez volador —susurró Yunus, como si no quisiera romper el hechizo. Frente a sus ojos, decenas de peces voladores saltaron del agua y se deslizaron con elegancia hacia la puesta de sol. Yunus, el muchacho que llevaba el nombre del profeta que había sobrevivido en el vientre de una ballena, se había enamorado.

Desde ese momento, se presentaba en la casa a la menor ocasión. Siempre dejaban que se quedara, aunque no tuvieran encargos para él. Se sentaba junto a Tobiko y escuchaba con atención cada una de sus palabras, aunque casi nunca era capaz de seguir la conversación. Desempleo, falsa conciencia, derechos laborales, hegemonía cultural... Si se permanecía fuera del sistema capitalista era imposible llevar a cabo cualquier cambio significativo del mismo, aprendió Yunus. Sin embargo, si pasabas a formar parte de ese orden, te destruiría el alma. «Entonces, ¿cómo se transforma algo desde dentro pero sin implicarse en ello, colega?». Yunus reflexionaba sobre ello mientras bebía té humeante y tomaba algún que otro sorbo de vino, pero por muy alto que flotara, no conseguía dar con la respuesta.

Por la noche, Yunus soñaba con la casa de los okupas navegando a la

deriva por un mar tan perfecto que se mezclaba con el cielo en que las gaviotas planeaban y se precipitaban en picado. Veía a los okupas chapoteando en el agua, gritando y desnudos, como alegres sirenas. Tobiko también estaba allí, de pie en un acantilado, la larga melena negra agitada por el viento mientras lo saludaba con la mano, invadida por la felicidad. Yunus le devolvía el saludo, y con el sol en el rostro se sumergía en la profundidad azul y nadaba hasta que le dolían los músculos.

Por la mañana se despertaba en una cama húmeda.

En esa casa no se cocinaba demasiado, salvo por el plato que se había convertido en su especialidad: chile con carne. Carne picada, tomates en lata y bolsas de frijoles. Para almorzar comían galletas, barritas de chocolate, manzanas, plátanos y pasteles de supermercado a punto de caducar. Si estaba de humor, Tobiko preparaba magdalenas con lo que encontrara en la cocina y añadía hachís en abundancia.

El ayuntamiento de Hackney llevaba tiempo intentando desalojar a los okupas para que la casa pudiera ser restaurada y vendida por una cantidad elevada. La guerra entre ambos grupos era continua. En los últimos tiempos, la compañía de electricidad, tras descubrir que los okupas habían hallado el modo de conectarse a su red, envió a un empleado para que les cortara el suministro. Ahora el suelo estaba cubierto de velas y quinqués que proyectaban sombras inquietantes sobre las paredes. El baño se atascaba con frecuencia y el hedor era repugnante. Yunus no entendía que Tobiko siguiera viviendo allí. Si fuera mayor y tuviera trabajo y un piso propio, le pediría que viviera con él. Sin embargo, era probable que Tobiko se llevara con ella al Capitán, y el Capitán tendría que invitar al resto de la pandilla, porque los líderes necesitan gente a la que dirigir, y por tanto todos terminarían en su casa, que tras un par de semanas quedaría igual que la que ocupaban.

El hombre al que todos llamaban Capitán era un tipo delgado como un palo con un flequillo que le caía sobre los ojos de color gris cuarzo, con los dientes algo manchados por el tabaco y que llevaba un anillo en cada dedo, incluidos los pulgares. Tenía tendencia a decir en voz alta lo que se le pasara por la cabeza. Le encantaba hablar y su voz grave adquiría un tono más apasionado

con cada nuevo tema que trataba, dejando a su público embelesado. El Capitán fue el primero en llamar «moro» a Yunus. Era la primera vez que el niño oía esa palabra, pero no le gustó en absoluto.

—No te preocupes —le dijo Tobiko cuando Yunus compartió con ella su inquietud—. A pesar de lo que pueda parecer, no es racista. Porque, ¿cómo va a ser racista si es antifascista? ¿No crees?

Yunus parpadeó.

—Lo que quiero decir es que le gusta encasillar a la gente, solo para ver qué posición ocupa cada uno. Su mente funciona así.

—A mi hermana, Esmá, también le gustan mucho las palabras —intervino Yunus, consciente de que era un comentario estúpido, pero haciéndolo de todos modos.

Tobiko sonrió.

—El Capitán no es que ame las palabras. Es que les hace el amor.

El rostro del chico debió de traslucir envidia y desesperación, pues, de repente, Tobiko tiró de él hacia sí y le dio un beso en la frente.

—Cariño, ¿cómo me gustaría que tuvieras diez años más!

—Los tendré —respondió Yunus con seguridad, aunque se ruborizó hasta las orejas—. Dentro de diez años.

—Ya, pero dentro de diez años yo seré una uva pasa, vieja y arrugada. —Le alborotó el pelo en un gesto propio de ella que Yunus detestaba, aunque jamás lo reconocería.

—Me haré mayor deprisa —aventuró el niño.

—Sí, seguro que lo harás. Ya eres el niño más viejo que conozco.

Dicho lo cual, volvió a besarlo, esa vez en los labios, en una caricia ligera y húmeda. Yunus se sintió como si hubiera besado la lluvia.

—No cambies nunca —susurró Tobiko—. No dejes que el avaricioso sistema capitalista te atrape.

—Vale.

—Dame tu palabra. No..., espera. Promételo por algo que de verdad te importe.

—¿Por el Corán? —preguntó Yunus con timidez.

—Oh, sí. Perfecto.

Y en ese instante, con labios temblorosos y el corazón desbocado, el

pequeño de siete años juró a Alá que jamás permitiría que el sistema capitalista se acercara a él, aunque no tenía la más remota idea de lo que eso podía significar.

*Cárcel de Shrewsbury, 1990*

*Por fin ha llegado. Un póster de Harry Houdini. El hombre al que no se podía encadenar ni poner grilletes. Ni encarcelar, a decir verdad. Mi ídolo. Es una de sus primeras fotografías. En blanco y negro, con distintos tonos de gris. Houdini aparece joven en la foto, como un mago enjuto de frente ancha y ojos sobrecogedores. Lleva el esmoquin remangado y muestra media docena de esposas en las muñecas. En su cara no hay ni rastro de miedo, tan solo un aire pensativo y concentrado. Se diría que acaba de despertar de un sueño.*

*Lo cuelgo en la pared. Flipi lo ve y esboza una sonrisa. Mi compañero de celda se llama Patrick, pero nadie recuerda su nombre. Cada vez que ve algo que atrae su atención, lo cual sucede con bastante frecuencia, incluso en un lugar tan aburrido como este, exclama: «¡Tío, es flipante!». Y de ahí su mote.*

*Flipi es más joven que yo, y un poco más bajo. Piel cetrina, pelo escaso en la coronilla, ojos marrón oscuro con pestañas densas. No importa la edad que tenga un preso, las madres siempre creen que sus hijos son buenos chicos a los que los amigos han corrompido. Por lo general es una gilipollez, pero en el caso de Flipi resulta cierto. Era un buen chico de Stafford que se juntó con unos elementos de la peor calaña. Lo curioso es que aquellos capullos quedaron impunes, pero a Flipi le cayeron diez años. Así son las cosas. A los canallas no les pasa nada. Solo pillan a los que fingen serlo. No digo que nosotros seamos mejores. Hacerse pasar por un canalla es peor que serlo, a veces.*

*No se lo he dicho nunca, pero los ojos de Flipi me recuerdan a los de Yunus. Él es a quien más echo de menos. Nunca he sido un hermano de verdad para él. No estuve a su lado cuando me necesitó, porque estaba demasiado ocupado librando las batallas equivocadas.*

*Yunus es ahora un hombre adulto. Un músico de talento. O eso dicen. Solo ha venido a verme dos veces en doce años. Esma aún me visita de vez en cuando, aunque hace tiempo que no viene.*

Cuando la veo me dice lo mucho que me echa de menos, me compadece y me odia, en ese orden. Pero Yunus no. Se ha largado, como siempre ha hecho. Ni siquiera las palabras más duras de Esma me duelen tanto como la ausencia de mi hermano. Me gustaría que me perdonara. Si encontrara el perdón en su corazón, quiero decir. No porque espere que me quiera. Eso es un sueño vano. Quiero que me perdone por su bien. El rencor es tóxico: te provoca cáncer. La gente como yo estamos acostumbrados a él, pero Yunus merece algo mejor.

-¿Qué es eso, tío? -pregunta Flipi, señalando la pared.

-Era un gran mago. El mejor.

-¿En serio?

-Sí. Algunos de sus trucos siguen siendo un misterio.

-¿Podía hacer desaparecer a la gente?

-Podía hacer desaparecer a un puto elefante.

-¡Vaya, es flipante!

Pasamos la tarde hablando de Houdini, cada uno con la cabeza llena de historias y, en el caso de Flipi, también de droga. A mí me gusta fumarme un porro de vez en cuando, pero eso es todo. Nada de pastillas ni de caballo. Nunca lo he probado y no lo haré. No pienso tomar ese camino. Cuando le recuerdo a Flipi que tiene que dejarlo, se lleva el pulgar a la boca y hace el ruido de chupárselo. «No soy un bebé -dice-. ¡Cierra el pico!».

Sonríe como un niño travieso, el muy drogata. Pero no se pasa. Sabe que es el único que puede hablarme de ese modo y conoce mis límites.

Poco después de pasar lista esa noche, Martin aparece con un carcelero bajo y fornido que no habíamos visto antes. El tipo tiene un hoyuelo en la barbilla y el pelo tan negro que me pregunto si se lo tiñe.

-El funcionario Andrew McLaughlin empieza hoy a trabajar. Estamos visitando algunas celdas.

Martin se jubilará pronto y quiere asegurarse de que respetemos al joven que lo sustituirá. Se hace un silencio extraño, como si todos tuviéramos vergüenza y no supiéramos qué decir. De repente, los ojos de Martin se dirigen al póster colgado a mis espaldas.

-¿De quién ha sido la idea? -murmura, y sin dar tiempo a una respuesta, se vuelve hacia mí-. Tuya, ¿verdad?

Martin es un actor pésimo. Ya había visto el póster. Si no lo hubiera aprobado, jamás habría llegado a mis manos. Pero ahora finge que es la primera vez que lo ve. Y solo lo hace

para demostrar al nuevo que estará a punto de jubilarse, pero no se le pasa una. Comenta que a lo largo de los años ha visto toda clase de pósteres en las paredes: de mujeres y familiares, iconos religiosos, estrellas de cine, futbolistas, jugadores de críquet y conejitas Playboy, pero que el de Houdini se lleva la palma.

-A lo mejor te estás volviendo loco -comenta Martin entre risas.

-A lo mejor.

El funcionario McLaughlin se me acerca y olfatea a mi alrededor, como un perro de caza en busca de un rastro.

-O puede que esté planeando escapar. Houdini era un escapista.

¿A qué venía eso? La vena de la frente se me hincha ligeramente.

-¿Por qué iba a hacerlo?

-Claro -responde Martin, la mirada de repente más severa-. ¿Por qué iba a hacer algo así? -A continuación, se vuelve hacia el carcelero nuevo y le dice-: Alex lleva aquí desde el año setenta y ocho. Aún le quedan dos años.

-Un año y diez meses -corrijo.

-Ya -responde Martin, y asiente como si eso lo resumiera todo.

En el rostro de Martin, como es habitual, hay dos sensaciones en lucha: la repugnancia y el respeto. La primera llevaba allí desde el primer día y nunca desaparecerá: desprecio por un hombre que cometió el peor delito imaginable y destrozó la vida que Dios le concedió. El respeto llegó mucho más tarde, y de manera insospechada. Martin y yo tenemos una historia en común.

Sin embargo, la cara del funcionario McLaughlin cuenta una historia distinta.

-Creo que conozco tu caso -dice sin entusiasmo-. Me acuerdo de que lo leí y me pregunté cómo era posible que alguien le hiciera algo así a su propia madre.

Me doy cuenta de que tenemos la misma edad. Y no solo eso. Estamos hechos de la misma pasta. Es posible que hayamos frecuentado las mismas calles de jóvenes, que hayamos besado a las mismas chicas. Entonces se apodera de mí una sensación muy extraña, como si estuviera mirándome en un espejo deformado. McLaughlin es el hombre en el que podría haberme convertido si hubiera seguido un camino distinto. Y yo soy el convicto que podría ser él si no hubiera logrado escapar en el último

momento.

-¿Catorce años, eh? Qué vergüenza.

Martin tose nervioso. No está bien recordarle a un hombre su delito de pasada, como quien habla del tiempo. Solo se hace como último recurso. Por lo general, nunca se recuerda lo que pasó. De todos modos, un hombre en prisión ya es un hombre encarcelado en su pasado.

-Alex ha dado un cambio en los últimos años -interviene Martin, como un guía turístico-. Ha pasado por momentos oscuros, pero ahora se está recuperando.

El bueno de Martin, siempre tan optimista. He pasado un infierno, es verdad. Pero él sabe, como lo sabemos Flipi y yo, y también el fantasma de mi madre, que sigo en ese infierno.

Tenía una reputación espantosa. Supongo que aún la tengo. Me calentaba con facilidad y era difícil prever qué podía cabrearme. Ni siquiera yo era capaz de determinarlo la mayoría de las veces. Cuando no estaba de humor, me volvía violento. Mis puñetazos con la izquierda eran duros como un ladrillo, o eso dicen. A veces estallaba sin más. Entre los presos, los únicos que se ponían así eran los droga tas. Cuando necesitaban algo y no lo conseguían, perdían los estribos. Pero yo no lo soy. Y tal vez eso me vuelva más aterrador. Ese es mi estado natural, sobrio. Me hacía daño. En la cabeza, porque no me gustaba lo que tenía ahí dentro. Me apagaba cigarrillos en las palmas de las manos, que se me hinchaban como ojos abultados. Me hacía cortes en las piernas. Hay mucha carne en una pierna, en los muslos, las rodillas, los tobillos. Multitud de posibilidades. En Shrewsbury, una cuchilla es valiosa como un rubí, pero no tan difícil de encontrar.

-Ya os iréis conociendo -agrega Martin.

-Seguro que sí -responde el funcionario McLaughlin.

Flipi presencia esos momentos de tensión, incómodo. Sabe lo que está pasando. Lo ha visto antes. A veces un guardia te coge manía y ahí se ha terminado todo. Si empiezas con mal pie, la relación nunca mejora.

El guía turístico intenta de nuevo la reconciliación.

-Alex es boxeador. Es nuestro deportista. Ganó una medalla cuando iba a la escuela.

Es un comentario extraño como defensa, y no hace falta decir que nadie se ríe. Quiero agradecerle a Martin que se ponga de mi parte, pero si aparto la mirada del joven funcionario, aunque solo sea por un segundo, quedaré expuesto.

*Tiene que darse cuenta de que no soy una nenaza. La última vez que me comporté como tal fue veinte años atrás. Un niño subido a un árbol para que no lo circuncidaran. No sirvió de nada. Desde entonces, no he vuelto a ser débil. Me he equivocado. Me he equivocado a más no poder. Pero nunca me he mostrado débil. Así que no muevo un músculo, no parpadeo y sigo mirando a McLaughlin a los ojos, que me mira con la misma fijeza, probablemente por las mismas putas razones.*

*A continuación se marchan.*

*Me despierto sobresaltado en plena noche. Al principio creo que mi madre me ha visitado. Pero, por mucho que lo intento, no consigo sentir su presencia. No oigo ningún crujido como de hoja seca, no veo un suave resplandor como de luz de luna atrapada. Solo está Flipi, roncando, tirándose pedos, haciendo rechinar los dientes, combatiendo sus demonios.*

*Me incorporo de repente y miro alrededor para descubrir qué diablos me ha despertado. Y entonces lo veo. Ahí, en el suelo, hay un papel. Alguien debe de haberlo lanzado entre los barrotes de la puerta. Bajo la tenue luz del pasillo, lo recojo. Es un recorte de periódico. Del Daily Express.*

## UN ADOLESCENTE ASESINA A SU MADRE POR «HONOR».

2 DE DICIEMBRE DE 1978

Un joven de dieciséis años de origen turco-kurdo apuñaló a su madre en Hackney en un asesinato por honor. Iskender Toprak apuñaló a Pembe Toprak frente a la casa familiar en Lavender Grove.

Al parecer la mujer, de treinta y tres años y madre de tres hijos, mantenía una relación extraconyugal. Según la versión de los vecinos, Adem y Pembe Toprak seguían casados, si bien no vivían juntos. «Cuando el padre está ausente como en esta familia, la obligación de resguardar el honor de la madre recae sobre el hijo mayor, que en este caso era Iskender», declaró un testigo presencial. La policía investiga si el adolescente, que aún no ha sido detenido, actuó en solitario o fue el elegido por

la familia para llevar a cabo un asesinato planeado entre todos.

Una portavoz de Scotland Yard declaró a *The Times* que no era el primer caso de este tipo en el Reino Unido y Europa, ni sería el último. Anunció que en estos momentos están investigando ciento cincuenta muertes relacionadas con crímenes por honor. «Por desgracia, la cifra podría ser aún más elevada, puesto que no todos los casos terminan en manos de la policía —declaró—. La familia y los vecinos siempre saben más de lo que cuentan. La gente más cercana a la víctimas oculta valiosa información.

»Es un cáncer cada vez más extendido en nuestra sociedad, ya que son muchas las comunidades en que el honor de la familia se antepone a la felicidad de sus miembros», agregó la portavoz.

*Me tiemblan tanto las manos que el recorte de periódico vibra como agitado por el viento. Mataría por un cigarrillo. O por un trago. Algo fuerte y sencillo. Mi padre jamás lo supo, pero los chicos y yo solíamos tomarnos una sidra o una cerveza de vez en cuando. Pero nunca bebíamos whisky. Eso era demasiado fuerte. Lo probé por primera vez entre estas paredes. Si sabes con quién relacionarte, en la cárcel puedes conseguir lo que quieras.*

*Doblo el papel por la mitad, dirigiendo las puntas hacia el centro. Un cuadrado, dos triángulos, un rectángulo... Vuelvo a hacer coincidir las puntas, tiro de los triángulos y ahí está: un barco de papel. Lo dejo en el suelo. No hay agua en la que flotar. Ni viento que empuje las velas. Parece un barco de cemento. No va a ningún sitio. Como el dolor que siento en el pecho.*

ISKENDER TOPRAK

# Esma

Londres, diciembre de 1977

Vivíamos en Hackney, en una calle que se llamaba Lavender Grove. Mi madre sentía una profunda decepción por el hecho de que no hubiera plantas de lavanda en la zona que justificaran ese nombre. Jamás perdió la esperanza de encontrar una algún día, en el jardín de un vecino, o a la vuelta de una esquina, en un bosquecillo olvidado, un mar violeta.

Me encantaba el barrio. Peluquerías africanas, una cafetería jamaicana, la panadería judía, el chico argelino tras el mostrador de su frutería, que pronunciaba mi nombre de manera extraña y siempre me tenía reservado un regalo, los músicos sin un penique que vivían a la vuelta de la esquina y ensayaban a diario con las ventanas abiertas y que me descubrieron, sin saberlo, a Chopin; el artista que dibujaba retratos en el mercado de Ridley Road por diez chelines, y que una vez me dibujó uno a cambio de tan solo una sonrisa. Gente de todos los credos y razas.

Antes de en esa casa, vivimos en un piso en Estambul; el lugar donde Iskender y yo pasamos los primeros años de nuestra infancia y que ahora formaba parte de otros tiempos, de otro país. Allí fue donde nuestra familia vivió antes de que nos mudáramos a Inglaterra en mayo de 1970, poco antes de que naciera Yunus. Como muchos expatriados, mamá también tenía una memoria selectiva. Del pasado que había dejado atrás recordaba sobre todo, si no únicamente, lo bueno: el calor del sol, las pirámides de especias en el mercado, el olor a algas en el viento. La tierra natal permanecía immaculada, un Shangri-La, un refugio en potencia al que regresar, si no físicamente, por lo

menos en sueños.

Mis recuerdos, no obstante, eran de naturaleza contradictoria. Tal vez, del pasado que han compartido, los niños nunca recuerden lo mismo que sus padres. Muy de vez en cuando, mi mente volaba al sótano de aquella vieja casa: los muebles tapizados en azul celeste; los tapetes de ganchillo, blancos y redondos, que cubrían las mesas auxiliares y los estantes de la cocina; la colonia de moho en las paredes; las ventanas altas que daban a la calle... El piso que se esbozaba en mi recuerdo era un lugar de iluminación tenue en el que una radio con interferencias sonaba a todas horas y un leve olor a podrido flotaba en el ambiente durante todo el día. Siempre estaba en penumbra, mañana o tarde suponía poca diferencia.

Yo era pequeña cuando ese lugar era un hogar para mí. Me sentaba con las piernas cruzadas sobre la alfombra del salón y miraba hacia arriba, boquiabierta, por las ventanas cercanas al techo. A través de ellas veía un tráfico frenético de piernas a derecha e izquierda. Gente que iba a trabajar, que volvía de comprar o que había salido a dar un paseo.

Observar los pies de los transeúntes y tratar de adivinar cómo eran sus vidas era uno de nuestros juegos favoritos; un juego de tres jugadores: Iskender, mamá y yo. Así, por ejemplo, veíamos un par de zapatos de tacón de aguja caminando con paso brioso y acelerado, con las tiras bien atadas a los tobillos y oíamos el repiqueteo sobre la acera. «Creo que va a ver a su prometido», aventuraba mamá, y después se inventaba una intrigante historia de amor y pena. A Iskender también se le daba bien ese juego. Cuando veía un par de mocasines sucios y desgastados, improvisaba la explicación de que pertenecían a un hombre que llevaba tiempo sin trabajo y estaba tan desesperado que se dirigía a atracar el banco de la esquina, donde el guarda jurado le dispararía.

Si bien ese sótano no recibía mucha luz del sol, la lluvia lo azotaba con fuerza. Las lloviznas no suponían una amenaza, pero cuando el agua alcanzaba más de cinco centímetros en la ciudad, los desagües de la casa se desbordaban y en la habitación trasera se formaba un lago turbio y sucio. Los ceniceros de madera, las palas de servir, los marcos de las fotos y las cestos de bambú eran buenos nadadores. Las bandejas de horno, las tablas de cortar, las teteras, el mortero y el macillo eran desastrosos. El jarrón de cristal se hundía rápido,

pero las flores de plástico se mantenían a flote. Y también estaba el rascador de espalda... Siempre deseé que se hundiera, pero nunca lo hizo.

Mis padres habían hablado de marcharse del apartamento, pero aunque tuvieran los medios para ello y encontraran un sótano más soleado en ese barrio pobre, no había ninguna garantía de que soportara mejor los infames aguaceros de Estambul. Era posible que, a lo largo de los años, hubieran desarrollado cierto apego hacia su piso. Por muy oscuro y húmedo que fuera, al fin y al cabo era su hogar.

Estambul... En lo más profundo de mis recuerdos lentos y arremolinados, el nombre de la ciudad sobresalía entre los cientos que había almacenado a lo largo de mi vida. Me coloqué la palabra en la lengua, y la lamí despacio, con entusiasmo, como si fuera un caramelo. Si Londres fuera una golosina, sería un tofe: sabroso, intenso y tradicional. Estambul, en cambio, sería regaliz de cereza: una mezcla de sabores opuestos, capaz de convertir lo amargo en dulce y lo dulce en amargo.

Mi madre empezó a trabajar por primera vez en su vida poco después de que mi padre perdiera dos meses de sueldo en el juego. De repente, el dinero se volvió más necesario que nunca. Mientras Iskender estaba en el colegio, mamá iba a las casas de los ricos, donde cuidaba de los niños, cocinaba, limpiaba las habitaciones, fregaba las cacerolas, planchaba la ropa y, de vez en cuando, les ofrecía un hombro sobre el que llorar. Yo me quedaba al cuidado de una vecina, una anciana de lengua afilada y dura de oído, pero por lo demás agradable.

Por las noches, como si fueran cuentos, mamá nos contaba historias sobre la vida en esos chalets en que cada niño tenía su propia habitación y los maridos modernos invitaban a sus mujeres a tomar una copa con ellos. Una vez vio a una pareja poner música de *jazz* en el reproductor y bailar, lo cual le pareció un poco vergonzoso, pues pisaron la alfombra con los zapatos sucios, y confirmó su teoría de que la gente adinerada era un poco excéntrica. Si no, ¿por qué pondrían aceitunas verdes en las bebidas, destrozarían alfombras suntuosas y picarían dados de queso pinchados en palillos?

Después de trabajar para varias familias, mamá encontró un empleo a

jornada completa. Sus empleadores eran gente famosa. La mujer era actriz y acababa de dar a luz a una niña. En cuanto al marido, nunca llegamos a descubrir con exactitud a qué se dedicaba y solo sabíamos que siempre estaba ocupado y viajaba con frecuencia. El trabajo de mi madre consistía en ocuparse de la casa y del bebé, así como de la actriz, que no parecía manejar demasiado bien los cambios que se habían producido en su vida. Temperamental y aquejado con frecuencia de cólicos, el pequeño lloraba constantemente. Ella era una mujer hermosa de ojos almendrados, pelo negro azabache, nariz proporcionada y manos delicadas con venas finísimas. Si sus admiradores la hubieran visto de ese modo, tal vez se habrían decepcionado, pero mamá sentía una intensa ternura hacia ella en ese estado desaliñado y abatido.

Por esa época, la anciana que me cuidaba había caído enferma y mamá empezó a llevarme con ella. Mientras yo jugaba, ella trabajaba sin descanso y, en secreto, esparcía semillas de cardamomo alrededor de la cama de la actriz para protegerla de los *yinn*. Después tomábamos un autobús y un *dolmush*, un microbús, y volvíamos a casa en el momento en que el cielo se veía bajo y oscuro sobre la ciudad. Transcurrió un mes entero. Mamá esperaba recibir su sueldo cualquier día de esos, pero nadie lo mencionaba y a ella le daba vergüenza pedirlo.

Una tarde, mientras mamá cocinaba y yo jugaba debajo de la mesa de la cocina, apareció el marido de la mujer despidiendo un leve aroma agrio a loción de afeitado y *whisky*. Tenía los ojos inyectados en sangre pero su mirada contenía una expresión extrañamente divertida. Ajeno a mi presencia, se tambaleó hasta mi madre y la agarró de la cintura.

—Chist —dijo el hombre, llevándose un dedo a los labios—. Todos están dormidos. Están durmiendo. No nos verán. Están dormidos. Así que nosotros también podemos dormir. Te compraré cosas bonitas. Zapatos, bolsos, ropa, unos pendientes de oro... Eres una mujer buena, una santa. Por favor, ten compasión de mí. Mi mujer nunca lo sabrá, y tu marido tampoco. Están todos dormidos. No soy un mal hombre. Pero soy un hombre, como cualquier otro, y tengo necesidades. Mi esposa ya no es una mujer. Ha cambiado desde que ha tenido al bebé, está siempre llorando y quejándose. Toda la ciudad está dormida.

Mi madre lo empujó contra la pared y el hombre, borracho, ofreció poca resistencia. Las manos le colgaban a los lados y el cuerpo se le doblaba como si estuviera vacío, como un muñeco de trapo. Mientras tiraba de mí con una mano y alcanzaba su bolso con la otra, mamá se dirigió al pasillo con paso decidido, pero entonces se dio cuenta de que no tenía dinero suficiente para volver a casa.

—Señor... Aún no me ha pagado.

El hombre estaba de pie junto a la puerta, tambaleándose ligeramente.

—¿Quieres dinero? —preguntó en tono sorprendido.

—Es la paga...

—¿Me tratas así y encima quieres que te pague? —la interrumpió—. ¡Eres una zorra!

Salimos de la casa. Tomamos el autobús, bajamos en nuestra parada habitual y decidimos caminar el resto del camino. Sin embargo, mamá no prestaba atención al recorrido. Paso a paso, nos perdimos por avenidas principales y calles serpenteantes que no conducían a ninguna parte. Estaba oscureciendo. Descubrimos que estábamos en la costa, en una zona que no conocíamos. Había rocas enormes y negras junto a la orilla, y las olas rompían contra ellas. Nos sentamos para recuperar el aliento y nos quedamos observando el esplendor de la ciudad y su indiferencia hacia nosotras.

Me fijé en las diminutas conchas que cubrían la playa y me levanté a recogerlas. Estaba paseando junto al mar cuando vi a dos hombres que se acercaban a mi madre. Comían pipas y escupían las cáscaras, dejando un rastro tras de sí como en el cuento de Hansel y Gretel.

—Buenas noches, hermana, se te ve muy triste —dijo el primero—. ¿Qué hace una mujer como tú aquí a estas horas?

—Sí, parece que necesitas ayuda —comentó el otro.

Mamá no respondió. Hurgó en el bolso en busca de un pañuelo mientras se sorbía la nariz. Encontró algunas horquillas, las llaves de casa, un puñado de avellanas que se había olvidado de darme, una fotografía de sus hijos y un espejo en el que vio reflejada su melancolía, pero ningún pañuelo.

—Si no tienes donde pasar la noche, puedes venir con nosotros.

—Te cuidaremos bien —añadió el otro hombre con descaro.

—No necesito vuestra ayuda —respondió mamá con un matiz de enfado en

la voz. A continuación se volvió hacia la orilla y gritó—: ¡Esma, ven aquí ahora mismo!

Los hombres se sorprendieron al verme, pero no se alejaron. Por el contrario, nos siguieron en silencio. Era un juego. Mamá se resistió. Ellos insistieron. Mamá se resistió. Ellos insistieron. Mamá al fin se rindió.

—¡Largaos! ¿No veis que soy una mujer casada?

Uno de los hombres la miró con expresión nerviosa, pero el otro se rio y puso los ojos en blanco, como preguntándose «¿y qué?».

La noche oscura y neblinosa, a cada paso encontramos menos gente por la calle, y el tráfico era escaso. Aceleramos con cuidado de evitar las esquinas, donde la luz de la luna proyectaba contornos grises en los árboles. Nos cruzamos con un par de mujeres que paseaban junto a sus maridos o hermanos, disfrutando de su protección, del privilegio. Pasaron diez minutos, tal vez más, cuando nos encontramos con un anciano que iba con un niño.

—*Salam aleikum*. ¿Estás bien?

Sin esperar a que mamá respondiera, espeté:

—¡Nos hemos perdido!

Tras asentir con la cabeza en un gesto amable, el hombre me sonrió.

—¿Y dónde está tu casa, querida?

Mamá susurró el nombre de nuestro barrio, pero a modo de cortesía añadió que no debía preocuparse por nosotras.

—Bueno, estáis de suerte. Mi nieto y yo también vamos hacia allí.

—No es verdad —protestó el niño, un poco mayor que yo.

El hombre apretó el hombro de su nieto.

—A veces el camino más corto es tomar la ruta de un amigo.

Acto seguido se volvió hacia los dos hombres que nos seguían y les dirigió una mirada tan severa que apartaron la vista, de repente avergonzados.

Así comenzamos nuestro regreso a casa: mamá, yo, el anciano y el niño. Inhalé el aroma a sal que el viento transportaba desde el mar mientras me sentía eternamente agradecida a los dos desconocidos que, de manera inesperada, se habían convertido en compañeros de viaje. Cuando llegamos a nuestra calle, mamá le preguntó al hombre el nombre de su nieto.

—Yunus —respondió orgulloso—. Lo circuncidarán la semana que viene, *Inshallah*.

—Si Dios me da otro hijo, me acordaré de usted y lo llamaré Yunus, para que sea tan amable con los desconocidos como usted lo ha sido conmigo.

De vuelta en nuestro sótano, sentado bajo las ventanas que llenaban la sala de un vacío color pizarra, mi padre esperaba, fumando sin parar. En cuanto oyó el ruido de la llave en la cerradura, se incorporó de un salto.

—¿Dónde habéis estado?

—Hemos tenido que volver a pie —respondió mamá, y me miró con el entrecejo fruncido—. Esmá, quítate el abrigo y ve a tu habitación.

Me empujó por el pasillo y cerró la puerta con tal brusquedad que rebotó y quedó entreabierta.

—No tenía dinero para el *dolmush*.

—¿Qué quieres decir con que no tenías dinero? ¿Cuánto te han pagado?

—Nada. No voy a volver a trabajar para ellos.

—¿Qué diablos estás diciendo? —preguntó mi padre elevando la voz, pero solo un poco—. Tengo deudas, ya lo sabes.

—No me han pagado...

Durante un minuto, no oí un solo sonido. Entonces, como si emergiera a la superficie de aguas oscuras para tomar aire, mi padre inspiró con fuerza.

—Llegas a casa a estas horas y crees que voy a creerme tus mentiras. ¿Dónde está el dinero, puta?

En el sofá había un rascador de espalda. Un utensilio frío, de color amarillo mostaza, fabricado en cuerno de carnero. En un abrir y cerrar de ojos, mi padre lo agarró y se lo arrojó a mamá, tan distraída por sus palabras que no logró esquivarlo a tiempo. El objeto la golpeó en un lado de la cara con un ruido sordo y le hizo un corte en el cuello.

No, mi padre, Adem Toprak, no maltrataba a su mujer ni a sus hijos. Sin embargo, esa noche, y otras noches durante los años siguientes, se enfadó con facilidad y empezó a soltar por la boca sapos y culebras, a escupir palabras cargadas de pus y bilis; también solía lanzar objetos contra las paredes, mientras maldecía al mundo entero por llevarlo a ese límite, donde temía que la sombra de su violento padre lo estuviera esperando para recordarle que tal vez no fuera tan distinto a él.

## Una caja de «baklavas»

En un pueblo cercano al río Éufrates, 1961

**N**acido y criado en Estambul, Adem salió por primera vez de la ciudad cuando tenía dieciocho años. Cargado con una maleta llena de ropa interior limpia, colonia de lavanda y una caja de *baklavas*, subió a un autobús y, veinticuatro horas después, agotado y desorientado, llegó a una población del suroeste del país de la que no tenía demasiadas referencias. Desde allí, viajó en la parte trasera de un camión hasta un pueblo que limitaba con el extremo norte de Siria. Era allí donde su hermano Jalil llevaba cinco meses cumpliendo el servicio militar.

Tenía el rostro moreno por el sol de invierno y había perdido peso, pero el cambio más notable de Jalil estaba en su comportamiento. Sus ojos habían adquirido un brillo pensativo y parecía extrañamente reticente, como si el hecho de llevar uniforme hubiera modificado su carácter. Si bien aceptó con alegría la ropa interior y la colonia, parecía más meditabundo que entusiasmado. Adem lo observó con curiosidad, pues al cabo de más o menos un año también él se convertiría en soldado. Como el servicio militar era obligatorio, había decidido cumplirlo en cuanto terminara en el instituto. Creía que la universidad no estaba hecha para él, y de todos modos no se podía permitir seguir estudiando. Cuando regresara del ejército, encontraría un trabajo, se casaría y tendría seis hijos: tres niños y tres niñas. Ese era, en resumen, el futuro que tenía previsto para sí.

Al término del turno de visita, Adem dejó a su hermano en su puesto y viajó a lomos de un burro hasta el pueblo más cercano. Tierra congelada, del

color de la avena, se extendía ante él hasta donde le alcanzaba la vista. Allí la naturaleza era severa, implacable. Fue mientras observaba el paisaje cuando cayó en la cuenta de que se le había olvidado dar a Jalil la caja de *baklavas*.

«*Kismet* —pensó—. Tal vez no tuviera que ser para él».

Al llegar al pueblo, Adem encontró al *muhtar*, el gobernador de la aldea.

Por una feliz casualidad, su padre había hecho negocios con él en el pasado. Y aunque los dos hombres llevaban años sin verse, habían mantenido el contacto a través de amigos en común. Así, antes de salir de viaje, Adem había enviado una postal al conocido de su padre para comunicarle su llegada. Lo preocupante era que no había recibido respuesta.

—¿Postal? ¿Qué postal? —gritó el gobernador cuando Adem llamó a su puerta—. No he recibido nada.

Era un hombre de complexión morena, tan alto que tenía que agacharse para pasar por debajo de los marcos de las puertas. Lucía un bigote tupido con las puntas hacia arriba y unas patillas embadurnadas en algo parecido al aceite.

—Yo..., lo siento..., entonces será mejor que me vaya —respondió Adem.

—¿Adónde crees que vas?

—Yo..., verá, es que...

—Ningún visitante es mal recibido bajo mi techo —gruñó el gobernador.

Adem se dio cuenta poco a poco de que ese kurdo no estaba enfadado con él; y de que no gritaba. Tenía un tono de voz alto y ronco por naturaleza, y hablaba en turco con tan poca fluidez que parecía enfurecido aun cuando no lo estaba.

—Bueno, gracias. Será solo una noche, en realidad.

—¿Una sola noche? No puedes marcharte tan pronto. Dentro de dos días se celebra una boda. Tienes que venir con nosotros o la familia del novio se ofenderá.

«¿Cómo van a ofenderse si ni siquiera me conocen?», quiso preguntar Adem. Sin embargo, las costumbres eran diferentes en esa parte del país, y mucho más estrictas. Además, no tenía ninguna prisa por volver a Estambul. En realidad, nadie allí esperaba con ansias su regreso.

Las bodas, si bien eran acontecimientos alegres, se habían convertido desde hacía tiempo en un fuente de tristeza para Adem, pues le recordaban a su

madre, Aisha. Su nombre ya no se mencionaba en casa; se habían encargado de destruir sus fotografías, como si jamás hubiera existido. Su labor de encaje, los pañuelos que había bordado, los collares que habían adornado su largo cuello y las blusas, las medias y las horquillas que había llevado, todo ello ardió en una hoguera que encendió Baba (el Ebrio).

Fue así como Adem aceptó el ofrecimiento del gobernador de quedarse en el pueblo, y aprovechó para darse un festín de mantequilla fresa, crema y miel. La tarde siguiente, el gobernador se quedó dormido tras el almuerzo mientras su mujer y sus hijas se ocupaban de sacar brillo a los objetos de metal de la casa, y sus hijos se encontraban inmersos en una partida de *backgammon*. Adem había visto a su hermano por la mañana. Esa segunda visita había sido más breve, aunque no menos sentimental. De nuevo, se olvidó de darle las *baklavas*. Ahora, como el *backgammon* no le interesaba y no tenía nada mejor que hacer, decidió salir a dar un paseo.

Caminó por el pueblo observando las casas desvencijadas, las grietas en las paredes, los niños con las uñas sucias, los surcos dejados por los carros y las caravanas que habían abandonado esas tierras para no regresar jamás. Era un paisaje inhóspito y sombrío, pero extrañamente cautivador. Se encontró con un grupo de perros callejeros que escarbaban en un montón de basura, y uno de ellos, grande, de pelaje rojizo y los ojos inyectados en sangre, le enseñó los dientes. Los otros perros lo imitaron y empezaron a gruñir y a arrugar el morro, con las orejas echadas hacia atrás. Adem dio media vuelta y salió corriendo, si bien era consciente de que con ello animaría a los perros a perseguirlo. Sin aliento, corrió por caminos de barro sin ningún sentido de la orientación, hasta que llegó a una casa con césped en la que había gallinas y pollitos en el jardín delantero. Vio a alguien sentado en el muro del jardín, y cuando se fijó descubrió que era una joven —ya no era una niña, pero aún no era una mujer—, que se burlaba con disimulo de su pánico. Adem corrió hacia ella y entró en el jardín sin pedir permiso, animado por la seguridad que demostraba la joven.

Segundos después, los perros llegaron al jardín y lo rodearon por todos los flancos. Uno se acercó peligrosamente, agazapado. Cuando estaba a punto de atacar, la joven dio unas palmadas y gritó en un tono que mezclaba autoridad y diversión, pero con palabras que Adem no comprendió. El efecto

fue mágico. Uno a uno, los animales se fueron sentando y agachando la cabeza, con el rabo entre las piernas.

Adem miró fijamente a su salvadora, molesto porque lo hubiera rescatado una chica, pero también profundamente aliviado. La joven tenía un hoyuelo en la mejilla izquierda y grandes ojos de mirada transparente, separados en equilibrio con el rostro, del color de un lago sin fondo. En la mano llevaba un pastelito que no tardó en devorar. Jamás había visto a una muchacha con tanto apetito.

—¿Te dan miedo los perros? —preguntó.

Adem no respondió.

—Si lo notan, te asustarán. ¡Son animales muy listos! A mi hermana le encantan. —Se inclinó hacia delante como para revelar un secreto—. A mí, no.

Hablaba turco con un acento muy marcado. «Una joven kurda ignorante —pensó Adem—. Lo más probable es que esté llena de piojos». Dirigió un vistazo a su cabello trenzado con esmero, de color castaño con reflejos dorados y ámbar. Las ganas de acariciarle las trenzas fueron tan intensas que incluso llegó a alzar una mano, pero la detuvo en el aire.

—¿Cómo es que sabes turco, si casi nadie lo habla en este pueblo? —preguntó Adem.

—Fui a la escuela, igual que todas mis hermanas. Mi padre insistió en ello.

Adem dirigió la mirada a la casa y examinó los vestidos, faldas y calcetines colgados a secar.

—¿Cuántas hermanas tienes?

—Soy la octava de la familia.

—¡Vaya! ¿Y no tienes ningún hermano?

Meneando la cabeza, la joven cambió de tema.

—Oye, ¿quieres un poco? Lo he hecho yo misma.

Adem aceptó el pedazo de pastel que la joven le ofrecía y hundió los dientes en la masa, rica y esponjosa. No esperaba que fuera tan bueno. Los perros levantaron la vista con gesto expectante y menearon el rabo. Ante sus miradas de reproche, ambos comieron en silencio, sin saber cómo proseguir la conversación.

—Vivo en Estambul —comentó Adem cuando se le ocurrió algo que decir.

—¿En serio? Todo el mundo dice que es muy bonita.

—Es verdad —respondió con un matiz de orgullo en la voz. Entonces se dio cuenta de que empezaba a gustarle esa chica. Su actitud desprendía una ligereza que le resultaba fascinante, y la naturalidad con que le hablaba lo tranquilizó.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo la joven de repente, y prosiguió sin esperar una respuesta—. ¿Es verdad que en Estambul los adoquines son de oro?

Adem se preguntó qué clase de joven era aquella: lo bastante valiente para enfrentarse a un grupo de perros salvajes, pero tan inocente como para creerse algo así. Adem se enamoró de su encanto, y se descubrió respondiendo:

—Sí, así es. Si te casaras conmigo, vendrías a Estambul y lo verías con tus propios ojos.

La joven se sonrojó.

—¿Por qué iba a casarme contigo?

—Porque te llevaría lejos de aquí.

—No quiero irme lejos. Aquí tengo todo lo que necesito.

Adem seguía pensando qué responder cuando oyeron una voz femenina que procedía de la casa. La chica se puso en pie de un salto y se quedó frente a él, mirándolo a los ojos con intensidad. A continuación, se volvió hacia los perros y, agitando un dedo, gritó:

—Dejadlo en paz.

En cuanto la joven desapareció, Adem comenzó a salir despacio del jardín. El líder de la manada lo observó con fijeza, y cuando pasó por su lado le gruñó, con lo que Adem dio un respingo y soltó el pedazo de pastel que le quedaba. Consternado, se quedó mirando la mancha pastosa del suelo, el azúcar mezclándose con la tierra.

No había adoquines de oro en Estambul. Ni en ningún otro lugar del mundo. No había sueños que perseguir. Esas cosas solo existían en los cuentos y las leyendas. El mundo real, con la gente real, se parecía a una mezcla de tierra y azúcar, y tenía más o menos el mismo sabor. ¿Acaso esa joven no lo sabía?

Al día siguiente, Adem asistió a la boda, que no se parecía a nada que hubiera presenciado antes. Un patio a rebosar de hombres de todas las edades, sentados en un semicírculo, un músico golpeando el tambor mientras otro tocaba el clarinete, niños correteando en libertad y mujeres que observaban desde los tejados planos, con las caras medio cubiertas y las manos pintadas con henna. Adem se fijó en que los hombres solteros tomaban la precaución de no mirar hacia arriba, y él hizo lo propio y mantuvo la vista al frente.

Al otro lado de la entrada estaban los padres del novio y de la novia, sentados uno junto al otro, pero sin dirigirse una palabra. Según su categoría o el grado de cercanía, los parientes se acomodaban a un lado o a otro. La novia y el novio estaban en el centro, donde todo el mundo pudiera escudriñarlos a placer. El novio, recién afeitado, sonreía con frecuencia. Resultaba imposible saber cómo se sentía la novia, pues su rostro permanecía oculto tras un reluciente velo de color rojo. De vez en cuando, una mujer se le acercaba con disimulo y le ofrecía algo para beber. Entre las dos levantaban el velo lo justo para que pudiera tomar un sorbo sin ensuciarse la ropa y sin que le vieran el rostro.

Adem se estaba planteando sentarse en un rincón tranquilo cuando el gobernador lo vio y, al tiempo que daba golpecitos al asiento que tenía al lado, gritó:

—Tú, chico de ciudad, ven a sentarte aquí.

Así lo hizo. Se sentó allí de buen humor, dispuesto a disfrutar de la celebración, hasta que el hombre que tenía al lado sacó una pistola y empezó a disparar al aire. De inmediato, otros lo imitaron. El ruido era ensordecedor. Una de las balas impactó contra el tejado de una casa cercana y dejó un agujero y una nube de polvo que brotó de los tablones. Temiendo que le alcanzara un disparo, Adem miró alrededor presa del pánico y, en pleno caos, contuvo la respiración al verla, de pie sobre un tejado, mirándolo tranquila y confiada, como si tuviera la conciencia de ser la única criatura serena en un mundo que había perdido el control.

En cuanto cesaron los disparos, Adem se excusó para ir al baño, aunque lo que en realidad deseaba era descubrir el modo de hablar con ella. Nada más salir por la puerta principal, vio a la joven sentada junto a un pozo, preparando bebida de yogur en una enorme cacerola. ¿En qué momento había

bajado del tejado?

—Me alegro de verte de nuevo —dijo Adem.

La joven le dirigió una mirada fría.

—¿De qué hablas?

A Adem se le ocurrió que estaba fingiendo no haberlo visto antes por razones de reserva y recato; cualidades que, sin duda, se esperaban de una mujer en un lugar como ese. Así pues, decidió seguirle el juego.

—Lo siento, no debería haberte molestado. No me conoces, claro. Me llamo Adem. ¿Me dices tu nombre?

—¿Y por qué iba a decirte mi nombre? —espetó, con los labios y el ceño fruncidos, y el hoyuelo marcado en la mejilla derecha.

Ese día, sus ojos tenían un aspecto distinto, el mismo pero diferente, pues brillaban con una expresión condescendiente, o eso le pareció a Adem. Durante un instante pensó que la joven se estaba burlando de él. Se disculpó y se alejó lentamente.

Cuando regresó, después de haber hecho pis detrás de un arbusto y algo más tranquilo, la joven ya no estaba junto al pozo. La novia se marchaba hacia su nuevo hogar, montada en un caballo de color marfil del que tiraba un chico para que la mujer tuviera hijos. La crin del animal estaba decorada con lazos rojos y cuentas contra el mal de ojo, y llevaba la cola trenzada. Mientras un grupo de niños y algunas mujeres seguían al caballo, ululando y dando palmas, los invitados masculinos se prepararon para sentarse a almorzar. Los jóvenes entraron cargados con bandejas de latón enormes y redondas. Mientras regresaba, a Adem le llegó el aroma de las tortas de pan y la carne. De nuevo en el jardín, volvió a ver a la joven. Parecía tener prisa y llevaba en brazos a una niña pequeña que no dejaba de llorar.

—¿Por qué estás enfadada conmigo? —le preguntó Adem al tiempo que le impedía el paso.

—¿Qué? ¿Por qué iba a estar enfadada contigo? —respondió con una carcajada. Incluso la niña que llevaba en brazos pareció sorprenderse, y dejó de llorar de repente.

—Entonces, ¿por qué no me has dicho cómo te llamas?

Mientras se colocaba un mechón de pelo dentro del pañuelo poco apretado, sonrió.

—Porque no me lo has preguntado. Pero ya que te interesa, me llamo Yamila.

Adem asintió agradecido.

—¿Y tu nombre?

—Pero si te lo he dicho hace un momento —repuso en un susurro grave.

Una expresión divertida le cruzó el rostro.

—Es posible que hayas hablado con Pembe, mi gemela. ¿Cuándo la has visto?

Como si la pregunta los hubiera motivado, volvieron a desatarse los disparos. La niña rompió a llorar de nuevo y Yamila tuvo que llevársela del jardín. Adem permaneció allí de pie, algo confuso pero también aliviado. ¡Una gemela! Sí, eso lo explicaba todo. La actitud severa, la mirada glacial. Esa no era Yamila. No era su Yamila.

Por la noche, Adem se quedó junto a la ventana y observó el resplandor de la luna sobre los tejados, los rayos plateados que bañaban el pueblo. Las luces de las casas parecían puntas de cigarrillos encendidos en la oscuridad. Echaba de menos Estambul y se alegró de estar a punto de regresar. Sin embargo, ¿qué haría sin Yamila?

Entonces decidió ir a ver al gobernador, a quien encontró en camisa, fumando su pipa. Junto a él había un quinqué que proyectaba sombras sobre las paredes y le formaba dos círculos oscuros debajo de los ojos.

—Me gustaría regalarle estas *baklava*, darle las gracias por su hospitalidad y...

—Ah, no. No puedo comer nada de eso. Ojalá pudiera —lo interrumpió el hombre con voz cansada—. Soy diabético.

Adem se quedó mirando la caja que sostenía entre las manos. Tal vez estuviera destinada para otra persona. Respiró hondo. Había planificado abordar el asunto de manera indirecta, pero en ese momento se dio cuenta de que solo había un modo de hacerlo.

—Hoy, en la boda, he visto a una chica.

—¿Una chica?

Adem observó el rostro del hombre mientras levantaba lentamente las cejas y comprendía a qué se refería. «¡Oh, Dios mío! El muchacho cree que se ha enamorado».

—Háblame de esa chica —lo animó el gobernador—. ¿Cómo se llama?

—Yamila —respondió Adem, y sintió que se sonrojaba.

—Yamila... No conozco a ninguna Yamila.

—Tiene el pelo largo y castaño, y unos grandes ojos verdes.

Mientras daba una calada tras otra a su narguile, el gobernador negó con la cabeza.

—No. No hay ninguna chica así por aquí.

—Habla turco.

—Ah... Creo que ya sé de quién hablas. Las hijas de Berzo. Todas fueron a la escuela. ¿Te refieres a Belleza Suficiente?

—¿Belleza Suficiente?

—Sí, su gemela y ella, las dos tienen dos nombres. Rosa Destino y Belleza Suficiente —aclaró el gobernador, pero no ofreció más explicación—. Mira, eres demasiado joven para saberlo, pero el amor de un hombre es el reflejo de su carácter.

Adem lo escuchó sin saber cómo interpretar sus palabras.

—Si el hombre es conflictivo, su amor estará lleno de peleas. Si es amable y plácido, su amor será un bálsamo. Si se está compadeciendo todo el tiempo, su amor se desmenuzará hasta convertirse en polvo. Si es un hombre jovial, su amor rebosará alegría. Antes de entregar tu corazón a una mujer, tienes que preguntarte qué clase de amor puedes ofrecerle.

—Soy un buen hombre —respondió Adem.

—El único hombre bueno que conozco es el profeta, que en paz descansa —replicó el gobernador—. En cualquier caso, Berzo tiene muchas hijas. La costumbre dicta que debe casar primero a la mayor. Y Yamila es la pequeña. Sin embargo, creo que podría ser la unión perfecta, porque la familia ha atravesado una época difícil. La madre, Naze, murió durante el parto, pobre mujer. Deseaba tanto tener un hijo... Berzo volvió a casarse, pero la nueva esposa aún no le ha dado hijos. Y después está la hija mayor, Hediye...

—¿Qué le pasa?

—Ese hombre está maldito, hijo. Es probable que quiera casar a sus hijas cuanto antes. Puede que Yamila no tenga que esperar.

Adem esbozó una sonrisa. Por pequeña que fuera, había esperanza.

—Pero recuerda que son pobres —susurró el gobernador—. Es posible

que tu padre y tus hermanos no aprueben que te cases con una mujer kurda, y de pueblo. Por otro lado..., tu familia tampoco tiene muy buena reputación desde que tu madre se marchó con otro hombre. Tal vez sea mejor que elijas a alguien de por aquí, de lejos de tu casa.

De súbito, la expresión de Adem se tiñó de sombra. No sospechaba que el hombre conociera la vergüenza que pesaba sobre su familia. Las palabras, al igual que las tribus errantes, no tenían una dirección fija. Se desplazaban hasta el último rincón, se extendían por todo el ancho mundo.

## Un amor como un cometa

En un lugar cercano al río Éufrates, diciembre de 1977

**E**n el silencio de la noche, Yamila se quedó dormida junto a la chimenea con la cabeza inclinada hacia un lado. La mano izquierda le colgaba por encima de la silla y en la derecha sujetaba con firmeza una carta. Se había quedado dormida mientras la leía por quinta vez.

Era un sueño incómodo, lleno de demonios. Tenía las mejillas encendidas y una ligera capa de sudor le perlaba el rostro. En su sueño, se encontraba en una ciudad que le resultaba extrañamente familiar y distinta a cualquier otro lugar del mundo. Por su centro corría un río, ancho y revoltoso, con navíos de todos los tamaños amarrados en el atracadero, oscilando de arriba abajo. Yamila estaba sola en la orilla, echando un vistazo en el interior de un barco pesquero. En la cabina había una reunión de gente de expresión huraña y cuerpos maleables y viscosos, como de cera. Todos hablaban con fervor sobre... ella.

Un gemido suspirado se escapó de los labios de Yamila. Un hombre del grupo —que guardaba un extraño parecido con Adem—, la vio y alertó al resto. Furiosos y resentidos sin razón, bajaron del barco a toda prisa y la persiguieron por el muelle. Yamila huyó tan rápidamente como le fue posible y cruzó callejones serpenteantes y plazas adoquinadas, pero pronto se cansó, pues sentía los pies pesados como bloques de cemento. Se despertaría al cabo de un rato: cuando sus perseguidores por fin la acorralaran en un callejón sin salida, se catapultaría con todas sus fuerzas fuera del sueño, jadeante. Sin embargo, en ese momento seguía dentro, en la ciudad de su pesadilla.

El ambiente de la cabaña era húmedo y viciado. El último leño de la chimenea se prendió en un chasquido y emitió una lluvia de chispas doradas como el polvo de una varita mágica. Fuera, en el valle, un pájaro graznó. Sonaron pasos, si bien lejanos, indistintos. Yamila no los oyó. Todavía no. Seguía corriendo para salvar su vida, y justo había doblado la esquina que la llevaba al callejón sin salida.

Ahora mismo, el rostro de Yamila parecía el de una mujer mayor de treinta y dos años. Tenía arrugas en el cuello, líneas retorcidas que se asemejaban a un alfabeto arcano labrado en madera. La realidad era que hacía años que había dejado de sentirse joven.

Con una sacudida repentina, Yamila echó el cuerpo hacia atrás y se despertó con la talla del respaldo de la silla grabada en la mejilla. Tenía un dolor tan agudo en el hombro izquierdo que al principio no se atrevió a moverse. Con delicadeza, se masajeó las piernas entumecidas con una mano mientras en la otra seguía sujetando la carta. Durante un instante observó el papel con la mirada perdida, como si hubiera olvidado lo que era. Sin embargo, a diferencia de los barcos de su sueño, la carta era de verdad. Tanto como las montañas que la rodeaban, e igual de solemne. Yamila la leyó de nuevo.

*Hermana mía:*

*Desde que llegué a esta isla, donde aún no he visto el mar, he deseado muchas veces que estuvieras aquí, a mi lado. Pero nunca con tantas fuerzas como ahora. Si estuvieras conmigo, apoyaría la cabeza en tu regazo y te contaría que estoy cayendo. ¿Tú me sujetarías?*

*Adem no es un marido para mí. Ya no vuelve a casa. Ha conocido a otra mujer. Los niños no lo saben, yo me lo guardo todo para mí. Siempre ha sido así. Tengo el corazón lleno de palabras no pronunciadas, de lágrimas no vertidas. No lo culpo. Me culpo a mí misma. Cometimos el mayor error de nuestras vidas al casarnos, cuando tú tendrías que haber sido su esposa. Es verdad, nunca me amó como a ti. Es un hombre cargado de arrepentimiento y sin pizca de valor. Me da lástima.*

*Cuánto me gustaría que volviéramos a la infancia, tú y yo. Cuando*

*robábamos monedas de las fuentes de los deseos. Si entonces hubiéramos sabido lo que sabemos ahora...*

*¿Te he contado lo que Adem me dijo una vez? «Ojalá tuviera un borrador mágico —dijo—. Son tantas las cosas que me gustaría cambiar». Y, aunque no lo confesó, sé que también hablaba de nosotras. No debería haberme casado con él. No estuvo en mis manos, pero tampoco hice nada para evitarlo. O casi nada. Me moría de ganas de salir del pueblo y él fue mi billete a otras tierras. Yamila, debes de estar enfadada conmigo, ¿verdad? Yo, en tu lugar, lo estaría.*

*¿Alguna vez piensas en nuestra hermana Hediye? El otro día preparé «halva» para su alma, y lo repartí entre mis vecinos. Se sorprendieron un poco, porque no están acostumbrados a nuestras tradiciones. Fue una lástima que no lloráramos su pérdida como deberíamos haberlo hecho. ¿Sientes tú lo mismo?*

*Tu otra mitad, que te quiere.*

*PEMBE*

Yamila se levantó, frotándose los callos de las palmas de las manos. Se acercó a la ventana y echó un vistazo a la oscuridad de la noche. Le pareció que había oído un ruido, pero al escuchar con atención, pensó que se había equivocado. Con un suspiro, se alejó de la ventana, colocó el hervidor en el fuego y preparó té.

—Hay tantas estrellas en el cielo esta noche —comentó Adem. Era una noche gélida de 1961.

Acercándose a ella, con los ojos pegados a su rostro, Adem le contó que algunos amores eran como las estrellas más brillantes. Hacían un guiño a los humanos y les llenaban los corazones de esperanza y alegría, incluso cuando corrían malas épocas. Otros amores se parecían a la Vía Láctea, con los fantasmas de sus antepasados coleando tras ellos en forma de estela pálida luminiscente.

—¿Y qué hay de nuestro amor? —le preguntó Yamila—. ¿También es una

estrella?

Adem se estremeció ante la naturalidad con que Yamila pronunció la palabra. Se había planteado cómo decirle que la amaba, pero ella acababa de mencionarlo. Era más rápida que él, y más atrevida. Para él, todo sucedía demasiado deprisa, y lo dejaba sorprendido e intimidado en igual medida. Sin embargo, no había tiempo de que todo siguiera su curso. No había tiempo de pasear de la mano, de probar besos furtivos ni de conocerse el uno al otro.

El rostro de Adem esbozó una sonrisa galante al decir:

—Nuestro amor es una estrella con una enorme cola doble. ¿Sabes qué es?

Yamila negó con la cabeza.

—Se llama cometa.

—Cometa...

Sin dejar de repetir la palabra, Yamila se puso en pie, agarró la hoz de la pared y se cortó un mechón de la larga cabellera.

—¿Es para mí? —preguntó Adem, sorprendido.

—Te recordará a mí. Llévalo siempre contigo.

El rostro de Yamila traslucía afecto y preocupación, y algo que él no había visto antes en nadie: confianza.

—No tendré que llevarlo conmigo, tú estarás a mi lado todo el tiempo —respondió. Sin embargo, se guardó el regalo en el bolsillo, como si no se creyera sus propias palabras.

Años después, Yamila descubriría más datos sobre los cometas, sobre el modo en que pueden llegar a chocar unos contra otros. Si bien era probable que Adem no lo supiera en ese momento, Yamila llegó a la conclusión de que, al igual que dos cometas, ellos dos se habían dirigido con impresionante velocidad hacia la colisión, dejando atrás la carga de promesas no mantenidas y sueños por cumplir.

Yamila apartó el hervidor del fuego y se sirvió el té en un vaso pequeño. Antes de dar el primer sorbo, se llevó un terrón de azúcar a la boca y lo chupó con fruición. A continuación, con fuerza innecesaria, agarró un bolígrafo como suelen hacerlo quienes no tienen la costumbre de escribir. A diferencia de su gemela, que escribía mitad en turco mitad en kurdo, Yamila se ciñó al kurdo.

*Mi querida Pembe, sangre de mi sangre, mi otra mitad, mi añorada hermana:*

*Nunca me enfado contigo. Nuestras vidas están en manos de Alá, y solo de él.*

*Últimamente me despierto con una sensación de pesadez. Como si me estuviera pasando algo. Ya no logro dormir en mi cama, ahora me quedo dormida en sillas. Nada me alivia. Tengo pesadillas, pero pasarán, por supuesto. No tienes de qué preocuparte.*

Yamila soltó el bolígrafo. Tenía la mano floja y la frente fruncida. Oyó los pasos de gente que se acercaba por el noroeste; tres o cuatro visitantes, se dijo. Percibió el crujido de ramas debajo de las botas pesadas, y el ruido de piedrecitas resbalando hacia el valle que se extendía más abajo.

Podrían ser soldados. O forajidos. Podría ser cualquiera. Yamila miró la puerta. Estaba asegurada y las ventanas estaban cerradas con paneles de madera carcomida por los gusanos. Se colocó el pañuelo de cabeza y descolgó el rifle de la pared. No podía hacer nada más.

Quería terminar la carta. Tenía que contarle más detalles a su hermana sobre esa sensación que la corroía por dentro y advertirla de que no cometiera ninguna imprudencia en cuanto a su matrimonio. Aunque, ¿alguna vez Pembe había sido cauta? Su gemela, la niña delgada que siempre hacía preguntas imposibles, que quería saber por qué las raíces de los árboles estaban bajo tierra y no en el aire, donde podrían beber agua de lluvia sin problemas, había crecido, pero no había cambiado.

A Yamila le pesaba en el corazón que el rostro de su hermana fuera un libro abierto. Cualquier sentimiento que experimentara, desde el más pequeño placer a un ápice de tristeza, lo proyectaba en su expresión. Si no era capaz de disimular las emociones más sencillas, ¿cómo iba a lograr esconder la indiferencia por su matrimonio al resto de la gente?

En el exterior, los pasos se hicieron cada vez más fuertes hasta que se detuvieron en la puerta. Llamaron con suavidad, un toque tímido pero insistente. Yamila respiró hondo, susurró una breve oración y abrió la puerta.

Había tres hombres con un par de perros tras ellos. Eran forajidos, no

cabía la menor duda. De los bigotes les colgaban astillas de hielo, como carámbanos de los tejados. Uno de ellos dio un paso al frente. Era un hombre de complexión robusta, con los ojos hundidos y un diente de oro. No era la primera vez que Yamila lo veía: era el líder del grupo.

—Es mi esposa —empezó el bandido en tono cortante—. Tienes que venir con nosotros.

—¿Cuándo han empezado los dolores?

—Hace dos horas. Tal vez más.

Mientras asentía, Yamila cogió el abrigo y el rifle y salió tras ellos.

Más tarde, esa misma noche, se encontraba en una casa abandonada, con agujeros de bala en la puerta y un techo de chapa ondulada; el rostro cubierto de sangre y sudor, sujetando entre los brazos al bebé más extraño que hubiera visto jamás.

Era una niña o, más bien, una niña y media. Tenía el cuerpo de un niño adherido al pecho y al abdomen. Habían iniciado su viaje en el útero de su madre como gemelos, pero uno de ellos se había desarrollado mientras que el otro se había detenido a mitad del proceso, como si, temeroso del mundo que le esperaba, hubiera cambiado de opinión. El bebé que no había terminado de desarrollarse permanecía unido a su gemela.

—Tenéis que ir a la ciudad —anunció Yamila—. Necesita cirugía. Cuando separen el otro cuerpo, la niña estará bien.

El forajido la miró paralizado, con los ojos entrecerrados en un gesto que no era de desconfianza ni de aceptación.

—¿Es una profecía?

Yamila esperaba tal pregunta, de modo que respondió con amabilidad:

—No, no es una profecía. Estos casos son poco comunes, pero suceden. Algunos gemelos no consiguen separarse.

—Una vez vi una cabra con cinco patas. Era igual que eso —repuso el hombre, como si no hubiera oído una sola palabra.

—Tienes una hija especial que necesitará tu amor —respondió Yamila, y se dio cuenta de que no era capaz de encontrar las palabras que pudieran consolar a ese hombre de las montañas—. Si alguien te dice lo contrario, es porque no es tu amigo. ¿Entiendes lo que te digo?

El hombre apartó la mirada.

Sin embargo, de vuelta en su casucha, exhausta pero aun así incapaz de conciliar el sueño, Yamila se preguntó si no habría sido una señal. No dirigida al bandido y a su familia, sino a ella. Se sentó y terminó la carta para su hermana.

*Acabo de volver a casa de un parto difícil. Siameses. Uno ha muerto, la otra vive. Si estuvieras aquí, preguntaría: «¿Por qué Alá deja que pasen estas cosas? No es justo». Pero yo no me lo planteo así. Yo me resigno, sin condiciones, y hago todo lo que puedo para ayudar a la gente.*

*Querida, no podemos borrar el pasado. No está en nuestras manos. No estoy ni nunca estuve enfadada contigo ni con Adem. ¿Se puede evitar que sople el viento? ¿Se puede hacer que la nieve sea de otro color distinto al blanco? Aceptamos fácilmente que no tenemos poder sobre la naturaleza, pero ¿por qué no asumimos también que no podemos cambiar nuestros destinos? No es tan diferente. Si Alá nos guio por caminos separados, tiene que haber una razón para ello. Tú tienes tu vida allí; yo la tengo aquí. Tenemos que aceptarlo. Pero me preocupa tu matrimonio. ¿No podrías hacer un esfuerzo para que funcionara? Por el bien de tus hijos, debes hacerlo.*

*Mencionas a Hediye. Qué curioso, yo también he estado pensando en ella, últimamente más que de costumbre.*

*Tu hermana que te quiere.*

YAMILA

# No hay sabiduría sin estupidez

En un pueblo cercano al río Éufrates, 1961

**P**or la tarde, el grito del muecín recorrió el pequeño pueblo kurdo. Adem lo escuchó con atención mientras una sensación espantosa le atenazaba el estómago. El tiempo transcurría como en una lenta agonía y, aun así, demasiado deprisa. Había retrasado su regreso a Estambul unos cuantos días y ya no podía alargar más su estancia en el pueblo. Acudió a la mezquita con el gobernador y rezó por primera vez desde que su madre se había marchado de casa.

—Alá, Dios mío, sé que no rezo a menudo —susurró al sentarse sobre la alfombra de oración—. No guardé ayuno durante el último ramadán. Ni durante el anterior. Pero ayúdame, por favor. Haz que Yamila solo tenga ojos para mí. ¡Durante el resto de su vida!

—¿Estás bien, chico? —preguntó el gobernador cuando salieron de nuevo a la luz del sol. Pese a lo despejado del día, el aire era fresco.

—Tengo que casarme con ella.

—¿No eres demasiado joven para eso?

—Soy lo bastante mayor para prometerme.

—Sí, pero ni siquiera tienes trabajo. No has hecho el servicio militar. ¿A qué viene tanta prisa?

El día anterior, Adem había ido a visitar a su hermano Jalil a los barracones, y con su ayuda había enviado un telegrama a Tariq, en Estambul.

MUJER DE MI VIDA STOP  
SÉ QUE SOY JOVEN STOP  
PERO ES LA VOLUNTAD DE DIOS STOP  
ME CASARÉ CON ELLA STOP  
NECESITO TU APROBACIÓN STOP  
Y DINERO STOP

Adem no comentó ese detalle con el gobernador. En lugar de eso, respondió:

—A que he encontrado a la chica que siempre he esperado y a que moriré si no puedo tenerla.

—Entonces tienes que hablar con su padre.

—¿Y si dice que no quiere recibirme?

—No te preocupes, hablaré con Berzo por ti. No te comerá.

—¿Por qué me ayuda? —inquirió Adem tras una breve pausa.

La pregunta provocó una risa ahogada en el gobernador.

—Porque alguien tiene que hacerlo. No creo que consiguieras muchas cosas sin alguien a tu lado.

Conseguir una cita con el padre de Yamila fue más fácil de lo que Adem había imaginado; sacar a relucir el tema, sin embargo, parecía imposible. Berzo, que nunca había sido un hombre hablador, se había vuelto aún más taciturno tras la muerte de su esposa y su hija Hediye. Así pues, cuando Adem visitó la casa de Yamila acompañado por el gobernador y con la caja de *baklavas* bajo el brazo, encontró a un hombre sombrío, con el entrecejo fruncido y la mirada vidriosa.

—He venido a hablar de su hija —comenzó Adem cuando les hubieron servido té e higos secos. Entonces, al recordar que el hombre tenía muchas, agregó—: De su hija Yamila, quiero decir. Belleza Suficiente.

—¡No llamarla así! —respondió el hombre en un turco deficiente.

—Perdón... —balbuceó Adem.

El padre de Yamila soltó una serie de palabras en kurdo que el gobernador tradujo de manera sucinta como: «Dice que solo la difunta madre de la niña puede llamarla Suficiente».

Adem sintió una profunda pena por sí mismo rayana en la desesperación. Por suerte, el gobernador intervino a tiempo.

—Este joven es de fuera, cierto. Pero también es una persona honesta y procede de una familia honorable. Conozco a su padre. Las intenciones de Adem son puras. Le gustaría casarse con tu hija.

De nuevo, el padre de Yamila habló en kurdo; y de nuevo, sus palabras fueron parcialmente traducidas:

—¿Qué clase de propuesta matrimonial es esta? ¿Dónde están tus padres?

—Mi madre está muerta —mintió Adem—. Y Baba está enfermo. —Al menos eso era cierto—. Tengo dos hermanos. El mayor, Tariq, es como un padre para mí. Ya le he enviado un telegrama.

Sumidos en un pesado silencio, tomaron un sorbo de té y se terminaron los higos. Al fin, el padre de Yamila respondió:

—No puedes casarte con ella. Ya está pedida.

—¿Cómo? —espetó Adem. ¿Por qué no se lo había dicho? Se volvió hacia el gobernador, que evitó su mirada.

De nuevo en un turco precario, Berzo aclaró:

—Está prometida con pariente. Casan año próximo.

—Pero...

—Quieres casarte con una hija mía, llévate Pembe. Son igual. Te gusta una, te gusta otra.

Adem negó con la cabeza y le dirigió una mirada desafiante.

—No, quiero a Yamila. Es la que está en mi corazón. Que su pariente se case con Pembe —respondió Adem, consciente de que se estaba excediendo, pero sin poder evitarlo.

Berzo apuró el último sorbo de té y chasqueó los labios con un leve gruñido.

—No es posible. Es mi última palabra.

Cuando salieron al jardín, Adem alzó los brazos al cielo y bramó:

—Pero ¿qué ha pasado aquí? Me debe una explicación. ¿Qué me oculta?

El gobernador sacó su petaca y empezó a liarse un cigarrillo.

—Hace un año, la hermana mayor de Yamila, Kamile, iba a casarse. Pero justo antes de la boda, las dos familias se pelearon. Ni siquiera recuerdo por qué, pero el asunto se puso feo. Berzo canceló la boda. Los familiares del novio se enfadaron tanto que raptaron a Yamila como represalia.

—¿Qué? —preguntó Adem con brusquedad.

—La retuvieron durante unos días. Entonces Berzo fue a hablar con ellos y dio permiso para que Kamile se casara. A cambio, le devolvieron a Yamila.

—¿Y acaso... la tocaron...?

—Humm, nadie lo sabe con certeza. Ellos dicen que no le pusieron una mano encima, pero son sospechosos, y la muchacha nunca ha contado nada. Su padre la golpeó varias veces, pero aun así no soltó ni una palabra. Una comadrona la examinó y dijo que Yamila no tiene himen, pero hay niñas que nacen así.

Adem se estremeció.

—La buena noticia es que la familia del marido de Kamile acepta a la niña como esposa de un pariente viejo. Un viudo. Su honor está a salvo.

Sobrecogido por el descubrimiento, Adem lo miró fijamente:

—Usted ya lo sabía.

—Un gobernador sabe todo lo que pasa en su pueblo.

—¿Por qué no me lo dijo?

—Porque aún tienes una posibilidad de conseguirla. Y, si no, tenías que averiguarlo por ti mismo.

Cegado por la furia, Adem ya no prestaba atención a sus palabras.

—Creí que era mi amigo. ¡Un hombre sabio!

—Nadie es sabio —repuso el gobernador—. Todos somos medio tontos, medio sabios. No hay sabiduría sin estupidez. Como no hay orgullo sin vergüenza.

Sin embargo, Adem ya se había marchado, casi corriendo, como si lo persiguieran. Solo que en esa ocasión no lo seguía una manada de perros callejeros. Encontró a Yamila en la casa de un vecino, tejiendo una alfombra en compañía de mujeres de edades distintas. Cuando lo vieron mirando por la ventana, las mujeres se rieron y se cubrieron la cara. De inmediato, Yamila se puso en pie y corrió al exterior.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¡Me has avergonzado! —exclamó.

—¡Vergüenza! Eso es, exacto —espetó Adem—. Es la palabra que buscaba.

—¿De qué hablas?

—Bueno, dímelo tú. Al parecer, me debes una explicación.

De súbito, la mirada de Yamila se volvió severa.

—Muy bien, pues hablemos.

Se dirigieron a la parte trasera de la casa, donde alguien había estado haciendo pan en el *tandoor*, y aunque el fuego ya se había extinguido, entre las cenizas aún brillaban algunas brasas. A su alrededor había parcelas de hierba, tiras verdes, como un presagio de la primavera.

—Tu padre dice que tal vez no seas virgen. —No era su intención sonar tan brusco, pero fue así como le salieron las palabras.

—¿Eso te ha dicho? —le preguntó Yamila, evitando su mirada.

Adem esperaba que reaccionara de un modo más exagerado, que objetara ante tal insolencia, que se desgañitara llorando. Sin embargo, parecía extrañamente serena cuando alzó la cabeza y lo miró.

—¿Y tú qué? —inquirió Yamila.

—¿Yo qué, de qué?

—¿Qué le has dicho tú?

Adem no esperaba esa pregunta.

—¡Quiero saber la verdad! —gritó.

—La verdad es la que quieres que sea.

La ira le formó un nudo en la garganta.

—Cállate. Deja de jugar conmigo.

—No lo hago —respondió Yamila, sus bonitas facciones teñidas de cansancio—. ¿Me querrás tal y como soy?

Adem no respondió. Quiso decir que sí, pero la palabra no le llegó a los labios. Mientras miraba las montañas, antes de que Yamila se marchara, la oyó murmurar:

—Bueno, supongo que me quedaré sin ver los adoquines dorados de Estambul.

Ese día en el pueblo kurdo, Adem pasó el resto de la tarde de un lado para otro, peleándose consigo mismo. Pisando ruidosamente una montaña de basura, trazó círculos sin cesar alrededor de un montículo desde el que se divisaba la casa de Yamila. Observó el jardín donde la había visto por primera vez. Habían pasado cinco días desde que llegó a ese pueblo dejado de la mano de Dios. En cinco días, su vida había cambiado tanto que creía que no volvería a ser la misma.

Una parte de él quería, casi desesperadamente, ir a ver al padre de Yamila

y decirle que no le importaba. Que la amaba y que, según parecía, ella también lo amaba. Nada más tenía importancia. Todo lo demás era trivial. Se casaría con ella y se la llevaría lejos de allí, como le había prometido.

Sin embargo, otra parte de él dudaba y sentía una gran inquietud. Yamila no se había defendido ni jurado su castidad, y su silencio resultaba demasiado perturbador. ¿Y si no fuera virgen? ¿Cómo podría vivir con esa duda durante el resto de su vida? ¿Qué diría su hermano Tariq cuando descubriera que se había buscado una mujer mancillada, una réplica exacta de su madre?

¡Tariq! ¿Qué iba a decirle? En ese momento ya habría recibido el telegrama. La mera idea de tener que enfrentarse a su hermano mayor le provocaba malestar. No podía volver a Estambul y decirle que había sido un gran malentendido. Horas después, cuando entró en la casa del gobernador, lo encontró fumando en pipa, esperándolo.

—¡Ahí estás, chico de ciudad! Te has quedado sin tu chica de pueblo, ¿verdad?

—No es así. No he cambiado de opinión —respondió Adem con aire resuelto—. Sigo queriendo casarme.

—¿En serio? —Los ojos del gobernador tenían un brillo de apreciación—. Me sorprendes, muchacho. Pensé que no querrías a Yamila.

—Y no la quiero —respondió Adem tras una pausa—. Me quedaré con la otra.

—¿Qué?

—La otra gemela. Me quedaré con ella.

En lo más hondo de su corazón, por debajo del atrevimiento que había presentado como parte de su personalidad, Adem sabía que debería sentirse fatal por el giro que habían tomado los acontecimientos. Sin embargo, aunque pareciera extraño, no se sentía mal. En realidad, no sentía nada en absoluto. ¿Sufriría una astilla de madera al ser arrastrada por la corriente de un río? ¿Acaso una pluma padecería ansiedad al volar con el viento? Así fue como se sintió ese día, y tantos otros que estaban por llegar.

*Cárcel de Shrewsbury, 1991*

*Flipi ha tenido un mal día. Aquí hay días malos y no tan*

malos, y de vez en cuando hay «días de parálisis», en los que te sientes como un coche siniestrado. Pese al nombre, estos últimos no son los peores. Un día de parálisis se parece un poco a una de esas noches en que estás tan colocado que no puedes dormir. A veces entras en un estado vegetativo y no haces nada, no piensas en nada. Inerte como un bloque. En días así, estás demasiado deprimido para saber que estás hundido. Entonces alguien se ocupa de ti, o nadie lo hace. Como sea, no te importa. Y los días no tan malos, como es de esperar, son pasables. Los días malos son los peores: son los que te torturan y te hieren el alma.

Los calendarios son un invento tonto. Si el tiempo vuela, como dicen, no lo hace a la misma velocidad a cada momento. Ojalá hubiera una forma de evaluar cada día de la semana por separado. Digamos que un día no tan malo estuviera señalado en blanco y valiera un punto. Entonces, un día de parálisis sería rojo y valdría dos puntos. Y un día malo sería negro y valdría tres puntos.

Un hombre que ha vivido treinta días malos envejece tres veces más deprisa que otro que haya vivido un mes entero de días no tan malos. Si sacas la cuenta descubrirás por qué hay gente que envejece antes que otra. En cuanto a mí, en el tiempo que llevo aquí he tenido tantos días malos, uno tras otro, que mi calendario está teñido de negro. Me recuerda al kohl que utilizaba mi madre para pintarse la raya de los ojos.

La mujer de Flipi le ha pedido el divorcio. Él, yo y todos los tipos que estamos en este agujero sabíamos que, tarde o temprano, terminaría pasando, y aun así nos hemos quedado sorprendidos y consternados. No porque sea un hecho sorprendente en sí. Los divorcios y las rupturas son bastante comunes por estos pagos. Aun así, nos quedamos hechos polvos por Flipi. Cuando te cuentan la noticia de que la mujer se ha largado con un amigo, no dices: «Ya, siempre supe que pasaría». Se sentiría como un capullo, como un fracasado delante de todos.

Pero si dices: «Joder, ¿cuándo ha ocurrido? Con las mujeres nunca se sabe», o algo por el estilo, entonces estás compartiendo el dolor de tu colega. Seguirá siendo un fracasado, pero en privado.

Solía traerle a Flipi tartas de crema, que los verdugos rara vez le dejaban pasar. Pero ella las seguía haciendo. Es una mujer delgada con el pelo cobrizo, la piel terrosa, pecas en los brazos y una expresión de paciencia infinita. No era más

que una ilusión, claro. Nadie tiene tanta paciencia.

Hoy ha venido a verlo en persona. Eso al menos la honra. Podría haberle mandado una nota, o ni siquiera eso, como hacen algunas mujeres. Pero ella ha venido y se ha explicado a su manera, y con su voz de fumadora ha soltado palabras con sabor a ceniza. Le ha dicho que ha conocido a alguien y que es genial con los niños, porque los pequeños necesitaban un modelo masculino cerca, sobre todo su hijo, que acaba de cumplir cinco años. Le ha dicho que los niños vendrán a visitarlo, porque él es su padre y eso nadie puede cambiarlo. Después lo ha besado por última vez, le ha dejado una tarta de crema y se ha largado. ¡Pum!

A menudo me pregunto cómo sería tener una esposa. Una mujer que conozca tus debilidades, tus fracasos mejor que tú, todos sus espacios vacíos, que tenga el mapa de tu alma dibujado en la palma de la mano, y aun así te quiera. Alguien que plante en tu corazón una vida entera de cosas tan agradables y aun así tan pequeñas que no eres consciente de lo mucho que dependes de ellas hasta que las pierdes. Dios sabe lo mucho que lamento no conocer eso.

Lo que no lamento es que mi hijo, Tom, llame «papá» a otro hombre. De todos modos, yo habría sido un modelo espantoso, un padre lamentable. Y un padre lamentable es como una espina atascada en la garganta. No sabes bien cómo ha llegado ahí, y cuando finalmente te libras de ella, siempre queda algo, una cicatriz permanente que nadie ve desde fuera, pero que tú siempre notas. Nadie necesita esa mierda.

Recuerdo que una vez le pregunté a mi madre por qué se había casado con mi padre. Fue lo más parecido que se me ocurrió a preguntarle si lo quería.

Ella se volvió y me miró a los ojos. La luz de la ventana iluminó las manchas de sus ojos verdes. Ámbar y doradas. Me fijé en lo guapa que era. Por lo general, no te fijas en la belleza de tu madre. Pero ese día lo vi claramente y un miedo extraño se apoderó de mí en ese momento, y no me gustó.

«Entonces el mundo era diferente. Nada que ver con tu vida aquí en Londres. Los jóvenes no sabéis la suerte que tenéis», me respondió.

No era la respuesta que yo esperaba. Nada de pañuelos bordados con las iniciales del otro ni palpitaciones de dulce deseo. En el pasado amoroso de mis padres, no había promesas de amor susurradas en la oscuridad. El amor era una posibilidad tan remota que ni siquiera aspiraban a ella. Mi

hermana lo sabía. Era consciente de que nosotros tres estábamos en este mundo gracias al deber, la resignación y la indiferencia, no al amor. Por eso yo fui desobediente, ella rebelde y Yunus perspicaz.

Esma y yo hablábamos mucho.

«Entre vosotros siempre hay un chaparrón de palabras. ¡Lluvia fuera de casa y lluvia dentro de casa!», solía comentar mamá.

A Esma debí decirle cosas que no compartí jamás con nadie, ni siquiera con los chicos ni con Katie. Confiaba en ella porque siempre tenía algo interesante que decir. Se le daban bien las palabras. Pero también porque, en lo más profundo de mi corazón, sabía que ella era la única de la familia lo bastante consciente para hacerse una idea de lo que ocurría, y estaba lo bastante desapegada para ver ¡as cosas con perspectiva. Y eso me gustaba..., hasta el otoño de 1978. Entonces algo se rompió en mí y no pude arreglarlo jamás.

Flipi pasa el resto de la tarde callado como un muerto. Tiene la cara del color de una meada de días. En la sala de visitas se ha hecho el valiente. Le ha dicho a su mujer que lo entendía, de verdad, y que le deseaba lo mejor en la vida. Nema problema! Le ha agradecido que lo hubiera apoyado y hubiera sido tan generosa durante todos esos años. A continuación, ha hecho una señal al carcelero para indicarle que se había terminado la visita, la ha acompañado a la puerta, le ha dado un beso de despedida y ha bromeado diciendo que echaría de menos sus tartas de crema.

Ahora está sentado con la espalda contra la pared, con los dientes apretados y la mirada de acero. Ha asumido la realidad de los hechos y piensa que es una zorra insensible que lo ha apuñalado por la espalda. La naturaleza humana es así: odiamos más a quienes más queremos.

-Estoy muy harto -dice Flipi, moviendo la mano de atrás adelante, como si arrancara hierbajos imaginarios.

-Pasará.

-Y una mierda. No pasará.

Intento una táctica distinta.

-Siempre me dices que hay millones de personas desgraciadas ahí fuera. Todo el mundo carga con su mierda.

Flipi no me presta la menor atención.

-Estoy seguro de que le han hecho un bombo -añade-. Ese

imbécil la ha preñado.

-¿Cómo lo sabes?

-Lo sé, joder -grita.

Se pone en pie de un salto y pasea por la habitación. Su mirada se fija en el póster de Houdini. Por un instante, tengo la impresión de que lo arrancará y lo hará pedazos. Pero no. En lugar de eso, una expresión alicaída le ensombrece el rostro. A continuación, se inclina hacia delante, y con todas sus fuerzas da un puñetazo en la pared.

El golpe es fuerte, profundo, escalofriante. De repente, recuerdo un momento de mi pasado. Mi padre y yo. Estábamos en la calle, discutiendo. Los agujeros de la nariz ensanchados, el brillo en sus ojos..., ¿o era yo quien estaba enfadado? Sí, puse el grito en el cielo y me estrellé contra la pared. Me golpeé la cabeza una y otra vez. La gente llegó corriendo, el guarda del club estaba cabreadísimo.

El siguiente golpe de Flipi me devuelve a la realidad. Intento intervenir, pero me empuja con tanta fuerza que caigo de espaldas. Hasta que le agarro los brazos y consigo reducirlo, Flipi golpea la pared varias veces más.

-Sigue así y vendrán todos los verdugos, ¿me has oído?

Le sangran los nudillos y tiene la respiración entrecortada. Le sujeto la cabeza entre los codos y espero que pase el momento.

-No necesitas hacer esto.

-¿Qué sabrás tú?

-Lo sé.

-Necesito desahogarme con algo -objeta Flipi.

-Entonces deberías buscar un saco de boxeo.

Flipi aprieta los labios. Sé lo que está pensando. Un saco no sirve. Inerte, aburrido, silencioso. Quiere notar carne bajo los nudillos, oír el crujido de huesos. Si esta noche fuera un hombre libre, iría a un bar, se emborracharía como una cuba y comenzaría una buena y encendida pelea. Y como es un tipo enclenque, le darían una buena paliza. Pero al menos tendría algo sobre lo que bromear al día siguiente. Algo en lo que pensar.

Sin dejar de sujetarlo, echo la cabeza hacia atrás y lo miro a los ojos.

-Pégame.

-¿Qué? -pregunta con la voz rota.

-Chist, no grites... Soy boxeador, ¿recuerdas?

Observo la confusión en su rostro.

-Estás chalado -responde, y se ríe, pero ambos sabemos que quiere hacerlo.

Una suerte de excitación se apodera de mí. Me quito la camiseta y tenso los músculos. Necesitas espacio. Entre tú y tu enemigo, el puño y los órganos internos, el individuo y la sociedad, el pasado y el presente, los recuerdos y el corazón..., en todo lo que haces o te sucede en la vida, necesitas espacio. El espacio te protege. El truco para encajar un puñetazo fuerte es saber cómo crear un espacio adicional.

Flipi me observa con una ceja arqueada, como siempre hace cuando se enfrenta a algo que no entiende.

-Y bien, ¿a qué esperas, cerdo? -lo provoco.

El primer golpe llega un poco inestable, de lado. Debe de haberle dolido más a él que a mí. Suelto un silbido largo y grave.

-¿Qué? -pregunta Flipi, enfadado.

-Nada -respondo, y esbozo una mueca de burla.

Flipi odia esas risitas. Es superior a él, le hace hervir la sangre. En realidad, a nadie en este agujero le hacen mucha gracia las risitas.

Tengo el abdomen duro tras años de entrenamiento, pero la fuerza del golpe me coge desprevenido. Noto un pinchazo agudo debajo de las costillas, intermitente. Flipi se detiene a mirarme, sorprendido por su propia fuerza.

Otro recuerdo me cruza la mente. Recuerdo el día en que mi madre me llevó a un hammam en Estambul. Debía de tener unos seis años. El vapor, el calor, los ecos, los cuerpos femeninos desnudos con las piernas separadas, una anciana con las tetas caídas. Aterrado, salí corriendo. Mamá me alcanzó y me agitó por los hombros.

«¿Adónde vas?».

«No me gusta este lugar».

«No seas tonto, no te llamo sultán sin razón -dijo ella-. Compórtate como un sultán o tendré que empezar a llamarte "payaso"».

Espacio. Necesito alejarme más de su recuerdo, porque me vuelve loco.

Vuelvo a sonreír.

-¡Vamos, payaso! ¡Te estoy esperando!

Los siguientes puñetazos de Flipi son más fuertes, concentrados. No es un hombre fornido, pero tampoco un enclenque. Me recuerda a un perro de caza: delgado, esbelto,

sin un gramo de grasa en el cuerpo, pero terco e implacable.

Seguimos así durante un buen rato. En un momento determinado, Flipi se deja llevar y me suelta un golpe en el mentón, pero después sigue castigándome la misma zona. En algún lugar detrás de ese músculo tengo el apéndice, dormido, acurrucado como un gusano: un órgano innecesario. Aunque no sirve para nada, consiguió matar a Houdini.

Al cabo de unos minutos, las puertas de hierro del final del pasillo se abren y se encienden las luces. Alguien de una celda próxima se ríe por lo bajo como si disfrutara del alboroto, y los de seguridad llegan corriendo. Irrumpen a toda prisa, pensando que nos estamos peleando. Flipi me pasa un brazo por el hombro para demostrarles que no es así. Somos buenos amigos. Esboza una sonrisa orgullosa. Eso lo desencadena todo. La sonrisita. Como he dicho antes, a nadie le gustan esas sonrisas por aquí.

De repente, estallan los gritos, los insultos, las amenazas y los empujones; el teatro de la autoridad, un espectáculo de fuerza, y una luz excesiva, intensa y penetrante, proyectada sobre nosotros. Flipi y yo nos agachamos y escondemos como bichos descubiertos en la cocina durante la noche.

—¿Es que no lo entendéis? No nos estábamos peleando —dice Flipi a voz en grito.

—¿Qué hacíais, entonces? —pregunta uno de ellos—. ¿Bailar?

Flipi me mira, momentáneamente aturdido, como si me preguntara: «Es verdad, ¿qué hacíamos? ¿Qué diablos nos ha pasado?».

A la mañana siguiente•, el funcionario Andrew McLaughlin nos hace una visita y su vanidad lo sigue como un perro hambriento. Se ha acostumbrado al trabajo, pero no a mí. Ha leído los informes de la noche anterior y asume que debíamos de estar drogados, pues ningún hombre en su sano juicio empezaría una pelea de la nada. Con la excusa de encontrar nuestro alijo, ordena a sus hombres que no dejen nada sin revisar: los libros, las mantas, las fotos de los hijos de Flipi, mi cuaderno, incluso el relleno de los colchones.

Flipi se muerde el interior de las mejillas para suprimir una sonrisa. Los dos pensamos lo mismo. Milagrosamente, estamos limpios. Si hubieran registrado la celda hace unos días, habrían encontrado algunas cosas. Pero ahora no queda nada, y no tenemos de qué preocuparnos.

Justo cuando parecían a punto de marcharse, el funcionario McLaughlin se detiene. Sostiene algo en la mano y pregunta:

-¿Qué es esto?

Es una postal en la que se muestra un tiovivo en un parque de atracciones. Caballos de madera, luces en el fondo. En la imagen no aparece nadie, solo un globo rojo que se aleja volando y la sensación de una fuerza oculta al acecho, tal vez el viento.

-¡No te oigo! -grita McLaughlin.

Ni Flipi ni yo respondemos. El funcionario McLaughlin empieza a leer en voz alta y aguda, imitando la de una mujer.

Querido hermano..., ¿o ya no puedo llamarte así? ¿Qué tendría que llamarte entonces? ¿Askander? ¿Iskender? ¿Alex? ¿Sultán? ¿Asesino? ¿Te acuerdas del tiovivo al que mamá nos llevó cuando llegamos a Londres? ¿No fue fantástico? Yunus aún no había nacido y solo Dios sabe dónde estaría papá. Los tres solos, tú, yo y mamá.

Nunca te perdonaré lo que has hecho. Puedes pudrirte en la cárcel o arder en el infierno, pero ni el castigo de la reina ni el de Dios harán que olvide tu pecado. En el juicio, no pienso apoyarte. Me da igual lo que diga el tío Tariq, testificaré en tu contra. A partir de hoy, lloraré dos muertes: la de una madre y también la de un hermano.

ESMA

-Tu hermana es una tía genial -comenta el funcionario McLaughlin llevándose la mano al corazón como si le doliera-. Me alegra ver que alguien de tu clan sabe diferenciar el bien del mal.

Mientras habla no mira a nadie, pero en cuanto guarda silencio clava sus ojos en los míos. Alargo un brazo para quitarle la postal, pero la agita en el aire, juguetonamente.

-No, no -dice, y frunce los labios-. Primero tendrás que contestarme. ¿Por qué has obligado a Flipi a pegarte?

Ante mi silencio, el funcionario McLaughlin se encoge de hombros y se mira las uñas.

-Está bien, por ahora os dejaré en paz -dice al fin-. Me llevo esta preciosa postal, Alex. Cuando te apetezca contarme la verdad, ven a verme y te la devolveré.

No necesito tener la postal para saber lo que dice. No sabe que he memorizado hasta la última palabra. Cada «no», cada coma, cada «mamá».

*En cuanto el funcionario McLaughlin se marcha, me siento. Se me cierra la garganta y se me humedecen los ojos. Por mucho que intento estar tranquilo, mantener la cordura, siento que se me va la cabeza. Me doy una bofetada. No sirve de nada. Me doy otra. Va a ser un mal día, lo noto.*

*ISKENDER TOPRAK*

# Racismo y pudín de arroz

Londres, diciembre de 1977

Desde el día de su nacimiento, cuando se convirtió en la séptima hija de una mujer que anhelaba tener un hijo varón, Pembe se acostumbró a ver el mundo como un hervidero de favoritismo y desigualdades, algunas de las cuales aceptaba como inalterables, «cosas de los humanos». Sin embargo, nunca en su vida se había enfrentado a una hostilidad abierta por ser quien era. Hasta ese día de principios de diciembre de 1977; el día que lo conoció.

Solo había una clienta en Crystal Scissors —la bibliotecaria jubilada que parecía no tener prisa por ir a ningún sitio—, y Pembe le preguntó a Rita, la propietaria, si podía tomarse un descanso para hacer unas compras. Yunus llevaba tiempo pidiéndole su postre favorito, pudín de arroz con flores de azahar, y tenía intención de sorprenderlo esa noche.

—Rita, ¿puedo tomarme una hora libre?

Rita, además de su jefa, era una buena amiga. Una mujer negra, alta, de busto generoso, dientes descascarillados, con la melena afro más llamativa de la ciudad y una sonrisa reluciente como un cielo de verano, Rita hablaba con frecuencia de su país de origen: Jamaica. A oídos de Pembe, el nombre sonaba duro y crujiente, como un anacardo tostado.

—Ve, cariño —respondió Rita—. Yo me ocupo de la bibliotecaria. Seguro que quiere contarme todos los detalles de sus vacaciones en Italia.

Pembe salió de la peluquería sintiéndose ligera y pesada al mismo tiempo. Ligera, porque disponía de una hora para ella. Pesada, porque últimamente las

cosas no le iban demasiado bien. Esma siempre estaba enfurruñada, con un libro entre las manos, atravesando una fase particular. Lo de Iskender era peor. Llegaba a casa tarde todas las noches y a Pembe le preocupaba que estuviera frecuentando malas compañías; y su marido..., bueno, en realidad prefería no saber en qué se había metido esa vez, acostumbrada como estaba a que desapareciera durante semanas y llevara a su casa la fragancia de otra mujer, cuando por fin regresaba.

Adem era un hombre triste. A menudo hablaba de su infancia y mencionaba los mismos recuerdos lúgubres una y otra vez, incapaz de olvidar. Era como uno de esos aperitivos que sabemos que son perjudiciales para la salud, pero que no podemos dejar de comer, aun sin hambre. Sin darse cuenta, se diría que casi sin querer empezaba a hablar del pasado. Y Pembe, con la confianza de que el tiempo, o sus oraciones, pusieran las cosas en su sitio, seguía adelante sin rebelarse lo más mínimo, intentando convencerse de que era lo más conveniente y lo mejor..., o que lo sería algún día. Para ella, el futuro era una tierra de promesas. Aún no había estado allí, pero lo imaginaba brillante y hermoso. Un lugar de potencial infinito, un mosaico de azulejos cambiantes, a veces en composición perfecta, otras en leve desorden, recreándose continuamente.

Para él, el pasado era un altar. Fiable, sólido, invariable y, por encima de todo, perdurable. Proporcionaba perspectiva sobre el principio de todas las cosas; le aportaba una sensación de centro, coherencia y continuidad. Lo visitaba con devoción y de manera repetida, menos por necesidad que por un sentido del deber: como si se sometiera a una voluntad superior. Mientras que Adem tenía una visión religiosa acerca del pasado, Pembe depositaba su fe en el futuro.

En contraste con el suave ambiente soleado de la mañana, la primera hora de la tarde se tornó fría y ventosa. Pembe llevaba el abrigo gris de botones hasta el cuello que la hacía parecer mayor y al mismo tiempo le daba un aspecto de niña de la guerra que controlaba hasta el último penique, lo que en realidad tenía que hacer a diario. Se detuvo en Tesco para comprar los ingredientes que necesitaba. Al pasar frente a la panadería de la esquina, vio unos bracitos de chocolate en el escaparate. No eran grandes, ni gruesos, ni estaban rellenos de nata montada, sino pequeños y brillantes, como ella los

prefería.

Aunque rara vez caía en la tentación, entró en la tienda y las campanillas que colgaban sobre la puerta anunciaron su presencia. En el interior estaba la panadera, una mujer corpulenta con venas varicosas en las piernas y cejas tan finas que eran casi invisibles; charlaba animadamente con una conocida. Mientras tanto, su ayudante atendía a los clientes. Era un hombre delgado, de no más de veinte años, con los ojos azules y redondos, mejillas hinchadas que hacían pensar en una piel muy sensible, y el pelo tan corto que resultaba imposible determinar su color. Tenía la frente cubierta de granos, y llevaba los nudillos y los brazos adornados con tatuajes, entre ellos una llamativa esvástica.

Como había otra clienta antes que ella, una anciana elegantemente vestida, Pembe tuvo que esperar. Un minuto después, las campanillas volvieron a sonar y entró un hombre de mediana edad al que apenas miró.

La anciana era bastante quisquillosa y cambiaba de opinión a cada segundo. Quería bollos sin relleno, tres, bueno, tal vez cuatro, o quizá mejor pastelitos de grosella, no, pensándolo bien se llevaría bollitos de fruta. Las tartas de fresa también tenían buen aspecto y si estaban recién hechas y la pasta estaba crujiente, tal vez preferiría las tartas en lugar de los bollos, que eran un postre más de diario. Y así siguió un buen rato.

Cada vez que cambiaba de opinión, el dependiente guardaba el dulce en la bandeja correspondiente y sacaba el siguiente, se lo enseñaba y esperaba su aprobación. Cuando por fin se decidió por media docena de bollos glaseados, empezó la discusión sobre cómo envolverlos, si sería mejor meterlos en una bolsa de papel, ligera y fácil de llevar, pero que podía romperse por el camino, o meterlos en una caja, más seguro, claro, pero más incómodo. Levantando la cabeza desde detrás de la vitrina, el dependiente dirigió una mirada a los clientes que esperaban y fijó la vista en Pembe. Ella no se percató de la expresión implacable en los ojos del joven, pero para el hombre que esperaba tras ella no pasó inadvertida.

Finalmente, la anciana se marchó con tanta lentitud que ni siquiera hizo sonar las campanillas al abrir la puerta. Pembe saludó con un gesto de la cabeza al dependiente, quien, sin hacerle el menor caso, empezó a ordenar los pasteles. A continuación, procedió a colocar las bandejas de metal y a

amontonar las cajas de cartón.

—Disculpa —dijo Pembe, señalando los bracitos de chocolate—. ¿Me pones dos de estos, por favor?

—Espere su turno —murmuró el dependiente mientras limpiaba unas pinzas.

Sorprendida más por el tono que por las palabras, Pembe vaciló durante un instante. Fue entonces cuando el otro cliente intervino.

—Es su turno.

Surtió efecto. Tras soltar las pinzas, el dependiente se acercó a ellos con la mirada fija en Pembe.

—¿Qué quiere?

Pembe jamás se había enfrentado a un racista, y la idea de que alguien pudiera odiar a una persona por el color de su piel, su religión o clase social le resultaba tan extraña como ver nevar en agosto. Por supuesto, no era la primera vez que un desconocido la trataba mal o con desprecio, pero esos episodios habían estado motivados por discusiones pasajeras, o eso le había parecido a ella, y no a juicios preconcebidos sobre los que no tenía ningún control. Era consciente de que los Toprak eran muy diferentes a sus vecinos ingleses, pero kurdos y turcos también eran distintos, al igual que muchos kurdos entre sí. Incluso en su pequeño pueblo cerca del Éufrates, cada familia tenía su propia historia, y en ninguna había dos niños que fueran iguales. Si Alá hubiera querido que todos los seres humanos fueran semejantes, sin duda los habría creado así. Pembe desconocía por qué había introducido tanta variedad en su creación, pero confiaba en sus intenciones. El hecho de aceptar a cada uno como era equivalía a respetar el orden divino.

La realidad era que Pembe se mostraba bastante tolerante con las diferencias innatas. Sin embargo, le costaba más acostumbrarse a las variaciones introducidas después. Los punkis con el pelo de punta como un erizo, los adolescentes con pendientes en las cejas, los cantantes con el cuerpo cubierto de tatuajes o el gusto de Esma por llevar pantalones y tirantes; eran cosas que le costaba digerir. Su lógica lineal a veces le planteaba dilemas. Cuando conocía a una persona homosexual, por ejemplo, le interesaba saber si había nacido así o si se había decantado por esa opción con el paso del tiempo. Si era cosa de Dios, entonces estaba bien, pero si era una elección

personal, no la aprobaba. Sin embargo, como, en definitiva, todo era obra de Dios y solo suya, Pembe no albergaba sentimientos de desprecio hacia nadie durante mucho tiempo.

Así pues, cuando el dependiente le preguntó qué quería, Pembe decidió prestar atención a la pregunta y no al tono de desdén que había utilizado. Amablemente, con educación, respondió:

—Este y ese otro, por favor.

El dependiente miró fijamente a lo lejos, por encima de su cabeza, como si fuera invisible.

—¿Es que no tienen nombre? —preguntó.

Creyendo que el hombre no la había entendido, Pembe se acercó a la bandeja de pasteles y señaló de nuevo los bracitos sin darse cuenta de que el borde del abrigo rozaba uno de los bollos de canela.

—Eh, no los toque —gritó el dependiente. A continuación, cogió uno de los bollos y lo examinó—. No, ya no puedo venderlo.

—¿Cómo?

—¿Ve esa pelusa? —gruñó—. Es de su abrigo. Ahora tendrá que comprar toda la bandeja.

—¿Pelusa? —Pembe frunció los labios como si esa palabra desconocida le hubiera dejado un sabor amargo en la boca—. No, no quiero esa bandeja —agregó, y en su confusión alzó las manos y con una bolsa de la compra golpeó una cesta de galletas de pasas y la tiró al suelo.

El dependiente meneó la cabeza.

—Vaya, es una catástrofe andante.

Llegado ese punto, el alboroto había llamado la atención de la propietaria, que se acercó a ellos para comprobar qué estaba sucediendo.

—Esta mujer ha echado a perder los bollos de canela y ha tirado las galletas. Le he dicho que tendrá que comprarlos, pero no lo entiende.

Las mejillas de Pembe se encendieron bajo la mirada intensa de la propietaria.

—No creo ni que hable nuestro idioma —agregó el dependiente.

—Sí lo hablo —espetó Pembe.

—Entonces seguro que ha entendido lo que le ha dicho —intervino la propietaria, hablando despacio y en un tono innecesariamente elevado, como

si Pembe fuera sorda.

—Pero dice que compre toda la bandeja. Y no tengo mucho dinero.

Cruzándose de brazos, el dependiente comentó:

—Entonces tendremos que llamar a la policía.

—No. ¿Policía? ¿Por qué? —Pembe empezó a sentir pánico.

—Ejem. —El cliente que esperaba tras ella tosió de manera teatral. Todas las cabezas se volvieron hacia él, el espectador silencioso—. He estado observando la crisis de los bracitos de chocolate y me siento obligado a decir unas palabras. Si tiene que intervenir la ley, yo soy el único testigo.

—¿Y? —preguntó el dependiente.

—Pues que les contaré la otra versión de la historia.

—¿Qué otra versión?

—Que has maltratado a esta mujer y no la has atendido debidamente. Que has sido lento, grosero, desagradable, difícil e incluso agresivo con ella.

—A ver, a ver, caballeros —dijo la propietaria con una sonrisa conciliadora en los labios, como si se hubiera dado cuenta de que la situación se estaba descontrolando—. No hagamos una montaña de un grano de arena. No ha pasado nada, así que no hace ninguna falta llamar a la policía.

Lentamente, como si se desplazara por el agua, Pembe se volvió hacia el otro cliente y lo miró por primera vez. Llevaba una chaqueta de pana color sepia con parches de cuero en los codos y un jersey de cuello alto marrón pálido. Tenía el rostro alargado, la nariz prominente y el pelo castaño claro con reflejos dorados e incipientes entradas. Los ojos tenían una expresión amable, si bien algo cansada; eran del color del cielo de tormenta, gris intenso, y llevaba unas gafas que le daban un aspecto de profesor universitario, o eso le pareció a ella.

El dependiente también lo examinó, aunque con gesto de resentimiento. A continuación, bufó:

—Bueno, ¿qué le pongo?

—Primero va la señora —respondió el cliente—. Aún no la has atendido.

Salieron de la panadería, dos desconocidos unidos por casualidad. Les pareció natural caminar juntos durante unos minutos, comentar la experiencia y

establecer una camaradería. Él insistió en llevarle las bolsas y a Pembe también le pareció oportuno, aunque si hubieran estado cerca de su barrio jamás lo habría permitido.

Pasearon hasta llegar a un parque cercano que estaba vacío, tal vez por culpa del tiempo borrascoso. El viento soplaba con tanta fuerza que las hojas se arremolinaban como atrapadas en un torbellino. Sin embargo, por vez primera desde su llegada a Londres, a Pembe le pareció que hacía un tiempo encantador; aparte del viento, la lluvia y las nubes, predominaba un ambiente de serenidad al que se había acostumbrado y que, sin darse cuenta, había llegado a adorar. Se quedó pensativa.

Él la observaba con el rabillo del ojo y se fijó en su rostro sin maquillaje, y en el pelo, libre del pañuelo, que era del color del otoño, de un castaño brillante con reflejos cobrizos tan sutiles que tal vez ella no fuera consciente de su presencia. Sus labios carnosos y el hoyuelo en la mejilla le parecieron muy atractivos, pero se guardó sus pensamientos para sí. La lotería de la naturaleza era curiosa. Si vistiera de forma distinta y adoptara otra actitud, esa mujer llamaría la atención por la calle. Y sin embargo, tal vez fuera mejor que su belleza permaneciera medio oculta.

—Ese chico está loco —comentó Pembe, pensando aún en lo que había sucedido en la pastelería.

—No está loco —objetó el hombre—. Es un racista.

Pembe guardó silencio, sorprendida. Los racistas eran gente a quienes no les gustaban los negros, los que se metían con Rita, se dijo.

—Pero yo no soy negra —respondió.

El hombre se rio de lo que interpretó como una broma. Cuando cayó en la cuenta de que no bromeaba, la miró asombrado.

—No tienes que ser negra para que un racista te odie. Hay muchas clases de racismo, aunque creo que todas son iguales, la verdad.

Pembe lo escuchó con atención, tratando de descifrar su acento, que era bastante distinto a cualquiera que hubiera oído desde su llegada.

—Hay blancos que odian a los negros —prosiguió a modo de aclaración—. Y hay blancos que odian a cualquiera que tenga la piel morena. Para complicar aún más el asunto, algunos negros odian a los morenos, y algunos morenos odian a los negros, por no hablar de los negros, morenos y blancos

que se odian a sí mismos, o de los negros, morenos y blancos que, básicamente, odian a todo el mundo. Y después está la religión, claro, el gran motivo de división. Algunos musulmanes odian a todos los judíos, y algunos judíos odian a todos los musulmanes. Ah, y también hay cristianos que los odian a todos.

—Pero ¿por qué odiar?

Más que la pregunta, fue el modo en que la formuló, su mera simplicidad e inocencia, casi infantil, lo que lo asombró. Notó que la había hecho totalmente en serio. El creciente desempleo, la pobreza, la xenofobia, los choques ideológicos, la crisis del petróleo... En ese momento, ninguna de esas razones era respuesta suficiente para una pregunta tan básica y sencilla. Y él, un escéptico veterano, un descreído convencido y un pesimista redomado, un hombre que no confiaba en las noticias ni en los periódicos, que lo acogía todo con reservas, incluidas sus propias certezas, y que no albergaba esperanza alguna en el futuro de la humanidad, repitió, como si lo hiciera a través de un eco lejano:

—Humm, es verdad. ¿Por qué odiar?

Tiempo después, ninguno de los dos recordaría de quién había sido la idea de sentarse en el parque. En su inglés deficiente, Pembe le contó que trabajaba en una peluquería y se había tomado un descanso para salir a comprar ingredientes para un pudin de arroz. Le dijo que no había logrado encontrar avellanas como las que utilizaban en Estambul, por lo que tendría que apañarse con almendras. Para su sorpresa, el hombre la escuchaba con atención. Jamás había pensado que un hombre, cualquier hombre, pudiera mostrar tal interés por la cocina.

—Así que eres turca —comentó.

No se le ocurrió aclarar que era kurda, porque no solía hacerlo. Siempre le costaba algún tiempo reconocerlo, como si fuera una idea de último momento, de modo que asintió.

—*Lokumcu geldi hanim, leblebilerim var*. Señora, tengo delicias turcas, garbanzos... —dijo con voz cantarina.

Pembe lo miró, los ojos muy abiertos por la incredulidad. Para su sorpresa, el hombre se rio y añadió:

—Me temo que es todo lo que sé. Solo conozco unas pocas palabras.

—Pero ¿cómo?

—Mi abuela era griega —aclaró—. Era de Estambul y me enseñó un par de palabras. Oh, adoraba esa ciudad.

El hombre no le dijo que su abuela se había marchado de Estambul hacia el final del Imperio otomano, que se casó con un mercader del Levante y que, hasta el día de su muerte, echó de menos a sus vecinos y a su hogar junto al Bósforo. En lugar de eso, intentó recordar más palabras comunes al turco y al griego: *cacik-caciki*, *avanak-avanakis*, *ispanak-spanaki*, *cifetelli-tsifteteli*... Su acento le provocó una risita que Pembe soltó con la cabeza agachada y los labios apretados: el gesto universal de las personas que se sienten incómodas bien con su dentadura, bien con su felicidad.

El hombre la observó durante lo que pareció un tiempo prolongado y después comentó:

—Ni siquiera sé tu nombre.

Pembe se apartó un mechón de pelo de los ojos y, aunque rara vez pronunciaba su nombre completo y nunca lo traducía, se oyó decir:

—Pembe Kader. Significa Rosa Destino.

El hombre no arqueó las cejas ni se burló como ella esperaba que hiciera. Al contrario, la miró como si acabara de desvelarle el más triste de los misterios. Acto seguido, respondió:

—Tu nombre es poesía.

Pembe conocía la palabra «poesía». Sí, le resultaba familiar. Así que sonrió. Sonrió por primera vez en mucho tiempo.

Abrió la bolsa de la panadería, sacó los bracitos de chocolate y le ofreció uno al hombre. A cambio, él compartió con ella su bizcocho de frutas. Comieron, al principio en silencio, después intercalando palabras vacilantes, como «si», «quizá», «no estoy seguro, pero...». Despacio, tejieron una conversación que había empezado con racismo y pudín de arroz.

Su nombre era Elias. Como ella, llevaba casi ocho años en Londres. Le gustaba la ciudad y no le suponía un problema sentirse extranjero porque eso es lo que era en su corazón: un extraño en todas partes. Mientras lo escuchaba, Pembe deseó varias veces que su inglés fuera mejor. Aunque no hacía falta tener soltura en un idioma para hablarlo, ¿verdad? Su marido y ella hablaban el mismo idioma, y aun así rara vez se comunicaban durante más tiempo, si es

que lo hacían alguna vez.

—Entonces, ¿eres griego? —preguntó.

No le dijo lo que su cuñado Tariq opinaba sobre los griegos, ni todos los comentarios negativos que había oído sobre ellos.

—Bueno, no exactamente. Soy un cuarto de griego, un cuarto de libanés, un cuarto de iraní y un cuarto de canadiense.

—Pero ¿cómo?

—Verás, mi abuela se casó con un libanés, con quien tuvo a mi madre. Mi madre conoció a mi padre, hijo de ciudadanos canadienses originarios de Teherán. Yo nací en Beirut pero me crié en Montreal, y ahora soy londinense. Así que ¿qué debería decir que soy?

Tantos viajes, tantas rupturas y nuevos inicios en lugares desconocidos. ¿Acaso no le asustaba vivir con tanta inseguridad? Pembe recordó que había soñado en convertirse en marinero y viajar a puertos lejanos de siete continentes, pero de eso hacía mucho tiempo.

Como si hubiera leído sus dudas, el hombre sonrió y dijo:

—Oye, no es tan malo. Hay gente que es de todas partes.

Entonces apartó la mirada del anillo de casada en el que hasta ese momento no se había fijado. Ella, sin embargo, no se dio cuenta de la ligera marca allí donde algún día hubo una alianza, la sombra de una unión que ya no existía pero que aún no había desaparecido del todo.

—¿Trabajas? —preguntó Pembe.

—Pues sí. Soy *chef*.

Al oír la palabra, el rostro de Pembe se iluminó.

—¿En serio?

—Sí. Seguro que soy capaz de hacer un pudin de arroz tan rico como el tuyo.

Pembe lo imaginó cortando cebollas o revolviendo calabacines en una sartén. La idea le resultó tan extraña que soltó una risita, pero enseguida la reprimió, temiendo herir sus sentimientos. Los hombres que ella conocía apenas entraban en la cocina para servirse un vaso de agua, y ahora que reflexionaba sobre ello, así era cómo había educado a sus dos hijos, en particular a Iskender.

—Tu mujer tiene suerte.

—Estoy separado —respondió Elias, e hizo un gesto con las manos como si partiera un pedazo de pan.

Con gran destreza, Pembe desvió la conversación hacia otro tema.

—¿Qué dijo tu padre? ¿Le pareció bien que cocinaras?

Fue una pregunta extraña, y aun así la adecuada. Su padre estuvo años sin hablarle, aclaró en tono ascendente y después más grave, aunque con el paso de los años habían hecho las paces. Añadió que su interés por la cocina había empezado cuando de niño buscaba medios para animar a su hermana Cleo.

—¿Tu hermana estaba enferma? —preguntó.

—No, era especial.

El hombre aclaró que los niños del barrio la llamaban de otra forma: retrasada. Nacida con un síndrome de Down severo, tenía discapacidad física y mental. Mientras que él acudía a una escuela del barrio, a una clase de niños superdotados, Cleo tenía que recorrer un largo camino todos los días para asistir a una institución especial en las afueras de la ciudad. A menudo se enfadaba, se mostraba nerviosa, tiraba los juguetes al suelo, se arrancaba el pelo y comía tierra. El joven Elias descubrió que lo único que la calmaba era la buena comida. Una tarta de manzana recién horneada le arrancaba una sonrisa y le devolvía su carácter dulce. Así, poco a poco, fue aprendiendo a preparar exquisiteces para Cleo. Con el tiempo descubrió que, más que ayudar a su hermana, era ella quien lo estaba ayudando a descubrir su vocación.

Al amasar pan, la tierra te penetraba en las venas, sólida y fuerte. Al asar carne, el espíritu del animal te hablaba, y debías aprender a respetarlo. Cuando limpiabas pescado, oías el rumor de la corriente en la que había nadado, y tenías que adobarlo con ternura para quitarle el recuerdo del río de las aletas. Pembe lo escuchaba fascinada; no conocía el significado de muchas de las palabras, pero, para su sorpresa, lo entendía todo.

—Oh, Dios, tengo que irme —dijo Pembe, y se incorporó de un salto al darse cuenta del tiempo transcurrido.

—¿Quieres que te lleve las bolsas a la peluquería?

—No, no hace falta —respondió con firmeza—. Puedo con ellas.

En ese momento se le ocurrió la posibilidad de que algún transeúnte los hubiera visto juntos y se lo contara a alguien. La gente chismorrearía y la noticia podría llegar a oídos de su familia. En ese momento entendió, con gran

pesar, que no podía volver a ver a ese hombre. Ajeno a los pensamientos de Pembe, el hombre se sacó una tarjeta del bolsillo.

ELIAS STEPHANOS ROBERT GROGAN  
CHEF

Pembe la leyó y se sorprendió de que tuviera tantos nombres, como países en su pasado. En el dorso de la tarjeta aparecía el nombre del restaurante.

—Si vienes por la noche, no podré salir de la cocina. La hora del almuerzo tampoco es el mejor momento. Pero si pasas después de las cuatro, estaré encantado de enseñarte el local y de cocinar para ti.

A cambio, Pembe no le ofreció nada. Ni un papel. Ni una dirección. Ni una promesa.

El hombre se inclinó para besarle la mejilla; ella respondió dando un paso atrás, lo que a él le provocó vergüenza y confusión y, a su vez, abochornó a Pembe, de modo que le ofreció la mano, gesto que pasó inadvertido para él, pues seguía preguntándose por qué razón no había dejado que la besara en la mejilla. En su confusión mutua, él terminó rozándole la muñeca mientras ella le daba unas palmaditas en el hombro. La torpeza de la situación habría hecho reír a cualquiera, pero para ellos resultó bastante incómoda, de modo que se alejaron el uno del otro como si hubieran tocado una alambrada electrificada y cada cual emprendió su camino con paso brioso.

# La bella y la bestia

Londres, diciembre de 1977

**E**ra el cumpleaños de Tobiko. Menos de un año antes de que las vidas de los Toprak se vieran abocadas al abismo, Yunus, a sus siete años, se encontraba en la casa okupa, prisionero del amor.

Tobiko cumplía veinte años. «Soy la típica Sagitario», la oyó decir Yunus, aunque no tenía ni idea de si era algo bueno o malo. Yunus era Leo, pero eso tampoco significaba nada para él. Lo único que le importaba era que la diferencia de edad entre él y Tobiko había aumentado, y la posibilidad de alcanzar a la joven le parecía más lejana que nunca.

Así pues, permaneció allí sentado con gesto enfurruñado, comiendo palomitas con mantequilla de un cuenco de plástico. Observó a los habitantes de la casa, sonrientes y rebosantes de alegría, entregar sus regalos a la joven: pendientes de plata, imperdibles, un collar de pinchos, pulseras trenzadas, un cinturón de tachuelas, medias de red rasgadas y unas botas militares. Había también una colcha de retales con las palabras «Marihuana medicinal» bordadas en el borde, varios collares con colgantes, un póster de Patti Smith, libros (*El resplandor*, de Stephen King, *Se busca una mujer*, de Charles Bukowski), un casco de policía (robado a un agente que lo había dejado encima de la mesa de una cafetería), un póster que rezaba «El aburrimiento es revolucionario» y una camiseta negra con la imagen de una banda punk: los Damned.

Yunus se mantuvo alejado del alboroto, pues quería ser el último en darle el regalo a Tobiko. Por dos razones: en primer lugar porque esperaba estar a

solas con ella, aunque solo fuera durante unos minutos. Pero también porque no estaba seguro de que le gustara el objeto que había elegido, sospecha que había cobrado fuerza tras ver el batiburrillo de regalos.

Abrumado por las dudas, el niño seguía sentado en una esquina cuando entró el Capitán, vestido con los vaqueros más ajustados que Yunus había visto jamás, una chaqueta de cuero que le quedaba dos tallas pequeñas y botas de motero. No tenía ningún regalo para Tobiko. Tan solo le dio un beso húmedo en los labios y una promesa: «Te veo luego, nena».

Durante un instante, acongojado, Yunus consideró hacer lo mismo. Podía levantarse, caminar hasta Tobiko con aire lento pero decidido, con sus pantalones grises del uniforme de la escuela y el jersey azul que su madre le había tejido, y decir, en un tono igual de grave y misterioso: «Te veo luego, nena».

¿Qué haría Tobiko? ¿Le sonreiría como al Capitán? No lo creía. Cerró los ojos al sentir que los nervios le atenazaban el estómago. Su madre siempre le advertía: «Ten cuidado con las chicas. Los chicos son simples, las chicas, no. Te tocarán como un *saz*». Si ese era el caso, si Tobiko lo estaba tocando como un instrumento, la melodía que Yunus emitía ese día era deprimente y melancólica, y algo desafinada.

—Eh, colega, ¿quieres una calada?

Yunus abrió los ojos y vio a un joven con rastas largas y gruesas tumbado a sus pies. Tenía los ojos muy juntos y clavados en un punto invisible del techo, y en la mano sostenía un porro recién encendido. Lucía un tatuaje en el brazo que rezaba «Cuando los ricos luchan, son los pobres los que mueren». El chico no pudo evitar pensar que si su madre lo viera, se quedaría consternada. «Pero ¿cómo se lavan el pelo?», preguntaría Pembe, y añadiría con cierta incomodidad al asaltarle la duda: «Porque se lavan el pelo, ¿verdad?».

Yunus había tomado algún sorbo de cerveza e incluso dado una calada a una colilla, pero jamás había probado ninguna droga. En la casa era un tema de lo más controvertido. Algunos de sus habitantes (seguidores de los Panteras Negras, feministas radicales, marxistas, trotskistas) estaban en contra de las drogas y miraban mal a quienes las consumían; había otros (*hippies* y antiguos *hippies*) que estaban a favor de ciertas drogas, como el hachís, pero que no toleraban otras; y también estaban los punkis, nihilistas y situacionistas, que

rechazaban la hierba en favor de las pastillas y otras sustancias químicas que les proporcionaban energía y los crispaban. Sin embargo, no era el desacuerdo acerca del tema lo que hacía que Yunus no hubiera probado las drogas durante todo ese tiempo. Era el temor a la ira de su madre.

Sin embargo, ahora que le habían ofrecido solo una calada, no vio razón para rechazarla. Con cortesía, aceptó el porro y aspiró con tanta fuerza que tosió de inmediato.

—¿No te han enseñado esta canción en la escuela? —preguntó el tipo de las rastas antes de empezar a cantar—: «Lía, lía, lía un porro, poco apoco...».

Yunus se rio y dio otra calada.

—«Fúmate el canuto y te volverás loco...».

Yunus volvió a fumar y soltó otra risita. Entre los dos hacían tanto ruido que llamaron la atención de los otros, entre ellos Tobiko. La chica se acercó a ellos con gesto de tristeza y sobresalto.

—No fumes, cariño —dijo mientras le quitaba el porro y se lo llevaba a los labios—. ¿Por qué quieres ser como todos? Tú eres diferente. Eso te hace especial.

Ante la dulzura de su mirada y la preocupación de su voz, Yunus tragó saliva. En lugar de pronunciar la frase concisa que había planeado decir, espetó:

—Tengo un regalo para ti.

—¿Ah, sí? —preguntó Tobiko, fingiendo sorpresa—. ¿Y qué es, bonito? Dímelo.

Yunus se levantó, alzó la cabeza y sacó pecho, como un soldado dispuesto a recibir órdenes. A continuación, le ofreció a Tobiko el paquete que llevaba guardando toda la noche: una caja dorada, envuelta en un pañuelo dorado, con un lazo dorado.

En su interior había una bola de nieve musical: rosa, púrpura y perfecta. Había dos figuras —una princesa y un ogro— de pie frente a un magnífico castillo, abrazados. Ella llevaba un vestido precioso y el fornido monstruo tenía un gesto tímido, incómodo. Cuando se le daba cuerda, empezaban a bailar al ritmo de una melodía cantarina similar a la de la furgoneta de los helados. En cuanto Yunus vio la bola y descubrió que eran los protagonistas del cuento *La Bella y la Bestia*, recordó que a Tobiko le encantaba una

canción de David Bowie que llevaba el mismo título y pensó que la esfera también podría gustarle.

En realidad, su primera intención había sido comprarle una bola de nieve en la que llovían granos de arroz sobre las figuras de unos novios mientras se besaban en la puerta de una iglesia, pero no estaba seguro de que a Tobiko le gustara. La joven estaba en contra del matrimonio, en contra de la religión, y Yunus sospechaba que era probable que también estuviera en contra de arrojar arroz al aire. Así pues, eligió la otra bola, si bien era más cara y tuvo que invertir en ella todos sus ahorros.

A sus ojos, Tobiko era como la princesa, hermosa y perfecta, mientras que él se parecía un poco al monstruo. La bestia vestida con elegancia que la sacaba a bailar, el héroe inesperado de la historia que aún no era un hombre, pero con el potencial para llegar a convertirse en uno algún día. El pequeño cargaba con su niñez como si fuera un maleficio y deseaba con todas sus fuerzas que se rompiera cuanto antes.

La deslumbrante ingenuidad del objeto la cogió desprevenida y, sujetando la bola entre las palmas de las manos como si fuera una cría de pájaro, exclamó con enorme placer:

—¡Oh, es fantástico!

Yunus sonrió. Se casaría con ella.

—¿Qué es tan fan-tás-ti-co? —preguntó el Capitán desde el otro extremo de la habitación, pero Tobiko no respondió.

La sonrisa de Yunus era cada vez más amplia, tan grande que se convirtió en un manto que cubrió toda la casa, ocultó las telas de araña, las palomillas que revoloteaban alrededor de las llamas de las velas, las termitas de las sillas de madera y, en definitiva, todo aquello que Yunus deseaba hacer desaparecer, incluidos sus rivales en potencia.

La noche avanzó con música de Clash, Cockney Rejects y Sex Pistols, y con una enorme tarta de cumpleaños de chocolate, plátano y hachís. No había velas que soplar, pero los faroles de latón y peltre que habían afanado de la tienda ese mismo día crearon el ambiente de celebración que deseaban.

Llegado ese momento de la noche, Yunus había tomado varios sorbos de

cerveza y más de un pedazo del adulterado pastel. La cabeza aún no le daba vueltas, pero el estómago sí. Haciendo un esfuerzo para no vomitar, se sentó en el suelo y dejó que su vista recorriera las paredes. Allí, bajo la luz titilante, se fijó en una fotografía que no había visto hasta entonces. Un hombre de espalda ancha, nariz prominente, barba entrecana y pelo desaliñado. Como era el cumpleaños de Tobiko, Yunus dedujo que el hombre debía de tener alguna relación con ella.

—¿Es tu abuelo? —preguntó mientras señalaba la fotografía.

Antes de que Tobiko descubriera a qué se refería, y mucho menos pudiera responderle, el hombre de las rastas, que había oído la pregunta, se volvió hacia los otros y gritó con alborozo:

—¡Eh, el niño pregunta si Karl Marx es su abuelo!

A continuación, estalló una carcajada.

—Es el abuelo de todos —señaló alguien alegremente.

—Y nuestro abuelo cambiará el mundo —respondió el Capitán, con evidente regocijo.

Al darse cuenta de que había preguntado una estupidez, Yunus se sonrojó hasta las orejas. Aun así, tenía que responder al Capitán.

—¿No es un poco mayor para eso? —preguntó.

—Es viejo y sabio —dijo a modo de respuesta.

—Y además está gordo —insistió Yunus.

El comentario provocó otra risa colectiva, pero el Capitán adoptó un gesto serio y entrecerró los ojos.

—Deberías ser un poco más respetuoso, amiguito. Ese hombre estaba de tu parte. Luchó por los derechos de la gente como tú.

—¿Era turco? —preguntó Yunus sin pensar.

Los okupas se rieron con tanta fuerza que uno se cayó del sofá. Secándose las lágrimas de los ojos, aún riéndose, siguieron escuchando, con ganas de más.

—«Gente como tú» significa los desposeídos —explicó el Capitán.

—¿Qué son desposeídos? —preguntó Yunus.

—Los desposeídos son gente a quienes se les ha negado el derecho a tener, para que el resto puedan acumular más de lo que les corresponde.

Frunciendo el entrecejo, Yunus se mordió el labio inferior.

—Ninguna otra especie sobre la tierra es tan arrogante, cruel y avariciosa como la humana —prosiguió el Capitán—. La economía capitalista se basa en la explotación sistemática de los desposeídos por parte de los privilegiados. Tú, yo, nuestro amigo, su familia, ¡nosotros somos los plebeyos! ¡La sal de la tierra! ¡La sucia plebe!

—Mi madre se pasa el día limpiando la casa —respondió Yunus, pues fue la única objeción que se le ocurrió al último comentario del Capitán.

Todos volvieron a reír, pero esa vez de manera distinta. La risa tenía un matiz más amable, una mezcla de pena y compasión.

El Capitán, sin embargo, dejándose llevar por la rectitud, no percibió que el humor de su público había cambiado.

—Despierta a la verdad, tío. La gente como tus padres está siendo explotada todo el tiempo para que otros se llenen los bolsillos.

Yunus contuvo un grito ahogado y se puso en pie, algo inestable.

—Mis padres no están explotados y no somos sucios. Mi hermano es boxeador.

No era solo orgullo lo que lo hizo hablar de ese modo. Yunus jamás había pensado que su familia fuera pobre. Sí, a veces su madre se quejaba de que le costaba llegar a fin de mes, pero en casa nadie se consideraba necesitado, desaventajado, de clase baja ni mucho menos «desposeído».

Nadie se rio en esa ocasión. Fuera, la noche era cada vez más oscura. En algún lugar no muy lejano, bajo la tenue luz de las farolas de la calle, Pembe esperaba mirando por la ventana de la cocina, angustiada por el paradero de su hijo pequeño, con el cuerpo rodeado de una soledad y un silencio gruesos, como la figurita de una bola de nieve.

—Oye, no pretendía ofenderte —dijo el Capitán y soltó una risita de satisfacción para que sus siguientes palabras no se tomaran como un reproche—. Supongo que eres demasiado pequeño.

Esas últimas palabras resumían todo aquello que Yunus más odiaba: su edad, su incompatibilidad, la imposibilidad del amor. Se sentó en una silla con gesto abatido.

—No le hagas caso —susurró Tobiko—. Se está haciendo tarde. Deberías marcharte.

—Vale, me voy —concedió Yunus con gesto enfurruñado y el estómago

todavía revuelto.

—Buenas noches, cariño.

Yunus se despidió con un gesto de la mano, sin llevársela al corazón, como su padre y su tío le habían enseñado, sino alzando los dedos índice y corazón en forma de V, como hacían los okupas. Apenas había dado un paso, cuando la habitación empezó a darle vueltas. Las luces adquirieron un tono tenue y perlado, y Yunus se deslizó hacia otra realidad. Sin avisar y delante de todos, el chico vomitó, no solo en el suelo, sino sobre el vestido de cumpleaños de la mujer a la que amaba.

—Oh, no —gimió antes de cerrar los ojos, plenamente seguro de que ahora ella no lo querría jamás.

Esa noche los okupas llevaron a Yunus a su casa. Llamaron al timbre y salieron corriendo segundos antes de que una Pembe destrozada abriera la puerta y encontrara a su hijo roncando plácidamente en el umbral.

# Un jersey de mohair

Londres, 18 de diciembre de 1977

**D**esde el inicio del trimestre, Katie Evans se sintió atraída por Iskender, casi contra su voluntad. «Alex. Alexander. Daba igual. Era un capullo integral. Un maldito engreído. Siempre rodeado de admiradoras, se cree el líder de una pandilla». Pero era bastante atractivo, tenía que admitirlo, con su tez de color aceituna claro y esos ojos de mirada encendida. Al final reunió el valor para preguntarle si quería salir con ella, a lo que Iskender respondió con un lacónico «vale». Le dijo que el domingo tenía que ayudar a su madre por la mañana, y que de once a dos tenía entrenamiento de boxeo. Estaba libre para quedar después, si ella quería.

Horas antes de la cita, Katie estaba en su habitación, probándose una prenda de ropa tras otra, mirándose al espejo con el entrecejo fruncido. Los jerséis de mohair en colores pastel —fucsia, melocotón, lavanda, espuma de mar— que había comprado con su madre le parecían ridículos y horteras. Igual que las faldas Laura Ashley, los vestidos acampanados y los zapatos con correa. Intentó ver su vestuario a través de los ojos de Iskender y se quedó horrorizada por lo cursi y repipi que era toda su ropa. Frustrada, y tras mucho revolver, se decidió por una imagen informal.

Unos vaqueros, zapatillas de lona y un jersey azul marino. Se ató el pelo en una coleta y se aplicó un poco de maquillaje con la esperanza de que interpretara su estilo como una muestra de seguridad en sí misma o recato, o mejor aún, como una combinación de ambos.

Katie llegó a la cafetería cinco minutos antes de la hora, después de

mirarse en todos los escaparates del camino. Cuarenta minutos después, Iskender aún no había aparecido. Demasiado orgullosa para aceptar el fracaso, pidió otra Coca-Cola al camarero. En un principio había pensado en pedir un batido de fresa y plátano, su preferido. Sin embargo, cambió de opinión porque le pareció una bebida demasiado «de chica».

Estaba a punto de terminarse el segundo refresco, igual que estaba a punto de agotarse su paciencia, cuando la puerta se abrió de par en par e Iskender entró con paso resuelto, mascando chicle, con una bolsa de deporte al hombro y el pelo aún húmedo tras la ducha. Katie observó que se había tomado su tiempo, que se había peinado lo justo, sin prisa para salir hacia su cita.

—¿Qué tal estás, cariño? —la saludó.

Y esa palabra, esa sencilla y tonta palabra, «cariño», hizo que su enfado se desvaneciera de inmediato. El color le subió a las mejillas.

—¿Hace mucho que esperas?

—No mucho.

Los ojos oscuros de Iskender le recorrieron el pelo, los labios, el jersey holgado que ocultaba la forma de sus pechos. Se preguntó por qué no se había arreglado para la cita.

—¿Qué tal ha ido el boxeo?

—Genial. Mi entrenador es guay. Duro como una roca. Era paracaidista del ejército y luchó en Irlanda del Norte. Ese tío ha visto cosas bastante horribles.

—¿Alguna vez usó pistola?

Iskender hizo una mueca de burla. Que si alguna vez usó pistola. Debió de cargarse a más de diez. Resultó herido en peleas y explosiones. Ese tipo aprendió a boxear por las malas.

El rostro de Katie palideció ligeramente. De repente se alegró de no haberse puesto uno de sus jerséis de mohair.

—¿Qué tomas? —preguntó Iskender, señalando su vaso vacío.

—Me he tomado dos Coca-Cola. ¿Quieres una?

—No, odio la Coca-Cola —respondió Iskender—. Me hincha. Yo creo que esas burbujas tienen algo raro. Prefiero los batidos.

Katie no movió un solo músculo de la cara mientras observaba a Iskender llamar al camarero y pedir dos bebidas: otra Coca-Cola para ella y un batido

de fresa y plátano para él. Charlaron sobre la escuela, los niños que no se lavaban y los profesores a los que no soportaban. Katie estaba empezando a pasárselo bien cuando, de repente, el joven la miró con gesto adusto.

—Katie, ¿qué haces aquí conmigo?

Desvió la mirada antes de volver a posarla en él. ¿Podía confesarle que había pasado la noche anterior abrazada a su radiocasete en la cama, escuchando una y otra vez a los Bee Gees cantar «How Deep is Your Love»?

—Bueno, estamos... charlando.

—Mira, a ver si me explico. Me pareces preciosa, en serio, pero tú y yo no pegamos. Los dos lo sabemos. Quiero decir que... no soy el chico adecuado para ti. Mi mundo es distinto.

Katie se mordió el labio inferior, a punto de llorar, como si le hubieran robado algo muy valioso. Y, como acababa de rechazarla de manera tan abierta, como pensaba que eran incompatibles, como era tan inalcanzable, conquistar su corazón se convirtió de repente en el principal objetivo de su vida.

—Pero si no me conoces —respondió, pisando la delgada línea entre el afecto y el enfrentamiento.

—Oh, no quería ofenderte —respondió Iskender, en absoluto apenado. Fue una maravillosa sorpresa ver a la estirada de Katie Evans tan frágil e insegura, y, como empezaba a sospechar, tan encaprichada con él.

—¿Sabes qué creo? Que hemos empezado con mal pie. ¿Por qué no lo intentamos de nuevo? —Se inclinó hacia delante y le ofreció la mano—. Hola, ¿cómo estás? Me llamo Iskender. Puedes llamarme Alex.

Sus labios esbozaron una tenue sonrisa al responder:

—Encantada.

Antes de marcharse, Iskender se excusó y fue al baño. Por las escaleras, se cruzó con un hombre escuálido con la cabeza rapada, grandes ojos azules y la cara cubierta de granos. El hombre, que trabajaba de dependiente en la panadería del barrio, observó a Iskender fugazmente, y su apretada sonrisa reveló un destello de satisfacción.

Cuando Iskender entró en el baño, vio a un hombre negro en los urinarios y se encerró en un cubículo al tiempo que silbaba una animada melodía. Cerró la puerta y se detuvo, sobresaltado por lo que vio. Ante sus ojos, en la puerta,

había una esvástica de medio metro, y junto a ella mensajes racistas y varias obscenidades. Debajo, se leía «Supremacía blanca». Algunas palabras se habían grabado con un objeto de metal, mientras que el resto estaban pintadas con un aerosol. Iskender tocó la superficie.

Quienquiera que lo hubiera hecho, hacía poco que se había marchado.

Salió del cubículo con rapidez, saludó con la cabeza al hombre que ahora se estaba lavando las manos y lo miraba con gesto intimidado. Mientras subía por las escaleras para reunirse con Katie, deseó haber bajado unos minutos antes y sorprendido al autor de las pintadas.

Dieron un paseo, que a Katie le vino muy bien después de las tres Coca-Cola que se había tomado. Caminando sin rumbo, pasaron frente a la verdulería, la farmacia y las casas de apuestas, perseguidos por la última luz del día. Si bien hacía un tiempo desapacible y el cielo era un manto gris, había bastante gente por la calle atendiendo sus menesteres.

En Victoria Park se detuvieron junto al estanque y observaron las palomas. El césped se sentía cómodo bajo sus pies, fresco y prometedor. Él la rodeó con un brazo, la acercó a su cuerpo y la besó. A ella le gustó su olor, el sabor de sus labios, y apreció que no intentara levantarle el jersey para tocarle el pecho, como hacían otros chicos, con la esperanza de ir más allá. Percibió el fervor en su voz, el atrevimiento de su mirada, el hambre de su alma.

Se dieron la mano y se sentaron en un banco a observar a los paseantes, mientras se susurraban al oído comentarios frívolos sobre cada una de las personas que veían. «Chalado. Vieja bruja. Delincuente». Algunos les sonreían, complacidos por ver otra joven pareja enamorada. Otros apartaban la mirada.

—¿Qué me dices del tipo de ahí? —le preguntó Katie—. ¿No es un poco sospechoso?

La mirada de Iskender siguió la de Katie hasta ver a un hombre delgado de pelo negro que se acercaba a ellos. De inmediato, tensó la espalda y relajó el abrazo a la joven.

—¿Qué pasa? ¿Lo conoces?

Sin decir palabra, Iskender volvió la espalda y se subió el cuello para

ocultar su rostro. El hombre, a quien todo el mundo llamaba el Orador, pasó frente al banco segundos después sin ni siquiera dirigir una fugaz mirada a la pareja.

—¿Qué pasa? ¿Alguien a quien no quieres ver? —preguntó Katie.

—No es mal tío. Pero prefiero que no me vea contigo.

A Katie le intrigaba el modo en que el joven se cerraba como una trampa de acero cada vez que se le preguntaba algo que no quería responder, como aspectos relacionados con su familia o su infancia. Tenía facetas que ella no lograba entender. Era un tipo guay, pensaba, pero propenso a los arrebatos de furia. La próxima vez que quedaran, y ella sabía que habría una próxima vez, la trataría mejor. De eso no tenía duda.

# Milagros

Londres, 24 de diciembre de 1977

**E**n una cocina espaciosa y bien iluminada llena de cocineros y pinches, Elias, el propietario y chef principal de Cleo's, estaba inclinado sobre los enormes fogones en los que crepitaban cazos de diverso tamaño. Lentamente, removió una salsa de champiñones densa y cremosa. Estaba casi lista, pero aún no perfecta. Siempre añadía una pizca de nuez moscada antes de retirar el cazo del fuego. Ese era su pequeño secreto. Y hoy todo tenía que salir bien. Al fin y al cabo, era Nochebuena.

Cristiano ortodoxo por nacimiento y agnóstico por elección, adoraba el espíritu navideño: las canciones, las reuniones familiares, el dar, el compartir, pero sobre todo la fe en los milagros. Esa era la parte que comprendía mejor. Cuando era pequeño, su santo favorito era san Andrés de Creta, no porque el santo fuera más piadoso y virtuoso que otros, sino porque, a diferencia de muchos de ellos, él mismo era un milagro andante. San Andrés nació mudo y siguió así hasta que, con solo siete años, de repente empezó a pronunciar verdades demasiado grandiosas para su edad. Al joven Elias le encantaba esa historia, y se regocijaba al imaginar el asombro en los rostros de la gente que estaba con el niño cuando pronunció sus primeras palabras. Se alegraba de que el santo hubiera pasado a la historia como un buen orador además de himnógrafo. Si un muchacho mudo podía hacer eso, tal vez la vida no fuera tan triste como a veces parecía.

Después de añadir la nuez moscada al cazo, Elias removió una vez más la salsa y apagó el fuego. Su ayudante apareció junto a él y vació con cuidado la

salsa en un cuenco de porcelana, donde la dejarían enfriar antes de servirla en las cincuenta y cinco raciones de filete de ternera.

Elias miró el reloj antes de empezar a trabajar en el siguiente plato: pastel de pera con especias y sirope de arce y nueces. Jamás utilizaba utensilios metálicos para preparar sus recetas. Ese era otro de sus secretos. Todo tenía que ser de madera. El metal era frío, pulido y demasiado perfecto. No conectaba, solo controlaba. La madera, en cambio, era torpe y áspera, pero sincera.

Solo faltaban siete horas para Navidad y cuatro días para que entrara el nuevo año. Elias no tenía grandes expectativas para 1978. En realidad, solo tenía una. Que no fuera tan espantoso como el que estaba a punto de terminar.

Esos doce meses habían sido los más duros de sus cinco décadas de vida. Elias había comenzado el año con una carrera floreciente, una mujer atractiva, una casa espaciosa en Islington y más trabajo del que podía abarcar. Al cabo de siete meses, era un hombre soltero y vivía en un piso diminuto casi sin muebles. Con la excepción de unos pocos amigos, apenas se relacionaba con nadie, pues se dolía de un divorcio para el que no estaba preparado. Emocionalmente, comparaba su estado con un tren de juguete al que se le habían agotado las pilas mientras subía una montaña. Durante la última fase de su matrimonio lo había seguido intentando, empujando y luchando con una energía que ya no poseía, hasta que al final descarriló. El divorcio había sido desagradable y ninguno de los dos se comportó como normalmente lo hacía. Con frecuencia se descubrió afrontando los temas económicos, que se impusieron sobre los emocionales, hasta que por fin tuvo que asumirlo y olvidar: a ella, la pensión por alimentos, los recuerdos.

Siempre había querido a su mujer, y de algún modo seguía haciéndolo. Con su figura estilizada, espalda estrecha, tez clara, su marcado acento británico e ideas brillantes, Annabel fue la razón por la que se había trasladado a ese país. Como la mujer era más británica que la reina y seguía muy unida a su familia de Gloucestershire, y como el trabajo de él era más flexible que el de ella —era la fundadora de un innovador centro que ofrecía servicios legales para las mujeres—, les pareció que, después de una breve luna de miel en Ibiza, lo más lógico era que se instalaran en Londres.

Si bien Elias no se opuso al plan en ningún momento, la decisión no

resultó sencilla. A principios de los años setenta, Londres distaba mucho de ser un paraíso culinario. Solo había un par de restaurantes de primera categoría, y las nuevas visiones sobre el arte de cocinar, así como el concepto de cocina intercultural, se observaban con manifiesta desconfianza. La cocina hindú era relativamente popular, pero sus sabores no eran los que Elias pretendía introducir. En general, la cocina inglesa le parecía pesada y estrecha de miras, y sus clientes eran reacios a probar sabores nuevos, con los que él aspiraba a trabajar.

Al final, su matrimonio terminó exactamente como había empezado: con cierta prisa y la necesidad de un nuevo reto. Una vez firmados los papeles del divorcio, de sus siete años y medio de matrimonio a Elias le quedaron una gata persa vieja y perezosa llamada Magnolia, álbumes de fotos que no quería volver a mirar, amargura en el recuerdo y, en ocasiones, en sus sueños.

A mediados de verano recibió una llamada de su madre para informarle de que su padre había sufrido un segundo ataque al corazón y que, esa vez, no había sobrevivido. Elias no sabía nada del primero.

—Hablaba de ti todos los días. Tu padre te respetaba como persona y por lo que estás haciendo allí. Pero era demasiado orgulloso para decírtelo a la cara —dijo su madre.

Se oía tan mal que Elias no estaba seguro de haberlo entendido correctamente.

—Voy a volver a casa, mamá.

—No, ahora no, cielo —respondió la mujer—. Ya vendrás a vernos a mí y a Cleo cuando me encuentre mejor. Ahora mismo no podemos ayudarnos. Quédate ahí y sigue con tus cosas. Tu padre lo habría preferido así.

Sin embargo, aunque su madre no se lo hubiera pedido, Elias sabía que no habría abandonado Londres. Decidió que trabajaría sin descanso, consumiendo el pasado con avidez, tenaz como una oruga que devora todas las hojas a su alcance, y que después esperaría a que alguien lo sacara de su capullo, milagrosamente transformado. Lo único que no sufrió daños durante 1977 fue su negocio. El restaurante iba viento en popa, tanto que se planteaba abrir otro en Richmond, tal vez para compensar el caos que reinaba en todos los otros aspectos de su vida.

Elias se había acostumbrado al dolor. Le empezaba en forma de nudo tenso

en el estómago que se desplazaba hacia las costillas y se le asentaba en el pecho, con lo que le costaba reír y, a veces, incluso respirar. Sus amigos seguían llamándole por teléfono, presionándolo para que volviera a relacionarse. Le dejaban mensajes en el contestador, le concertaban citas a ciegas con mujeres que o bien se tenían en muy alta estima o bien se detestaban a sí mismas. En realidad, y en los últimos tiempos cada vez con mayor frecuencia, Elias buscaba excusas para estar solo. La soledad, esa sensación apagada que había temido casi toda su vida, se había vuelto palpable y real, casi líquida. Se le filtraba por los poros y bañaba los vasos sanguíneos y tejidos de su cuerpo, como el agua que penetra en una esponja seca y la empapa. Por extraño que pareciera, no le resultaba tan desagradable.

Le había dicho que se llamaba Rosa Destino. Elias no podía dejar de pensar en lo distintas que eran ella y Annabel. Si su exmujer hubiera conocido a Pembe, habría sonreído con picardía al encontrarla sencilla y poco sofisticada. ¿No era eso lo que todos los hombres deseaban en el fondo?, preguntaría Annabel. Una mujer poco complicada, alguien que no les hiciera preguntas, insistiera, se enfrentara a ellos ni los criticara. Sin embargo, añadiría Annabel, eso no era más que una falsa fantasía, porque no existían mujeres simples. Estaban las que eran complicadas abiertamente, y las que lo disimulaban.

Pese al fastidioso recuerdo de Annabel que le rondaba por la cabeza, Elias había estado pensando en Pembe. Al principio deseó que lo visitara y así tener ocasión de hablar de las cosas que les gustaban, tal vez incluso cocinar el uno para el otro. Un intercambio amistoso. Nada más. Se había esmerado en tener un buen aspecto, pero a medida que pasaron las semanas, la esperanza se había convertido en la certeza de que no aparecería. ¿Por qué iba a hacerlo? Lo más probable era que hubiera fantaseado durante tanto tiempo que hubiese perdido la noción de lo posible o lo real.

El trabajo lo tranquilizaba, como siempre. Esa noche, además de la clientela que atenderían en el restaurante, se encargarían de servir la comida en dos acontecimientos prestigiosos. Sus empleados trabajaban sin descanso, y Elias se alegró de que nadie le hubiera preguntado por qué había incluido un plato de última hora en el menú: pudin de arroz con flores de azahar.

Media hora después, mientras los filetes seguían marinándose en una salsa

jugosa, uno de sus nuevos ayudantes se acercó a él.

—Chef, tiene una visita.

Elias alzó las cejas e interrumpió sus pensamientos.

—¿Humm?

—Alguien pregunta por usted.

—Después —respondió Elias—. Ahora no tengo tiempo ni de hacer pis.

Mientras observaba a su ayudante encogerse de hombros y dar media vuelta, lo asaltó una duda.

—Espera un momento. ¿Es una mujer de pelo cobrizo?

—¿Qué es cobrizo exactamente, señor..., algo como...?

—Da igual —murmuró Elias, y decidió ir a comprobarlo.

Años después de esa víspera de Navidad, Elias aún recordaría ese momento: salió de la cocina limpiándose las manos en un trapo y se detuvo en seco al verla, de pie en el vestíbulo, alisándose la falda por debajo de las rodillas, como si de repente le pareciera demasiado corta, con un bolso color burdeos bajo el brazo, un leve rastro de culpabilidad en el rostro, como si no se creyera que hubiera ido hasta allí.

Se sentaron a una mesa en el restaurante vacío, lo cual resultó extraño, mientras el personal seguía ajetreado de un lado para otro, lo que incrementaba la sensación de extrañeza. Cada pocos minutos, se le acercaba un ayudante para preguntarle algo, y cada vez Elias respondía con una mezcla de calma y nerviosismo.

—Vuelve a la cocina —dijo Pembe al cabo de un rato.

—No, no te preocupes. Tengo tiempo de sobra —mintió Elias.

La mujer meneó la cabeza con gesto decidido.

—Vuelve, pero... ¿puedo ir yo también?

—¿Estás segura? —preguntó—. Aquello es un gallinero, y con un zorro hambriento que anda suelto. Dos horas antes de la cena, todos se vuelven locos.

Pembe sonrió, imperturbable. La peluquería estaba cerrada ese día, y como su familia no celebraba la Navidad, aclaró, tenía todo el tiempo del mundo. Además, le gustaban los gallineros. Aún vacilante, Elias la condujo a la cocina, donde todos estaban demasiado atareados para prestarle atención. Le ofreció un uniforme y después de que ella insistiera, le pasó pimientos que

había que cortar a dados, perejil que trocear y jengibre que pelar, entre otras cosas. Sin decir palabra y sin descanso, Pembe trabajó.

Más tarde, cuando llegó la hora de marcharse, Elias la acompañó a la puerta. Se detuvieron debajo de un cuadro en el que una mujer desnuda y blanca como la tiza los observaba con mirada indiferente: una reproducción de la *Gran odalisca* de Ingres. Por razones distintas, ambos se sintieron incómodos y apartaron la vista del cuadro, y el uno del otro.

—Te debo una —comentó Elias, y cuando se dio cuenta de que no lo había entendido, agregó—: Gracias.

—Gracias a ti —respondió Pembe—. Me ayudaste el otro día.

Temeroso de hacer o decir algo inapropiado y violar alguna norma cultural, el hombre extendió el brazo para despedirse con un firme apretón de manos. Pasando por alto el gesto, Pembe se acercó y le dio un suave beso en la mejilla.

*Cárcel de Shrewsbury, 1991*

*Esta tarde he ido a ver al funcionario Andrew McLaughlin para recuperar la postal de mi hermana, como él esperaba que hiciera.*

*Me deja esperando treinta minutos, y no porque tenga otros asuntos que atender, sino porque quiere que sepa quién manda. Un recién llegado también espera para verlo. Un pez fuera del agua. Nervioso, no deja de mover la pierna, y se aferra a un puñado de papeles. Está allí para presentar una queja. Basta echarle una mirada para saber que ese tío acaba de caerse de un guindo: no lo han puesto a prueba, no lo han desafiado, no le han hecho daño.*

*«No seas capullo -tengo ganas de decirle-. Cierra el pico».*

*Nunca es buena idea irse de la lengua en la cárcel, sobre todo durante las primeras semanas, cuando todos te observan como buitres y aún no sabes quién es quién. Hay pies que es mejor no pisar, y si lo haces, mejor que estés preparado.*

*En la pared, justo enfrente de mí, hay un tablón con postees y folletos sobre donación de órganos, tratamiento sustitutivo con metadona, hepatitis B y C, y el programa de apoyo a los presos por parte de los Samaritanos. Para un hombre libre, todo eso debe sugerir la pena que se vive aquí dentro. Sin*

embargo, yo no lo veo así. Después de más de diez años en la trena, lo que temo es el mundo exterior.

Tenía ocho años y Esma casi siete cuando llegamos a Inglaterra y, desde lo alto de un autobús rojo, vi el «Reloj Repicante de la Reina», que era como nosotros llamábamos al Big Ben. Aprendimos el idioma con rapidez, a diferencia de nuestros padres, sobre todo mamá. No es que no entendiera la gramática, sino que en general desconfiaba del idioma. Aunque no se sentía mucho más cómoda con el turco, ni con su lengua kurda materna. Ella creía que las palabras causaban problemas. Creaban malentendidos entre la gente. Tampoco confiaba en quienes utilizaban una jerga, como los periodistas, los abogados o los escritores. A mamá le gustaban las canciones, las nanas, las recetas y las oraciones, en las que la importancia de las palabras, si es que tenían alguna, era siempre secundaria.

En casa, con nosotros, mi madre hablaba turco salpicado de palabras en kurdo. Le respondíamos en inglés y entre nosotros solo hablábamos en inglés. Siempre tuve la sospecha de que entendía más de lo que decía.

Tal vez, hasta cierto punto, todos los inmigrantes se echen atrás ante un nuevo idioma. Coge el Oxford English Dictionary, grueso como un ladrillo, y muéstrale un par de páginas a un recién llegado, pregúntale sobre algunas entradas. En particular frases hechas y metáforas propias de la lengua... Son lo peor. Imagina deducir el significado de «estirar la pata». Aprendemos el significado del verbo «estirar», y sabemos qué es una maldita pata, pero, por mucho que lo intentes, no lo sacarás por ti mismo. La retórica se parece un poco a la burocracia. Hace que te sientas pequeño, vulnerable.

Mi hermana era distinta. A Esma le encantaban las palabras. Como pez en el agua. Si alguien utilizaba una expresión que no le resultaba familiar, hacía todo lo posible para hacerla suya, como un coleccionista que ha encontrado una moneda rara. Adoraba las palabras: su sonido, sus significados ocultos. A mamá le preocupaba que, de tanto leer, se le estropeará la vista, y con ella sus opciones de casarse. Yo no tenía tiempo para los libros. Se me daba mejor la jerga. Para mí, tenía fuerza, poder. Hasta el día que empecé a tartamudear, claro.

Aquí he cambiado. No de la noche a la mañana, pero sí poco a poco. Aunque no soy lo que se dice un «interno de confianza», Martin me concedió el privilegio de utilizar la biblioteca después del horario habitual. Leo, investigo y reflexiono: las

tres palabras que pueden acercar tu vida en la cárcel al cielo o al infierno, según cómo lo veas.

Sería fácil imaginar que todo el mundo odiara a un tipo como yo. Pues aunque resulte extraño, no es así. Recibo cartas, postales y regalos de lugares que son solo puntos en el mapa. Algunos chicos creen que soy un héroe. No tienen ni idea de mi vida, pero aun así. Hay mujeres que quieren casarse conmigo y me curan con su amor. Están mal de la cabeza, claro.

También están los santurrones que quieren «trabajar» conmigo. Son tipos de todas las religiones y de ninguna en particular; al parecer, les resulto de lo más atractivo. De vez en cuando, me llega algún rollo de la New Age. Me mandan folletos, libros, cintas. «Deja que ayudemos a tu alma herida y que vertamos algo de luz en tus horas más oscuras». ¡Un discurso ampuloso! Pretenden que su mensaje llegue a toda la humanidad, pero están dispuestos a quemar en la hoguera a cualquiera que no les siga la corriente. Aun así, sienten cierto afecto por los tipos como yo. No se cansan de nosotros, tal es su deseo de corregir a los pecadores y sumar puntos a ojos de Dios. Somos su pasaporte para entrar en el cielo. Nosotros, la escoria de la tierra, los malos, los caídos.

Una vez vino a verme una periodista: flaca como un fideo, pero bien vestida, con falda corta y unas piernas largas y bonitas, y tal. Me visitó varias veces, parecía estar de mi parte. «Por favor, ten muy claro, Alex, que solo quiero entender la historia y escribir sobre ella para que la sociedad adquiera conciencia sobre el tema».

¡Lo más noble del mundo! Y después va y publica una mierda de artículo. De pequeño siempre me habían tomado el pelo. Fue culpa de mi madre: al ser el hijo mayor, me mimó demasiado. «Un caso típico de la tradición patriarcal en Oriente Próximo», bla, bla, bla... Me enfadé tanto que jamás volví a hablar con un periodista. En realidad, no les interesa la verdad, solo quieren hacerte encajar en la historia que tienen en la cabeza.

Sobre mí también se redactaron informes, incluso una tesis en una universidad de Londres. Y una vez, un político me utilizó como ejemplo para desprestigiar a todos los inmigrantes musulmanes. «Este hombre es el prototipo de la clase de inmigrante claramente incompatible con los principios básicos de la civilización europea», declaró. Para toda esa gente, soy invisible. Igual que mi madre. Solo somos medios para promover sus fines.

La puerta de la oficina se abre y el funcionario McLaughlin asoma la cabeza.

-Vaya, ¿a quién tenemos aquí?

Se hace a un lado y me deja pasar. La oficina ha cambiado de manera considerable. Cuando Martin estaba aquí, este era un lugar distinto, claro que Martin también era un hombre distinto. Todos los respetábamos.

McLaughlin se sienta a su mesa y abre un expediente. El mío, claro.

-Veo que naciste en mil novecientos sesenta y dos -comenta-. Somos de la misma edad, nacimos el mismo mes, qué coincidencia.

Yunus es Leo, Esma es Virgo, yo soy Escorpio. Igual que el funcionario McLaughlin.

-Dicen que hay dos clases de escorpiones, ¿lo sabías? - prosigue-. Los que envenenan a otros y los que se envenenan a sí mismos.

Me mira fijamente, como si se preguntara si seré el caso anómalo que encaja en las dos categorías.

-Aquí dice que has estado varias veces en aislamiento en solitario. Te metías en muchas peleas. ¡Menudo buscabroncas! Veamos, le rompiste la nariz a un interno, atacaste a un funcionario en período de prueba. Ah, y le destrozaste los dedos a otro interno. Cuatro dedos... -Hace una pausa e intenta calmarme-. Ay, eso tuvo que doler.

Se me encoge el estómago.

-¿Cómo lo hiciste, Alex? ¿Le apoyaste los dedos sobre una superficie dura y se los rompiste de una vez, o se los fuiste retorciendo uno por uno?

Sé lo que está haciendo. Me recuerda quién era, y quién puedo ser todavía. Mi vida aquí ha pasado por dos etapas. Al principio, era un coñazo para todo el mundo. No hay otra forma de decirlo. Estaba lleno de ira, de resentimiento, del todo perdido. Después llegó la segunda etapa, que es más o menos en la que estoy ahora. Aún cabreado, furioso, pero más conmigo que con los que me rodean.

-Le aplasté la mano con un bloque de cemento -respondo.

-Ya -dice McLaughlin, y asiente con la cabeza, como en un gesto de admiración-. ¿Y el funcionario? ¿Qué pasó con él?

-Tuvimos una pequeña bronca.

Se lo buscó. Me estuvo buscando para ver dónde estaba mi límite. Intentaba hacer que me doblara durante los registros desnudos, me insultaba, me provocaba. Escondí una cuchilla en

el cepillo de dientes y le rajé media cara. Más adelante lo destinaron a otra cárcel. He oído que la herida aún no le ha cicatrizado.

-Leo que has tenido ataques, crisis epilépticas, migrañas, ataques de pánico y ansiedad, psicosis, intentos de suicidio... Humm. -Se detiene. Ha encontrado algo de interés-. ¿Defecto del habla! ¿De qué se trata?

-Tartamudeé -respondo-. Durante un tiempo.

Se me ha pasado, aunque no del todo. Cuando me pongo nervioso, aún se me traba la lengua, pero no le daré el placer de descubrirlo.

McLaughlin sigue leyendo.

-Bajo fuerte medicación. Trazodona, zimelidina, litio, Paxil, Valium, Xanax...

Algunos no surtieron ningún efecto; otros funcionaron durante un tiempo, y otros tenían tantos efectos secundarios que acabé peor que antes de tomarlos. El litio me hizo engordar, lazimelidina me provocaba náuseas tan intensas que sentía que vomitaría los pulmones, y una vez la trazodona me causó una erección dolorosa que duró tres días. Me pregunto si todo esto está en mi expediente o si ha buscado en mi historial médico y, de ser así, si es legal.

De repente se ríe de algo que acaba de leer y agita los hombros de arriba abajo.

-Oh, ¡pero si no comes carne!

Asiento con la cabeza.

Otra risotada.

-Lo siento, no puedo evitarlo. Es que un detalle así en un matón como tú... ¡Quiero decir que se hace raro que alguien que ha matado a su madre y tiene un historial de violencia reiterada, tenga en cuenta a unos cuantos animales!

No hago ningún comentario y un silencio incómodo se cierne sobre nosotros.

-¿Puedo recuperar mi postal?

-Claro -responde, de repente serio-. En cuanto me digas por qué le pediste a tu compañero que te golpeará, recuperarás tu maldita postal.

-Estaba a punto de volverse loco. Su mujer te pidió el divorcio. Necesitaba golpear a alguien.

-Y tú, el buen samaritano, le ofreciste tu pecho, ¿no?

Abre un cajón y saca la postal de Esma. Para mi sorpresa, no pierde tiempo y me la entrega de inmediato. A continuación, añade:

-Algunos chalados dicen que Houdini murió por culpa de los golpes que recibió en la zona abdominal. Creen que los puñetazos le destrozaron el apéndice.

No respondo. No hace falta que le diga que tal vez yo sea uno de esos chiflados. Si golpeas un apéndice de manera repetida con la fuerza suficiente, puede pasar. Es cuestión de encontrar el ángulo correcto. Al menos merece la pena intentarlo. ¿Qué tengo que perder? Experimento con la muerte.

-Alex, tengo indicios suficientes para pensar que intentabas pasar a mejor vida. Si es así, eres un escorpión con tendencia a envenenarse.

Es más listo de lo que creía, pero lo negaré de todas formas.

-¿Por qué iba a querer morir? Pronto seré un hombre libre.

Es entonces cuando el funcionario McLaughlin se inclina sobre su mesa, me mira a los ojos y pronuncia las palabras más acertadas de su vida.

-Alex, tú y yo sabemos que nunca serás un hombre libre. Incluso cuando te hayas largado de aquí, cuando estés en la calle, seguirás atrapado en tu culpa. -A continuación, se echa hacia atrás-. Y para que lo sepas, la muerte de Houdini no tuvo nada que ver con los golpes que recibió. Ya tenía el apéndice hecho polvo.

-¿Por qué me dices todo esto?

-Porque un marinero listo vuelve al puerto cuando se avecina una tormenta.

-¿Y si no hay tormenta? -respondo, poniéndome en pie-. ¿Y si vuelves al puerto para nada y te pierdes la luz del sol?

Es un error, lo sé. No debería hablarle así. Pero mi ego se ha despertado, si es que alguna vez había estado dormido.

-Siéntate -ordena McLaughlin.

Obedezco. Esperamos en silencio. Transcurren unos minutos.

-Puedes irte -dice al fin McLaughlin.

Mientras me dirijo a la puerta, oigo que murmura, como para sí:

-¿Por qué vendrá esta gente a Inglaterra a dejarnos aquí toda su mierda?

En Gran Bretaña, el rechazo a los extranjeros siempre me coge desprevenido. No siempre te llaman «sudaca» o «latino de mierda» a la cara, aunque a veces pasa. El racismo no forma parte del día a día, como en otros países de los que oigo hablar. Aquí es algo sutil y siempre refinado. No es cuestión de color de piel ni de religión, en realidad. Tiene que ver

con lo civilizado que seas.

Vuelvo a mi celda y por el camino saludo a algunos chicos. Entre estas paredes casi todos son ingleses, pero también hay algunos hispanos, rusos, búlgaros, árabes y africanos. Todas las naciones contienen manzanas sanas y podridas. Así lo veo yo. Algunos de esos hombres tienen el cerebro derretido por las drogas y las peleas. Puede que el mío también esté hecho puré. Hay mucha droga. A algunos tipos solo les interesa colocarse o meterse en la cama de otros. Los maricones..., ellos lo tienen complicado. Cuando llegué aquí, no me gustaba ninguna de las bandas que había y decidí formar la mía. No fue fácil, pero me las arreglé. Teníamos una serie de estrictas normas no escritas que todos obedecían. Tolerancia cero para los pederastas y violadores. Ni mariposones, ni folla niños, ni enfermos de ninguna clase. Ni enganchados al caballo, al crack ni a la coca.

De repente sentí que no podía seguir dirigiéndolos. Era su líder, pero dejé la banda porque tenía la cabeza llena de asuntos que debía resolver. Estaba muy sedado para que no me hiciera daño. Vigilado para evitar que me suicidara, veinticuatro horas al día, siete días a la semana. Durante un tiempo toqué fondo, e incluso me hundí aún más.

Entonces, una noche, mi madre vino a mí. Su fantasma. Una aparición. Como se quiera llamarlo. Llegué a olerle el pelo, tan real fue. Se quedó conmigo toda la noche. Su rostro. Sus ojos. Lloré como no lo había hecho nunca. Después de eso, empecé a cambiar y hoy soy un hombre distinto. Tal vez no sea mejor, pero sí diferente. Y esa es una información que el funcionario McLaughlin nunca encontrará en mi expediente.

Cuando entro en la celda, Flipi está sentado en su litera debajo de varias mantas, el rostro lívido y los ojos cerrados. Parece totalmente ido.

-¿Cómo te ha ido? -pregunta.

-¡Genial! No nos hemos estrangulado el uno al otro.

-Guay -responde, y vuelve a sumirse en el sopor. Desde que recibió la noticia de su inminente divorcio, ha estado tomando cada vez más pastillas.

Por un instante siento ganas de decirle que se lo tome con calma. Pero me doy cuenta de que lo único que quiere es que lo dejen en paz. Lo respeto. Me tumbo en mi litera a rumiar.

En el otro mundo hay un puente más delgado que un cabello y

resbaladizo como una anguila. Cuando llegue el día del Juicio Final, cada uno de nosotros tendrá que cruzarlo en solitario. Se oirán los gritos de los pecadores mientras se les abrasa la piel y les hierven los huesos. Si has pecado, caerás en las vivas llamas de abajo. Si has hecho el bien suficiente durante tu vida, los animales que has sacrificado durante una festividad se alzarán de la muerte y te guiarán a salvo hasta el otro lado. ¿Quién me enseñó eso? Debió de ser el tío Tariq, pero no estoy seguro.

Tenía siete años cuando dejé de comer carne. En cada festividad pedíamos perdón a Dios por no ser capaces de sacrificar a un animal. Los vecinos nos traían carne, lo que era un detalle bonito. Sin embargo, en nuestro último año en Estambul mamá le pidió a nuestro padre que comprara un carnero, y no uno cualquiera, sino uno grande. Al fin y al cabo, nos íbamos a Inglaterra. Papá había encontrado trabajo en una fábrica allí. Dios nos había abierto una puerta nueva y teníamos que agradecersele debidamente.

Nuestro padre se estuvo quejando sobre lo caro e innecesario de esa compra. Sin embargo, una mañana me desperté con un balido procedente del jardín, y allí había un carnero, pastando sobre un fino césped. Era un animal impresionante, con lazos rojos atados a los cuernos. Me dejaron que le diera comida y agua. Mamá y yo le aplicábamos henna en la cabeza, lo que le dejaba manchas rojizas. Me pasé los dos días siguientes a su lado. Fue mi primera y única mascota.

-No te encariñes demasiado con el carnero -me advirtió el tío Tariq.

-¿Por qué? -pregunté.

Frunció el entrecejo.

-¿No te lo han dicho? Pronto lo sacrificarán.

Llorando, corrí a ver a mi padre. Parecía de buen humor y prometió no tocar al animal.

-Solo tengo un hijo. Dejaré que te quedes con el carnero.

Dios, me volví loco de alegría. Me sentí orgulloso de ser un chico, y no una niña enclenque como Esma. Al día siguiente me mandaron a hacer unos encargos, y cuando volví vi el cuerpo abotargado del carnero colgando del árbol.

No sabría decir qué me dolió más, si la muerte de mi mascota o la mentira de mi padre. O descubrir que mi madre había sido su cómplice. O que no tenía tantos privilegios como creía. Mamá me embadurnó la frente con la sangre del animal, me dijo que parecía un sultán y se fue a cocinar la carne. Un olor

acre y pegajoso inundó la casa. Por la noche, cuando me pusieron el plato delante, me negué a comer.

-¿Sabes cuánto me costó ese carnero? -preguntó mi padre-.  
¿Tienes una idea, mocoso desagradecido?

En ese momento no supe lo que me invadió, pero ahora lo sé. La ira. La adrenalina. La sensación de ascender y caer al mismo tiempo. Te golpea como una ola. Al momento siguiente estás de pie sobre la cresta y puedes enfrentarte a quien sea, incluso a tu padre. Aparté el plato a un lado, con más brusquedad de la que pretendía. La comida quedó esparcida sobre la mesa. Mi padre parpadeó, como si no se creyera lo que veían sus ojos. ¿Acaso me atrevía a desafiar su autoridad delante de mi madre y mi hermana? Se puso como una furia. Nunca lo había visto tan enfadado.

-¡Iskender, come! -gritó-. ¡No me gusta golpear a mis hijos!

Me encogí de hombros. Esa fue la gota que colmó el vaso. Mi padre me empujó la cabeza contra el montón de comida, y me cogió tan desprevenido que la barbilla me chocó en el fondo del plato y rebotó como una pelota de goma. Sin embargo, mi nariz seguía nadando en caldo espeso y aceitoso, mezclado con mis lágrimas y mis mocos. Oí el ruido de un sorbo. Procedía de mí. Y después ese sabor, que nunca olvidaré. El sabor de mi debilidad. Mi padre seguía empujando, agarrándome la nuca con fuerza. Mastiqué una vez, y otra, y entre un trago y el siguiente, levanté la cabeza para tomar aire.

Por fin me soltó. Cuando alcé la vista, noté que estaba avergonzado de su reacción. No era un hombre violento, no en ese sentido. No sé qué le pasó ese día. Creo que él tampoco lo sabe.

Mamá corrió hacia mí y me limpió la cara.

-Mi león, mi sultán, ¿estás bien?

Sin prestar atención a la mano de mi madre en la frente, seguí mirando a mi padre fijamente. En sus ojos había rencor, pero también un destello de sufrimiento. ¿Qué nos estábamos haciendo? ¿Por qué siempre descargábamos nuestras frustraciones los unos en los otros?

En ese preciso instante entendí que no servía de nada echarse a temblar. Si mostraba debilidad, me pisotearía. El puto mundo entero me pasaría por encima. Si era muy fuerte, en cambio, nadie lo haría. Desde entonces, no he vuelto a ser débil. Me he equivocado, sí. Muchas veces. Pero nunca he sido débil. Jamás. Y desde entonces no he vuelto a comer carne.

*ISKENDER TOPRAK*

# El bigote

Londres, 1 de enero de 1978

**E**ran las seis menos veinte de la mañana y Adem ya estaba despierto. En los últimos tiempos, había empezado a poner el despertador a horas intempestivas para disponer de algo de tiempo antes de que Roxana se levantara. Le gustaba observarla mientras dormía. Entonces su rostro tenía un aspecto distinto, menos tenso, como si ya no le reprochaba quién era y lo que no sería jamás. Ahora, sin el pintalabios de color melocotón, su boca se veía más pequeña, sin rastro de frialdad; tenía el pelo extendido sobre la almohada como hilos de lana desparramados en todas las direcciones que estrechaban el corazón de Adem.

Estar enamorado de Roxana era como ver pasar un barco a lo lejos. Adem permanecía inmóvil, sentado en la orilla, protegiéndose los ojos del sol. Ante su mirada, el barco seguía moviéndose. No con demasiada rapidez, nunca con prisa, en una despedida apenas perceptible. Sabía que los días que pasarían juntos estaban contados. Ella se alejaba de él poco a poco, y lo único que Adem podía hacer era esperar hasta que se convirtiera en un punto en el horizonte. Cuando la mujer descubriera que a Adem no le quedaba dinero, dejaría de verlo. Y él era consciente de la situación porque ella se la había dejado muy clara desde el principio. «Una mujer tiene necesidades», solía decir. Roxana era siempre dolorosamente directa.

Lo había visto perder a la ruleta, pero estaba convencida de que guardaba algo en la manga: ahorros en el banco, un préstamo que tuviera que cobrar o propiedades en Londres. «Tiene que tener algo, con el tiempo que lleva en este

país». Roxana tenía la esperanza de que cualquier día Adem le revelaría su tesoro escondido. Las expectativas de la mujer no habían surgido de la nada; Adem había hecho todo lo que estaba en sus manos para darle esa impresión.

Sin embargo, la realidad era que hacía unos días que Adem había perdido su trabajo en la fábrica. Su dejadez había terminado por pasarle factura. Ahora, su única fuente de ingresos era el dinero que le prestaban sus amigos, y su única propiedad, la casa en que vivía su familia. Le habían concedido una hipoteca seis años atrás, y de momento solo había pagado un cuarto del total.

Con un suspiro, Roxana se volvió mientras dormía. Torció el rostro y ensanchó levemente las aletas de la nariz.

«No —dijo, y a continuación farfulló algo incomprendible. Acto seguido, repitió—: No, no».

Adem contuvo la respiración, intentando entender más. Se preguntó qué estaría soñando. Su cuerpo estaba con él en la cama, pero su alma se encontraba muy lejos de allí, con otro hombre. De ser así, ¿lo amaría? Adem no sabía qué sería peor: que jamás hubiera estado enamorada y fuera incapaz de abrir su corazón, o que hubiera amado una vez y no volviera a entregarse a alguien del mismo modo.

Despacio, se levantó de la cama. La manta resbaló hacia un lado y dejó al descubierto los muslos de Roxana. Podía dormir desnuda, fuera invierno o verano, siempre cómoda en su piel. Él era incapaz. Se quitaba el pijama justo antes de mantener relaciones sexuales, y después se lo volvía a poner.

«Quítate los calcetines en la cama. ¡Eres como un viejo!», se quejaba Roxana.

Adem obedecía, aunque a regañadientes, porque siempre tenía frío. La calefacción en el piso era insuficiente. Las cañerías eran viejas y estaban deterioradas. Pero Adem no se atrevía a quejarse. Otra de las cosas que a Roxana no le gustaba era su bigote. «Los ingleses no lo llevan —solía comentar—. ¿Cuándo piensas cortártelo? Te pareces a Stalin».

Arrastrando los pies en la oscuridad, Adem se dirigió a la cocina y encendió la luz. El desorden lo sorprendió, aunque creía que había llegado a acostumbrarse a él. Roxana detestaba las tareas de la casa y a menudo le reprochaba que no la ayudara. «No puedes obligarme a que te sirva. No soy tu esposa, ¿verdad?».

Le gustaba decir cosas así, hacer insinuaciones afiladas como un cristal roto. Su resentimiento era inseparable de ella, la volvía casi vengativa. En realidad, a Adem no le importaba tanto la dureza de sus comentarios como las generalidades que proyectaba sobre él. Cada vez que Roxana le reprendía, Adem tenía la impresión de que se dirigía a todos los hombres que había conocido. Era doloroso. El hecho de formar parte de una galería de granujas, sin nada que lo distinguiera ante sus ojos, hacía que se sintiera como el amante temporal que era en realidad. Quería ser único, el único para ella. No le importaba que hubiera habido otros antes que él. Bueno, sí importaba, pero si al menos le asegurara que era especial, el desasosiego sería menos intenso. Roxana solía reírse de eso. «Nunca te he dicho que esté enamorada de ti, ¿verdad?». Cada vez que Adem empezaba a hablar sobre sus sentimientos, algo que jamás había hecho, ni con su mujer ni con sus hijos, Roxana agitaba la mano, como si dispersara el humo de un cigarrillo que le molestara.

Adem abrió el armario tratando de no mirar el fregadero, donde una pila de platos sucios y tazas llenas de moho seco nadaban en un charco de agua turbia. Cuando encontró un cazo limpio, empezó a preparar café turco.

En el fogón trasero, a fuego lento, el café empezó a hervir y el borboteo pausado le resultó extrañamente tranquilizador. Un punzante mal olor invadía la cocina. Adem se sentó a la mesa con una taza entre las manos y se tomó el café en un par de sorbos. Sin embargo, seguía sin sentirse del todo despierto. Aún llevaba la noche encima.

El día antes había ido a la escuela de su hijo pequeño y lo había esperado fuera, oculto entre las sombras. «Como un delincuente», se dijo. Cuando Yunus salió con sus amigos, Adem no gritó su nombre, como si algo le atenazara la garganta. De manera similar, en varias ocasiones había pasado frente a la cafetería Aladdin's Cave con la esperanza de encontrarse con Iskender. Una vez lo vio a lo lejos, de la mano de una chica rubia y esbelta. Sabía que Iskender tenía una novia inglesa, pero al verlos juntos, ágiles y llenos de entusiasmo, se sintió viejo, consciente del vigor que ya no poseía. ¡En los meses que llevaba fuera de casa, su hijo había crecido tanto! Estaba hecho un hombre, un hombre atractivo. Aunque le habría gustado, no fue capaz de acercarse y hablar con él. La gente miraba. Esa era la parte más difícil: enfrentarse a la mirada de amigos y vecinos, charlar con ellos de banalidades

mientras fingía no saber qué estaban pensando. «Un hombre indigno que abandonó a su familia por un bailarina».

Recorrió el pasillo en dirección al baño, encendió la luz y se miró en el espejo. Frunció el entrecejo al verse las ojeras, las señales de antiguos granos en las mejillas, los mechones blancos en el pelo. ¿Cómo se explicaba que tuviera el pelo canoso y el bigote tan negro? Se dispuso a recortarse la barba, como lo había hecho todas las mañanas durante más de quince años. Sin embargo, su mano derecha parecía tener otros planes. En un impulso, cogió la cuchilla.

Cuando Adem salió del baño, recién afeitado, vio a Roxana sentada en la cama, hojeando una revista. Le bastó con una fugaz mirada para saber que había dormido mal y que no estaba de su mejor humor.

—¿Queda café? —preguntó, sin levantar la vista.

—Claro. —Su tono sonaba ligeramente distinto cuando hablaba con ella, como el eco de su propia voz.

—Vuelve a dolerme el cuello.

Adem empezó a masajearle el cuello, en círculos cada vez más amplios por encima de los hombros, y sus manos se detuvieron durante un instante en la parte baja de la espalda. La mujer soltó un gemido y su cuerpo se relajó como si estuviera tomando un baño de espuma. Adem siguió con el masaje, con más fuerza, hasta que las puntas de sus dedos se tocaron al llegar al cuello, primero por accidente, después a propósito. Se le ocurrió, y no por primera vez, que podría matar a esa mujer. Entonces dijo:

—Voy a traerte el café.

—Espera. —Roxana lo observó con atención—. ¿Qué te has hecho en la cara?

—Ah, el bigote —respondió—. ¿Te gusta?

Aunque asintió con la cabeza, de repente deseó, sin motivo aparente, que no se lo hubiera afeitado, que Adem no la quisiera tanto y que todo fuera diferente. Una sonrisa triste afloró a la comisura de sus labios, y todo el rencor pareció evaporarse de su cuerpo.

# Sorpresa muda

Londres, 2 de enero de 1978

**A** primera hora de la tarde, un resplandor dorado iluminaba el escaparate de Crystal Scissors, donde los adornos navideños colgaban como uvas maduras y bañaban el local de un brillo deslumbrante. Aún mareada tras la fiesta de la noche anterior, Rita se estaba tomando la tercera taza de café cuando se abrió la puerta y apareció un hombre de mediana edad. De rostro alegre y animado, tenía un porte seguro que podría haber resultado altivo de no haber ido acompañado de una cálida sonrisa.

Rita arqueó una ceja y examinó al desconocido de arriba abajo. No parecía un representante de productos cosméticos ni alguien interesado en recoger firmas para alguna causa. Tampoco tenía el aspecto de un inspector que hubiera ido a comprobar las condiciones higiénicas del salón de belleza. Con su indumentaria elegante, parecía un hombre decente..., aunque Rita era de las que pensaban que no se podía estar segura de nada.

—¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó Rita.

—Sí, por favor. Quiero cortarme el pelo.

Rita soltó una risita.

—Lo lamento, pero está cerrado. Abrimos dentro de quince minutos y...

—Ah, esperaré fuera, no hay problema.

—Iba a decirle que no es una peluquería unisex. En la esquina hay una barbería.

—Sí, la conozco. Y, más que un barbero, ese hombre es un carnicero.

—Bueno, seguro que puedo recomendarle algún lugar mejor —concedió

Rita, con un matiz divertido en la voz.

—¿Se ha dado cuenta de la cantidad de peluquerías que ahora son unisex?  
—preguntó en un tono más dulce.

—¿En serio? —respondió Rita con fingido asombro. Aún no había descartado la opción de que ese hombre fuera un lunático.

En la pequeña sala de la parte trasera del local, Pembe dejó de limpiar los cepillos y trató de averiguar con quién estaba hablando Rita. Le pareció reconocer la voz, pero no era posible que fuera él. Con el corazón acelerado, entró de puntillas en la sala. Fue tal el asombro al descubrir a Elias charlando con su jefa, que se apoyó contra la pared, incapaz de dar otro paso.

Elias no la vio entrar.

—Hace cuatro años que llevo el pelo largo. Creo que me apetece un cambio.

—Ajá. Como siempre les digo a mis clientas, el pelo largo es para las mujeres. Así lo quiso nuestro Señor.

En ese momento, Pembe sintió que tenía que intervenir y hacerlo salir de la peluquería, pero no se le ocurrió cómo hacerlo. Con los labios fruncidos, sin dejar de mordérselos, siguió observándolos.

—Entonces tal vez pueda ayudarme —respondió Elias—. Soy cocinero, ¿sabe? Y cada día algún cliente se queja de un pelo en la sopa.

Rita se rio.

—Me encantaría ayudarle, de verdad, pero espero a una clienta a las doce y media.

—Yo lo haré —intervino Pembe.

Rita y Elias se volvieron y la miraron boquiabiertos, los brazos en jarras y el semblante serio, como si no recordaran quién era. Haciendo un esfuerzo por sonar natural, Pembe añadió:

—Yo le cortaré el pelo.

No sería la primera vez. Si bien no tenía formación como peluquera, había observado lo suficiente a Rita para atreverse a intentarlo. Además, el hecho de haber cortado el pelo a sus hijos, sobre todo a los niños, durante muchos años, le había enseñado algunos trucos.

—Bueno, decidido entonces —concluyó Rita, y se encogió de hombros con gesto resignado. Iba a añadir algo más cuando la puerta se abrió de golpe

y su clienta entró en la peluquería. Rita se acercó a la mujer con los brazos abiertos—. Margaret, ¡qué alegría verte!

Entretanto, Pembe acompañó a Elias a una silla del fondo de la sala, y le susurró nerviosa:

—¿Por qué has venido?

—Lo siento. Tenía que verte.

—¡No! —exclamó, en tono de niña caprichosa. Le ató una bata al cuello, colocó las tijeras en una bandeja de plástico y empezó a humedecerle el pelo con un pulverizador.

Elias se dio cuenta de que Pembe estaba tan atolondrada con su presencia que le temblaban las manos. Eran tantas las ganas que tenía de abrazarla y disculparse por haberla molestado que tuvo que respirar hondo para controlarse. Lamentaba un poco su travesura. Sin embargo, el placer de tenerla tan cerca era superior al sentimiento de culpa. Observó cada uno de sus movimientos en el espejo oval de la pared. Al notar el contacto con sus manos cerró los ojos, y cuando los abrió se fijó en que ella también lo observaba. No obstante, las palabras que pronunció no se correspondieron con la compasión de su mirada.

—Te cortaré el pelo, pero no vuelvas más.

—De acuerdo, no te preocupes. Te prometo que no volveré.

Aliviada, Pembe sonrió por primera vez.

—¿Cómo lo corto?

—Pues no lo sé. —Elias siempre había llevado el mismo peinado y justo entonces se dio cuenta de que no estaba listo para cambiar de estilo. Pese a ello, respondió—: Déjame guapo, por favor. Que me quede bien.

—Ya estás bien —susurró Pembe en voz tan baja que fue casi un milagro que la oyera.

En el otro extremo de la sala, estalló una carcajada. Rita y su clienta estaban cotilleando con fruición, enfrascadas en su mundo.

—Quiero pedirte algo.

—¿Qué? —respondió Pembe con temor.

—Verás, yo... Me gustaría conocerte mejor, que pasáramos más tiempo juntos. Pero si quieres que te deje tranquila, solo tienes que decirlo.

Pembe se estremeció. Su rostro palideció levemente, y tras unos segundos

que se hicieron eternos, respondió:

—No me dejes tranquila.

Elias levantó la mano derecha, la que quedaba cerca de la pared y por ende alejada de todas las miradas, y tomó la mano de Pembe. Fue la primera vez que se tocaron de un modo que no era accidental, ni fruto de un encuentro tímido marcado por el miedo y la culpa. Como un hombre a punto de caer que se aferrara a una cuerda, agarró la mano de Pembe y la apretó con tanta fuerza que le hizo daño. A Pembe no le importó, pues sentía lo mismo: la intensidad, la demora, la imposibilidad. Su mano se volvió pequeña como un gorrión en la de él.

Permanecieron así durante un segundo más, hasta que Pembe la retiró.

—¿Cómo lo corto?

—Córtamelo así, por favor.

Pembe siguió su mirada hasta la mesa de al lado, en la que había una revista abierta por la fotografía de un hombre en una entrega de premios; una atractiva estrella de Hollywood con dientes de porcelana y la piel bronceada.

—¿Como él?

—Decidido. Siempre he querido parecer un famoso.

Pembe alcanzó la revista y observó la fotografía, si bien sabía que al hombre no le interesaba en absoluto el actor y lo que quería era pasar tiempo cerca de ella. Durante la media hora siguiente, Pembe trabajó en silencio, el entrecejo fruncido en un gesto de concentración. No se pronunciaron más palabras. Cada vez que Rita les dirigía una mirada de soslayo, solo veía a Pembe trabajando y al extraño cliente leyendo una revista tras otra.

Cuando terminó, Pembe le mostró la nuca con la ayuda de un espejo. Elias suspiró, tratando de no desmoralizarse por lo corto de su pelo y la visión de la nuca desnuda. Mientras la mujer le quitaba la bata, él le preguntó, como de pasada:

—¿Te gusta el cine, Pembe?

—¿Qué?

—Si te gusta ir al cine.

Pembe asintió, sonriente. Durante sus primeros años en Inglaterra, había pedido a sus hijos que la llevaran al cine en varias ocasiones, pero el idioma suponía una barrera y siempre le costaba seguir los diálogos.

—¿Por qué lo preguntas?

Elias se acercó a ella y la miró a los ojos.

—He dejado una cosa debajo del pulverizador. Échale un vistazo, por favor. —A continuación, elevando el tono, añadió con satisfacción—: Muchas gracias. Ha hecho un trabajo fantástico.

Desde el otro extremo de la sala Rita sonrió, orgullosa de ver otro cliente satisfecho. Mientras intercambiaba con Elias las cortesías de rigor y el hombre pagaba, Pembe permaneció inmóvil, con la vista clavada en el pulverizador. Había una entrada. Para el viernes siguiente, a las cuatro de la tarde, en un cine de East Finchley. Una película antigua. En blanco y negro, y muda.

# Vergüenza

Londres, 5 de enero de 1978

**T**ariq era el orgulloso propietario de una tienda de barrio en Queensbridge Road. Seis días a la semana, doce horas al día, vendía caramelos, aperitivos, artículos de perfumería, bebidas gaseosas, comida congelada, cigarrillos y demás productos variados. También tenía un soporte donde exhibía multitud de periódicos y revistas, algunas de las cuales le hacían torcer el gesto cada vez que posaba sobre ellas su mirada: *Mayfair*, *Men Only*, *Fiesta*, *Knave*, *Penthouse*, *Club International*. Había demasiada indecencia en ese país; tanta desnudez no podía ser buena. No lograba entender que algunos hombres disfrutaran con tales publicaciones, como tampoco comprendía a las mujeres que posaban en ellas. ¿Acaso no tenían familia: padres, maridos o hermanos? Colocaba el material obsceno en un extremo del estante, debajo de las latas de atún y leche condensada, donde sus compradores pudieran encontrarlas, pero lo bastante alejadas para que no molestaran a los ojos inocentes.

Hambriento, Tariq consultó el reloj de la pared. Solo eran las once y cuarto. Su mujer, Meral, le llevaba el almuerzo a las doce y media en un cuenco de hojalata: *kafta* con yogur a la menta, puré de berenjena ahumada, arroz con garbanzos. En la parte trasera, tenía un samovar hirviendo, siempre a punto. A lo largo de un día cualquiera, desde la mañana hasta bien entrada la noche, Tariq bebía unas treinta tazas de té, que tomaba fuerte y solo, y con el que siempre chupaba un terrón de azúcar.

Mientras él comía, Meral siempre encontraba alguna ocupación, como

barrer el suelo, quitar el polvo de los estantes o limpiar el cartel del escaparate en el que se leía Oasis Mini Mar et. Tenía intención de arreglar la «k», pero nunca encontraba tiempo para ello. Además, a los clientes no parecía importarles demasiado.

Cuando terminaba de almorzar, Meral cogía el cuenco vacío y se marchaba a casa a terminar sus tareas. Tal vez algún día le pidiera a su esposa que lo ayudara a llevar la tienda, pero nunca le permitiría trabajar en un lugar lejano, entre desconocidos, como Adem dejaba a Pembe. No estaba bien. A menos que hubiera una necesidad económica, una mujer no debería tener que buscar trabajo.

A diferencia de otros tenderos del barrio, Tariq no visitaba la mezquita ni antes ni después de comer. No era un hombre religioso, aunque quienes lo veían con la barba poblada y el rosario en la mano solían pensar lo contrario. Si llevaba barba era porque creía que le favorecía y le disimulaba las marcas de la viruela. En cuanto al rosario, era más una costumbre que una muestra de su fe. En casa tenía toda una colección: de ámbar brillante, turquesa claro, rosa coral, ónice opaco, verde jade. Con rapidez y constancia, recorría las cuentas con los dedos, con lo que provocaba un repiqueteo continuo en la tienda, sofocado por el zumbido de los autobuses o los coches que se detenían con un chirrido en los semáforos.

De los tres hermanos, Tariq era el mayor, y había sido el primero en marcharse de Estambul para trabajar. Al principio encontró empleo en una fábrica de maquinaria en una pequeña ciudad alemana llamada Troisdorf. El trabajo le pareció exigente, los alemanes, inaccesibles, y el idioma, imposible. Los alemanes te invitaban a su país para que trabajaras, no para que te relacionaras con ellos, y esperaban que te marcharas en cuanto dejaban de necesitarte. El hecho de adaptarse a sus costumbres era como abrazar a un erizo. Tal vez hubiera una ternura secreta, un núcleo blando debajo, pero no se podía atravesar esa primera capa de espinas afiladas. La comunidad inmigrante podría haberlo ayudado a habituarse, sentirse menos vulnerable y, por tanto, menos resentido, pero a Tariq nunca se le había dado bien hacer amistades, y los años en Alemania no fueron excepción.

Una vez, sin embargo, entabló amistad con un compañero de trabajo tunecino que lo llevó a Grosse Freiheit, en el barrio rojo de Hamburgo. Luces

de neón, clubes de música, estallidos de carcajadas en todos los idiomas. Tariq se quedó horrorizado al ver mujeres mostrando su cuerpo como maniqués en los escaparates. Su expresión altiva y sus miradas provocativas resultaban igualmente perturbadoras. No eran como las prostitutas que aparecían en las viejas películas turcas, castigadas por la vida.

—¿Quieres entrar? —le preguntó su amigo en un alemán simplificado, para que lo entendiera, mientras señalaba una puerta decorada con bombillas parpadeantes.

—¿Qué hay ahí dentro?

El hombre esbozó una sonrisa burlona.

—¿Qué hay ahí dentro? —repitió con fingido espanto—. Coños, tío. Coñitos rubios.

Tariq bajó la mirada y se miró las botas con gesto enfadado. Murmuró la respuesta en voz tan baja que no se oyó.

—No quiero.

Su amigo le dirigió una mirada de desdén.

—Allá tú, tío. Si no puedes, no puedes.

A Tariq se le pasó por la cabeza golpearle, darle una patada en la espinilla con las botas sucias de barro, pero el impulso se desvaneció con la misma prontitud con que había aparecido. Observó al hombre mientras cruzaba la puerta y desaparecía en el interior del local, y se quedó en esa calle poco iluminada, donde oyó cantar a una mujer detrás de alguna puerta.

Esa misma semana, en la fábrica, Tariq se enteró por algunos compañeros de que el hombre les había contado que se había acobardado y no había querido entrar en el burdel porque «no tenía ganas». La gente se rio a sus espaldas. Alguien comentó que podría ser maricón. Tariq estaba planeando su boda para ese año, pero el incidente aceleró sus planes. Cuando trajo a su mujer de una ciudad de Anatolia —una prima tercera por parte de padre—, le pidió a Meral que fuera a visitarlo a la fábrica todos los días durante el primer mes, para que todos vieran que no era ningún maricón y cerraran el pico de una vez por todas.

A las 12.25 se abrió la puerta de la tienda y Meral entró con paso lento, las

mejillas sonrosadas por el viento. El menú del día consistía en puchero de lentejas, pimientos verdes rellenos y *tulumba*. Lo observó un rato mientras comía, orgullosa de su apetito. A continuación, dijo:

—Pembe ha pasado por casa esta mañana.

—¿Qué quería?

—No me lo ha pedido directamente, pero creo que necesitan dinero.

—Dinero, dinero, dinero... —repitió Tariq.

Una vez, Tariq vio una película en la que el protagonista se convertía en gánster para rescatar a su hermano pequeño de la pobreza y asegurarle un futuro mejor del que Dios había previsto para él. Al final, de manera inesperada, el hermano pequeño, que se había convertido en inspector de policía, arrestaba al protagonista, aunque lo respetaba, quería y admiraba, y estaba en deuda permanente con él.

Sin embargo, en su historia familiar no había héroes ni villanos. Aunque había hecho todo lo posible para ayudar a sus dos hermanos a mantenerse a flote, queriendo creer que con un poco de apoyo podrían cambiar sus destinos, Tariq sabía que era un hombre limitado, como Adem y Jalil. Sus hermanos habían seguido sus pasos y se habían convertido en inmigrantes trabajadores; uno en Australia y el otro en Inglaterra. Al cabo de unos años, Tariq dejó su trabajo en Alemania y se trasladó a Inglaterra, lugar del que se decía que el tiempo era horrible, pero la gente educada.

Ahora, mientras mojaba el pan en el puchero, le preguntó a Meral:

—¿Sabe Pembe dónde está?

—No tiene ni idea. Pero... —Meral hizo una pausa y vertió agua hirviendo en el cuenco de porcelana del samovar—. Sabe que se ha ido a vivir con otra mujer.

—Bueno, qué esperas si ella no es lo bastante mujer para retener a su marido en casa... —respondió Tariq, dejando la frase sin terminar.

Adem no debería haberse casado con esa mujer. Había chicas mejores para él y aun así, de manera inexplicable, se enamoró de Pembe. Por qué ella, y por qué de un modo tan repentino, eran cuestiones que Tariq nunca entendió. Era capaz de apreciar la belleza de Pembe, pero a sus ojos eso solo contribuía a que se pudiera confiar menos en ella. Los hombres se equivocaban al codiciar a mujeres atractivas. Estaban bien para coquetear con ellas cuando se

estaba soltero, pero una esposa debía tener atributos más allá de su belleza. Adem se encontraba solo en aquella aldea kurda de mala muerte cuando pidió la mano de Pembe. Y, además, era jovencísimo.

Cuando su madre se marchó con otro hombre, Tariq tenía dieciséis años, Jalil, trece y Adem solo siete. En los millones de hogares de Estambul, las madres hacían cuanto estaba en sus manos por mantener a sus familias unidas y a sus hijos contentos, pero su madre, solo la suya, los había abandonado.

No todo el mundo lo entendía, pero el honor era lo único que algunos hombres tenían en su vida. Los ricos podían permitirse perder y recuperar su reputación, con estrategias tan superficiales como comprarse un coche nuevo o renovar el mobiliario de sus mansiones; pero para el resto de la gente las cosas eran distintas. Cuanto menos poseía un hombre, más valía su honor. Los ingleses no entendían esas reglas antiguas. Sus mujeres podían besar a otros hombres, beber y bailar con desconocidos, y ellos se limitaban a mirar sonrientes.

Un hombre engañado, privado del honor que le correspondía, era un hombre muerto. No podía salir a la calle, a menos que se acostumbrara a no levantar la vista del suelo. No podía ir a una tetería y jugar una partida de *backgammon*, ni ver un partido de fútbol en la cervecería. Ese hombre andaría encorvado, apretaría los puños, los ojos se le hundirían en las órbitas, y todo su ser se convertiría en una masa indiferente, más encogida con cada rumor. Nadie le prestaría atención cuando hablara, porque sus palabras no tendrían más valor que una boñiga seca. El cigarrillo que ofreciera se quedaría sin fumar, el café que bebiera le sabría siempre amargo. No se le invitaría a bodas, circuncisiones ni fiestas de compromiso, para evitar que contagiara su mala fortuna a los demás. En su rincón aislado, rodeado solo de vergüenza, se marchitaría como un fruto seco. Tariq sabía todo eso de primera mano porque era lo que le había sucedido a su padre. Baba no había muerto de cirrosis. Era posible que el alcohol hubiera acelerado los acontecimientos, pero en realidad fue el deshonor el que lo mató. Adem y Jalil eran demasiado pequeños para comprenderlo, pero Tariq lo había vivido.

Cuando Meral se marchó, Tariq se tomó un momento de calma para reflexionar. Hasta entonces, había considerado la situación de su hermano no tanto como un vicio sino como una calamidad que había caído sobre él. El

juego era una enfermedad de la peor clase. Pero despilfarrar el dinero en una bailarina, una mujer como las que posaban en las revistas, era mucho peor. Tenía que mantener una conversación seria con Adem, si lograba encontrarlo. Cuando un hombre desatendía su hogar hasta ese punto, era fácil que el resto de su familia también se descarriara. Para asegurarse de que eso no sucedía, Tariq tendría que vigilar de cerca a Pembe y a los niños. Llevaban el mismo apellido. Si uno caía en la deshonra, la vergüenza se extendería hasta él, el mayor de los Toprak. El honor de ellos era también el suyo.

# La pieza que faltaba

Londres, enero de 1978

**E**l cine Phoenix se había fundado en 1910. Tenía una fachada modernista revestida de azulejos, una escalera corta en el vestíbulo y un auditorio de estilo *art déco*. Había servido a la nación proyectando documentales y películas de evasión durante la guerra, pero por suerte no sufrió daños durante el bombardeo alemán. En los últimos tiempos, después de ser adquirido por una pequeña distribuidora, el cine había empezado a proyectar películas poco conocidas, de arte y ensayo, si bien de vez en cuando también programaban clásicos de Hollywood. Sin embargo, se encontraba tan lejos del centro que estaba casi siempre vacío.

Ese día solo había cuatro espectadores: una pareja de jóvenes que parecían menos interesados en la película que en inventar nuevas técnicas de besar, y un hombre que no se quitó la boina y parecía tener más años que la propia sala de cine. El cuarto era Elias, tenso y nervioso, sentado hacia el centro, solo. La película había empezado hacía unos minutos, pero él seguía dirigiendo la vista hacia la entrada. Pembe no había aparecido.

Elias observó la escena inicial con gran preocupación. «Una película con una sonrisa y quizá una lágrima», leyó en la pantalla. De modo inesperado, el gesto de Elias se suavizó al ver la imagen de Charles Chaplin. Siempre había adorado a Chaplin: su humor mezclado con aflicción, su humanidad infinita y esos ojos tristes, negros como el carbón. Lentamente, sintió que la tensión abandonaba su cuerpo y que su mente se dejaba llevar por la historia de *El chico*.

Al cabo de un rato, Elias notó un leve movimiento en un extremo de la fila, pero no se atrevió a volver la cabeza. Alguien se le acercó en la oscuridad y se sentó a su lado, inmóvil como una sombra. Con el corazón latiéndolo con fuerza en el pecho, Elias identificó el rostro de Pembe, hermoso y radiante, con el rabillo del ojo. Tenía la mirada clavada en la pantalla, y su pecho se agitaba en un movimiento ascendente y descendente.

«Me alegro tanto de que hayas venido —quiso decirle Elias—. Temía que estuvieras enfadada conmigo». Sin embargo, respetó su silencio y ni tan solo susurró una palabra. Ambos se concentraron en la película.

Pembe contemplaba la pantalla con los ojos como platos, y la sorpresa en su rostro se volvía más profunda con cada escena. Cuando Chaplin encontraba al bebé abandonado en un cubo de basura y decidía criarlo como si fuera hijo suyo, la mujer esbozó una sonrisa de aprobación. Cuando el chico lanzaba piedras contra las ventanas de los vecinos para que el vagabundo, disfrazado de cristallero, las arreglara y ganara algo de dinero, Pembe se rio. Cuando los servicios sociales se llevaban al chico, a la mujer se le llenaron los ojos de lágrimas. Y, al final, cuando padre e hijo se reunían, su rostro se iluminó de satisfacción y del esbozo de algo que Elias interpretó como melancolía. Parecía tan absorta en la película que el hombre sintió una punzada de rencor. Qué sensación tan extraña, sentir celos de Charlie Chaplin.

Elias la observó mientras se soltaba el pelo y se lo volvía a recoger. Le llegó un leve aroma a rosa y jazmín, una mezcla dulce y embriagadora. Tan solo unos minutos antes de que terminara la película, y sintiéndose como un adolescente en su primera cita, encontró el valor para buscar sus dedos. Para su alivio, Pembe no retiró la mano. Permanecieron inmóviles. Dos estatuas talladas en la oscuridad, ambas temerosas de hacer un movimiento que rompiera la ternura del momento.

Cuando las luces se encendieron, tardaron unos segundos en acostumbrarse a la vida real. Con rapidez, Elias sacó un cuaderno y anotó el nombre de un cine en otra parte de la ciudad.

—La semana que viene, el mismo día, a la misma hora, ¿vendrás?

—Sí —balbuceó Pembe.

Antes de que pudieran decirse nada más, Pembe se puso en pie y empezó a andar hacia la salida, escapando de él y de todo lo que había sucedido entre

los dos, o de lo que habría sucedido si hubieran sido dos personas distintas. En la palma de la mano, el nombre del lugar donde se encontrarían la próxima vez, apretado con fuerza, como si fuera la llave a un mundo mágico, una llave que utilizaría en ese mismo instante si estuviera en sus manos el poder de decidirlo.

Así empezó todo. Comenzaron a verse todos los viernes a la misma hora, y de vez en cuando también otras tardes. Frecuentaban el Phoenix más que ningún otro lugar, pero también se habían citado en cines distintos, todos alejados de sus casas, todos muy poco conocidos. Como no cambiaban la programación con frecuencia, terminaron viendo *El chico* dos veces, pero también asistieron a los pases de *El rey y yo*, *El ladrón de Bagdad*, *King Kong*, *La pasión de Juana de Arco*, *El jorobado de Notre Dame* *Ben-Hur*.

Ambos consideraban esas historias no como pertenecientes a un pasado lejano, sino como destinos que aún se estaban revelando en algún lugar. Fuera cual fuese la película que se disponían a ver, la escena era siempre la misma. Pembe no apartaba los ojos de la pantalla, mientras que él no apartaba los ojos de ella. A Elias le entusiasmaba el modo en que su expresión se alteraba con cada nuevo giro en el argumento. Tenía la impresión de que poco a poco iba conociendo a las distintas mujeres que dormían en su interior, que alcanzaba a descubrir detalles de su personalidad que permanecían ocultos a los demás, tal vez incluso a sí misma. De vez en cuando, también Pembe lo miraba de ese modo, como si deseara descubrir las profundidades de su alma. Elias se estremecía y se preguntaba qué encontraría, y si lo consideraría merecedor de su amor.

Con el tiempo averiguó más cosas sobre ella, piezas de un *puzzle* que completaba mucho después de que se hubiera marchado. Llegó a descubrir que, pese a su nombre, su color favorito era el amatista. Le encantaba cantar viejas canciones de amor kurdas y tenía una voz bastante bonita. Aparte del cerdo, que no consumía por motivos religiosos, tampoco comía gambas, caracoles, calamares ni arándanos, porque le hacían chirriar los dientes, pero sin embargo podría pasarse el día chupando rodajas de limón. También descubrió lo joven que era. Aunque su forma de vestir y su manera de comportarse la hacían parecer mayor, tenía dieciséis años menos que él.

Poco a poco empezó a entender la situación. La atracción incomprensible,

casi enigmática, que sentía hacia ella, una mujer tan alejada de la vida que él había llevado, era como un recuerdo de infancia recuperado. Por alguna razón ajena a su mente consciente, aunque no a su corazón, sentía la necesidad de amarla y protegerla del mundo hostil. Había experimentado esa sensación con tres mujeres en su vida: su hermana, su madre y su exesposa. Aun así, lo que sentía por Pembe era diferente a todo lo que hubiera conocido antes. Ella era su puerta de entrada a un mundo que, aunque más ambiguo y peligroso, también se sentía más real. Le perturbaba enormemente que fuera un amor ilícito, pero la posibilidad de perderla en cualquier momento no hacía más que incrementar su ferviente deseo hacia ella. Era la pieza que le faltaba en su vida, la conexión con su pasado, sus antepasados, su parte oriental. Su amor restituía las piezas perdidas, el tiempo perdido.

Poco antes de que se encendieran las luces de la sala de cine, se alejaban el uno del otro y se marchaban por caminos separados. De ese modo, nunca los verían juntos..., o eso esperaban.

Pembe siempre salía antes que él. Elias se entretenía, paseaba por la sala, se quedaba mirando los carteles de las paredes, la basura del suelo, las golosinas y los refrescos, mientras seguía pensando en la película y en el brillo de los ojos de la mujer, intentando acostumbrarse al vacío que había dejado con su marcha.

#### *Cárcel de Shrewsbury, 1991*

*Me despierto sobresaltado en mitad de la noche. La celda está a oscuras, salvo por la luz enfermiza y amarillenta que se cuela procedente del pasillo. Se supone que esas bombillas tienen un efecto calmante. Sería idea de algún loquero. En realidad, me producen náuseas.*

*La cama se nota rugosa, es como estar tumbado sobre un bloque de cemento. Pero esa no es la razón por la que me he despertado a una hora tan infame. Algo va mal, lo noto. Aguanto la respiración y escucho. Los ronquidos, los pedos, los quejidos, los crujidos, el chirrido de dientes en las celdas cercanas. La gente de fuera cree que la cárcel es un lugar de lo más silencioso. No es verdad. Sin embargo, esta noche, pese a los sonidos habituales, se siente extrañamente vacía. Falta algo. Eso, o estoy perdiendo la chaveta.*

Mi madre solía decir que las premoniciones son susurros de Dios en un bosque oscuro. De vez en cuando. Dios nos advertía que tuviéramos cuidado, que no confiáramos en alguien, que no abriéramos según qué puertas, aunque nosotros nunca prestábamos atención. Pero no estoy seguro de si eso es lo que me está sucediendo ahora mismo. Una premonición es la creencia de que va a pasar algo malo. Lo que yo siento es distinto. Es la clase de dolor que te golpea cuando ya ha pasado algo, cuando es demasiado tarde.

Me apoyo en un codo y aguzo los oídos. Al principio sospecho que el fantasma de mi madre ha venido a visitarme, pero enseguida me doy cuenta de que esta noche no está por aquí. No tengo el corazón acelerado como siempre me pasa cuando percibo su presencia. Tampoco veo un resplandor extraño en un rincón de la celda, como de nieve recién caída. Ni un suave crujido, como de cortinas de seda. No me llega el olor a rosa y a jazmín. Ni el olor a halva de sésamo. Nunca olvidaré la primera vez que viví todo eso. Me quedé totalmente alucinado.

En el pasado me visitaba más a menudo. Después, cada vez menos. Ahora casi nunca aparece. Temo que no vuelva a hacerlo. Es una idea estúpida, pero mientras siga viniendo mantengo la esperanza de que tal vez me perdone.

Al principio estaba desesperado. No podía dormir por miedo a que se presentara en plena noche y me estrangulara. Tardé un tiempo en descubrir que los fantasmas no hacen esas cosas. La gente cree que buscan venganza, pero lo único que quieren es entender. Así pues, clavan en ti su mirada vacía a la espera de una explicación. Te miran el alma. No se comunican, no hacen preguntas. Al menos mi madre no las hace. Es como una película muda, solo que en color.

Pero esta noche mamá no ha venido. No es ella quien ha disparado mis alarmas. Entonces, ¿qué es? Suelto el aire. Tomo aire. Después contengo la respiración. Escucho, esta vez con más atención. De repente, me doy cuenta. Flipi no está roncando. Tampoco se mueve, ni da sacudidas, ni habla dormido, como hace siempre, da igual lo cansado o colocado que esté. Me levanto de la cama y me acerco a él. Está de espaldas hacia mí.

-Flipi.

No responde. No se mueve.

-Patrick. ¿Estás bien?

No sé por qué lo llamo por su nombre, cuando hace años que no lo hago. Pero la palabra se me escapa. Retiro las sábanas.

La peste es espantosa. Se le ve extrañamente pequeño, como si hubiera encogido de repente. Lo agito agarrándolo por los hombros. No se mueve. Lo agito con más fuerza. Los pies le cuelgan de un modo extraño y torpe, como los de una marioneta rota. Los brazos le pesan, aunque es el tío más delgado que conozco.

-Flipi, no me jodas, colega. Déjalo ya.

Le busco el pulso. Tiene el cuello rígido y frío. «Más frío que la teta de una bruja», diría él. No le encuentro el latido del corazón. Le apoyo la cabeza en mi brazo y le suelto aire en la boca. La boca que ha besado a su parienta, y a tantas otras mujeres. La boca que soltaba tacos constantemente, pero que también rezaba. La boca que era su perdición, pero también lo que lo salvaba. No reacciona.

Rompo a reír. Es ridículo. El ángel exterminador está ciego o se ha vuelto senil. Azrael debería retirarse. ¿Acaso Dios no se da cuenta de que el esbirro no está haciendo bien su trabajo? ¿Por qué siempre muere quien no debería? Estuve enseñando a Flipi a usar los puños. Era un alumno pésimo, lento de mollera. Pero lo iba pillando. Le hice practicar golpeando siempre en el mismo sitio: en mi abdomen. Hay partes más delicadas en el cuerpo de un hombre, como la cabeza, el cuello, la nuez, o incluso el tabique nasal. Pero si me hubiera golpeado ahí habría parecido una pelea de verdad y Flipi se habría metido en problemas. El abdomen no levanta tantas sospechas. Todo el mundo sabe que boxeo por diversión.

Con la fuerza adecuada, el abdomen es un objetivo letal. Sangrado interno. Si no se trata, la muerte llega al cabo de unas horas. Y no tenía la menor duda de que no se me trataría.

Flipi no sabía nada de eso, claro. Sería un accidente. Un inspector entraría y anotaría algo en su cuaderno. Su secretario redactaría el informe y lo filtraría a la prensa. Un tabloide mostraría interés: «Asesino por honor muere en prisión». El funcionario McLaughlin recortaría el artículo y lo adjuntaría al expediente. Se hablaría de mí durante un tiempo. Nadie lo lamentaría. Después se olvidaría el caso. Limpio como el plato en el que come un hombre hambriento. Flipi quedaría sin culpa y yo estaría muerto. Por fin libre.

Houdini es solo un recordatorio. El funcionario McLaughlin dice que no es verdad, que no es más que un cuento chino, que el mago no murió por culpa de los golpes, como suelen creer los idiotas como yo. Pero a mí me da igual si Houdini murió de esto o de lo otro. Cada vez que veo el póster recuerdo que es

posible morir de una buena tanda de puñetazos. Aunque también me recuerda otras cosas. Todas tristes. Houdini tuvo la culpa de que mi tío Tariq descubriera que mi madre tenía un amante, y de que se enterara todo el mundo, incluyéndome a mí.

Muevo el cuerpo de Flipi hacia un lado y me siento junto a él. Algo cruje debajo de mi peso. Echo un vistazo. La levanto y vuelvo a reír.

—Cabrón desgraciado.

Es una jeringuilla. ¿Cuándo lo ha hecho? ¿Habrá sido un accidente? ¿O un pico suicida? ¿Ha esperado a que me quedara dormido? Soy un tronco. Un puto saco de mierda. Duermo como un erizo gordo hibernando en su madriguera. Me doy asco a mí mismo. Echo un vistazo a la cama. La sábana está mojada de pis, saliva y vómito. Su cuerpo ha intentado escupir el veneno. Después me fijo en el puño izquierdo de Flipi, la mano cerrada con fuerza, los nudillos duros como pinchos. Consigo separarle los dedos uno a uno. Encuentro un pedazo de papel. Me acerco a los barrotes para leerlo a la luz del pasillo.

Alex, hermano, si estás leyendo esto significa que he pasado de ronda. Querías largarte antes que yo, ¿verdad? Cabrón. ¿Crees que no lo sabía? Te habría ayudado. Te juro por Dios que es verdad, pero es que no lo aguantaba más. No te cabrees. Te esperaré, a ver qué hay ahí arriba. Iré a echar una ojeada. No más trampas. No más Houdini. Has sido un buen colega. Cuando vea a tu madre, se lo diré.

TU AMIGO FLIPI

Las lágrimas me corren por las mejillas. Me abofeteo. No sirve de nada. Me tiro del pelo. Primero con una mano, después con las dos. Más fuerte. Más. Siento que la piel cede y me arranco un mechón. Y no dejo de soltar ruidos, como un perro que gimotea en la calle. Un coche me ha golpeado. Tengo los huesos rotos. Flipi me ha atropellado.

Me pongo en pie. Tengo la cabeza a punto de estallar. La adrenalina me devuelve una sensación que conocí bien en el pasado: furia. Creí que la había dejado en el camino. Hace dos años la metí en un saco, lo cerré, y la ahogué, como a un gatito. Me prometí pasar el resto de mi vida intentando ser un

hombre mejor, al menos intentándolo. Pero ha sido en vano. Me ha encontrado de nuevo. Me ha seguido, me ha seguido el rastro hasta dar conmigo. Y aquí está, mi vieja compañera de juegos, la furia. Tan leal como siempre.

Arranco el póster de Houdini y lo rompo en mil pedazos. Tiro al suelo las sábanas de mi cama, la manta y la almohada. Pateo las paredes, golpeo las paredes, choco contra las paredes, me doy cabezazos contra las paredes.

Luces. Pasos. Ruido. Alguien entra en la celda.

-Pero ¿qué coño?

Otros lo siguen. Me empujan al suelo y me sujetan la cabeza. Las luces están encendidas. Hay demasiada luz. Me duelen los ojos. ¿Es el funcionario McLaughlin, de pie junto a mí? ¿Qué hace aquí? ¿Turno de noche? El tipo adora su trabajo.

Van de un lado a otro, comprueban el pulso de Flipi. Encuentran la jeringuilla. Ven la nota. Uno de ellos empieza a leerla en voz alta. Mierda. Consigo soltarme, los he cogido desprevenidos. Me pongo de pie de un salto. Cuando quieren darse cuenta, les he quitado la nota.

-Eh... -grita un verdugo joven, como si hubiera hecho trampa en un juego, y parece cabreado.

El funcionario McLaughlin da un paso adelante.

-Dame eso.

-Es mía.

-Aquí nada es tuyo, imbécil. He dicho que me la des.

Nos miramos fijamente. Por fin ha llegado el momento. Ahora puede demostrarme lo mucho que me odia. Y yo puedo demostrarle que el sentimiento es mutuo. Ya basta de fingir. Nada de intentar en vano ser hombres mejores. Somos lo que somos. Me meto la nota en la boca.

-Ah, no, ni se te ocurra -dice el funcionario McLaughlin-. Has visto muchas películas, ¿verdad?

Empiezo a masticar. Con lentitud. No hay prisa. Todos me miran.

-Alex, te vas a arrepentir de esto. Te doy una última oportunidad de salvar el culo. Déjalo ya.

Mastico, mastico, mastico. No sabía que el papel tuviera un sabor tan terroso. Me pregunto si Flipi me está viendo. ¿Cuando morimos, nuestras almas abandonan enseguida nuestros cuerpos y salen flotando hacia el cielo como un globo de aire caliente, o se entretienen durante un rato? ¿El alma de mi madre se quedó alrededor y me vio sacar de su cuerpo el cuchillo con el que la había apuñalado?

Me trago la nota.

El primer puñetazo me impacta en el mentón y me coge del todo por sorpresa. Los dientes chocan entre sí con bastante fuerza. El funcionario McLaughlin sabe dónde dar. No como el pobre Flipi. Los otros verdugos apartan la mirada. Se nota que no lo aprueban. Tienen mujeres, hijos. Son buenos ciudadanos. Quieren dormir tranquilos por la noche. Nadie quiere mancharse las manos de sangre. Pero no intentan detenerlo, porque así van las cosas con los matones. Nadie les dice que ya es suficiente. Por eso son lo que son. Y yo lo sé, porque yo fui uno de ellos, y aún lo soy.

Mi madre era una mujer supersticiosa. En nuestra casa había cuentas contra el mal de ojo por todas partes. Ella me las metía en los bolsillos, en la mochila. Una vez encontré una cosida en mi chaqueta de cuero. Nunca silbábamos por la noche, ni abríamos un paraguas dentro de casa, ni nos cortábamos las uñas después de que se hubiera puesto el sol. A veces nos poníamos la ropa interior del revés para ahuyentar la mala suerte. Cuando estábamos sentados a la mesa, nunca nos pasábamos los cuchillos. Mamá hizo todo lo posible para protegerme de la gente, pero se olvidó de lo que bullía en mi interior. Nada puede proteger a un hombre de lo que lleva dentro.

Fue semanas después de mi circuncisión en Estambul. La herida ya se había curado y había vuelto a jugar en la calle.

Debíamos de estar en otoño, porque recuerdo que los árboles estaban perdiendo las hojas y que el barro se amontonaba en las calles. Cerca de casa había un canal en el que nunca nos bañábamos. El agua apestaba porque la gente tiraba en él toda clase de cosas. Latas, botellas, plásticos, folletos de propaganda comunista. Una vez, alguien encontró una pistola en la orilla.

Ese día iba paseando junto al canal, pensando en la pistola. ¿De quién sería? ¿De un atracador de bancos? ¿De un asesino? ¿Lo habría detenido la policía? Debía de estar totalmente absorto en mis pensamientos, pues de lo contrario los habría visto y habría tomado otro camino. O me habría escondido detrás de un arbusto hasta que se hubieran ido. Sin embargo, seguí caminando hacia ellos. Tres chicos. Unos años mayores que yo.

-¿A quién tenemos aquí? La caperucita roja ha salido a dar

un paseo.

-Iskender, ¿dónde está tu madre? ¿No está contigo?

Meneé la cabeza.

-Siempre te llama «mi sultán» -dijo el primer chico-. Una gilipollez de los kurdos.

-¿Es el sultán de los suburbios!

El primer chico, que estaba entre los otros dos y sin duda era su líder, no se sumó a las provocaciones. Solo me observaba. Parecía preocupado por mí, incluso avergonzado por el comportamiento de sus amigos. Me equivoqué al interpretarlo como una señal y di un paso hacia él. Hacia mi protector.

-¿Es verdad que huiste de tu circuncisión? -preguntó el líder-. ¿Y que te subiste a un árbol?

Debí de quedarme pasmado. ¿Cómo lo sabían? ¿Quién se lo había dicho?

-Las noticias vuelan -dijo, como si me hubiera leído el pensamiento.

-¿Qué pasó? ¿Al final te circuncidaron o no?

-Sí -respondí, y noté la debilidad de mi voz.

-Dice que sí -repitió el líder-. Pero ¿podemos confiar en él?

Me empujaron y me tiraron al suelo. Me bajaron los pantalones. Yo gritaba a voz en cuello.

-Pero ¿qué es esto? ¿Qué pequeña! Como un rabanito. No me extraña que huyera de la circuncisión... ¿El corte lo podría haber dejado sin nada!

-Pero aún no está circuncidado del todo -comentó el líder-. Deberíamos terminar el trabajo.

¿Tenía un cuchillo en la mano o mi cabeza me jugó una mala pasada? Aún no estoy seguro. Solo recuerdo que me meé encima.

-Oh, no. Ahora el sultán necesita un baño -dijo el líder.

Me quitaron los pantalones, los calzoncillos, los calcetines y los zapatos. A continuación, me arrojaron al canal.

-Ven a recoger tu ropa. O vuelve a casa así y enséñale a todo el mundo tu rabanito.

Se fueron, pero no me creí que se hubieran marchado definitivamente, de modo que me quedé allí sentado, abrazándome las rodillas, balanceándome despacio, esperando a que salieran de detrás de los arbustos y me atacaran. No sé cuántas horas pasaron. Oscureció. Empezó a lloviznar. No me importaba.

Mi madre apareció entre las sombras acompañada por dos vecinos. Debí de buscarme por todas partes. ¿Cómo supo que

estaba en el canal, el único lugar al que me había prohibido que fuera solo? No me hizo ninguna pregunta. Me envolvió en su chal, me llevó a casa, me bañó, me peinó y me puso un pijama limpio.

-Ya está -dijo al terminar-. Ya vuelves a parecer un sultán.

Diez días después, ya tenía mi propia banda. Nada espectacular, solo nosotros cinco. Pero eran leales a mí hasta la médula. Chicos gitanos a los que nadie quería como amigos. Eran duros. Fumaban. Coleccionaban toda clase de cosas: chapas de botellas, papel de aluminio, botes de aerosol. Nada les importaba una mierda.

Dimos una paliza a los dos chicos, pero no tocamos al líder. Quería hacerlo sufrir. Que no supiera si le llegaría su turno, ni cuándo. Por esa época ya había tenido mi primera pelea en serio con mi padre. El incidente sobre el carnero. Me prometí que no volvería a ser débil y estaba manteniendo mi promesa.

Un domingo por la mañana, sonó el timbre de casa. Mi madre abrió la puerta. Era una mujer, llorando. Le contó que el día anterior una banda de chicos enmascarados había atacado a su hijo. Lo habían arrojado al asqueroso canal. De no haber sido porque consiguió agarrarse a un tablón, se habría ahogado. No sabía nadar. Dijo que esos chicos, esos gamberros, habían obligado a su hijo a beberse su propio pis. Preguntó, sin preguntar, si mi madre sabía algo del asunto, ya que su hijo no le había dado ningún nombre.

Oí que mamá invitaba a la mujer a entrar en la cocina mientras le decía que lamentaba lo que le había ocurrido a su hijo. Le ofreció té y un pedazo de pastel. La mujer no aceptó lo uno ni lo otro.

-Ayer fue el día de la colada en casa -dijo mamá-. Iskender me ayudó a bajar las cortinas y a colgarlas otra vez. Así que estuvo conmigo todo el día, por si se preguntaba si mi hijo tuvo algo que ver.

-¿Seguro?

-Segurísimo.

Cuando la mujer se hubo marchado, mi madre entró en el salón, donde yo estaba sentado bajo la ventana, observando el paso de los zapatos. Esperaba que me dijera un par de cosas. Un manotazo en la muñeca. Un tirón de orejas, al menos. Sin embargo, tan solo me miró fijamente, y me pareció descubrir un rastro de orgullo en sus ojos. A continuación, preguntó:

-¿Qué quieres para cenar, mi sultán? ¿Te preparo un puchero de lentejas, como a ti te gusta?

No hablamos sobre el chico al que había agredido. Ni entonces, ni en ningún otro momento.

ISKENDER TOPRAK

# La lucha valiente

Londres, marzo de 1978

**A**ntes incluso de llegar a la casa okupa, Yunus sabía que algo iba mal. Mientras se acercaba al viejo edificio, se fijó en que las ventanas de las tres plantas estaban cubiertas con tablones, cajones y cajas de cartón, en algunas de las cuales habían dibujado símbolos anarquistas. El día antes, la temperatura había caído por debajo de cero y de los canalones colgaban carámbanos como lágrimas. Un silencio pesado dominaba el ambiente, una tranquilidad inquietante.

La noche del cumpleaños de Tobiko, la noche que los punkis lo llevaron a casa, Yunus llegó tan tarde y en tal estado, que Pembe —para entonces enloquecida por la preocupación y a punto de llamar a todos los hospitales— lo castigó durante varias semanas. Por las mañanas lo acompañaba a la escuela y por las tardes iba a recogerlo. Sin embargo, había empezado a cumplir su horario habitual en Crystal Scissors y Yunus volvía a ser libre. Aunque le había prometido a su madre volver a casa directamente al salir de la escuela, y a pesar de que nunca mentía, Yunus se descubrió, casi contra su voluntad, pedaleando hacia la dirección que conocía tan bien.

Después de aparcar la bicicleta, recorrió el estrecho camino hasta la casa con cuidado de no resbalarse. Para su sorpresa, la puerta estaba cerrada con llave. En las numerosas ocasiones en que había estado allí, jamás la había encontrado entornada, mucho menos cerrada. Los okupas siempre presumían de que esa era la única vivienda de Londres que no necesitaba llaves ni candados, porque era tan solo una casa y no una cárcel de propiedad privada

como todas las otras.

Como no había timbre, Yunus llamó a la puerta, primero con delicadeza, pero pronto con creciente inquietud. Minutos después, la golpeaba con fuerza.

—¡Largo de aquí! —gritó alguien desde dentro.

Yunus se detuvo, sorprendido. ¿Era posible que los okupas no quisieran volver a verlo? ¿Por eso se habían encerrado? Tímidamente, pero con constancia, volvió a llamar.

—¡Déjanos en paz, chovinista! —gritó otro.

Una voz femenina intervino:

—¡Vete a la mierda! ¡Pensamos luchar!

El chico se quedó horrorizado. Por mucho que quisiera a Tobiko, no se sentía preparado para enfrentarse a una casa llena de okupas furiosos. Con la voz entrecortada, gritó:

—Pero... Soy yo... ¡Yunus! ¿Puedo entrar, por favor?

Se hizo un silencio momentáneo, seguido por un estallido de risotadas. Segundos después, la puerta se abrió formando una estrecha rendija. Había un hombre en la entrada: se parecía a Iggy Pop y también iba sin camiseta, con el torso al aire. Cuando vio a Yunus, sonrió y gritó por encima del hombro:

—¡Falsa alarma, gente! ¡No hay moros en la costa! ¡Es el crío!

—Hola —dijo Yunus—. Pasaba en bici por aquí y quería ver qué tal estabais.

—¡Mejor que nunca! Estamos listos para patearles el culo.

—¿Qué culo? —preguntó Yunus en voz baja.

—El de las autoridades —respondió Iggy Pop con nerviosismo.

«Autoridad» era otra de esas palabras de adultos que Yunus había oído en alguna ocasión pero que no terminaba de entender. Una vez le preguntó a Tobiko qué significaba, y ella, con su actitud bromista de siempre, le respondió: «Es lo que los padres tienen en abundancia, las madres nunca tienen y lo que a los chicos como tú se les niega hasta que sois lo bastante mayores».

Y Yunus, con los ojos como platos, preguntó: «¿Es un bigote?».

Así que cuando Iggy Pop pronunció la misma palabra, el chico se llevó la impresión de que los okupas se estaban preparando para atacar a los hombres con bigote. Traumatizado e inmóvil, se lo quedó mirando con gesto de

incredulidad.

Ajeno a la preocupación del chico, Iggy Pop asomó la cabeza por la puerta y miró a izquierda y derecha para asegurarse de que no había actividad sospechosa en la calle. A continuación tiró de Yunus y lo metió en la casa, cerró la puerta y la aseguró con una barra de madera reforzada con clavos y alambre.

—¿Qué pasa? —preguntó Yunus, pero el hombre se había vuelto y ya subía ruidosamente por las escaleras.

Cuando el chico llegó al segundo piso, no dio crédito a sus ojos. Todos los okupas se habían reunido allí; algunos fabricaban tirachinas con gomas gruesas, otros repartían cachiporras, dardos y cerbatanas mientras otros preparaban la munición. Todos parecían decididos y concentrados, y trabajaban febrilmente en un ambiente de agitación. El aire estaba viciado por el humo de los cigarrillos, el incienso y la hierba. Un hervidor, o algo parecido, descansaba sobre un hornillo y soltaba bocanadas de vapor acompañadas de un silbido grave y cansado. Para Yunus, incluso el recipiente parecía presa de la histeria.

El Capitán estaba de pie en medio del alboroto, dando órdenes como un jefe *scout*. La concentración extrema en su rostro de comadreja fue lo que hizo sospechar a Yunus de que debía de haber un orden en medio de todo ese caos. Una de las muchas cosas que le cruzaron la mente en ese momento fue salir de allí de inmediato. Sin embargo, la necesidad de ver a Tobiko era más poderosa que su incomodidad. ¿Dónde estaba la joven? Por mucho que la buscaba, no la veía en ninguna parte.

Yunus se acercó a un punki, un joven recién llegado con el pelo de punta y gafas redondas que le aumentaban el tamaño de los ojos, cuyo mote era Bogart.

—Hola, ¿qué estás haciendo?

—¡Hola, Jonás! ¿Quieres echarme una mano?

Yunus se encogió de hombros.

—Vale, ¿qué tengo que hacer?

—Meter este líquido en las botellas, nada más.

A continuación, el niño cogió el embudo de plástico y empezó a rellenar botellas de vino con aguarrás, preparando así cócteles molotov.

—Huele raro —comentó Yunus al cabo de un rato—. ¿Qué vais a hacer con esto?

—Lanzarlos a las autoridades —respondió Bogart con seguridad.

Yunus se tensó y notó un leve temblor en la mandíbula. ¿Por qué tenían tanto interés en lanzar botellas apestosas a hombres con bigote? ¿Qué podía hacer para salvar a su padre?

—¿Vais a atacar a todas las autoridades? —preguntó.

—¡No! Es imposible. Son muchos, los cabrones. Se multiplican como ratas —respondió Bogart, y su nuez prominente se desplazó arriba y abajo por el cuello—. ¡Los malditos!

—Ahora vuelvo —anunció Yunus mientras se levantaba. Tenía que pensar a solas.

En todas las habitaciones en las que entró, encontró un ajeteo similar. No era ninguna broma, los okupas se estaban preparando para una guerra. Entonces la vio. Allí estaba Tobiko, sentada en una estera, a solas, con la cabeza agachada, los ojos cerrados, absorta en su meditación. Yunus se colocó a su lado y aprovechó la oportunidad de contemplar su inconfundible perfil. El pelo negro, los tatuajes, los pendientes. Intentó imaginar de qué modo él, tan joven y sin un penique en los bolsillos, podría salvarla de la batalla inminente.

—¿Eres tú, pequeñajo? —preguntó Tobiko en voz grave y seductora.

Yunus sintió que se sonrojaba.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque te he visto venir, tonto. —Se volvió hacia él, le guiñó un ojo y le plantó un beso en la mejilla—. Vaya, te veo muy serio. ¿Qué pasa, cariño?

—No entiendo muy bien qué está pasando.

—Ah, es cosa del ayuntamiento —respondió Tobiko con gesto de desdén—. Quieren echarnos de aquí, ¿te lo puedes creer? Nos llegó una notificación de desalojo que nos daba una semana para irnos. De eso hace nueve días. ¡Llegarán en cualquier momento, los muy cabrones!

—Pero ¿por qué?

—Para vender la propiedad a peces gordos como ellos.

Cuando Yunus cayó en la cuenta de que el asunto no tenía nada que ver con hombres con bigote, se sintió aliviado. A continuación aguzó los oídos, como si esperara oír arietes, coches de policía o ambulancias rodeando la casa. Sin

embargo, fuera solo había viento; un viento frío y mordiente. Tras soltar un lento suspiro, el niño preguntó:

—¿Adónde irás?

—Nadie va a ir a ningún sitio —respondió Tobiko.

—Pero la casa es de ellos, ¿no?

—Pues no. Algunas casas no son de nadie. En mi opinión, debería ser así en todos los casos. —Tobiko irguió la espalda y siguió hablando con una voz tan decidida como la expresión de su mirada—. Su plan es echarnos, y el nuestro es luchar, porque si no te enfrentas al sistema, entonces formas parte de él.

—A lo mejor cambian de opinión —comentó Yunus—. Dios es grande.

—¿Dios? Dios tiene otro planeta igual que el nuestro. Y allí hay otra yo, y otro Jonás. Se parecen a nosotros, pero no son nosotros, porque, ¿cómo iban a serlo si nosotros estamos aquí abajo, no?

El chico escuchaba con atención, pero las palabras se le escapaban como arena entre los dedos. Jamás había oído a nadie cuestionar a Alá, y por alguna razón que no alcanzaba a comprender, se entristeció.

—Mamá dice que Dios nos ama.

—¿Que nos ama? —Tobiko se atragantó, como si las palabras se le hubieran quedado atascadas en la garganta—. El amor es voluble. Siento darte la mala noticia, pero Dios se ha olvidado de nosotros.

Los ojos del niño se volvieron pequeños y acto seguido se agrandaron de nuevo. Se miró las manos mientras farfullaba algo incomprendible, como si recitara una oración. Entre el cúmulo de palabras, y con cierto retraso, Tobiko le oyó decir, como en un eco distante: «Pero yo nunca lo haría. Yo nunca te olvidaría».

A lo largo de la hora siguiente, el Capitán trazó el plan en una pizarra robada de una escuela cercana. Por lo general, era un hombre de movimientos extrañamente lentos, como si estuviera sedado, pero en cuanto empezaba con sus invectivas, parecía vibrar de energía. Cuando la policía asaltara el edificio, dijo, todos se desplazarían a la buhardilla, donde habían almacenado munición suficiente para abastecer a un pequeño ejército. Las camas del

primer piso y las mesas del segundo se colocarían de lado para utilizarlas como barricadas. Desde detrás de las líneas de defensa, presentarían una lucha tan feroz que los medios de comunicación británicos tendrían que desplazarse hasta allí para cubrir la noticia. Mientras los periodistas enviaran fotografías de su resistencia, los jóvenes de todo el mundo se cuestionarían la brutalidad del ayuntamiento de Hackney. Al final, en un intento por guardar las apariencias, el gobierno pediría al ayuntamiento que se echara atrás, y los okupas saldrían victoriosos.

—¡Qué pasada, colega! Esto será nuestra Comuna de París —comentó Bogart, con un porro encendido entre los labios, de pie a menos de medio metro de los cócteles molotov.

—Bueno, la Comuna terminó de un modo bastante sangriento —advirtió Iggy Pop.

Yunus sabía que si la policía tomaba la casa en ese momento y lo encontraba allí, rodeado de okupas, lo más probable era que su madre sufriera un ataque al corazón. Tenía que marcharse, y pronto. Tal vez fuera una guerra, pero no era la suya. Quienquiera que fuera la autoridad, no quería lanzarle piedras y botellas. Sin embargo, pese a pensar así, no consiguió moverse. Como un gatito necesitado de calor, se quedó junto a la mujer a la que amaba, preparando munición, escuchando historias revolucionarias, comiendo palomitas de maíz aderezadas con hachís y cantando «Rebel, Rebel».

Por fortuna para el chico, el enfrentamiento que temía no se produjo esa tarde. Tuvo lugar tres días después, mientras Yunus estaba en la escuela. Sus preparativos habían sido insuficientes y, si bien habían presentado una lucha valiente, en cuestión de horas todos quedaron detenidos.

La mayoría de los okupas serían puestos en libertad al cabo de un día o dos, después de un exhaustivo registro por parte de la policía y de tener que soportar un discurso sobre modales y comportamiento social adecuado. Entretanto, el ayuntamiento se apresuró a cerrar la casa con tablones. La orden de vaciarla de todo su contenido no tardó en llegar.

# La Concubina Ámbar

En un lugar cercano al río Éufrates, abril de 1978

**Y**amila hizo girar la mano de mortero, triturando azafrán rojo como un rubí. Eran sus últimas hebras, y no sabía cuándo podría conseguir más. Algunos otros ingredientes también empezaban a escasear. Mejorana, estragón, argentina, garra del diablo. Tendría que hacer varios viajes a las montañas, así como una visita a los forajidos. Sin embargo, en los últimos tiempos le apetecía cada vez menos salir de casa, y solo lo hacía si se producía una emergencia o un parto, que en realidad eran lo mismo.

Había pasado toda la mañana en el sótano, trabajando, reflexionando. Era su santuario, su refugio; esa fría habitación, oscura y húmeda, de metro treinta por metro cincuenta, sin ventanas y con una pequeña trampilla en lo alto de un tramo de escaleras. Las paredes estaban cubiertas de estantes del suelo al techo. En cada balda había tarros, frascos y botellas de diverso tamaño y color. Hierbas silvestres, cortezas de árboles, aceites perfumados, semillas, especias, minerales, pieles de serpiente, cuernos, insectos disecados: cientos de ingredientes que utilizaba para elaborar sus pociones y ungüentos. Cuatro agujeros distribuidos en ángulos distintos, más estrechos que los túneles de un topo, ventilaban el silencioso interior. No obstante, un característico olor a tierra, acre, flotaba de manera permanente en el ambiente, aunque Yamila había dejado de notarlo. Sin embargo, si alguien de fuera bajara allí, se sentiría mareado por el olor. Pero no era probable que sucediera. Nadie había estado jamás allí, y nadie lo estaría en el futuro.

Durante los últimos quince años, Yamila había pasado al menos quince

minutos todos los días en el sótano, preparando los brebajes que pudiera necesitar de manera inesperada en el mismo instante en que alguien llamara a su puerta. Era una curandera. La comadrona virgen que hablaba el idioma de los pájaros, los reptiles y los insectos. «Una nieta del profeta Salomón», como la llamaban los vecinos de la zona. Esa era una de las razones por las que la mujer había logrado sobrevivir a solas en esa zona inhóspita. La respetaban, temían y despreciaban. Por este motivo, la dejaban en paz. La mujer no era tal, sino una bruja que andaba sobre la cuerda floja entre dos mundos.

Cuando Yamila entraba en el sótano, abandonaba su cuerpo y se convertía en un conducto para una energía arcana que fluía por el universo curando, arreglando, multiplicando. Allí daba a luz a su propio útero, y el útero se expandía hasta cubrir el mundo natural que la rodeaba, y formaba una caverna de calidez y compasión, en la que con inmensa felicidad perdía toda noción de sí misma. Nunca sabía si era de día o de noche, y tampoco le importaba. Vivía ajena al reloj, en un ciclo propio. Algunos días trabajaba allí de la mañana a la noche, preparando recetas ancestrales y experimentando con nuevas. Nunca se aburría. Se cansaba, sí, pero no se aburría. Cada flor, cada mineral, contenía un secreto divino implantado por Dios. A menudo, la gente pasaba por alto las pistas. Miraban el muérdago y veían una planta parásito que crecía en los troncos de los árboles, y no un excelente ungüento para mejorar la circulación sanguínea. Confianza. Eso era lo que Yamila necesitaba alcanzar. Porque cuando las formas vivas confiaban en ti, te ofrecían sus secretos. No enseguida, pero sí de manera gradual. Y entonces sabías qué planta era la adecuada para tratar determinada enfermedad. Todo en el universo, por pequeño o insignificante que fuera, contenía la respuesta a otra cuestión. Donde había un problema, había una solución y, con frecuencia, se encontraba sorprendentemente cerca. Era cuestión de ver. Y Yamila era una vidente.

No le interesaba viajar a lugares desconocidos, conocer a extraños, descubrir continentes más allá del horizonte. El mundo debía rebosar variedad, pero los seres humanos eran iguales en todas partes. Le bastaba con observar las lámparas de gas, titilando por la noche en las colinas de abajo. Alá había dispuesto que lo sirviera desvelando los secretos de la naturaleza, de modo que Yamila consideraba un deber permanecer donde estaba. Sabía curar numerosas enfermedades, aunque había muchas otras que seguían

resultándole un misterio. Debajo de los coloridos vestidos de manga larga y los llamativos chalecos que vestía, siempre llevaba un *shalwar*, que le facilitaba montar a caballo cuando lo necesitaba. De día o de noche, tenía que estar lista para lo que fuera.

Los habitantes de la zona se habían inventado multitud de historias sobre ella. Decían que debía de haber un *yinni* que le daba las recetas para sus remedios. Otros creían que se había adentrado en la montaña Kaf, donde ningún ser humano era bien recibido por ser el reino de las hadas, las ninfas y los duendecillos. Yamila meneaba la cabeza con incredulidad cuando oía tales historias. En una región necesitada de héroes, leyendas y milagros, la gente esperaba que ella encarnara a los tres. Sin embargo, era consciente de que solo podía hacer lo que sabía. Según las posibilidades de la persona que necesitara su ayuda, regateaba más o menos el precio de sus brebajes y bálsamos, aunque con frecuencia no cobraba nada por ellos. Lo poco que ganaba le servía para comprar más ingredientes.

También preparaba venenos, si bien los compartía con mucha menos gente. El veneno era un don de Dios. Un regalo divino que a menudo no se valoraba lo suficiente. Podía convertirse en una maldición o en una cura, como casi todo en esta vida. La naturaleza estaba más allá del bien y del mal. Lo que podía curar, también podía enfermar. Lo que podía enfermar, también podía curar. Yamila estaba convencida de que el oficio de un creador de venenos no era tan distinto al de los artesanos. Al igual que ellos, Yamila era responsable de su producto y no del uso que la gente hiciera de él. Vendía veneno para ratones de campo, musarañas, ratas, cucarachas y serpientes. Y si bien aceptaba que sus productos podían ser mortíferos, siempre concluía que también podía serlo la carne. La ingesta excesiva de carne provocaba gota, una enfermedad que podía matar si no se trataba debidamente. Sin embargo, nadie dejaba de comprar carne por ese motivo, ni iba por el mundo arrestando a los carniceros.

Ahora, con la frente brillante bajo la luz de una lámpara de aceite, Yamila dejó el mortero a un lado y sacó una caja. Pequeña, cuadrada, de nácar. En su interior había una piedra. Una piedra muy preciosa. Un diamante, de un tono ámbar como la miel, más grande que una avellana. Lo sostuvo entre los dedos y lo inspeccionó. Allí en el valle había tipos dispuestos a cortarle el cuello a

quien fuera necesario a cambio de conseguir una joya tan magnífica. ¡Necios! El diamante no podía poseerse, solo vigilarse. Cada nuevo propietario no suponía más que una parada temporal en el largo viaje de la joya. Yamila lo entendía y lo aceptaba. Hoy el diamante estaba con ella, pero mañana podía estar en cualquier otro lugar. Mientras tanto, la mujer lo utilizaba para perfeccionar sus brebajes. Algunas piedras exudaban calor, una luz interior, y cuando se guardaban dentro de una poción durante un tiempo, revelaban su alma, suavizaban los bordes, facilitaban la mezcla. Tenía varias joyas para ese propósito, pero el diamante era sin duda la mejor.

Desde tiempo inmemorial, los nativos de Mesopotamia habían llamado a los diamantes «las lágrimas de Dios». Tenían el convencimiento de que estaban formados por el polvo que caía de las estrellas, o de astillas que se desprendían de los relámpagos en las noches de tormenta. Yamila incluso había oído decir que eran las gotas de sudor cristalizadas que se formaban todas las primaveras cuando la Madre Tierra y el Padre Cielo hacían el amor. ¡Menuda imaginación desenfrenada! La gente dejaba escapar sus ideas delirantes cuando se encontraba ante cosas que no era capaz de controlar, como si inventándose historias pudiera alcanzar a comprender todo lo dolorosamente confuso, como su breve estancia en este mundo.

Comparada con un diamante, la vida humana era más corta que una lluvia de verano. A los ochenta años, los humanos eran viejos y frágiles, mientras que un diamante seguía siendo una criatura. Yamila suponía que habían pasado entre trescientos y cuatrocientos años desde que lo habían extraído, pulido y tallado sus caras. Aún era joven. Podía vivir miles de años, si no más.

En cuanto a la codicia por los diamantes, no había mucha diferencia entre ricos y pobres, pues en ningún caso parecía tener fin. Quien no tenía posibilidades de poseer un diamante, lo codiciaba. Quien ya tenía uno, quería más. Deshonestidad, avaricia y crueldad; a su corta edad, ese diamante había conocido todo esos sentimientos. Tenía una historia sangrienta, como todos los diamantes raros. Comerciantes, trotamundos, peregrinos, marineros, soldados y espías se habían traicionado los unos a los otros solo para conseguirlo. Las criadas habían servido a sus señoras con más respeto, las señoras habían amado a sus maridos con más devoción, y los maridos se habían sentido más hombres con la piedra debajo de su techo. Las ambigüedades se volvían

certezas, los coqueteos se convertían en matrimonios, los amigos en enemigos, y los enemigos en ejército. Como un rayo de sol reflejado en nieve blanquísima, el diamante ámbar lo volvía todo más brillante, del mismo modo en que la luz del sol parecía más refulgente cuando se reflejaba en nieve blanquísima. Sin embargo, también contenía oscuridad. Yamila sabía que un diamante tan esplendoroso podía exiliar a una persona de su propia alma.

Fue el regalo de un *beg*. Un hombre acostumbrado a que gente de toda clase se inclinara ante él, así como a propagar terror y respeto a partes iguales. Yamila había salvado la vida de su único hijo. Cuando los médicos no le daban ninguna esperanza, Yamila trabajó laboriosamente, con calma, y arrancó al niño del reino de Azrael, milímetro a milímetro, como si sacara un trineo de una extensión de hielo quebrado. Y cuando el niño abrió los ojos y habló, el *beg* lloró. En realidad aulló, como la mayoría de los hombres que no estaban acostumbrados a llorar.

El *beg* le ofreció dinero, que Yamila rechazó. Monedas de oro. Una parcela de tierra. Una colonia de abejas. Un criadero de gusanos de seda. A cada oferta, Yamila negó con la cabeza. Estaba a punto de marcharse cuando el hombre le mostró el diamante. La Concubina Ámbar, lo llamó. Yamila se sintió atraída hacia él, no por su valor, sino por los enigmas que encerraba. Era una piedra de secretos, de eso estaba segura.

«Dicen que está maldito —advirtió el *beg*—. No se puede comprar, ni arrebatar a la fuerza. No se puede robar. Solo puede entregarse con el corazón, a modo de regalo. Así fue como llegó hasta mí, y así es como te lo doy».

Durante una fracción de segundo, Yamila se sintió como si la piedra y ella estuvieran conectadas de un modo profundo y misterioso que no era capaz de comprender. Sin embargo, la rechazó. Pero el *beg* era un hombre listo. Intuyó que Yamila se había sentido atraída por la piedra pero que también le repelía, pues le preocupaba que si se la llevaba, tal vez jamás volviera a estar segura. Una de las razones por las que había sobrevivido a los ataques de forajidos y ladrones en el valle era que no poseía nada de valor. El *beg* no insistió. Sin embargo, esa misma noche le hizo llegar el diamante a través de un mensajero de confianza. Desde ese momento, Yamila había acogido a la Concubina Ámbar en su casa.

Los seres humanos tenían muchas rarezas. Los insectos les parecían

repulsivos, pero se alegraban cuando una mariquita se les posaba en los dedos. Detestaban a las ratas, pero adoraban a las ardillas. Los buitres les parecían repugnantes, y las águilas, majestuosas. Odiaban a los mosquitos y a las moscas, pero les hacían gracia las luciérnagas. Si bien el cobre y el hierro eran fundamentales en el aspecto medicinal, era el oro lo que codiciaban. No prestaban atención a las piedras que pisaban sus pies, pero se volvían locos por las piedras preciosas.

En opinión de Yamila, en todo lo que hacían, los humanos seleccionaban una serie de cosas que querían y simplemente odiaban el resto; ni siquiera sospechaban que aquello que no apreciaban era tan esencial para el ciclo de la vida como todo lo que atesoraban. En este mundo, todos los seres vivos estaban para desafiar, cambiar y completar a otros. Un mosquito de agua no era más insignificante que una luciérnaga, o que el metal o el oro. Era así como Dios, el gran joyero, había diseñado el universo.

Un golpeteo fuerte y enérgico devolvió su atención al mundo que la rodeaba. Alguien llamaba a la puerta de arriba. Yamila dio un respingo y guardó el diamante en la caja. ¿Cuánto rato llevarían ahí? Subió por las escaleras con la respiración agitada. En cuanto levantó la trampilla que daba al salón, el griterío le impactó como una bofetada.

—¡Abre la puerta! ¡Comadrona virgen! ¿Dónde estás?

Yamila apoyó las manos a ambos lados de la trampilla e impulsó el cuerpo hacia arriba. Bajó la tapa y la cubrió con la alfombra. A continuación, agarró el rifle. Ya preparada, se dirigió a abrir la puerta.

La mujer se sorprendió al ver al traficante cuya esposa había atendido hacía unos días. El padre del bebé y medio. Estaba a punto de preguntarle cómo estaba la niña cuando se fijó en el hombre que había detrás de él. Llevaba a su compañero a la espalda. Un rastro de sangre. Grueso, oscuro.

—Yamila..., hermana —dijo el traficante—. Tienes que ayudarnos.

En ese momento lo entendió. Habían cruzado la frontera con Siria, cargados con productos. Té, tabaco, seda, tal vez drogas. Las cosas no habían salido tan bien como esperaban. Les habían tendido una emboscada y a uno de ellos le habían disparado. Podrían haberlo dejado allí, pero no lo habían hecho. Habían cargado con él todo el trayecto de vuelta. Sin embargo, el hombre había perdido mucha sangre; su alma se estaba escapando de su

cuerpo. No le hizo falta examinarlo de cerca para saber que se estaba muriendo.

—Me temo que no os puedo ayudar —dijo Yamila—. Tenéis que ir a un hospital.

El traficante se chupó las puntas del bigote. No parecía irritado ni molesto, solo impaciente.

—Sabes que no podemos llevarlo a un hospital.

Entonces, como si hubieran llegado a un acuerdo, soltaron al hombre herido en el sofá y se marcharon. Antes de cruzar la puerta, el traficante dijo:

—Si muere, enciende una hoguera en el jardín. La veremos y vendremos a enterrarlo.

Tenía el rostro largo y anguloso, con los pómulos marcados. De hombros cargados y gesto sombrío, era desgarrado y enjuto. Yamila intentó adivinar su edad. Tal vez no llegara a los treinta, pero también era posible que tuviera más de cuarenta. Sin rastro de color en las mejillas y con el destino corriéndole por las venas, podría tener cualquier edad y ninguna a la vez.

Lo levantó con el mayor cuidado del que fue capaz y le colocó un cojín debajo de la cabeza, extrañamente pesada y ligera al mismo tiempo. El hombre hizo un ruido ahogado, amortiguado e inhumano, como si tuviera un bulto en el pecho u otra bala alojada en la garganta. Un hilo de sangre le corría por la nariz. Yamila había presenciado muchas situaciones difíciles y había superado un buen número de ellas, pero nada la había preparado para enfrentarse al miedo que sentía en ese momento.

Lo más humano sería matarlo. Un caballo con una pata rota merecía morir con dignidad. A él le bastaría con un trago de cicuta. Una planta antigua y maravillosa. Era sorprendente la cantidad de gente que la confundía con el hinojo y soltaba su último aliento sin pretenderlo. Los lugareños la llamaban «aliento de *sheitan*», pero Yamila tenía un nombre mejor para ella: «neblina púrpura». Si lograra hacerle tragar la cantidad necesaria, caería en un profundo sopor de lavanda, el sueño final. A lo largo de los años, había estado a punto de quitarse la vida en dos ocasiones: cuando sus secuestradores la devolvieron a su padre, aún virgen pero deshonrada para siempre, y el día que

supo que Adem había pedido la mano de Pembe. Y cada vez, su determinación de seguir adelante, el miedo al infierno o simplemente la necesidad de ver la salida del sol al día siguiente, la habían empujado a mantenerse con vida.

Yamila irguió los hombros, decidida a no dejarse llevar por la tristeza, si bien tuvo que hacer un enorme esfuerzo. Se centró en las heridas del hombre. Con destreza, le cortó la ropa y lo dejó desnudo. Estuvo a punto de echarse a llorar ante su delgadez, la mugre, la vulnerabilidad, los huesos que se le marcaban bajo la piel. Tenía tres heridas graves: una en una pierna, otra en el hombro, y la tercera, la crítica. Cerca de la columna. Quien le hubiera disparado, lo había hecho por la espalda.

Después de toda la tarde trabajando, durante la que el paciente se desmayó dos veces por el dolor, Yamila le extrajo dos balas y media del cuerpo. La tercera, por debajo de la rodilla, se había hecho añicos. No vio razón para seguir hurgando. Si lograba sobrevivir a ese infierno, podría hacerlo con esos restos. Sabía que el hombre no volvería a ser el mismo. Al igual que las piedras y los diamantes, también las balas pasaban su alma a los cuerpos que tocaban.

Tiempo después de que el resplandor del ocaso se desvaneciera del cielo, Yamila se quedó dormida en una silla junto a él, con el cuello rígido. Esa noche, como la anterior, notó una mala sensación en el pecho que la dejó sin aire.

Los gemidos del hombre la despertaron y lo vio abrir y cerrar la boca, como un pez fuera del agua. Mojó un pañuelo en agua y le humedeció los labios cortados.

—¡Más, por favor!

—Lo siento —respondió con dulzura—. Ahora no puedo darte más. Dentro de un rato volveré a hacerlo, te lo prometo.

El hombre la insultó, arrastrando las palabras. Tenía fiebre alta. Perdía y recuperaba el conocimiento sin cesar. Yamila se preguntó si sería un hombre decente. ¿Acaso importaba? ¿No intentaría salvarlo de todos modos? Debía de estar casado y tener hijos. Si moría ahora, ¿alguien lo echaría de menos?

Despacio, Yamila apartó la alfombra y abrió la trampilla. Tenía trabajo en el sótano, una poción que preparar, en esa ocasión para ella misma, algo que la ayudara a librarse de la inquietud. Echó un vistazo al paciente que yacía en

la cama. No se despertaría hasta al cabo de bastantes horas. Se metió por la abertura y cuando encontró el equilibrio en las escaleras, bajó la portezuela, apoyada en las yemas de los dedos. No tenía manera de correr la alfombra, pero al menos la entrada quedaba cerrada. Si despertaba, el hombre supondría que había salido a cortar leña. Apartó las manos y la portezuela cayó con un golpe sordo.

En ese instante, el traficante abrió los ojos. Con la visión borrosa, recorrió la cabaña, desde la montaña de leña perfectamente apilada hasta el rifle de la pared; entonces sus ojos se detuvieron por fin en la trampilla. Una expresión impenetrable le cruzó el rostro justo antes de volver a quedar sumido en un doloroso sopor.

# Esmá

Londres, abril de 1978

Cerré la puerta y respiré hondo. Últimamente, esas escapadas a medianoche se habían convertido en una costumbre. Me encerraba en el baño cuando ya todos se habían acostado. Encendía una vela y me observaba el rostro cambiante bajo el parpadeo de la llama. No me interesaba la chica de quince años que era; quería descubrir lo que había debajo de la superficie, conectar con ese otro yo que aún no conocía.

La mayoría de las chicas que conocía tenían su propia habitación y podían cerrar la puerta cuando quisieran. Yo, no. Si cerrara la puerta de la habitación que compartía con mi hermano pequeño, mi familia se asustaría pensando que me había sucedido algo terrible. Por eso me encantaba el baño: era el único lugar donde podía estar a solas con mis pensamientos y mi cuerpo.

Me quité el jersey y el sujetador color carne que odiaba con todas mis fuerzas. Tenía los pechos puntiagudos, cubiertos de venas azules y finas que me resultaban repulsivas. Dos cargas que arrastrar, como si no tuviera ya suficientes. Justo esa mañana, dos chicos de mi clase habían intentado tocármelos, fingiendo alcanzar un libro del estante que tenía detrás. Al darme cuenta de sus intenciones, pude esquivarlos en el último segundo. Acto seguido, los otros chicos se echaron a reír. Lo habían planeado juntos. Habían hablado sobre ello, sobre mis pechos. Qué asco.

Fuera, la lluvia caía sobre Lavender Grove. Mientras desviaba la mirada de la ventana al espejo, me pregunté por enésima vez qué aspecto tendría si hubiera nacido chico. Con un lápiz de ojos de color marrón, me pinté un

grueso entrecejo. Después me dibujé un bigote sobre los labios. Nada de cuatro pelos finos, sino un bigote tupido, grueso, curvado hacia arriba. Si Iskender me viera ahora, menearía la cabeza y diría: «Hermanita, ¡estás chiflada!».

A veces me sentía como la rara, como si en el cielo se hubieran equivocado y me hubiesen enviado por error a este lugar. Pasaba apuros siendo una Toprak, mientras que mi verdadero destino me aguardaba en algún otro sitio.

«Hola, esta es mi hermana. Solo le gustan los fracasados», solía decir Iskender cuando me presentaba a alguien, sobre todo si era un chico.

Nunca fallaba. El chico se alejaba de mí. Aunque no me importaba. Por extraño que sonara cuando Iskender lo decía de aquel modo, no le faltaba razón. Sentía una atracción fatal hacia los oprimidos y los desamparados. Incluso cuando veía un partido de fútbol, deseaba tanto que el resultado fuera un empate, que siempre terminaba animando al equipo perdedor. La idea de lo mal que debían pasarlo los jugadores en ese momento, hundidos por el peso de la decepción y la tristeza de sus aficionados, bastaba para que me pusiera de su parte.

«Tú vas con los caracoles, ese es el problema», decía mamá. Creía que había dos clases de personas en el mundo: las aliadas de las ranas y las aliadas de los caracoles.

En la aldea en que mamá había vivido de pequeña, los niños solían atrapar ranas en un riachuelo cercano. Un día capturaron la rana más grande que habían visto jamás. Alguien fue a buscar un cuenco a su casa y lo colocó boca abajo sobre el feo animal, que se quedó paralizado de miedo. Durante todo el día, los niños se acercaron y dieron golpecitos en el cristal, mirándola de cerca, entusiasmados y a la vez asqueados ante sus ojos saltones y piel costrosa. Entonces uno de los chicos se sacó un pequeño caracol del bolsillo y lo metió debajo del cuenco. De inmediato, la rana se olvidó de sus problemas y pasó a concentrarse en su presa. El caracol se acercaba lentamente al cristal con la esperanza de escapar de su prisión, sin ser consciente del peligro. La rana saltó una vez, después dos veces, y atrapó al caracol. Ante la mirada de una docena de niños que no dejaban de chillar, la rana se comió el caracol, mientras un hilo de baba pegajoso le colgaba de la boca.

Mi madre comentaba que ese día todos los niños se pusieron de parte de la rana, y la aplaudieron y la animaron. «Pero si tú hubieras estado allí, seguro que hubieras ido con el caracol. A veces me preocupas».

No me importaba ser del grupo de los caracoles, siempre y cuando no tuviera que seguir el ritmo de quienes iban a toda velocidad, como algunas de las niñas de mi clase. Nuestra escuela estaba dividida en dos grupos. Estaban las chicas como yo, las «pringadas», que incluían desde las feas hasta las normalitas, que aspiraban a aprobar los exámenes oficiales y nunca recibían demasiada atención, salvo por parte de los profesores. Y también estaban las «guarras», que no se preocupaban lo más mínimo por las clases y estaban tan desesperadas por empezar a vivir su vida que no veían la necesidad de malgastar ni un minuto más en su educación. Las más guapas de ese grupo eran las «Barbies».

Solía observar a las Barbies, estudiar su comportamiento, como si estuviera diseccionando una nueva especie en clase de biología. Solo hablaban de chicos y compartían información detallada acerca de qué chico estaba interesado en qué chica. Mantenían un registro detallado sobre quién salía con quién, si lo habían hecho o no, cuántas veces, y sobre si un vientre abultado significaba que la chica estaba embarazada y si tendría al bebé o lo daría en adopción. Se pasaban la vida enamorándose y desenamorándose, de manera romántica y desesperada, como en una montaña rusa sentimental que les dejaba nostalgia en la mirada y el jugoso sabor del cotilleo en los labios.

Su pasatiempo favorito era la compra compulsiva. A veces sus madres o sus hermanas mayores las llevaban a centros comerciales a comprar lencería. Y si bien las intentaban convencer para que eligieran sujetadores deportivos, ellas preferían los de encaje, delicados y provocativos. Al día siguiente, en la escuela, se los enseñaban las unas a las otras en el baño, mientras salpicaban la conversación de exclamaciones. Si algo les parecía bueno, era «guay» o «chulo». De lo contrario, era un «asco». La misma palabra era aplicable a la comida, la ropa, los profesores, los padres, incluso a países y acontecimientos mundiales.

En ocasiones, las Barbies se quejaban de la regla con sus amigas más íntimas y con las que no lo eran tanto, con sus novios, madres, y a veces con sus padres. Solo de pensarlo, tenía escalofríos. Casi con vocación científica,

me preguntaba cómo era posible que esos asuntos variaran tanto de una cultura a otra, incluso de un hogar a otro. Si hubiera hablado de mis reglas con mi madre, la mujer se habría sonrojado avergonzada y después me habría aleccionado con las palabras de la abuela Naze.

¿La situación sería otra si fuera a la escuela de la zona con niños de mi barrio? Si los nombres de mis compañeras fueran Aisha, Farah o Zeineb en lugar de Tracey, Debbie o Clare, ¿habría encajado más fácilmente? Tal vez, aunque no lo creía. Sabía que me hacía parecer patética, pero prefería quedarme haciendo los deberes o leyendo un buen libro antes que salir con chicas de mi edad. Sin embargo, me sentía orgullosa de mis logros, gracias a mi profesora de primaria, la señora Powell. ¡Pobre mujer! Se rumoreaba que a su único hijo lo habían expulsado de la escuela y se había marchado de casa, y que la mujer no sabía dónde estaba. En su desesperación, la señora Powell se había dedicado a ayudar a niños de entornos desfavorecidos a encontrar su camino. Y yo era una de ellos.

Satisfecha con mi bigote, empecé a dibujarme una perilla. Sí, fue la señora Powell quien apareció en casa para hablar con mis padres y convencerlos de que me llevaran a una escuela mejor. No a una escuela privada, sino una de secundaria con examen de acceso. «Después de años de experiencia, reconozco a un niño con talento a kilómetros de distancia. En mi opinión profesional, señor y señora Toprak, su hija está muy capacitada para los estudios». La señora Powell habló también con los directores de la nueva escuela, en su mayoría blancos, cristianos, ingleses y de clase media, y lo que fuera que les dijo, surtió efecto. Aunque tuviera alma de caracol, en ese momento salté como una rana.

Quería ser escritor, no escritora. Incluso había decidido mi seudónimo: John Blake Ono, una amalgama de mis tres personajes favoritos; un poeta, un escritor y una artista. John Keats, William Blake y Yoko Ono.

A menudo me preguntaba por qué razón los nombres femeninos eran tan distintos a los masculinos, más enigmáticos y de ensueño, como si las mujeres no fueran reales, tan solo el producto de la imaginación de alguien. Los nombres masculinos contenían poder, habilidad y autoridad, como Muzaffer, «el victorioso», Faruq, «el que distingue la verdad de la falsedad», o Husam al Din, «la espada de la fe». Los nombres femeninos, en cambio, reflejaban

una delicadeza afectada, como un jarrón de porcelana. Con nombres como Nilüfer, «flor de loto», Gülseren, «esparciendo rosas», o Binnaz, «mil halagos», las mujeres servían para decorar este mundo, como adornos bonitos, no demasiado esenciales.

J. B. Ono. Un nombre que los librereros mencionarían en tono reverente. Con un matiz misterioso y sin duda andrógino. Un nombre que no necesitaba sujetador.

Después de terminar con la perilla, me contemplé el rostro. No había remedio. Ni siquiera disfrazada de hombre resultaba demasiado atractivo. Si al menos fuera esbelta como mi padre y tuviera los ojos de mi madre, verdes, grandes y un poco rasgados. Por el contrario, había heredado la combinación de sus peores rasgos, como el cuello corto de mi madre y los ojos vulgares de mi padre. Tenía la nariz de tubérculo, el pelo tan rizado que no se podía cepillar y la frente demasiado ancha. Y en el mentón, un feo lunar marrón. En multitud de ocasiones, pedí a mi madre que me llevara al médico para que me lo quitaran, pero era una de esas cosas a las que ella no prestaba atención. Era una mujer hermosa, todo el mundo lo decía. Y mis hermanos eran chicos atractivos. Era injusto que entre un hijo y el otro, la belleza se hubiera ido de vacaciones y no me hubiera tocado ni una pizca.

Yunus tenía un rostro angelical, aunque empezaba a perder el brillo de la infancia. Iskender también era guapo, pero de un modo distinto. Tenía la clase de atractivo que resultaba seductor y malvado: «guapo canalla», dirían las Barbies. Era consciente de que varias de mis compañeras de clase estaban coladas por mi hermano y se habían acercado a mí solo por esa razón. A veces Iskender venía a recogerme a la escuela y lanzaba miradas de tipo duro a izquierda y derecha que, para mi sorpresa, siempre funcionaban.

«¿Quién le diría que no a alguien así?», susurraban las chicas.

«Se parece a Michael Corleone en *El Padrino*. ¡Solo le falta la pistola!».

«¿Cuándo fue la última vez que os revisaron la vista?», solía preguntarles, incapaz de apreciar el parecido entre Iskender y Al Pacino. Sin embargo, aunque detectaran el sarcasmo en mi voz, no me prestaban atención. Mi hermano les parecía «irresistiblemente masculino».

Desde que nuestro padre se marchó, Iskender había cambiado mucho: se había vuelto engreído, refunfuñón, malhumorado. Se pasaba el día con sus amigos y esa novia dependiente que tenía. Golpeaba el saco de boxeo día y noche, como si el mundo estuviera lleno de enemigos invisibles. Si eso era lo que llamaban «la angustia adolescente», no me apetecía crecer.

Mi madre y yo siempre habíamos tenido una relación muy estrecha, pero cambió cuando empezó a crecerme el pecho y tuve mi primera regla. Lo único que le interesó a partir de entonces fue mi virginidad. Me sermoneaba constantemente sobre lo que de ninguna manera, nunca, jamás, ni en sueños, debería hacer. Ni una sola vez mencionó lo que era posible y estaba permitido; su poder comunicativo estaba limitado a las normas y las prohibiciones. Mi madre me advirtió sobre los chicos y me explicó que solo buscaban una cosa, una sola cosa. A esa edad, la mayoría de los chicos eran egoístas y prepotentes, y muchos lo seguían siendo toda la vida. Sin embargo, no imponía las mismas normas a mis hermanos. Yunus aún era demasiado pequeño, tal vez, pero con Iskender era una persona distinta, mucho más abierta. Iskender no tenía que ir con cuidado. Podía ser él mismo. Sin ningún tipo de restricciones.

Lo que mamá no entendía era que a mí los chicos no me interesaban lo más mínimo. Me parecían aburridos, superficiales y esclavos de sus hormonas. Si no se hubiera pasado la vida hablando del mismo tema, ni siquiera habría pensado en el sexo. Al fin y al cabo, los caracoles eran hermafroditas, lo que significaba que tenían órganos reproductivos masculinos y femeninos. ¿Por qué no podían ser así los seres humanos? Si Dios nos hubiera hecho a imagen de los caracoles, habría menos sufrimiento y agonía en el mundo.

# Corazón de cristal

En un lugar cercano al río Éufrates, abril de 1978

**E**l enfermo, que yacía en la cama, estaba ardiendo. Yamila le tomó la temperatura acercándole los labios a la frente, como hacía con los bebés. Le apoyó la mano suavemente en la muñeca y le tomó el pulso. Lo tenía débil y acelerado. Los latidos se asemejaban a tambores lejanos, como sonidos de guerra. El cuerpo humano era un misterio. Le encantaba la lucha. Aunque la mayoría de la gente no se daba cuenta de ello, el cuerpo era un guerrero, y mucho más fuerte que el alma. Sin embargo, como todos los guerreros, tenía una flaqueza inesperada. Temía lo desconocido. Necesitaba comprender a su enemigo para ser capaz de resistirlo, atacarlo, disuadirlo o aniquilarlo. Si no reconocía a su enemigo, no conseguía imponerse. Ahí era donde intervenía Yamila. Desde el principio de los tiempos, los curanderos como ella ayudaban a los pacientes a recuperar las fuerzas para que identificaran su enfermedad. Más que curarlos, contribuía a que se curaran ellos mismos.

Mientras empapaba una toalla en vinagre destilado y la colocaba en la frente del traficante, en un momento de duda fugaz Yamila no pudo evitar preguntarse a qué clase de hombre estaba atendiendo. No tenía la menor duda de que todos los seres humanos merecían la vida, pero ¿todos merecían regresar de la muerte? Era un dilema que se planteaba de vez en cuando, sin llegar a una conclusión definitiva. ¿Los seres humanos nacían virtuosos y se corrompían con el tiempo? ¿O acaso contenían la semilla del mal ya en el momento de su concepción? El Corán sostenía que todos habíamos sido

creados a partir de un coágulo de sangre. ¿Cuánto de nuestro carácter actual estaba ya presente en esa gota?, se preguntaba Yamila. Una perla, si bien pura y perfecta, crecía a partir de una mota de polvo que había penetrado la ostra por accidente, si es que existía tal cosa. Incluso una mala semilla podía dar lugar a algo exquisito. Sin embargo, había ocasiones en que una pizca de mal solo producía más de lo mismo. Algunos de los bebés que había traído al mundo se convertirían en timadores, mentirosos, ladrones, violadores o asesinos. Si tuviera el modo de averiguar cómo se desarrollaría cada niño, ¿elegiría no ayudar a nacer a alguno de ellos? ¿Podría dejar a un bebé en el útero materno, cómodamente enroscado, para evitar que trajera dolor y sufrimiento a este mundo?

Cada vez que sostenía a un recién nacido entre los brazos, Yamila admiraba sus dedos, la boca rosada, la nariz diminuta, y tenía la seguridad de que una criatura tan perfecta solo podía traer cosas buenas. Sin embargo, de vez en cuando percibía que algunos niños eran diferentes. Desde el primer momento. Lo cual no significaba necesariamente que fueran malos o insensibles, pero sí eran distintos. Tal vez las madres también logran detectarlo, si su intuición no permaneciera oculta tras la gruesa cortina del amor. A ella no le ocurría. Ella veía cosas. Sin embargo, no sabía qué hacer con ellas.

Aunque costara creerlo, algunas parteras habían matado a los niños que habían traído al mundo. Eso mismo contaba la historia de Abraham; la historia que Yamila y Pembe habían oído narrar a su padre.

Un día soleado, Berzo llevó a sus ocho hijas a visitar un lago sagrado en Urfa. Naze estaba a punto de dar a luz, pese a su edad, y la familia se había desplazado hasta allí para rezar por un varón. Las nubes se desplazaban lentamente por el vasto cielo. Había gente por todas partes, un vago murmullo de voces, como el suave crujido de las hojas. Abrumadas por todo lo que veían, las niñas avanzaron juntas, tímidas pero entusiasmadas. Dieron de comer a los peces. En el camino de vuelta, su padre les contó la leyenda sobre el lugar. Berzo era un hombre distinto ese día, su mirada aún no se había endurecido, su sonrisa era auténtica. Fue antes de que todo se torciera terriblemente.

El rey Nimrod era un hombre de una ambición y una crueldad infinitas. Un

día, su astrólogo le informó de que cuando en la región naciera un niño de nombre Abraham, su reinado tocaría a su fin. En absoluto dispuesto a abandonar su trono, Nimrod ordenó a las parteras de su imperio que asesinaran a todos los recién nacidos. Ricos o pobres, sin excepción. Las mujeres obedecieron. Primero ayudaban a las madres a dar a luz a sus bebés, y si eran niños, los estrangulaban allí mismo. Sin embargo, la madre de Abraham logró escapar de tal acto de brutalidad. Dio a luz sola en una cueva en las montañas, oscura y húmeda pero segura.

Cuando Abraham llegó a la mayoría de edad, se levantó contra la crueldad de Nimrod. El patriarca se enfureció y dio la orden de que todos, jóvenes y viejos, recogieran madera para encender una hoguera enorme que debería arder durante días. A continuación, dio la orden de que arrojaran a Abraham a las llamas. Sin embargo, al cabo de un rato el profeta salió del fuego ileso, y un mechón de pelo se le había vuelto blanco. En tan solo un instante, Dios había convertido las llamas en agua y las brasas incandescentes en peces. Fue así como surgió el lago sagrado de Urfa.

Pese a todo, Yamila no se quejaba de su vida. Cuando Pembe y Adem se casaron, convenció a su padre para que le permitiera seguir soltera y ayudar a las comadronas de la región. El hombre aceptó, pensando que se trataba de un deseo pasajero. Yamila perseveró en aprender. Aun hoy, lo único que lamentaba era no haberse convertido en médico. Si las circunstancias hubieran sido otras, ese habría sido su objetivo. Trabajar en un hospital, grande y limpio, y llevar una bata blanca con una tarjeta en la que se leyera «Doctora Yamila Yeter». Doctora Belleza Suficiente.

Inclinada sobre el enfermo, Yamila cortó dos gruesas rodajas de cebolla y se las colocó debajo de los pies, que después envolvió en dos pedazos de tela. Mientras la cebolla se encargaba de hacer bajar la fiebre de la cabeza a las partes inferiores del cuerpo, Yamila siguió cambiando las compresas que le colocaba en la frente cada varios minutos, e hizo lo que siempre realizaba cuando no quedaba más que hacer: rezó. A medianoche la temperatura del hombre había bajado. Satisfecha, Yamila se quedó dormida en la silla y se precipitó a un sueño perturbador.

Estaba en una ciudad en llamas, sola y en su último mes de embarazo. Tenía que encontrar un lugar donde dar a luz, pero en todas partes reinaba una gran confusión. En medio del alboroto, Yamila descubrió una enorme cama con gruesos postes de madera tallada y almohadas de seda. Se tumbó en ella y dio a luz a una niña. Alguien le preguntó por el nombre de su hija, y Yamila respondió: «Se llamará Pembe, como mi gemela muerta».

Yamila se despertó con el corazón desbocado. Comprobó la temperatura del hombre. Era casi normal. Lo había logrado. Fuera, empezaba a romper el alba. Mientras se frotaba las piernas doloridas, se sirvió un vaso de agua fría y trató de no pensar en el sueño. Sin hacer ruido, encendió los fogones y empezó a preparar el desayuno. Calentó un pedazo de mantequilla, cascó tres huevos y les añadió una pizca de sal y un poco de romero. La cocina nunca había sido su fuerte. Por lo general se conformaba con platos sencillos y, como vivía sola, nunca había sentido la necesidad de mejorar sus habilidades culinarias.

—Huele bien. ¿Qué preparas?

Yamila dio un respingo y se volvió. El traficante estaba sentado en la cama, con el pelo alborotado y una incipiente barba de color dorado.

—Solo son unos huevos —respondió Yamila.

El hombre soltó un gruñido que tanto podía haber sido apreciativo como no.

—¿Y quién diablos eres tú?

—Soy Yamila, la comadrona.

La expresión del hombre se tiñó de reproche.

—¿Y por qué estoy aquí?

—Te dispararon. Es un milagro que hayas sobrevivido. Llevas aquí una semana. Toma, bebe un poco de esta infusión.

Dio un sorbo y lo escupió.

—¡Puaj! ¿Qué es esto? Sabe a pis de caballo.

—Es una medicina —respondió, intentando no sentirse ofendida—. Será mejor que te la bebas, y procura no volver a escupir en mi casa.

—Lo siento —dijo en un susurro grave—. Supongo que debería darte las gracias por haberme salvado la vida.

—Dáselas a Alá. Él es quien salva vidas.

Al pensar en ello, el hombre torció el gesto y guardó silencio durante unos minutos.

—Oye, comadrona, ¿tienes un cigarrillo?

—No te conviene fumar.

—Por favor. Solo una calada.

Atrapada en un cúmulo de sensaciones diversas, Yamila sacó una bolsa de tabaco y algunos papeles. Mientras ella liaba el cigarrillo, el hombre le observaba las manos, ásperas, rojas y agrietadas, doloridas por haberlas lavado miles de veces en agua fría, las palmas llenas de callos por cortar madera.

—Eres una mujer extraña —comentó.

—Eso dicen.

—¿Cómo puedes vivir aquí sola? Necesitas un hombre que te proteja.

—¿Tu mujer tiene a un hombre protegiéndola ahora mismo? Seguro que está tan sola como yo. Algunas mujeres están casadas y solas al mismo tiempo. Yo solo estoy sola.

El traficante esbozó una sonrisa y sus ojos mostraron un brillo divertido.

—Puedo casarme contigo. A mi mujer no le importaría. Se alegraría de tener compañía.

Yamila encendió el cigarrillo, dio una calada y soltó una bocanada de humo. Se lo pasó, a regañadientes, sin dar importancia a que la mano del hombre le rozara levemente la punta de los dedos.

—Es muy generoso de tu parte, pero soy feliz así.

El hombre le dedicó una mirada de incredulidad, pero no hizo comentario alguno.

—Éramos cuatro cruzando la frontera. ¿Te dijeron que le pasó al otro hombre? —preguntó al cabo de un rato en voz baja mientras soltaba el humo por la nariz.

Yamila negó con la cabeza, sin estar segura de querer descubrirlo.

—Pisó una mina de tierra. Es lo peor, créeme. No tengo miedo de los disparos, ni de ir a la cárcel, solo de las minas. Pero a mí no me pasará. A mí me enterrarán intacto, con todos los órganos, sin que me falte nada.

Como no supo qué responder, Yamila le preguntó:

—¿Tienes hijos?

—Tres chicos. Y uno en camino. Será niño, *Inshallah*.

—¿Alguna niña?

—Sí. Cuatro. —Se inclinó hacia delante y escupió un esputo con el rostro contraído por el dolor—. Tengo que irme, me necesitan.

—Bueno, te necesitan fuerte y sano, no débil y herido. Deberías descansar un poco antes. Después, podrás irte.

—He oído hablar de ti. Dicen que tienes un marido *yinni* que te visita en las noches sin luna. Él es quien te proporciona tus curas secretas, ¿verdad?

Yamila sacó del armario una bandeja redonda de cobre en la que colocó el pan, el té y la sartén con los huevos aún crepitantes. Con cuidado, se la acercó.

—Un marido *yinni*... —Sonrió sin ganas—. Me temo que soy un ser humano normal y corriente, y mi vida es más aburrida de lo que piensas.

En cuanto hubo terminado de pronunciar esas palabras, lamentó haberlo hecho. Le convenía más que el hombre la tomara por una criatura extraordinaria, una mujer como no había otra. No debía mostrarle, ni a él ni a nadie, sus imperfecciones, su vulnerabilidad, su humanidad. Si supieran que tenía el corazón de cristal, se lo romperían.

# Un niño de cera

Londres, mayo de 1978

**E**l día que la policía arrestó a los okupas, Tobiko también fue detenida, pero, a diferencia de los otros, en cuanto quedó en libertad, la joven desapareció. Nadie sabía adonde había ido. Preocupado, Yunus llamó a la puerta del vecino de la casa okupa. Un hombre la abrió lo justo para atisbarlo desde detrás del cerrojo con cadena.

—Siento molestarle, señor. Estoy buscando a mi amiga, una chica con el pelo negro y tatuajes. Vivía en la casa de al lado.

—¿Te refieres a la casa de esos chiflados?

—A-já... —respondió Yunus, vacilante.

—No conozco a ninguna chica con el pelo negro y tatuajes. Solo espero que se hayan largado para siempre. Adiós y hasta nunca —respondió, y cerró la puerta con un sonoro golpe.

Yunus decidió buscarla por su cuenta. Subido a la bicicleta, recorrió calle tras calle, siguió a todas las mujeres que se parecían remotamente a Tobiko, entró en mercados y supermercados, lavanderías y tiendas de licor, pero no la encontró.

Así pues, ese día de principios de mayo, cuando giró por la esquina de Kingsland Road, a tan solo unos metros del cine Rio, con el pensamiento ocupado en sus asuntos, era Tobiko a quien esperaba encontrar. Sin embargo, su mirada adormilada se posó en una pareja que estaba de pie frente a un puesto de flores, de espaldas a él, eligiendo una maceta. Yunus no supo identificar qué le atraía tanto de ellos, pero no podía dejar de mirarlos.

El hombre alargó un brazo hacia la muñeca de la mujer y la obsequió con una cariñosa caricia. El cuerpo esbelto de ella estaba inclinado hacia él, como si estuviera a punto de apoyarle la cabeza en el hombro. De súbito, al niño lo invadió una extraña sensación de malestar y le zumbaron los oídos. Ese pelo castaño tan familiar, el vestido color jade con mangas japonesas y botones dorados, la forma de su cintura y el suave y delicado movimiento de sus brazos... El corazón le dio un vuelco. El chico palideció y apretó los labios.

El hombre tiró de la mujer hacia sí y le susurró algo al oído, y sus labios le tocaron el cuello en un roce rápido, superficial, tal vez involuntario, inocente y no buscado, tan solo un intercambio tímido tras el cual ella se volvió hacia él y le sonrió, mostrando el hoyuelo en la mejilla derecha.

«Mamá».

El chico dio media vuelta y se marchó pedaleando a toda prisa. En el estado de pánico y estupefacción que lo invadía, pensó, o una parte de su cerebro pensó, que nunca había visto a su madre de ese modo. La mujer a la que había estado observando era su madre, pero le pareció una mujer totalmente distinta. Desprendía una aura de felicidad brillante como las flores que estaba comprando.

Esa noche Yunus llegó a casa con el aspecto de un niño de cera: pálido, sin vida. Iskender y Esma bromearon sobre él y comentaron que parecía una figura salida del museo Madame Tussaud. Pembe temió que hubiera contraído una gripe estomacal e intentó que se tomara una infusión de menta. Sin embargo, Yunus pasó por alto las bromas, rechazó los ofrecimientos e insistió en acostarse temprano.

Esa noche mojó la cama.

## Harun el traficante

En un lugar cercano al río Éufrates, mayo de 1978

**E** se día, a última hora de la tarde, Yamila salió a recoger leña. De regreso, se sentó en una piedra a reflexionar. Encajada en el cinturón llevaba una carta que sacó y observó fijamente, con la mirada perdida, como si hubiera olvidado lo que era. Sin embargo, a diferencia de los monstruos de sus sueños, la hoja de papel era real. Tan real como las montañas que la rodeaban, e igualmente solemne. Empezó a leerla de nuevo.

*Mi querida hermana Yamila:*

*A lo largo de todos estos años debo de haberte enviado cientos de cartas. Ha habido días mejores y peores. Sin embargo, esta carta ha sido la más difícil de escribir. Hermana, he conocido a alguien. Por favor, no frunzas el ceño. No me juzgues. Dame la oportunidad de explicarme, aunque ni siquiera estoy segura de entenderlo yo misma. Solo puedo confiar en ti, nadie más lo sabe. Estoy muerta de miedo, pero también llena de alegría y esperanza. ¿Cómo es posible?*

*Llevaba mucho tiempo convencida de que tenía el corazón seco, como un pedazo de piel dejado al sol durante demasiadas horas. Me sentía incapaz de querer a nadie, salvo a ti y a mis hijos. Pero desde luego no a un hombre, o eso creía. La primera vez que hablé con él, me sentí como si lo conociera desde siempre. No era capaz de precisar la sensación. Intenté quitármelo de la cabeza con todas mis fuerzas, pero fracasé.*

*Es cocinero. Como tú, conoce el lenguaje de las hierbas y las especias.*

*En las calles de Londres los jóvenes se manifiestan. Todo el mundo está enfadado por algo, menos él. Dice que solo la gente paciente puede cocinar. Es un hombre de muchos nombres y países, pero sin tierra natal. Puede que lleve su casa a las espaldas, como una tortuga intemporal.*

*Supongo que estarás horrorizada, y sé lo que me vas a decir: «Es una vergüenza». Y que el fantasma de mamá me perseguirá para siempre. Y el de papá. «Prefiero ver el cadáver de una hija mía en el Éufrates a que traiga la deshonra a mi familia». Eso fue lo que dijo cuando Hediye se escapó, ¿te acuerdas?*

*Dime, ¿si le enseñas a alguien el abecedario, cómo puedes evitar que lea? Cuando se ha probado el elixir del amor, ¿cómo no sentir sed de más? Cuando te has visto a ti misma a través de los ojos de tu amado, ya no puedes volver a ser la misma persona. Llevaba mucho tiempo ciega, y ahora que he abierto los ojos, tengo miedo de la luz. Pero no quiero vivir como un topo, ya no más.*

*Querida, no me perdones si no encuentras el perdón en tu corazón. Pero, por favor, quíereme. Ahora y siempre. Yo sé que te querré, por siempre jamás...*

*Tu gemela, que te adora.*

*PEMBE*

«Debe de estar exhausta», pensó Yamila. El amor tenía algo debilitante, una fuerza oscura que robaba el juicio y las fuerzas. Tal vez a Adem no le importara, pero el resto de la gente se daría prisa en levantar calumnias contra Pembe: amigos y vecinos, parientes de aquí y de allí. Aunque lograra divorciarse fácilmente, ¿estaría de acuerdo ese cocinero en casarse con ella lo bastante pronto para silenciar los rumores, ese hombre que llevaba su tierra natal a las espaldas y que carecía de sentido del pasado? Era un hombre de fuera, y con toda probabilidad, cristiano, lo que empeoraba las cosas. Cuanto más pensaba en ello, más consciente era de lo imposible de la situación. Tenía que alejar a su hermana de Londres, apartarla del camino del dolor. Tenía que proteger a Pembe de los chismorreos y la difamación, y, si era necesario, de sí misma.

Con los pensamientos agolpados en la cabeza, llegó a su cabaña y cruzó la puerta con un fajo de ramas secas a la espalda. Lo soltó junto a la chimenea con la respiración entrecortada. Con el rabillo del ojo, observó que después de varias semanas de cuidados, el traficante se había levantado del sofá y que por fin era capaz de tenerse en pie. Yamila se volvió ligeramente hacia él, sonriente. Fue entonces cuando se fijó en que sostenía el rifle entre las manos.

—Me pareces una mujer muy reservada —comentó mientras la apuntaba con el arma—. Me pregunto qué escondes.

—¿Qué quieres que tenga? Soy comadrona, ni siquiera me pagan con dinero.

Durante un instante, el hombre pareció convencido, pero acto seguido añadió:

—Bueno, ya lo veremos. Llévame al sótano.

—¿Qué? —balbuceó Yamila. «¿Cómo sabe que hay un sótano?»—. Pero si ahí no hay nada más que trastos viejos.

—Los trastos viejos están bien —respondió. Tenía las venas de las sienas hinchadas y los ojos inyectados en sangre—. Vamos, muéstrame el camino.

Poco acostumbrada a recibir órdenes, Yamila, tensó el cuerpo, opuso resistencia.

—Muévete o te volaré la cabeza y se la daré de comer a los perros —bufó—. Y después bajaré al sótano igualmente.

La mujer apartó la alfombra, abrió la trampilla y dio un paso atrás para dejarle ver lo que había abajo.

—No. Bajaremos juntos —ordenó—. Tú primero. Pero espera...

Le arrojó una cuerda y la obligó a atarse las manos al frente, con una lazada lo bastante floja para que pudiera utilizarlas, pero que no le permitiera deshacer el nudo fácilmente.

—No puedo bajar así.

—Ah, pero eres una mujer lista. Seguro que se te ocurre algo.

Con grandes esfuerzos para mantener el equilibrio y agarrada al peldaño superior, Yamila empezó a descender lentamente por la escalera. El hombre la siguió. Era evidente que aún le dolían las heridas. Sin embargo, su avaricia era más fuerte.

—¡Puaj! ¿Qué es este hedor? —preguntó, y se inclinó hacia delante como

si sintiera náuseas.

Por primera vez en muchos años, Yamila notó el olor, acre y muy penetrante.

—Bueno, bueno, ¿qué te has montado aquí abajo? —preguntó mientras miraba alrededor. Alcanzó un bote de semillas de mostaza y lo agitó con gesto de desconfianza—. Lo sabía. Eres una bruja. Dime, ¿qué tesoros escondes?

—Ninguno. Hierbas y medicinas, como ves. Preparo pociones. Una de ellas te ha curado, ¿recuerdas?

—Me pareció oírte decir que solo Alá puede curar —repuso el hombre—. ¿Y sabes qué? Que tenías razón. Fue cosa de Dios. Él siempre me salva. Hombres que no han pasado ni la mitad que yo, están muertos y enterrados. Pero yo sigo vivo. Siempre resisto.

La empujó con la punta del rifle. Yamila perdió el equilibrio y estuvo a punto de caer de bruces.

—Tengo curiosidad por descubrir a qué sabes —dijo, mientras daba un paso hacia ella y le examinaba las caderas y los pechos—. Así que no has conocido varón. Pobrecita. Tal vez debería darte un buen meneo, comadrona virgen.

Volviéndose a medias, el hombre empezó a revisar la mesa. Vertió el contenido de las botellas, olisqueó botes, vació tarros y rompió algunos recipientes por manipularlos con brusquedad. A Yamila le daba vueltas la cabeza. La Concubina Ámbar estaba ahí mismo, en el estante, guardada en su caja de madreperla.

—Vamos arriba —sugirió con la voz tensa por el esfuerzo de disimular su inquietud.

—¿Qué hay arriba?

—Cocinaré para ti, te lavaré los pies.

Las palabras cortaron el ambiente como un cuchillo. El traficante se detuvo a mirar alrededor.

—¿Crees que soy estúpido?

Yamila se dejó llevar por el pánico.

—No, claro que no. Eres un hombre listo.

—¿Por qué me halagas? ¿Por qué ese cambio de actitud? Deberías odiarme —dijo, y acto seguido añadió—: ¿Hacia dónde estás mirando?

Yamila cayó en la cuenta de su error. En su confusión, miró una y otra vez a los estantes que el hombre tenía detrás. La mirada del hombre siguió la de Yamila. No le costó descubrir la caja.

—¡Vaya! ¡Pero si eres una bruja mala! ¡Mira esta belleza! Debe de valer una fortuna. ¿A quién le has robado esto?

—Me lo regalaron —respondió Yamila sin fuerzas.

—¿Ah, sí? ¿Y esperas que me lo crea? —preguntó, mientras se metía la joya en el bolsillo—. Vamos, media vuelta. Volvamos arriba. Primero tú, y no quiero trucos.

En el momento en que Yamila se volvió hacia las escaleras, el hombre la derribó de un golpe con el extremo del rifle. Salió disparada hacia delante, golpeó un peldaño de hierro con la frente y su cuerpo dejó de pertenecerle, pasando a otro mundo teñido de sangre.

Horas después, despertó. La cabeza le daba vueltas, tenía un nudo en el estómago y el dolor en las sienes era tan intenso que no se atrevió a abrir los ojos. Durante unos minutos, se quedó tendida en el suelo, gimiendo como un gatito ciego. Después, con gran lentitud, se levantó y esperó que a sus ojos se acostumbraran a la penumbra.

Encontró una cuchilla y se cortó la cuerda que le ataba las muñecas. El sótano era un desastre, como si lo hubiera asaltado un ejército. Se fijó en la caja de madreperla encima de la mesa. No había tenido ocasión de contarle a ese hombre la leyenda. El diamante estaba maldito. Solo podía darse o recibirse como regalo. No podía ser arrebatado, robado ni vendido.

Yamila comenzó a subir por las escaleras, contrayendo el gesto en una mueca de dolor a cada paso. Cuando llegó al piso superior, encontró la puerta de su cabaña abierta, y en el valle silencioso ni siquiera corría el aire. De repente, se sintió intimidado. La tierra que la había visto crecer y protegido durante tantos años, ahora parecía repleta de escorpiones, serpientes, plantas venenosas, intrusos despiadados..., trampas que Dios le había enviado. Rompió a llorar y escuchó sus gemidos como si fueran los de un extraño; sollozos fuertes, como los de alguien a quien se le hubiera olvidado llorar y en ese momento empezara a recordar cómo hacerlo. El resto del día transcurrió con una lentitud exasperante. Yamila no se atrevió a salir. No rezó. No comió. Permaneció sentada en el sofá, con una taza de agua entre las manos,

insensible a todo.

A continuación oyó unos ruidos. De hombres, caballos, perros. Se secó los ojos con la palma de las manos y notó los callos de los dedos en la piel. El hombre debía de volver con sus amigos, se dijo. ¿Qué más podía querer? ¿Su cuerpo? ¿Su vida? Yamila no encontró el rifle. Seguro que también se lo había llevado. Agarró un puñal, pero las manos le temblaban tanto que supo que no sería capaz de utilizarlo. Así pues, lo devolvió a su sitio y se dirigió a la puerta, decidida a enfrentarse a su destino.

En la penumbra, distinguió a cuatro jinetes. Solo uno de los hombres bajó del caballo y se acercó a ella, sus botas chirriando como si caminara sobre una gruesa capa de barro. Yamila reconoció al jefe de los contrabandistas. El hombre cuya esposa había dado a luz al bebé y medio; el mismo que dejó al herido en su casa y le provocó ese sufrimiento.

—Yamila..., hermana. ¿Me dejas entrar?

Sin decir palabra, se hizo a un lado para dejarlo pasar.

El hombre se fijó en el moretón que tenía en la frente y en los ojos hinchados.

—No voy a quedarme mucho rato, ya te hemos causado demasiado dolor. He venido a disculparme por lo que ha pasado. Ese hombre no merecía tu bondad.

Yamila sabía que debía responder algo, pero las palabras no le llegaron a los labios.

—Te he traído unas cosas —añadió—. Unos regalos.

De los bolsillos del *shalwar* se sacó dos saquitos de seda, uno rojo y el otro negro. Le tomó las manos y se las sostuvo durante un instante, sin dejar de mirarla a los ojos. A continuación, le colocó el saco rojo en la palma de la mano izquierda y el negro en la derecha.

Cuando al fin recuperó la voz, Yamila preguntó:

—¿Dónde está ahora?

—No volverá a molestarte, confía en mí.

—¿Cómo se llama? Ni siquiera sé su nombre.

—Se llamaba Harun —respondió antes de dirigirse de nuevo a su caballo—. Eso es lo que escribimos en su piedra.

Yamila tardó unos segundos en descifrar el significado de esas palabras, y

cuando lo hizo soltó un grito ahogado. Aterrada, abrió el saquito rojo. En su interior, descubrió la Concubina Ámbar, resplandeciente. A continuación abrió el negro, que contenía dos orejas ensangrentadas. Fue entonces cuando se dio cuenta de que los dos saquitos eran de la misma tela y color, pero que uno había quedado teñido de negro por la sangre. Al final, aunque hubiera evitado las minas, Harun el traficante no había conseguido que lo enterraran de una pieza.

Guiada por un impulso, Yamila siguió al hombre. Durante un instante temió que hubiera desaparecido, convertido en otro fantasma de su vida. Sin embargo, enseguida divisó a los cuatro caballos bajando por el camino.

—¡Espera! —gritó Yamila.

El jefe tiró de las riendas y sus hombres siguieron su ejemplo.

Cuando los alcanzó, Yamila vaciló, sin saber qué decir. Se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y se ajustó el pañuelo.

—Necesito tu ayuda, por favor —rogó.

—Tú dirás.

—Quiero ir a ver a mi hermana a Inglaterra. Tiene problemas y me necesita.

Los hombres se miraron.

—No tengo pasaporte ni dinero. Nada. Tendré que hacerlo a vuestro modo, de manera ilegal. —Yamila abrió el puño—. Pero tengo la Concubina Ámbar y puedo regalársela a quien quiera. Y quiero que la tengas tú. Serás un hombre rico y no te traerá mala suerte, te lo aseguro.

—Quieres regalarme el diamante a cambio de que organice tu viaje al extranjero.

—Así es.

El jefe frunció el entrecejo y se retorció la punta del bigote mientras rumiaba.

—No es fácil. No es lo mismo que cruzar la frontera con Siria.

—He oído que hay hombres que hacen cosas así. Yo no puedo ponerme en contacto con ellos, pero tú sí. ¿Te acuerdas del hijo pequeño de Ahmad? ¿No se marchó él así? ¿A qué país se fue? ¿Suiza? Lo escondieron en un camión, ¿verdad? No sé cómo, pero lo consiguió.

Una vez empezó a hablar, las palabras fluyeron como un río. Habló desde

lo más profundo de su alma, con apremio y fervor, guiada por una necesidad que no reconocía y que, posiblemente, no era capaz de controlar.

El hombre la observó, inmóvil. En sus ojos profundos, Yamila vio que se mezclaban varias sensaciones: preocupación, comprensión, sorpresa y una admiración secreta.

—Haré lo que pueda. Y si Dios quiere que suceda, sucederá.

Aturdida, congelada y sin dejar de temblar, Yamila levantó las manos y, al abrirlas, el diamante atrapó los últimos rayos de la puesta de sol.

—Tómalo. Y que Alá te bendiga.

El hombre apartó el rostro y, como si hablara con el viento, respondió en tono grave:

—No. Quédatelo. Te lo mereces, Yamila.

Acto seguido, con una breve inclinación de la cabeza y sin pronunciar otra palabra, el hombre golpeó los costados del animal con los talones. Sus hombres lo siguieron. Yamila los observó mientras se alejaban al galope y la nube de polvo la envolvía como un recuerdo evocador.

*Cárcel de Shrewsbury, 1991*

*«»Cuando vuelvo de aislamiento encuentro a un preso nuevo en la litera de Flipi. Tan pronto. Supongo que tenía la esperanza de que esperaran un poco, pero Shrewsbury está hasta los topes. Y cada día somos más. El sistema carcelario me recuerda a la fábrica donde trabajaba papá. Como galletas en una cinta transportadora, los presos no paran de llegar. Los verdugos los distribuyen, los almacenan y los encierran. Una tanda tras otra. Este lugar está a rebosar. No hay espacio para llorar a nadie.*

*A primera vista, mi compañero de celda parece un buen tío, bastante inofensivo. No le pregunto por qué está aquí y él no me lo cuenta. Son temas que no conviene sacar. Es un hombre bajo y enjuto de frente ancha, mandíbula cincelada y facciones marcadas. La luz del techo se le refleja en el pelo y durante un instante me quedo admirado por la bondad de su expresión.*

*Con una leve inclinación de la cabeza, dice:*

*—Me llama Zeeshan.*

*Guarda silencio, como si esperara que me presentara. Me cruzo de brazos, y con cara de pocos amigos aprieto los*

labios.

A continuación añade:

-Zeeshan feliz de conocerte.

Qué comentario tan ridículo. Su dominio del idioma es pésimo. Calculo que debe de tener unos cuarenta años. De Extremo Oriente, moreno, estatura media. Intenta sacar temas de conversación, pero no le sigo la corriente. Mejor marcar distancias desde el principio. Cualquier otro hombre en su lugar pasaría de mí. Se preguntaría cuántas de las cosas que ha oído de mí son verdad y si puede dormir tranquilo esta noche. Y cada una de las noches de los meses siguientes. Pero Zeeshan parece cómodo. Cuando me canso de hacerme el mudo, decido ofrecerle algo en que pensar.

-El hombre que dormía en esa cama ha muerto.

-Sí, he oído -responde Zeeshan-. También oído que buenos amigos. Será duro para ti. Lo siento mucho. Te doy mis disculpas.

-¿Quieres decir «condolencias»?

-Eso.

No me ha salido bien. La compasión siempre me coge desprevenido. Nunca sé qué hacer con ella.

-Bueno, me da igual quién seas o cómo te llames. Te contaré las normas de aquí. Cuanto antes las aprendas, mejor para ti. Regla número uno: nunca invadas mi espacio. Regla número dos: no te metas conmigo. Regla número tres: no me pongas nervioso. ¿Está claro?

El hombre parpadea en su confusión. Sus ojos pequeños y rasgados se dirigen rápidamente a la pared, después de nuevo a mí.

-Zeeshan está claro -responde.

-¡Bien!

Enseguida oímos los ruidos. Es la revisión de la mañana. A un lado y a otro, las puertas de las celdas se abren con un chirrido. Guardamos silencio, a la espera de que nos cuenten, nos empujen, nos aparten y nos cacheen.

En ese momento aparece el funcionario McLaughlin, con una venda en la oreja izquierda. Intercambiamos miradas severas. No me ha perdonado por tragarme la nota de Flipi, y yo no lo he perdonado por haberme cabreado, él no me ha perdonado el mordisco en la oreja, y yo no le he perdonado que me enviara a una celda de aislamiento. Estamos en paz y volvemos a encontramos en la casilla de salida. Solo que ahora todo es más tenso.

-Eh, te estoy vigilando -anuncia el funcionario McLaughlin-. Otro error y te las verás conmigo.

Me muerdo el interior de la mejilla y no respondo. Respiro hondo para tranquilizarme. Lo tengo tan cerca que le veo los pelos que le asoman por la nariz. Es una buena distancia. Podría darle fácilmente un cabezazo en la cara. Es el ángulo perfecto. Lástima que no me decida.

Cuando volvemos a estar solos, Zeeshan me mira fijamente, con gran curiosidad.

-¿Por qué enfadado contigo?

-Porque es una rata que se hace pasar por hombre.

Zeeshan se ríe como si fuera el mejor chiste que ha oído jamás.

-Hombre-rata, me gusta. -Acto seguido, se queda pensativo-. También visto hombres-pep, hombres-pájaro, hombres-serpiente, hombres-elefante. Muy pocos hombres-humanos en este mundo.

No tengo ni idea de lo que habla. Este tipo tiene algo extraño, pero no sé identificarlo. No se desanima fácilmente y esa sonrisita permanente me crispa los nervios. Estoy a punto de pedirle que la borre de la cara cuando me dice:

-¿No es fácil pelear siempre?

-¿Qué? -respondo, intentando entender la pregunta-. ¿Me preguntas si es difícil pelearse todo el tiempo?

-Sí, sí, yo pregunto. Pelea, pelea. ¿No cansado?

Lo miro fijamente, perplejo. No parece estar chiflado. Suena sincero, como si le interesara de verdad.

-¿De dónde eres? -pregunto.

-Ooh. -Hace una pausa, como si le hubiera planteado un acertijo imposible de resolver-. Primera vez, nací en Brunei.

-¿Dónde coño está eso?

Parece ofendido.

-Brunei Darussalam. Isla de Borneo. Nosotros colonia británica. Después Brunei independiente.

-Bueno, los servidores de la reina no se esmeraron demasiado en enseñaros el idioma.

-Yo aprende -responde Zeeshan, pasando por alto mi comentario burlón-. Aprendo cosas nuevas todos días. Zeeshan buen estudiante.

Me río. Aún no he decidido si es un pesado o está chiflado.

-Has dicho que la primera vez naciste allí. ¿Qué significa eso?

Sonríe y me muestra todos los dientes: pequeños, estrechos, manchados, como el arroz silvestre.

-Primera vez, nací en Brunei -repite Zeeshan-. Segunda vez, en todo el mundo. Soy de todos lugares. El mundo es mi hogar.

De repente caigo en la cuenta.

-Oh, no me jodas. No me digas que eres uno de esos fanáticos religiosos. ¿Eres uno de esos plastas?

-¿Un qué?

-Pregunta: ¿Eres miembro de una secta, o algo parecido?

De nuevo, no me entiende, y durante un momento parece asustado.

-Porque ya te digo que no voy a aguantar los sermones de nadie que intente llevarme por el buen camino. Estoy harto de esa mierda. Así que será mejor que no se te ocurra largarme sermones.

-Largarme sermones -repite, totalmente perdido.

-Lo que quiero decir es: ¿eres un fanático?

-¡Fanático! -El rostro de Zeeshan se ilumina, feliz al reconocer por fin una palabra. Sin embargo, a continuación su expresión se vuelve seria-. Un fanático dice que todo mundo equivocado, yo razón. Zeeshan dice todo mundo razón, yo equivocado. ¿Cómo es posible que soy fanático?

-Vaaale. -Lo acepto. Pero enseguida me asalta otra idea-. Dices que eres de todas partes, pero ¿cuál es tu religión?

-Mi religión es el amor -responde.

Pongo los ojos en blanco.

-Nunca había oído algo así.

Durante un instante parece ofendido.

-La oreja oye lo que puede oír. Muchos sonidos de este mundo no oímos.

-Pero ¿eres budista, judío, musulmán, cristiano...? ¿Qué eres?

-¡Ay, ay, ay! -responde, como si lo hubiera pisado-. Tú preguntas, ¿eres esto? ¿Eres otro? -Se golpea el pecho-. Todo el universo está en una persona.

-¿Y esa persona eres tú?

-Esa persona eres tú -responde, acentuando la última palabra.

Vale, ya he tenido suficiente. Se ha terminado la diversión. Ya empieza a caerme mal. No me gusta la gente con aires de superioridad moral que se cree que tiene respuesta para todo.

-El universo, ¿eh? Te diré qué hay ahí fuera. Agresión, brutalidad, corrupción, terrorismo... -A continuación, añade-: Asesinatos.

-Humm... -murmura Zeeshan, como si fuera la primera vez que oye esas palabras. Cierra los ojos y durante un segundo tengo

la impresión de que se ha quedado dormido. Sin embargo, enseguida empieza a hablar con voz animada—: Miras la naturaleza. Ves animales matando animales. Insectos grandes comen insectos pequeños. Lobos comen ovejas. Oh, mucha sangre. Pero, en la naturaleza, animales también protegen animales. Los peces nadan juntos. Los pájaros vuelan en bandadas.

—Eso es porque también hay tiburones y halcones al acecho. Si permanecen juntos, tienen más probabilidades de sobrevivir.

—Animales cuidan mucho a otros animales.

—Ya, bonita chorrada.

El hombre abre los ojos.

—Zeeshan no digo chorradas.

—Bueno, siento darte la mala noticia, pero la naturaleza es una guerra constante. Igual que pasa debajo de este techo. Igual que pasa en todas partes. La ley del más fuerte.

Se inclina hacia delante y me observa fijamente, como si pudiera ver mi interior.

—Zeeshan encuentro armonía en todas partes.. —dice, y pronuncia «encuentro» como «cuánto». A continuación, añade: Igual aquí. Pero la pregunta es: Y tú, ¿encuentros dentro de ti?

Estas últimas palabras me suenan como «Y tú, ¿cuántos dentro de ti?». En realidad, tal vez sea la pregunta correcta. No tengo ni idea de cuántos Iskenders alberga mi alma.

—Está bien —respondo—. Si todo se reduce a la maldita armonía, si el bien y el mal se equilibran, entonces todo el mundo puede hacer lo que le dé la gana. ¿Dónde está la diferencia?

—Nooo, no es así. No puedes hacer todo lo que quieres. Solo haces lo que Dios pone en ti. Zeeshan tengo elementos. Tú tienes elementos. Zeeshan casi todo agua. Tú... fuego, tal vez. Sí, creo que tú fuego. Si no hay armonía dentro, la persona siempre enfadada. Siempre pelea, siempre con pena. Lengua afilada como una flecha. El universo es una jungla, tú dices. En gran jungla, Zeeshan hago propio jardín.

—¿De qué maldito jardín estás hablando?

—Querido amigo —dice Zeeshan, como si me escribiera una carta—, furia es un tigre. Ves al tigre y piensas, oh, un gran animal, quiero un tigre. Pero no puedes domarlo. Nadie puedes. El tigre te comerá.

»Olvida tigres furiosos, no aprendemos nada de ellos. Aprendemos de humanos. Cuando conoces gente diferente, otro nombre, otra religión, eso bueno. Aprendemos de diferencia, no

de igualdad.

»Ego es un buitre. Pájaro salvaje. Buitre dice: Vuela conmigo, y convertirás en hombre fuerte. Pero es mentira. Es trampa. Si tu ego fuerte, tú débil. Si tu ego débil, tú fuerte.

Habla despacio pero con seguridad. Elige las palabras con cuidado, como si fueran flores de cristal. Cuando termina de hablar, respondo:

-Solo me pregunto una cosa...

-¿Qué?

-¿Por qué no te han llevado al ala de los chalados?

-¿Qué es eso?

Me llevo el índice a la sien y lo hago girar. Reconoce el gesto universal de la locura. Zeeshan se ríe, con una carcajada alegre.

-Sí, sí, verdad. Gente dicen que Zeeshan un poco loco de la cabeza.

El día que la policía apareció en casa de Katie, escapé por la puerta trasera. Tuve suerte. Robé una bici, me alejé de Hackney tanto como me fue posible y después hice autoestop. Dos estudiantes franceses se ofrecieron a llevarme. Tenían el acento muy marcado y eran más gays que una canasta de pícnic. Nunca había conocido a una pareja homosexual y no me entusiasmaba la idea, pero no estaba en situación de juzgarlos. Notaron mi incomodidad, olieron los problemas, pero no hicieron preguntas. Me invitaron a almorzar, me ofrecieron cigarrillos y me hicieron escuchar música rara.

Me dejaron en Warwick. Antes de que se fueran, fumamos hierba delante del castillo. Recuerdo que nos partimos de risa, pero no recuerdo la gracia, si es que hubo alguna. Después siguieron su camino hacia el norte.

De repente, me encontré solo. Cuatro días después me detuvieron; me encontraron durmiendo en un parque. Llegado ese momento, ya estaba muerto de hambre y tan cansado que fue un alivio. Durante el interrogatorio estuve tranquilo, dispuesto a colaborar. No me dijeron que ella estaba muerta. No hasta al cabo de un rato. Tenía la esperanza de que la herida no fuera seria. Solo había sido una puñalada cerca del hombro derecho. No podía ser tan grave. Entonces, al rato, entró un policía y dijo:

-¿Es que no lo sabes? La mataste.

Asombrado, pregunté:

—¿Qué dices?

—Mataste a tu madre, cabrón enfermo. ¿Cómo esperas librarte de esta?

No me lo creí. Pensé que era una treta para hacerme hablar. Un viejo truco de polis. Sin embargo, sacaron un periódico y me lo pusieron delante. Probablemente el mismo artículo que el funcionario McLaughlin tenía archivado. Entonces fue cuando me enteré de que mamá estaba muerta.

Durante el juicio estuve dormido, paralizado, como me pasó en el árbol el día que me circuncidaron. La prensa. Los fotógrafos. En la puerta de los juzgados había gente con pancartas contra mí, gente a la que no conocía de nada. También había gente que me apoyaba, igualmente desconocida. Entre la multitud distinguí el rostro de Esma, inexpresivo como una máscara. Después vi a mi hermano, Yunus. Tenía los ojos muy abiertos, con gesto de no entender nada. Fue entonces cuando sentí que no podía respirar. Los pulmones no recibían aire. Me desplomé como un viejo necesitado de una mascarilla de oxígeno. Creyeron que había sufrido un ataque de asma. El médico fue amable. Me examinó y no descubrió nada. Después me visitó el loquero. Un tipo horrible que solo decía gilipolleces. Le lancé un cenicero a la cabeza, lástima que el mamón se apartara.

La primera noche que pasé en la trena me eché en la litera y me quedé mirando fijamente el techo durante más de una hora. Me pregunté si el loquero tendría razón. ¿Tenía problemas serios? ¿Se me había ido la cabeza?

«No está loco —declaró el fiscal durante el juicio—. Este joven sabe lo que hace. Merece un castigo sin atenuantes».

La noche siguiente tampoco pegué ojo. En mi caso, cuanto peor duermo, peor es el malhumor. Y así siguieron las cosas. Durante esos primeros años, me sentí metido en una larga pesadilla y me convertí en una pesadilla para los demás. Les hice sufrir. Lo recuerdo bien: fue mucho más adelante, una medianoche. Llovía. Una tormenta intensa, con rayos y truenos. Al rato la lluvia cesó, pero el silencio era aún peor. Entonces tuve la sensación más extraña de mi vida. Como si mi madre estuviera allí conmigo. No estaba enfadada ni atónita, sino por encima de esas cosas.

Rompí a llorar, a gemir, y el pecho me daba sacudidas, me dolía. Todas las lágrimas que no había sido capaz de verter a lo largo de mi vida, se escaparon de mí en ese momento.

Después de dos semanas con Zeeshan voy contra mis propias normas. Le pregunto:

-¿Por qué estás aquí? Un hombre como tú...

Se le descompone el gesto.

-Oh, dicen Zeeshan comete delito terrible. No hay prueba. Pero un señor dice otra cosa. Y el tribunal lo escucha porque tiene apellido famoso. Dice que me vio quitar bolso a anciana y hacer daño. Está en hospital. En coma.

-¿Atacaste a una anciana por dinero?

-Zeeshan no hice eso -responde-. Cuando señora abre los ojos, dirá verdad. Espero y rezo.

-Vale, a ver si lo he entendido. ¿Me estás diciendo que te han encerrado por un delito que no cometiste? ¿Esperas que me crea esa mierda?

Me dedica una mirada extraña, como si se preguntara cómo darme la noticia. A continuación, dice:

-Desde el día que policía viene a mi casa, me pregunto por qué pasó esto a mí. Nada pasa sin motivo. Dios tiene un propósito, ¿y cuál es? Yo pregunto, pero no tengo respuesta. Pero ahora entiendo.

-¿De qué estás hablando?

-Mira, Zeeshan no sabe por qué Dios mete a mí en cárcel.

Yo decía ¿por qué, por qué?, pero entonces conozco a ti. Y ya no estoy triste.

-Si no dejas de decir gilipolleces te voy a hacer muy infeliz.

No parece intimidado en lo más mínimo.

-Ahora entiendo por qué Zeeshan está aquí. Gracias a ti. -Hace una pausa y suspira-. Sería más fácil si tú haber venido a mí, claro. Pero, no, no fue así. De manera que Zeeshan tuvo que venir a ti. Y Zeeshan preso, pero por una razón.

-Menuda chorrada. ¿Me estás diciendo que eres inocente de un delito pero que una fuerza cósmica te ha enviado aquí para que estés conmigo?

-Sí, ahora entiendes. -Sonríe, feliz como un niño con un globo.

El tipo está como una cabra. Y cada día va a peor, a menos que lo esté haciendo a propósito. De repente, caigo en la cuenta. Lo agarro del cuello y lo empujo contra la pared.

-¿Te ha enviado aquí el funcionario McLaughlin? ¿Es esta su manera de darme una lección? Quieres volverme loco, ¿verdad?

¿Es ese el plan?

Arruga la cara como si ya le hubiera golpeado.

-Te digo que Dios me envía aquí. Tú dices McLaughlin. Pero McLaughlin pequeño, y Dios grande.

Lo suelto y me froto las sienes. Me está entrando dolor de cabeza.

-¿Cuántos años tienes? -pregunto.

El hombre baja la mirada, avergonzado.

-Sesenta y siete.

-Sí, hombre.

-Es verdad.

-No aparentas sesenta y siete.

-Gracias. Zeeshan se curas.

-¿Quieres decir que te cuidas?

-Sí, se cuidas.

De nuevo, empieza a soltar gilipolleces.

-Vine a ti -insiste-. No hacía nada de provecho y Dios me trae aquí porque a Dios no gusta la pereza. Deberíamos trabajar duro.

-¿A qué clase de trabajo te refieres?

-Místicos dicen...

-¿Quiénes son esos?

-Místico es alguien que mira en su corazón, cree que toda la gente conectada. Solo diferencias por fuera, piel, ropa y pasaporte. Pero corazones humanos todos iguales. En todas partes.

-Ya estamos. Más estupideces.

Sonríe, no sé si porque no sabe qué significa la palabra, o porque decide no hacerme caso.

-Místicos creen que cuando morimos y despertamos. Dios haces cuatro preguntas. ¿Qué has hecho con tu vida, hmm? ¿De dónde sacaste dinero, hmm? ¿Qué hiciste en juventud, hmm? Y cuarta pregunta, muy importante, ¿qué hiciste con conocimientos que te di? ¿Entiendes?

-No.

-Yo tengo conocimientos. Soy profesor -aclara.

-Me dijiste que eras estudiante.

-Todos profesores son estudiantes.

-Oh, venga ya.

-Soy profesor -repite con calma- y venido aquí a compartir mis conocimientos contigo.

He visto toda clase de hombres aquí dentro, entre los loqueros y los otros internos. Psicópatas, chalados, los tipos

*más tristes, los más débiles, los más crueles, a veces todo junto en una misma persona. Pero en Shrewsbury nunca ha habido y nunca habrá alguien como Zeeshan. Nacido en Brunei, criado en el mundo. No sé qué hacer con él.*

*ISKENDER TOPRAK*

# Esmá

Londres, mayo de 1978

**E**l tío Tariq y la tía Meral vinieron de visita con sus cuatro hijos. Después de cenar, todos nos reunimos frente al televisor a ver *Coronation Street* mientras bebíamos té y comíamos fruta. Hablamos poco, salvo por los comentarios ocasionales que dirigíamos a los personajes de la pantalla. Todos teníamos curiosidad por averiguar qué pasaría ahora que Suzie había logrado seducir a Steve y Gail los había descubierto en actitud cariñosa. El tío Tariq opinaba que la aventura no duraría demasiado. La tía Meral estaba de acuerdo con él, pero nadie tomaba en serio su opinión porque nunca sabía lo que estaba pasando. Tenía que traducirle las escenas importantes porque no tenía un dominio suficiente del idioma para seguir el argumento. En ocasiones añadía algunos datos de mi propia cosecha para reforzar el guion.

Cuando los invitados se marcharon y todos se habían ido a la cama, entré de nuevo en el baño. Estaba mirándome en el espejo cuando un golpe en la puerta me devolvió a la realidad.

—¡Ocupado! —grité a través del ojo de la cerradura.

Otro golpe, flojo pero insistente. Molesta, abrí la puerta. Era Yunus, con su pijama de Peter Pan.

—Oh, Dios mío. ¿Qué te has hecho? —exclamó.

Solo entonces recordé que me había pintado una perilla. Como la mejor defensa es siempre un buen ataque, pregunté:

—¿Qué haces despierto a estas horas?

—Tengo pipí.

Cuando me fijé en la sábana que llevaba debajo del brazo, me dirigí a él en turco.

—¿Seguro que necesitas hacer pis? Parece que ya lo has hecho.

Mi hermano apartó la mirada. Se hizo un breve silencio mientras cada uno de nosotros esperaba que el otro dijera algo, lo que fuera.

—Está bien —concedí—. Pero dame un segundo, ¿de acuerdo?

Cerré la puerta, encendí la luz, apagué la vela y me miré la cara una vez más en el espejo. A continuación, asomé la cabeza por la puerta.

—Oye, ¿por qué no dejas la sábana aquí? Yo me ocuparé de ella.

Tras un momento de vacilación, Yunus me dedicó una sonrisa tímida y me dio la prueba de su delito. Llené el lavamanos con agua jabonosa y metí la sábana. Esperaba que se fuera a su habitación, pero Yunus prefirió esperar y espíarme a través de la rendija de la puerta.

—Hermana, ¿ya has terminado?

—Casi. No es fácil lavar aquí, ¿sabes? —respondí en tono displicente—. ¿Cómo es que sigues mojando la cama?

Yunus guardó silencio.

—Oh, no te preocupes. No se lo diré a nadie.

Para mi sorpresa, no pareció aliviado. Más bien al contrario: se le ensombreció el rostro, le temblaron los labios. Di un paso hacia él y sonreí a ese niño de ojos grandes e inocentes y orejas de soplillo, al niño que siempre había querido tanto.

—Lo siento, precioso. No quería ofenderte.

—No me ofendes. Es solo que tengo muchas cosas en la cabeza últimamente.

—¿Como qué?

—No puedo decírtelo. Es un secreto.

—Los secretos son tramposos. Quieres confesarlos pero siempre se corre la voz. Como el rey Midas, ¿verdad?

—¿Quién es ese?

Entonces le conté la historia del rey con unas orejas tan grandes que tenía que ocultarlas debajo del sombrero. Su barbero, la única persona que lo sabía, había prometido no contárselo a nadie. Sin embargo, la tentación fue muy

grande y se lo contó a un junco, el ser más inofensivo que pudiera imaginar. Pero entonces alguien hizo una flauta con ese junco, la tocó en un concierto y el secreto salió y se quedó flotando en el aire. En cuestión de días, todo el mundo sabía que el rey tenía orejas de asno.

—Quieres decir que no se lo cuente a nadie —observó Yunus.

—Bueno, si es algo importante, deberías guardártelo, porque no puedes confiar en nadie. Ni siquiera en un junco.

Esperé que se riera, pero no lo hizo. En lugar de eso, me miró acongojado antes de dar media vuelta y desaparecer por el pasillo.

—Buenas noches, *canim*, cariño, murmuré, aunque sabía que no me oiría.

Allí de pie, con las manos aún llenas de jabón, noté una presión en el pecho. Una leve sospecha tomó forma en mi interior. Mientras yo soñaba con convertirme en un chico y meditar sobre toda clase de misterios, ante mis ojos estaban sucediendo cosas que me pasaban inadvertidas. Tiempo después, recordaría ese momento y me daría cuenta de que marcó el punto en que la vida normal, tal como la había conocido hasta entonces, se rompió, y uno tras otro todos empezamos a deslizarnos hacia otra realidad en la que sucedían demasiados hechos a demasiada velocidad. Desde entonces me he preguntado si las cosas habrían sido distintas si yo hubiera actuado de manera diferente esa noche. Si hubiera permitido que mi hermano me contara el secreto que lo consumía por dentro, tal vez, solo tal vez, me habría levantado más temprano y habría podido avisar a mi madre antes de que los acontecimientos tomaran el peor giro posible.

# La bofetada

Londres, junio de 1978

**E**se sábado, Iskender no fue a clase de boxeo. Tampoco quedó con Katie. Él y sus amigos tenían otros planes. Salió de casa poco después de las nueve de la mañana. Un viento cálido le acariciaba el rostro y el mundo parecía abrirse ante él, haciendo que se sintiera vivo, listo para cualquier cosa. Se levantó el cuello de la chaqueta y siguió andando con paso firme. Creía que la forma de caminar de un hombre revelaba mucho de él: sus defectos, su ingenio, su valor se reflejaban en su paso. Iskender caminaba con el cuerpo ligeramente hacia delante, los hombros erguidos y el mentón levantado, como desafiando al resto de viandantes a enzarzarse en una pelea.

Los chicos lo estaban esperando en Aladdin's Cave. Sus cuatro amigos estaban inclinados sobre una mesa de plástico del fondo del local. Mientras se acercaba a ellos, Iskender los saludó con un gesto de la cabeza. Ellos le devolvieron el saludo. Notó el respeto en sus miradas; la clase de respeto que su padre nunca había visto en nadie, ni siquiera en sus compinches de juego, salvo, tal vez, los días en que ganaba.

—Eh —dijo Iskender, sin dirigirse a ninguno en particular—. ¿Dónde está Arshad?

—Aún no ha llegado —respondió Faarid, un marroquí bajo de voz suave.

—A lo mejor se ha acojonado —aventuró Aziz, con una sonrisa que mostraba sus dientes separados—. Después de esta semana, no me extraña.

Había sido un verano tenso. Todos los días se hablaba de algún incidente ocurrido en algún sitio. A los hombres se les intimidaba por las calles, a las

mujeres se las insultaba, se escupía a los niños. Por la noche lanzaban ladrillos a las casas de los inmigrantes; les destrozaban la ropa tendida o les metían excrementos de perro en los buzones. Pero lo peor había sucedido seis días atrás.

El 11 de junio, por la mañana temprano, un grupo de cabezas rapadas se había reunido en un extremo de Brick Lane. Al mediodía, ya eran multitud. Seguían llegando: a pie, en bicicleta, en coches y furgonetas, algunos procedentes de lugares tan alejados como Putney. Entonces comenzó la marcha. Acto seguido, estalló la consigna: «El Frente Nacional es el frente del hombre blanco». Curiosamente, la policía no apareció, ni siquiera cuando los manifestantes empezaron a asaltar las tiendas de los inmigrantes al grito de «muerte a los cabrones negros», a romper los escaparates y a provocar daños en la propiedad privada.

—¿Habéis oído lo que dijo la pasma después? —preguntó Faarid—. Que fue un brote de violencia espontáneo.

—Vaya mierda —comentó Iskender con gesto enajenado.

La conversación se vio interrumpida por Aladdin, el dueño del local, un hombre encorvado de complexión fuerte, de unos cincuenta y cinco años y con una pierna más corta que la otra. Siempre tenía una palabra amable para todo el mundo. Se acercó a los chicos con una sonrisa, pero solo le estrechó la mano a Iskender. Le preguntó cómo le iba en la escuela, cómo estaba su madre y cómo marchaba el negocio de su tío en unos tiempos tan difíciles. Preguntas a las que Iskender respondió con respecto, pero de manera sucinta.

—Bueno, ¿qué vas a comer? —preguntó Aladdin al fin—. Tus amigos te han esperado para pedir.

Iskender se alegró de oírlo.

—Estamos esperando a un invitado. Cuando llegue, pediremos.

Observaron a Aladdin alejarse cojeando. Iskender se volvió hacia Aziz y retomó la conversación.

—¿Y qué más?

—Ah, sí, ayer le dieron una paliza a un niño. A un bengalí. Lo encontraron sangrando a pocos metros de la casa de Arshad. ¡Ya son cuatro en lo que va de mes!

Iskender se mordió el interior de la mejilla, con el rostro arrugado como si

fuera una máscara.

—¿Sabéis lo que me saca de quicio? —intervino Sonny—. Que esos cabrones racistas dicen que no lo son. «Somos realistas», dicen. ¡Y una mierda! Ya es lo bastante malo que sean racistas, ¡pero encima son mentirosos!

Se llamaba Salvatore, pero todos lo llamaban Sonny. Su familia se había trasladado a Hackney desde un pueblo de Sicilia. Hablaba tan rápido y con un acento tan marcado, que con frecuencia no se entendía la mitad de lo que decía.

—Bueno, ¿y cuándo viene este tío? ¡El famoso Charlatán!

Quien formuló la pregunta fue Chico, mientras tamborileaba con los dedos sobre el menú. Su padre era marroquí y su madre, española.

—No le llames así —intervino Aziz—. Respetar a ese hombre. Llámale el Orador.

—Es lo mismo. Ya sabes lo que dicen: ¡el tonto habla y el sabio escucha! Y ese tipo habla sin parar. ¡Así que saca conclusiones!

Iskender se recostó en la silla con expresión contrariada y enlazó las manos, un gesto que hizo cambiar el tono de la mesa de un parloteo jovial a una conversación más seria.

—Llegará dentro de media hora. He pensado que estaría bien quedar antes y comentar la jugada. Las cosas no van bien. Seríamos idiotas si no viéramos las señales.

Chico bajó la mirada. Los otros asintieron con la cabeza, con expresión solemne y nerviosa.

—Quieren echarnos de este puto país —comentó Iskender—. A ti, a mí, a él... Árabes, turcos, italianos, jamaicanos, libaneses, paquistaníes... ¿Vamos a quedarnos sentados y reírnos de ellos? Como unos malditos patitos en una feria. Eso es lo que nuestros padres quieren que hagamos. Sonreír y esperar a que nos disparen. Pero no somos patos, ¿verdad?

—Claro que no —respondió Chico.

—Mirad, he oído hablar a ese tipo. Es bueno, muy bueno. Que venga y nos diga lo que tenga que decir. Si no os gusta, no pasa nada. Se acabó. Pero al menos el tipo no es ningún pato, eso lo sabemos.

En ese momento, la puerta se abrió y apareció Arshad con las manos en los bolsillos. Cuando Iskender vio a la chica detrás de su amigo, le mudó la

expresión.

—¿Qué diablos hace aquí?

—Eh, yo no tengo la culpa, colega. He intentado evitarlo... —respondió Arshad.

Iskender fulminó a Esmá con la mirada.

—Vuelve a casa.

—No, yo también quiero escuchar —respondió.

Los chicos presenciaron la discusión con sonrisas contenidas.

—Hermana, estoy harto de tu terquedad —gritó Iskender—. No voy a discutir contigo.

—Bueno, pues no discutas.

—Me estás poniendo nervioso. ¡Esto no es para chicas!

—¿Por qué no? ¿Acaso crees que esos cabezas rapadas solo se meten con chicos? Pues te equivocas. También asaltan a mujeres. Y a niñas. Y si puedo ser una víctima, quiero saber defenderme.

—Tiene razón —opinó Aziz.

Alentada por el apoyo, Esmá rogó:

—Oh, vamos, *abi*, por favor...

Iskender negó con la cabeza, aunque esa vez con menos decisión.

—De acuerdo, pero no quiero oírte decir nada. Ni pío.

—Vale. Me quedaré callada como un muerto —respondió, tratando de disimular la alegría en el rostro. Acto seguido añadió con entusiasmo—: Me muero de ganas de ver qué aspecto tiene. Seguro que lo reconozco enseguida.

Sin embargo, las palabras de Esmá resultaron equivocadas. Cuando el Orador entró en la cafetería, ahora medio llena, ninguno de los chicos lo reconoció, salvo Iskender. Los otros esperaban a una persona robusta e imponente de edad indeterminada, vestido con ropa tradicional o exótica, con el pelo alborotado en todas direcciones y los ojos relucientes como esmeraldas. Así que cuando un hombre delgado, de poco más de veinte años, de facciones vulgares y vestido con unos vaqueros desteñidos entró en la sala, nadie le prestó atención, hasta que se acercó a ellos y los saludó.

—Siéntate, por favor —dijo Iskender. Le presentó brevemente a sus amigos pero no a Esmá.

Pidieron la comida. *Hummus, babaganoush, kebabs, falafel...* Iskender

llenó el plato de su invitado, aunque en balde, pues el hombre comía como un pajarito. Su falta de apetito obligó a los otros a comer con más lentitud, e incluso Sonny, que siempre tenía hambre, tuvo que controlarse.

A continuación, mientras tomaban el té, el Orador empezó a predicar. Tenía la voz débil, pero crecía en oleadas de volumen, hacía una pausa de vez en cuando y retomaba su discurso como si leyera un panfleto invisible. Habló sobre las etapas del capitalismo tardío y de lo cerca que estaba la humanidad del día del Juicio Final.

—Estamos mirando un precipicio. Veremos la caída de este régimen.

Estaban drogando a la juventud para que no cuestionara el sistema. Políticos de todos los países manejaban la mitad del tráfico de drogas mundial. Todas las ideologías eran inventos para mantener a la juventud en un estado de constante confusión. Los falsos «ismos» eran las nuevas drogas, los somníferos de las masas.

—Mi tía es feminista —comentó Sonny, algo nervioso por no haber comido suficiente—. Tiene el pelo más corto que yo y siempre lleva pantalones.

—Para nosotros, el feminismo es como un muñeco de nieve en el Sáhara —respondió el Orador—. Es innecesario. ¿Y sabéis por qué?

—Porque vuelve feas a las mujeres. Ni siquiera se depilan las piernas. Es asqueroso —aventuró Sonny.

Los chicos reprimieron una risita mientras que Esma puso los ojos en blanco. Iskender era el único que seguía prestando atención al Orador. Sus miradas demostraban un entendimiento mutuo, la sensación compartida de estar por encima de las reacciones infantiles de los chicos.

—Diría que nuestro amigo tiene razón, porque el feminismo vuelve a las mujeres antinaturales —dijo el Orador—. Pero eso es el resultado, no la razón. Lo que yo pregunto es por qué resulta irrelevante para la gente como nosotros.

—Porque es su problema —respondió Iskender—. Es un asunto occidental.

Cargado con la bandeja del té, Aladdin no pudo evitar oír esas últimas palabras y arqueó una ceja con recelo. Durante un instante, Iskender tuvo el presentimiento de que Aladdin conocía al Orador y no le caía bien. «Los tipos

como él plantan semillas del mal en la comunidad. ¿Qué hace aquí, metiendo ideas en la cabeza de estos chicos?». Como si hubiera notado la aversión de Aladdin, el Orador guardó silencio y no volvió a hablar hasta que les hubo servido el té y se quedaron solos otra vez.

—Exacto. El feminismo es la respuesta a sus problemas —prosiguió el Orador, con un brillo de reconocimiento en la mirada—. Pero es una solución pobre. ¿Acaso se puede vaciar un lago con una esponja? Así de efectivas son las feministas. Si los occidentales no tienen valores familiares y no respetan a las mujeres, un grupo de activistas desgañitándose por las calles no va a cambiar la situación.

Esma soltó un resoplido. Con el rabillo del ojo, Iskender le dirigió una mirada fría y amenazante.

—Lo siento —murmuró Esma.

—Compórtate —musitó Iskender.

Si el Orador se dio cuenta de su intercambio silencioso, no lo demostró.

—En Occidente, la gente está confundida. Confunden felicidad con libertad y libertad con promiscuidad. En cambio, nosotros respetamos a nuestras madres, hermanas y esposas. No las obligamos a vestirse como muñecas Barbie. Es un gran negocio. Cosmética, moda, diseñadores de zapatos. ¿Alguna vez habéis oído hablar de la anorexia nerviosa?

Los chicos negaron con la cabeza.

—Es una obsesión con la imagen. Las mujeres que la sufren están a dieta todo el tiempo. Se obligan a vomitar después de comer. Cada año, multitud de mujeres en Europa y Estados Unidos son hospitalizadas por culpa de esta enfermedad. Algunas mueren. Les falla el corazón. Pero ellas siguen creyendo que están gordas.

»Hermanos, no os olvidéis de que, entretanto, en Asia, África y Oriente Próximo, los bebés se mueren de hambre. Ni siquiera tienen un pedazo de pan que llevarse a la boca. No han visto un caramelo en su vida. Y mientras las mujeres de Occidente vomitan pasteles de chocolate con *brandy* en restaurantes elegantes, en el Tercer Mundo se mueren de hambre.

»No es casualidad que las dos industrias principales en Occidente sean la de la guerra y la de la belleza. Con la industria bélica atacan, encarcelan, torturan y matan. Pero la de la belleza no es menos cruel. Con todos esos

vestidos brillantes, revistas de moda, hombres andróginos y mujeres hombrunas. Todo se vuelve borroso. La maquinaria de la belleza controla vuestras mentes.

Una sensación de enorme respeto se impuso alrededor de la mesa. Esma contuvo la respiración y se miró las uñas. Deseó que Iskender relajara la situación. Que diera al hombre una palmadita en el hombro, le dijera que se lo tomara con calma, y que todos se rieran. Si quería, podía hacerlo. Iskender era así. Tenía ese descaro, esa naturalidad, se dijo Esma. Sin embargo, cuando alzó la cabeza, la expresión que descubrió en el rostro de su hermano no fue la que esperaba.

—Alex, ¿podemos pedir más té? —preguntó Esma—. Esta charla me está dando sed.

El Orador miró su reloj.

—Es hora de irme. Encantado de conoceros. —Al levantarse, se volvió hacia Iskender—. ¿Por qué te llama Alex?

—No le hagas caso, es mi hermana... Todo el mundo me llama así. Es el diminutivo de...

—Alex no es el diminutivo de Iskender —objetó el Orador—. Piensa en ello, hermano. ¿Vamos a cambiar nuestros nombres para que a los británicos les resulte más fácil pronunciarlos? ¿Qué más vamos a tener que abandonar? Tendría que ser al contrario. Deberíamos obligar a todo el mundo a aprender nuestros nombres y a pronunciarlos con respeto.

Dicho lo cual, se marchó, dejando tras de sí un silencio incómodo.

Nervioso, Iskender se levantó de un salto.

—Voy a acompañar a Esma a casa y después volveré.

—Eh, no quiero marcharme todavía.

Sin embargo, el joven ya la esperaba en la puerta.

—Vamos, rapidito. ¡Ahora!

Esma obedeció a regañadientes. Cuando estuvieron en la calle, exclamó:

—Joder, no me ha gustado nada ese tipo. Al señor sabelotodo se le han subido los humos a la cabeza.

—No te habrá gustado, pero es un luchador.

—Es brusco.

—Cuando la realidad es dura, tienes que serlo.

—Venga ya, no es más que un capullo machista. Ni siquiera me ha mirado a la cara.

—Eso es una señal de respeto, ¡estúpida! ¿Prefieres que los hombres se te coman con los ojos? ¿Es lo que quieres?

—Oye, ¿pero qué te pasa? —exclamó al tiempo que levantaba las manos—. ¡Cálmate! Todas estas tonterías se te están subiendo a la cabeza.

—Cuidado con lo que dices, Esma.

—¡Oh, sí, me das mucho miedo!

—Ya me has oído. No volverás a venir a otra reunión. No puedo estar vigilándote todo el tiempo.

—¿Y quién dice que tienes que vigilarme? —espetó—. Puedo cuidar de mí misma, muchas gracias. Mamá tiene la culpa de todo. Te ha criado así. *Malamin, berhamin*, Mi morada, mi león. ¡Y ahora te crees el sultán de Hackney!

—Cierra la boca.

Esma no percibió el cambio en su tono de voz y los puños apretados, hasta que fue demasiado tarde. Seguía absorta en sus propias palabras.

—Tú y yo formábamos un equipo. Era divertido. Nos reíamos, pero ahora ya nada tiene gracia. Mírate, te tomas demasiado en serio.

Iskender la agarró del hombro y la empujó contra la pared.

—A la gente le dan palizas por la calle. La semana pasada apedrearon a un hombre hasta dejarlo inconsciente. ¿De qué diversión me hablas?

—Ah, conque tú eres el gran héroe. Sálvanos, por favor.

La bofetada. Llegó de repente, como surgida de la nada. Esma se llevó una mano a la mejilla, tan sorprendida que fue incapaz de reaccionar.

—Quédate al margen de todo esto —le advirtió sin mirarla—. Estás avisada.

Esma se lo quedó mirando mientras volvía a la cafetería con paso rápido y porte engreído. Alguna vez creyó conocer a su hermano mayor como la palma de la mano, pero eso había cambiado. Siempre la había protegido de los otros. Sin embargo, ahora, por primera vez en su vida, Esma sintió que debía protegerse de él.

# Una trucha grande y marrón

Londres, julio de 1978

Cuando Yunis encontró a Tobiko después de semanas de búsqueda desesperada, se sintió invadido por una mezcla de alivio y temor. Alivio por haberla encontrado cuando ya casi había perdido la esperanza, pero también un miedo angustioso ante la posibilidad de volver a perderla. Así pues, decidió aferrarse a ella como una almeja a su concha.

La joven había cambiado ligeramente, había ganado un poco de peso. El pelo, oscuro y brillante como un guijarro negro bajo la lluvia, seguía siendo largo, pero llevaba las puntas teñidas de color verde fluorescente. Había cambiado el pendiente de plata del labio inferior por una bolita reluciente. En los lóbulos de las orejas lucía media docena de corazones rojos, pequeños y brillantes como gotas de sangre. Yunus los contó y se fijó, de nuevo, en lo pequeñas y bonitas que tenía las orejas.

Manteniendo un silencio hermético, Tobiko se negó a decir dónde había estado todo ese tiempo y por qué ni siquiera había dejado una nota. «De aquí para allá. Necesitaba un cambio de aires, cielo». Yunus se enfadó al descubrir dónde había estado: en un dúplex de tres habitaciones con el Capitán y su madre. Algunos compañeros de la casa okupa también se quedaron allí.

La madre del Capitán, la señora Powell, era una mujer viuda, profesora jubilada. En realidad, no le agradaba demasiado el grupo al que había acogido en su casa, pero había accedido a que se quedaran un tiempo con la esperanza de pasar más tiempo con su único hijo. Se había trasladado a su dormitorio del piso de arriba con el televisor y la bolsa de agua caliente, y había dejado el

resto del piso a los okupas. Apenas salía de su habitación e incluso comía allí, intentando no prestar atención al alboroto constante y al olor a hierba que le llegaba del piso de abajo.

La primera vez que Yunus los visitó en ese piso, se sentó en el sofá junto a Tobiko, pequeña y sonriente.

—Es una solución temporal —dijo el Capitán a modo de explicación—. Hasta que regresemos a nuestra casa. Vamos a juntarnos todos de nuevo.

—Recuperaremos nuestra casa y esta vez nadie podrá echarnos. Hemos aprendido la lección —agregó Bogart con un cigarrillo entre los labios y sujetando una guitarra de tan solo dos cuerdas—. Les daremos su merecido.

En el grupo había un miembro nuevo, un tipo rapado salvo por una mata de pelo que le cubría la coronilla y que se había teñido de distintos tonos de naranja. Lo habían apodado «Señor Mangui» porque no creía en tener que pagar por nada: libros, discos, comida, ropa interior. Una vez afaná un par de Doc Martens metiéndose una bota en cada manga de la gabardina. Ahora, sentado cómodamente y con una sonrisa en los labios, comentó:

—Sois como gatos, os laméis las heridas.

Yunus escuchó su parloteo, feliz de tenerlos de nuevo en su vida, pues, curiosamente, sus actitudes poco convencionales lograban tranquilizarlo. Al notar su felicidad, Bogart señaló:

—El crío también es como un gato.

—Y tú eres su cómoda cestita —le dijo el Capitán a Tobiko al tiempo que le guiñaba el ojo.

Tobiko se rio, pero solo un poco, para no ofender a Yunus. Con la intención de cambiar de tema, se volvió hacia Bogart y preguntó:

—¿Qué estabas tocando?

—Bueno, una canción que he compuesto. ¿Sabes? Se me ocurrió que el desalojo de la casa okupa fue nuestro Domingo Sangriento. Más o menos. Así que compuse esta canción, se titula «Martes Sangriento».

Sin necesidad de más estímulo, Bogart empezó a cantar. La melodía era espantosa y la letra, aún peor.

*Estoy en el paro, sin un solo apoyo,*

*como una piedra, rodé hasta este hoyo,  
este hoyo, este hoyo, este hoyo.  
La pasma no avisa, nos han asaltado.  
Martes Sangriento, el peor día ha llegado.  
Levantaos contra el sistema, ¡es un desalmado!,  
desalmado, desalmado, desalmado.*

Iggy Pop, vestido con un chaleco de punto y una camiseta *beige* que apenas le cubría los pezones, se tapó los oídos con los dedos.

—¡Oh, cierra esa boca!

—¿Qué? —preguntó Bogart, interrumpiendo la canción.

—Es una mierda, colega —dijo Iggy Pop.

—Ni siquiera fue un martes —intervino Tobiko—. Nos desalojaron un miércoles.

Bogart frunció el entrecejo.

—¿Quién lo dice?

Yunus escuchaba, entre divertido y preocupado, pues sabía la facilidad con que podían pasar de un divertimento infantil a una guerra abierta cuando se colocaban y empezaban dar portazos, a gritar y a insultarse los unos a los otros.

—¿Qué sabréis vosotros? Si sois unos capullos... —se burló Bogart. Hizo una pausa y miró a Tobiko con cara de pocos amigos—. Tú ni siquiera te acuerdas de qué diablos has desayunado.

—Pregúntaselo a Yunus —propuso Tobiko—. Él es neutral.

—Y un huevo, neutral —objetó el Capitán—. Está tan pillado por ti que si dices que la nieve es negra te dará la razón.

Ruborizado hasta las orejas pero fingiendo desinterés, Yunus supo que debía responder algo, un comentario lo bastante interesante para distraer su atención. Así pues, anunció:

—¡Quiero hacerme un tatuaje!

Bogart se rio.

—¡Vaya! ¡Este niño es guay!

—Nosotros te lo haremos —dijo Iggy Pop—. No hay problema, soy el

mejor tatuador de la ciudad.

—Cariño, ¿no se enfadará tu mamá? —preguntó Tobiko con ternura.

Yunus ya había pensado en ello.

—Bueno, solo se enfadará si lo ve. Pero si me lo hago en la espalda, no se enterará.

—Chico listo —comentó el Señor Mangui.

—Iré a buscar mi equipo —dijo Iggy Pop mientras se frotaba las manos.

—Y yo tengo que hacer pis —anunció Yunus en voz baja.

En el piso de arriba había dos puertas, una a cada lado del pasillo. Tras un breve momento de duda, Yunus abrió la de la izquierda. Se sorprendió al ver a una mujer sentada en la cama, con un camisón de color malva, comiendo galletas saladas y viendo el nuevo episodio de *The South Bank Show*. Iba despeinada, como si llevara un nido en la cabeza, y daba la impresión de que había llorado, a juzgar por los chorretones de rímel que le manchaban las mejillas. Tenía un ligero aspecto de chiflada.

—Perdone, señora.

Yunus estaba a punto de cerrar la puerta cuando, sin apartar los ojos de la pantalla, la mujer murmuró:

—¿Te han reclutado?

El niño se detuvo en seco, sin estar seguro de que se hubiera dirigido a él.

—¿Cómo?

—Si te han reclutado —repitió la mujer—. ¿Vas a convertirte en el delincuente más joven de Inglaterra?

—No —respondió Yunus, alarmado.

—Está bien —dijo la mujer, sin apartar la vista del televisor—. He trabajado con niños toda mi vida, pero no puedo ayudar a mi propio hijo.

Yunus miró a la mujer detenidamente y reconoció a la señora Powell, la profesora que había ido a ver a sus padres para hablar de la educación de su hermana. También se fijó en lo mucho que se parecía al Capitán: la frente ancha, la nariz larga terminada en una punta redondeada, los ojos grises algo saltones.

—Cuando mi hijo tenía tu edad, era adorable —continuó—. Los niños son encantadores de bebés, pero después empiezan a andar y a romperlo todo, y cuando crecen, ¡te odian!

La señora Powell se volvió hacia Yunus, su mirada intensa como un reflector. Tenía bolsas oscuras debajo de los ojos. Parecía cansada, como si necesitara dormir.

—¿Cómo llamas a tu madre, cariño?

—Yo... la llamo «mamá» —respondió Yunus.

—Bueno, dile que es una mujer afortunada. Mi hijo me llama «el sistema». ¡Me toma por una payasa aburguesada! —Suspiró—. ¿Crees que tiene razón?

—Oh, no —respondió Yunus, perturbado. Recordó que hacía algún tiempo le había prometido a Tobiko que no se acercaría al sistema. Sin embargo, no se marchó.

—Creo que es una señora hermosa, señora Powell. Solo le hace falta tomar un poco el sol.

La mujer se quedó atónita durante un momento, pero acto seguido soltó una risotada ronca. Cuando volvió a mirar a Yunus, tenía un brillo particular en la mirada.

—Eso es lo más bonito que he oído últimamente.

—Gracias, señora.

Cuando Yunus volvió al salón, encontró a Tobiko sentada junto a la ventana, observando un pájaro del jardín, sus plumas relucientes bajo el sol de la tarde. Había preparado dos tazas de chocolate. Mientras se tomaban sus bebidas, Yunus se acercó a ella y le dijo:

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro, cielo.

—Es sobre secretos —anunció nervioso—. Mi hermana dice que no deberían contarse a nadie. Ni siquiera a un junco.

Tobiko lo miró con curiosidad.

—No entiendo muy bien de qué me hablas.

—Supongo que estoy intentando preguntar... Si una persona a la que quieres tiene un secreto que nadie sabe y es un poco vergonzoso..., pero tú lo descubres, ¿crees que deberías decírselo o no?

—Vaya, es una pregunta difícil. Pero creo que será mejor que mantengas el pico cerrado.

A continuación, Tobiko le apoyó la cabeza en el hombro, con cuidado, sin dejar caer todo el peso. Yunus sintió el pulso en el hueco de la garganta.

Deseó que ese momento durara eternamente. Sin embargo, pronto volvieron el Capitán y los otros, cargados con una caja de agujas y varios diseños de tatuaje.

—Muy bien, vamos allá —dijo Iggy Pop—. Oye, te hará un poco de daño, ¿de acuerdo?

Yunus asintió y se mordió el labio.

—¿Y qué clase de tatuaje quieres? ¿Una palabra? ¿Un símbolo?

—¿Puede ser una ballena? —preguntó Yunus—. Como la que se tragó al profeta.

Cuando estuvo terminado, el tatuaje parecía más una trucha grande y marrón, el pez en que su abuela Naze había deseado convertirse, en otra vida, en un mundo ya desaparecido.

# Cabeza de familia

Londres, septiembre de 1978

**E**l cuarto encuentro de Iskender con el Orador fue distinto a todos los anteriores. El hombre había pedido verlo a solas, en un lugar que no fuera Aladdin's Cave. Decidieron encontrarse en Victoria Park.

Iskender entró por la Royal Gate y se dirigió con paso decidido a Victoria Fountain. Disminuyó la velocidad al ver al Orador de espaldas a un castaño de Indias, con una mochila a sus pies, las manos en los bolsillos y la expresión pensativa pero inescrutable. Por su aspecto era imposible saber si llevaba tiempo esperando o acababa de llegar. Llevaba unas gafas de montura delgada que acentuaban la forma cuadrada de su rostro, zapatos marrones de punta, una chaqueta algo desteñida y la clase de vaqueros que solo una madre compraría a su hijo, pensó Iskender.

—Eh, hola —dijo Iskender, levantando la mano para saludarlo.

El Orador esbozó una débil sonrisa.

—Vamos a dar un paseo.

Aunque no le apetecía, Iskender aceptó.

El sol brillaba en un cielo despejado. A un lado, el lago estaba sereno y una alfombra de color verde jade cubierta por una tenue neblina se extendía en la otra orilla. Había padres y niños lanzando pedazos de pan a los patos. Algunos corredores. Una pareja tumbada sobre el césped parecía entregada a la pasión. Iskender se fijó en que el Orador apartaba la mirada al tiempo que se le formaba una pequeña arruga en la frente. Al fin, cuando se cansaron de caminar, se sentaron en un banco vacío en el que podrían hablar a solas.

—Me da la impresión de que tienes amistades sólidas —dijo el Orador.

—Sí, mis amigos molan —respondió Iskender en tono animado.

—¿Eres su líder?

Iskender vaciló. Nunca se refería a sí mismo de ese modo.

—Está bien —dijo el Orador, como si le hubiera leído el pensamiento—. Es bueno que seas quien manda, pero no actúes como tal. Es noble.

—Gracias —respondió Iskender. Nadie le había llamado «noble» hasta ese momento y no pudo evitar sentirse orgulloso.

—Tus amigos son buena gente, pero siguen siendo niños. Les falta mucho camino por recorrer. Tú eres distinto. Mucho más maduro. ¿Cómo es eso?

—Mi padre no está en casa —se oyó responder—. Tuve que crecer a marchas forzadas, ya me entiendes.

El Orador asintió.

—Bueno, eso lo explica todo.

Iskender sintió una cálida oleada de reconocimiento, casi líquida, una nueva emoción que le recorrió las venas. No se había dado cuenta hasta entonces, aunque lo había tenido delante todo el tiempo. Había crecido deprisa.

—Es que soy el mayor. Tengo una hermana y un hermano pequeños.

—Recuerdo a tu hermana —respondió el Orador con un matiz incisivo en la voz.

—Sí, siento que fuera un poco desagradable cuando te conocí.

—No pasa nada. No tiene la culpa. Es joven y su cabeza está hecha un lío. Las cosas que le dicen sus amigas, las revistas que lee y la tele, por supuesto. Es un bombardeo de propaganda.

Iskender se mordió el labio mientras lo escuchaba.

—Las mujeres lo tienen más difícil, esa es la verdad. Tienen demasiadas distracciones que las alejan del buen camino. Entre el deslumbrante mundo de la moda, y que después tienen que buscar maridos ricos y muebles elegantes... No se acaba nunca.

—Ya —respondió Iskender.

—Si no te importa que te lo pregunte, ¿cómo es que tu padre no está en casa?

Iskender notó un leve temblor en la mandíbula durante un segundo, como si

se hubiera tragado la primera respuesta que le había venido a la cabeza. ¿Era una prueba? ¿Sabía ese hombre lo de su padre? ¿Estaba comprobando si confiaba en él? Si lo estaba poniendo a prueba, no le gustaba.

—Tiene otra vida, eso es todo —respondió con sequedad.

—Entiendo.

—¿Cómo es que tú no desvelas lo más mínimo de ti, pero esperas que los demás lo hagan?

El Orador esbozó una sonrisa que contenía un destello de sarcasmo.

—Eso es lo que me gusta de ti. Los tienes bien puestos. Si no te gusta una actitud, no la soportas. Está en tu carácter asumir riesgos. Nadie te toma el pelo.

—Así es —respondió Iskender—. No estoy para gilipollices.

—Bueno, lo respeto. Y supongo que, como a ti, me cuesta abrirme. Pero ya que me lo has pedido, lo haré.

Iskender suavizó ligeramente la expresión y se sintió avergonzado por su salida de tono.

—Mi padre, Jalid, nació en Egipto y llegó a Birmingham en 1951. Aprendió el idioma mientras trabajaba en el turno de noche. «Si no trabajas duro, nunca serás nada». Ese era su mayor miedo, ¡no ser nada! Cambió de ropa, de comida, de costumbres, pero mantuvo el acento. Se casó con una inglesa y de esa unión nací yo. Son buena gente, no me malinterpretes. El problema es que están tan atrapados en este mundo que se olvidaron del otro. No tienen fe, y siento lástima por ellos.

Una joven pasó patinando frente a ellos con pantalones cortos y una cazadora de béisbol, todo de color morado. Iskender le miró las piernas antes de retomar lo que tenía previsto decir.

—Ya, pero al fin y al cabo, son tus padres.

—Y los quiero, pero eso no significa que los respete. El amor y el respeto son cosas bastante distintas. Si tus padres se equivocan, tienes que enfrentarte a ellos.

—Mi padre... —empezó a decir Iskender, sin saber adónde pretendía llegar con ello—. Cuando éramos pequeños, nunca estaba en casa. Después se marchó definitivamente. Así, sin más. Hace casi un año que se fue. —Intentaba esclarecer el asunto, pero no logró disimular el temblor en su voz.

El Orador se subió las gafas y examinó a Iskender.

—Así que eres el cabeza de familia. Debe de ser duro. Tienes que ser fuerte. Es bueno que te guste el boxeo, pero también necesitas fortaleza moral.

—Te entiendo —dijo Iskender, aunque no demasiado convencido de hacerlo.

El Orador abrió la mochila y sacó dos folletos.

—Llévatelos. Cuando los hayas leído, volveremos a hablar. Dime qué te gusta de cada uno. Y espero que tengas la confianza para decirme también lo que no te gusta.

—A Esma le encantan los libros, yo no leo mucho.

—Bueno, pues eso tiene que cambiar. —Su tono de voz no sonó autoritario, sino simplemente resuelto—. La mente necesita ideas, igual que un coche necesita gasolina para funcionar. Y las ideas están fundamentalmente en los libros.

—Sí, supongo que tienes razón.

—Por cierto, no se los enseñes a nadie, ¿de acuerdo?

—Puedes confiar en mí —respondió Iskender. Estaba a punto de añadir algo más cuando sus ojos se fijaron en el reloj—. Oh, no, ¡tengo que irme!

El Orador chasqueó la lengua con un leve gesto de sentirse traicionado.

—¿Una chica?

—Sí.

—¿Inglesa?

—Sí.

—¿Y por qué no una de los nuestros?

La pregunta lo cogió desprevenido. Siempre había pensado que las diferencias entre él y Katie eran cuestión de carácter, pero que no iban más allá. Además, el Orador también era inglés, ¿no? Cuando Iskender volvió a hablar, lo hizo en tono irritado.

—No lo sé. Surgió así.

—Ajá. ¿Es buena chica?

—No está mal —respondió Iskender, aunque no sabía con exactitud a qué se refería.

—Bueno, pues ve. No la hagas esperar. Rezaré para que Él te guíe por el camino correcto.

—Gracias. Nos vemos —murmuró Iskender, fingiendo no haberse molestado por su impertinencia.

# La deuda

Londres, 30 de septiembre de 1978

**A** última hora de la tarde del sábado, Iskender apareció en la tienda de Tariq con el cuello de la chaqueta levantado. Su tío se levantó para saludarlo, sonriendo orgulloso. El chico había cambiado mucho a lo largo de ese año; ya era más alto que su padre y estaba mucho más fuerte, más en forma. Se le adivinaba un bigote aún muy fino y los ojos le brillaban con la fuerza de la juventud.

—¿A quién tenemos aquí? ¡Si es mi sobrino favorito!

Iskender esbozó una ligera sonrisa.

—¿Cómo estás, tío?

—No podría estar mejor —respondió Tariq—. ¿A qué debo el placer de tu visita?

—He quedado en el barrio con unos amigos y se me ha ocurrido venir a verte.

El chico hablaba una mezcla de turco y jerga en inglés. Si bien no tenía un acento muy marcado, su vocabulario era tan limitado que con frecuencia utilizaba la misma palabra para referirse a cosas distintas. Mientras lo escuchaba, Tariq pensó en enviarlo a Estambul durante un tiempo, tal vez para siempre. O, mejor aún, hablaría con Pembe y acordarían la llegada de una prometida para él, una muchacha recatada procedente de algún pueblo de Anatolia.

—¿Qué tal va la escuela? ¿Te gustan las clases? ¿Te tratan bien los profesores?

—La escuela va bien —respondió Iskender con brusquedad.

—¿Y el boxeo?

—Tengo un combate pronto. Pero a mamá no le gusta demasiado.

—Bueno, no me extraña. Le preocupa que te hagan daño.

Iskender guardó silencio y escuchó el repiqueteo constante de las cuentas del rosario.

—Tío, un amigo mío tiene un problema.

—Ah, y este amigo ha acudido a ti en busca de consejo, ¿no es así?

—Sí, soy una especie de hermano mayor para los chicos. Por eso ha venido a mí.

—¿Y qué le pasa, exactamente?

—Necesita dinero.

Tariq contuvo un suspiro.

—¿De cuánto estamos hablando?

Cuando Iskender mencionó la cantidad, Tariq se acarició la barba, preguntándose para qué necesitaba un chico tanto dinero.

La sombra de la preocupación cruzó el rostro de Iskender, una mirada furtiva, pero al hablar el tono de su voz sonó impasible.

—Al parecer, su novia se ha quedado embarazada. El dinero es para la clínica.

Tariq apretó los labios contra los dientes.

—Y esta novia... —Se detuvo—. ¿Es inglesa-inglesa?

—Claro, claro que sí —respondió Iskender.

Supuso un alivio que la chica no fuera del barrio ni de ninguna otra comunidad de inmigrantes. La familia no se implicaría, no habría padres ni hermanos mayores en busca de venganza. Tariq exhaló un profundo suspiro, como si se librara de todas las preguntas que había decidido no formular. Consciente de que el chico lo miraba, se levantó y se dirigió a la caja fuerte que guardaba en la trastienda.

Cuando regresó, lo hizo con billetes en las manos. Los sostuvo frente a Iskender, que durante un momento se vio obligado a apartar la mirada, incómodo.

—Dile a tu amigo que le ayudarás —dijo Tariq.

—Gracias, tío.

—Pero dile también que esta es la última vez que le sacas las castañas del fuego. Tu amigo tiene que aprender a controlarse. De lo contrario, se meterá en problemas más graves. Salúdalo de mi parte y asegúrate de que lo entiende.

—No te preocupes. Me aseguraré de que capta el mensaje —respondió Iskender, mientras se metía los billetes en el bolsillo y se dirigía a la puerta. Entonces se detuvo—. ¿Tío?

—¿Humm? ¿Pasa algo más? —preguntó Tariq con los ojos entornados, con el temor de que el chico se hubiera metido en algún problema que unos cuantos billetes no pudieran solucionar.

—Nada más. Solo quería decirte que eres como un padre para mí.

La expresión de Tariq se suavizó de inmediato.

—Ya lo sabes, hijo. Aquí me tienes para lo que te haga falta.

Iskender le respondió con un leve gesto de la cabeza, de repente serio.

—Algún día te lo devolveré, ya lo verás.

# El hombre del más allá

Londres, octubre de 1978

**E**l viernes, cuando Meral entró en la tienda a la hora habitual, encontró a su marido enfrascado en una conversación telefónica. Tariq elevaba la barbilla hacia delante y se acariciaba la barba, como hacía cuando estaba a punto de perder la calma. Quienquiera que estuviera al otro lado del teléfono, parecía controlar la conversación. Sin hacer ruido, Meral pasó junto a él en dirección a la trastienda, donde abrió el recipiente de hojalata y empezó a servir el almuerzo de su marido. En esa ocasión había cocinado *manti* con una salsa de yogur y mantequilla con más chile de lo habitual, por lo que le preocupaba que no le gustara.

Tras poner la mesa, Meral cogió un trapo húmedo y empezó a limpiar los estantes mientras los brazaletes dorados que le adornaban las muñecas tintineaban alegremente. Revisó las latas de carne y judías, las botellas de salsa agridulce, las tarrinas de ensalada de patata y repollo con mayonesa, los botes de cebolletas en vinagre..., alimentos que nunca había probado.

—¿Quién compra estas cosas? —preguntó una vez a su marido.

—Las esposas modernas —respondió Tariq—. No tienen tiempo de cocinar porque trabajan todo el día. Por la noche llegan, compran una lata de atún, la mezclan con ensalada, y lo llaman «cena».

Meral se preguntaba qué clase de mujeres eran. De qué clase de familia procedían. Ni siquiera las mujeres que aparecían en las portadas de las revistas para hombres le sorprendían tanto como esas esposas que no se comportaban como tales. A las chicas de las revistas debían de haberlas

engañado, o de haberles pagado una fortuna para posar tal como Dios las trajo al mundo. Eran unas perdidas, y ojalá Dios las ayudara a encontrar el buen camino. Sin embargo, las esposas modernas no eran víctimas de ninguna clase. Ganaban dinero, conducían coches, vestían bien y algunas incluso tenían hijos; sin embargo, ni siquiera se dignaban a preparar unos pimientos rellenos para sus maridos.

En el fondo, Meral sospechaba que su cuñada guardaba esa actitud en su interior. Oculta, por supuesto, sin poder demostrarla. Pembe tenía un punto independiente que resultaba difícil de concretar; como una resaca de indisciplina en un mar en calma. Aunque el marido de Pembe tampoco era ejemplar. Llevaba diez meses sin aparecer por casa y antes de eso no estuvo mucho tiempo por allí. Su marido era totalmente diferente.

—Mujer —gritó Tariq, aún con el auricular en la mano.

—¿Qué?

Tariq ladeó la cabeza y le señaló la puerta. Acababan de entrar tres clientes. Dos chicos y una chica. Muy jóvenes. «Puede que de la misma edad que mi hija mayor», pensó Meral. Uno de los chicos llevaba pendientes plateados en las cejas y una mata de pelo naranja en lo alto de la cabeza, como un nido construido por algún pájaro exótico. El otro chico era alto y desgarbado, e iba vestido con un chaleco de punto, sin camiseta, con el pecho lampiño al aire. La chica tenía el pelo negro azabache, la piel blanca como la harina, llevaba medias rotas y la piel que quedaba a la vista cubierta de tatuajes.

Meral cerró los ojos durante un instante, como si deseara que, al abrirlos, los jóvenes hubieran desaparecido.

—Seguro que no nos atiende —susurró la chica.

—Oh, no, ¿la hemos asustado, señora? —preguntó el chico sin camiseta, inclinándose sobre el mostrador en tono entre acusador y burlón.

Meral notó que el aliento del joven olía a cerveza y a tabaco. De manera inconsciente, dio un paso atrás. Con el rabillo del ojo, miró a su marido. Tariq seguía al teléfono y no parecía estar a punto de dar por finalizada la conversación.

—Sí, ¿qué querer? —preguntó Meral con cautela.

Le había pedido a Tariq en numerosas ocasiones que mejorara la seguridad

de la tienda, pero él siempre se oponía, aduciendo que era demasiado caro. Meral se dijo que si llegara a necesitarla, la única arma que podría usar en ese momento sería la barra provista de una red que utilizaban para bajar los productos que almacenaban en los estantes superiores.

—¿Tiene ginger ale, señora? —preguntó el chico del pelo naranja.

Alzando el mentón como si estuviera lista para recibir un golpe, Meral respondió:

—No yinyereil.

Su voz sonó débil, insegura. Como desconocía lo que le habían pedido, le pareció más seguro responder con una negativa rotunda. Sin embargo, el joven sin camiseta había descubierto la nevera de los refrescos.

—Eh, señora, aquí hay un montón. ¿Por qué nos ha dicho que no tiene?

—A lo mejor es que quiere tomárselos todos ella —aventuró el chico del pelo naranja, arrugando la nariz.

—No seas tonto —intervino la chica. A continuación señaló los estantes de detrás del mostrador y pidió—: ¿Me da una bolsa de nubes de golosina, por favor?

La mirada de Meral recorrió el surtido de productos con gesto asombrado. ¿Qué demonios quería esa chica? Cogió las perlas de chocolate, las tiras de regaliz, los ositos de gominola, mientras los jóvenes exclamaban al unísono: «No, eso no», hasta que por fin dio con la bolsa adecuada.

El parloteo se vio interrumpido por el vozarrón de Tariq. Con las manos entrelazadas a la espalda y recorriendo las cuentas del rosario, se acercó a ellos.

—Bienvenidos —los saludó, y se volvió hacia su mujer. Con sus modales más amables, preguntó—: ¿Qué quieren estos jóvenes?

—Nubes jooloosina —explicó Meral, mientras dejaba la bolsa en el mostrador con un golpe.

Tariq asintió.

—*Tamam, ben hallederim*, de acuerdo yo haré el resto.

De mala gana, Meral siguió quitando el polvo, pero pronto sorprendió al chico de pelo naranja metiéndose dos barritas de caramelo en el bolsillo. Tras una breve vacilación, decidió fingir no haberlo visto, siempre que el chico no robara nada de más valor. Observó a su marido bromear animadamente con

los clientes. Además del ginger ale y la bolsa de nubes de golosina, los chicos compraron un paquete de cigarrillos, cerillas y una bolsa de palitos salados. Salieron de la tienda despidiéndose de Meral con la mano, que les devolvió el saludo.

—Míralos —gruñó a su marido cuando se quedaron a solas.

Tariq se encogió de hombros.

—Qué se le va a hacer... Son jóvenes y apasionados.

«Son jóvenes e ingleses», pensó Meral. Si uno de sus hijos vistiera de ese modo, a su marido le daría un ataque. Al menos ella era consecuente. En casa, en la calle o en la tienda, era siempre la misma persona. No entendía que alguien se pudiera perforar la piel o llevar ropa destrozada y sujeta con imperdibles. Meral no estaba dispuesta a aprobar su estilo de vida solo porque fueran clientes.

Ajeno a los pensamientos de su mujer, Tariq empezó a comer allí de pie.

—Oh, pica bastante —observó.

—¿Por qué no te sientas y comes despacio?

—No tengo tiempo. Tengo que salir.

—¿Qué quieres decir? No puedo quedarme, tengo sopa en el fuego.

—Las niñas están en casa, pueden ocuparse ellas —respondió Tariq, sin dejar de masticar—. Mujer, es urgente. He tenido un problema con los proveedores. Si no lo soluciono hoy, mañana no tendré género para vender. Ni leche, ni mantequilla, ni huevos. Ni siquiera me traerán el pan.

Meral suspiró.

—¿Y adónde vas? —preguntó.

—A la otra punta de la maldita ciudad.

Tariq tomó el autobús, pues al metro le tenía auténtica aversión. Le inquietaba viajar por el subsuelo. Cuando moríamos terminábamos bajo tierra, pero ¿qué sentido tenía ir allí mientras aún estábamos vivos?

No conocía la parte del suroeste de Londres a la que se dirigía. Estaba lejos y el autobús era lento, pero al menos los conductores ya habían abandonado la huelga. Consumido por el enfado de tener que hacer tal recorrido para solucionar lo que consideraba un simple malentendido, ensayó

la conversación que mantendría con el encargado. El hombre con el que había hablado por teléfono le había comunicado que no tenía un contrato con ellos. ¡El muy idiota! Tariq se sacó una hoja de papel doblada del bolsillo y le echó un vistazo. Cuando les estampara el contrato en las narices, se les caería la cara de vergüenza. Tal vez, para resarcirlo, le ofrecieran un descuento importante. Como fuera, tenía que deshacer ese embrollo cuanto antes. Era un hombre hecho a sí mismo, y no iba a permitir que un papanatas burócrata arruinara años de sangre, sudor y lágrimas.

Después de dos cambios de autobús y un viaje que se le hizo eterno, Tariq bajó en Brixton. Aunque la tarde era fría, el sol había salido y brillaba con fuerza, inesperado como una fiesta sorpresa. En Coldharbour Lane había gente disfrutando del buen tiempo mientras durara. Tariq observó a los niños ingleses con esas naricillas rojas, la piel pálida y siempre poco abrigados. Las madres turcas envolvían a sus bebés y niños pequeños en capas de jerséis y los cubrían con una manta de lana antes de sacarlos a la calle. Las madres inglesas, en cambio, los vestían con pantalones cortos y un anorak fino. A veces ni siquiera les ponían calcetines. ¿Cómo era posible que no se congelaran? Tariq no lograba entender que la capacidad de aguantar el frío fuera un hecho cultural.

Le habría gustado detenerse en una cafetería y comer algo, pero no entraba en su presupuesto. Él era el único de la familia Toprak que tenía la sensatez y la fuerza de voluntad necesarias para ahorrar por si llegaban las vacas flacas. Jalil solo pensaba en sí mismo. Tenía su vida en Australia y nunca les preguntaba si necesitaban algo. Adem era un caso perdido. Estaba enganchado al juego y todo lo que ganaba se lo daba a esa bailarina rusa de la que todo el mundo hablaba pero que él aún no conocía.

Enfrascado en sus pensamientos, Tariq pasó frente a una tienda de reparación de calzado, una librería de temática religiosa, una tienda de beneficencia de aspecto desastrado e hileras de casas idénticas con las fachadas de ladrillo rojo. A diferencia de la calle principal, no había nadie alrededor y el barrio parecía desierto. Incluso el cine tenía un aspecto inquietante, como una reliquia de otro siglo. La ciudad era muy antigua y estaba llena de rastros del pasado. Una vez, cavando en el jardín, Tariq encontró restos de metralla.

Se preguntó cómo le iría a Meral en la tienda. Tendría que aprender el idioma con rapidez si quería echarle una mano de vez en cuando. Tal vez debería comprarle un diccionario de bolsillo y asegurarse de que aprendiera al menos cinco palabras al día. Durante todos esos años, su mujer había sobrevivido hablando solo turco, encerrada en su pequeño mundo, y no había tenido ningún problema. Sin embargo, ahora se daba cuenta de que debía cambiar en ese aspecto. Al fin y al cabo, Tariq ya no era tan joven, y ahora tenía que encargarse de dos familias: la suya y la de su hermano.

Sin embargo, el hecho de que Meral fuera terrible con los clientes no se debía tan solo a su pésimo conocimiento del idioma. Era demasiado severa e intolerante, y no sabía atender a la gente. Curiosamente, la mujer que había servido a otros toda su vida —a su marido, sus hijos, sus familiares y vecinos— era incapaz de servir a desconocidos. Mientras que él, que jamás había atendido a nadie en casa ni fuera de ella, tenía buena mano con la clientela.

El sol había desaparecido bajo un manto de gruesas nubes grises. Se acercaba una tormenta. Tariq aceleró el paso, cerca ya de su destino.

El encuentro fue tenso. A Tariq no le permitieron ver al gerente, quien tenía «asuntos importantes que atender». Decepcionado, le enseñó el contrato al suplente, y el hombre le mostró una cláusula en la que se especificaba que la compañía podía introducir ciertos cambios, e incluso rescindir el contrato sin necesidad de notificarlo. Tariq amenazó con buscar otro proveedor, a lo que el hombre respondió: «Como quiera».

Veinte minutos después, salía con paso airado del edificio, sintiéndose triste, pero no derrotado. Tendría que hacer averiguaciones, hablar con los tenderos de Hackney y ponerse en contacto con otra empresa. El único problema era que le gustaba dar consejos, no pedirlos. Tenía una reputación que mantener. Al acercarse al cine, Tariq aflojó el paso y se fijó en el póster de la pared.

## EL HOMBRE DEL MÁS ALLÁ HARRY HOUDINI

Aunque no era aficionado al cine, Tariq estaba interesado en la vida de ese

gran mago. Un hombre que podía liberarse mientras estaba colgado cabeza abajo en un tanque lleno de agua, con las muñecas y los tobillos encadenados, era alguien que merecía atención. Así pues, entró en el vestíbulo y echó un vistazo alrededor. En la pared había un tablero con fotos y reseñas. Al leerlas descubrió con decepción que se trataba de una antigua película muda. Sin duda en blanco y negro. ¿De verdad la gente iba a ver películas así?

Como a modo de respuesta, las puertas de la sala se abrieron y una pareja inglesa salió al vestíbulo. La película se había terminado y el poco público se estaba marchando. Detrás de la pareja, Tariq se fijó en una mujer. Se dirigía a la salida con la vista clavada en el suelo.

Como por un impulso, Tariq dio un paso adelante para detener a su cuñada. Estaba a punto de llamarla, preguntarle qué hacía allí sola y ofrecerle que volvieran a casa juntos, cuando observó que un hombre de mediana edad se acercaba a ella. La tomó del codo, le susurró algo inaudible al oído y le dio un pedazo de papel que ella aceptó con una sonrisa y se guardó rápidamente en el bolsillo.

Tras ellos, Tariq se quedó perplejo, con la mente agitada y mirando fugazmente de un lado a otro, hasta que sus ojos se posaron en un póster que rezaba:

NADA EN EL MUNDO PUEDE MANTENER PRESO A HOUDINI.

# La decisión

Londres, octubre de 1978

**E**l sábado por la mañana, mientras Iskender se acercaba a la cafetería donde había quedado con Katie, se quedó sorprendido al ver a Tariq en la puerta, paseando de un lado a otro y mesándose con fuerza la barba.

—Tío, ¿qué haces aquí?

—Te estaba esperando. He pasado por Aladdin's Cave y tus amigos me han dicho que tal vez estuvieras aquí.

¿El tío Tariq había dejado la tienda para ir a buscarlo? Iskender notó que se le formaba un nudo en el estómago.

—¿Pasa algo?

—Tenemos que hablar. De hombre a hombre.

—¿Se trata del dinero que me dejaste el otro día?

—Cállate y escucha.

—Pero es que ahora he quedado...

—No te preocupes por eso —respondió Tariq con voz ronca. Fue en ese momento cuando Iskender se dio cuenta de lo nervioso que estaba su tío, que sudaba en abundancia, como si hiciera un calor insoportable. Se sentaron en el muro bajo de un jardín cercano, rodeados por un silencio incómodo. Tariq encendió un cigarrillo. Iskender se preguntó si Katie los vería desde el interior de la cafetería, y qué le diría si saliera a preguntar qué diablos hacía allí.

—Hijo mío, tengo malas noticias —anunció Tariq.

—Ya lo supongo.

Tariq dio una calada al cigarrillo, y mientras las volutas de humo le salían por las ventanas de la nariz, dijo en voz muy baja:

—Se trata de tu madre.

Cuando Iskender entró en la cafetería, tenía los labios fruncidos, la mirada severa y el rostro pálido como un fantasma. Caminó hacia Katie, que lo esperaba en la mesa habitual, a punto de terminarse un bollo y el segundo batido de fresa y plátano.

—Otra vez llegas tarde —dijo Katie con un suspiro.

—Lo siento.

—Ya me he acostumbrado, ¿sabes? Pero esperaba que hoy fuera distinto. Creí que, por una vez, pensarías en alguien más aparte de en ti mismo.

Iskender le tomó la mano y le besó las puntas de los dedos.

—¿Por qué estás tan gruñona?

—¿Por qué? Como si no lo supieras... —Katie hizo una pausa, como si estuviera a punto de añadir algo más, pero entonces rompió a llorar.

Iskender se sacó un fajo de billetes del bolsillo y se lo puso en la palma de la mano.

—Esto ayudará.

Como Katie no hizo comentario alguno, el joven agregó:

—Se lo pedí a mi tío. Y no he podido dártelo hasta ahora porque no querías verme.

—Ya te dije que tenía que pensar en esto. A solas.

—¿Y?

—Guarda ese dinero —espetó Katie, y retiró la mano como si hubiera tocado una brasa incandescente.

—¿Qué quieres decir?

—He cambiado de opinión, Alex.

—¿Cómo dices?

—No me mires así. Es que... No voy a hacerlo. Voy a tener al bebé.

—¿Es que te has vuelto loca? —exclamó Iskender. A continuación, añadió en voz más baja—: Solo tienes dieciséis años. A tu madre le dará un infarto.

—No pasa nada. Ya lo sabe.

—¡Tienes que estar de broma! —Invadido de repente por la sospecha, Iskender bufó—: Ah, ya lo entiendo. Ella te ha lavado el cerebro.

—¡No es verdad! ¿Por qué te enfadas tanto cada vez que hablo de ella?

—Porque ya habíamos hablado de esto. ¡Habíamos tomado una decisión! ¡Juntos! Fui a ver a mi tío, conseguí el dinero. Encontré la clínica, pedí cita. ¡Dos veces! Y tú venga a retrasarlo. Al final decidimos seguir adelante. ¡Pero ahora la princesita ha vuelto a cambiar de opinión!

Katie empezó a llorar de nuevo. Sin embargo, esa vez fue distinto; un llanto desprovisto de autocompasión. Una lágrima cayó en el batido y formó una gota salada en la superficie rosa.

—Es un niño del amor. Tiene derecho a nacer.

—Eso es una chorrada, Katie Evans.

—No, no lo es —objetó—. Me siento conectada con él..., con ella, con lo que sea. Ya estoy de tres meses.

—¿Qué? ¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque no lo sabía —respondió con fiereza—. Pero da igual. Cuando el bebé nazca, quiero que vengas a vivir conmigo y con mi madre.

Iskender arqueó las cejas.

—Tú te crees de verdad toda esa mierda, ¿no? ¡Te has vuelto loca!

Katie empujó su silla hacia atrás con brusquedad y en voz aguda y llena de dolor, casi irreconocible, respondió:

—No pienso quedarme aquí y aguantar que me hables así. Me largo.

—¿Adónde diablos vas?

—A casa. A tumbarme. Mamá dice que no debería cansarme.

Iskender dio un golpe en la mesa, tan fuerte que algunos clientes se volvieron a mirarlos. Sin embargo, Katie no parecía intimidada.

—¿Por qué no te calmas un poco y piensas en nombres? Elige un par de niño y un par de niña.

Respirando hondo, Iskender se quedó inmóvil, con la cabeza entre las manos y el estómago revuelto. No levantó la mirada. Notó que el camarero observaba el desarrollo de su pequeño drama y se preguntaba qué haría ahora que su novia se había marchado hecha una furia. En ese instante, no le apetecía ver a sus amigos ni volver a casa. Se terminó lo que quedaba del bollo de Katie y se sacudió las migas del regazo. Deseó poder librarse con la misma

facilidad de la insinuación del tío Tariq, eliminar todo rastro. Cohibido, sacó uno de los folletos que le había dado el Orador tiempo atrás, que llevaba en el bolsillo de la chaqueta pero que aún no había abierto. Intentó entender las frases de estilo ampuloso, pero las palabras se convertían en una maraña de letras. Pronto se rindió y llamó al camarero para encargarse de la comida que podría terminarse. Al fin y al cabo, tenía dinero.

# Madre

Londres, octubre de 1978

Y unus bajaba en bicicleta por Richmond Road, el viento alborotándole los suaves rizos de su pelo. Llevaba una camisa blanca almidonada, y los botones le oprimían el cuello de tal modo que la piel había adquirido un inquietante tono rojizo. No se desabrochó ni un botón, pues creía que estaba más guapo de ese modo. Además, ese estilo elegante combinaba a la perfección con la chaqueta de cuero que, aunque le quedaba grande, era la prenda de ropa más fardona que había llevado jamás. Las mejillas le ardían de vergüenza al recordar cómo la había conseguido.

Esa mañana temprano, Yunus se había levantado de la cama decidido a cumplir una misión. Bajo la tenue luz que bañaba el pasillo, entró de puntillas en la habitación de su hermano. Iskender había tenido un combate de boxeo la noche anterior y había llegado tarde y agotado. Roncaba ligeramente y estaba acurrucado, con la cabeza debajo de la almohada. La chaqueta que su madre le había comprado por su último cumpleaños estaba tirada sobre una silla, el cuero tan oscuro y brillante que relucía como hielo negro. Las paredes de su habitación estaban cubiertas de pósteres. *La guerra de las galaxias*, Muhammad Ali en el *ring*, *El furor del dragón* de Bruce Lee, Superman volando sobre Manhattan, James Dean montando en moto, una bandera del Reino Unido, Kenny Burns frente a Frank Stapleton en un partido del Arsenal contra el Nottingham Forest.

Al mirar alrededor, Yunus sintió una punzada de envidia que no sabía que era capaz de sentir. Iskender tenía su propio mundo allí dentro; material de

deporte, zapatillas y, sobre todo, libertad. Nadie se metía en su vida. Llegaba a casa a la hora que decidía, se marchaba cuando quería y no tenía que dar explicaciones a nadie. No era justo, y Yunus sabía que él no era el único que lo pensaba.

Con gran sigilo, Yunus acercó un brazo a la chaqueta de cuero con un sentimiento de remordimiento e ilusión. Remordimiento porque se estaba llevando algo de su hermano y, aunque se lo devolvería esa misma noche, seguía pareciéndole un robo. Sin embargo, también se sintió ilusionado, e incluso algunos centímetros más alto, al pensar que a Tobiko le resultaría más atractivo vestido de ese modo. La chaqueta era guay, de lo más moderna. Sin duda, Tobiko se daría cuenta de que ya no era un niño pequeño.

En ese momento Iskender se volvió en la cama y apartó la cabeza de debajo de la almohada. Yunus contuvo la respiración y permaneció inmóvil. Esperó hasta estar seguro de que su hermano volvía a quedarse profundamente dormido. Recordó la época en que su padre reñía y castigaba a Iskender con la más mínima excusa, pero de eso hacía ya mucho tiempo. Ahora Iskender parecía creer que estaba al mando, siempre enfadado e inalcanzable. Ojalá mamá se enfrentara a él y le obligara a aceptar que ella mandaba en casa, pero estaba demasiado distante y distraída para eso.

El secreto. Por mucho que lo intentara, Yunus no lograba odiar al hombre al que había visto con su madre. ¿Quién era?

¿Cómo era posible que la hiciera sonreír de ese modo, cuando nadie más lo conseguía? ¿Intentaría apartarla de su lado? Pero no podía hacer preguntas. No podía contárselo a nadie.

Mientras pedaleaba con rapidez y energía, abrigado con la chaqueta de su hermano, Yunus decidió que no se casaría. Era demasiado complicado, demasiado doloroso. ¿Por qué tanta gente se casaba cuando en realidad tan poca quería de verdad permanecer casada? A Yunus le gustaba más la vida en las comunas. Lo único que no le agradaba de ellas era la suciedad. Aparte de eso, estaba convencido de que los okupas vivían una vida más feliz. Cuando creciera, en lugar de formar una familia, formaría una comuna con Tobiko. Tendrían muchos amigos y la nevera llena de comida, y si tenían hijos, los criarían todos juntos.

Tras atar la bicicleta a la verja de madera, Yunus se encaminó a la casa de

la madre del Capitán. Para su sorpresa, encontró la puerta entreabierta. Revisó las habitaciones de la planta baja, la cocina y el baño. No había nadie. Tal vez hubieran salido a comprar o a rescatar muebles de los contenedores de la zona. La casa estaba en silencio, salvo por un grifo que goteaba y el crujido de las cañerías. Yunus decidió esperar en la sala, hojeando folletos mugrientos, cómics y panfletos, en uno de los cuales se veía la fotografía de un joven destrozando un escaparate. Debajo de la imagen, se leía:

**El Estado está haciendo la guerra social a sus ciudadanos.**

**¿Sabes por qué? Porque esa es su función.**

**Eso es lo que significa ser un Estado.**

**Oponete al aparato Ideológico del Estado.**

**Oponete a su felicidad obligatoria.**

Yunus no sabía qué era un aparato ideológico, pero tenía una ligera idea de lo que era «el Estado»: una mujer de pecho generoso, personalidad magnética y el pelo cardado. Cada vez que mamá quería alabar la fuerza y las aptitudes de una mujer, ¿acaso no decía *Devlet gibi kadin*, «esa mujer es un estado en sí misma»? Lo que no lograba entender era por qué los okupas estaban enfadados con esas mujeres y su aparato.

El chico seguía examinando el folleto cuando lo asustó un estallido de música a todo volumen. Casi de manera simultánea, se dio cuenta de dos cosas: que el ruido procedía del piso de arriba y que era la clase de canción pop pegadiza que los okupas odiaban con todas sus fuerzas. Ellos jamás escucharían esa música. Debía de ser la señora Powell, pensó. Sin embargo, eso también era raro. Al recordar lo abatida que le había parecido cuando la conoció, le costaba imaginarla escuchando una canción tan animada.

Con gran curiosidad, Yunus empezó a subir por las escaleras y oyó una voz femenina ligeramente desafinada que acompañaba la melodía. Se detuvo frente al dormitorio y llamó a la puerta. Esperó y volvió a llamar. Como no recibió respuesta, echó un vistazo.

Allí, en medio de la habitación, estaba Tobiko, con los ojos entornados, aferrada a un cepillo de pelo, retorciendo el cuerpo mientras cantaba y

bailaba. Había apartado los muebles a un lado para tener más espacio. Las cortinas estaban corridas de modo que tan solo unas astillas de luz iluminaban la habitación. En ese escenario en penumbra, se la veía alta y esbelta, y totalmente irreconocible.

Yunus permaneció inmóvil, observando boquiabierto a la sacerdotisa okupa a la que amaba. Después de unos minutos que le parecieron una eternidad, la canción llegó a su fin. *Take a chance on me...* cantó Tobiko en su micrófono de pinchos, y a continuación se arrodilló mientras agitaba la cabeza y trazaba espirales en el aire con la mano, una mezcla de pop sueco con danza india. En cuanto cesó la música, la joven abrió los ojos al percibir una presencia en la habitación. Se volvió hacia la puerta y soltó un grito ahogado.

—¡Oh, Yunus! Me has dado un susto de muerte.

—Lo siento —murmuró el niño—. No era mi intención.

Tobiko se levantó, un poco inestable, intentó esbozar una sonrisa, tímida, casi avergonzada. Dejó el cepillo sobre el tocador, apagó el radiocasete, descorrió las cortinas y parpadeó ante la entrada de luz.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a verte. La puerta estaba abierta —respondió Yunus—. ¿Qué estabas escuchando?

—Ah, estaba matando el tiempo. La señora Powell tiene mucha de esta basura —dijo en voz cada vez más apagada.

—¿Dónde está?

—Tenía una cita con el médico. No volverá hasta las tres. —Tobiko bajó la voz hasta un susurro—. Creo que va al loquero.

—¿En serio? Estaba muy triste —dijo Yunus en tono pensativo, pero enseguida lo distrajo un nuevo pensamiento—. La música que sonaba era ABBA, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

—A mamá también le gusta —respondió Yunus sonriente.

—Bueno, a mí no, en realidad. No es de mi estilo. Demasiado hortera, ¿no crees?

Yunus miró a Tobiko con asombro y ternura. Por primera vez desde que se conocían, tuvo ocasión de vislumbrar a la niña pequeña que llevaba en su interior. Se dio cuenta de que no era el único que intentaba parecer mayor y

más duro.

Ajena a sus pensamientos, Tobiko comentó:

—Vaya, llevas una chaqueta muy bonita.

—Gracias —respondió Yunus, pero no dejó el tema—. ¿Podrías volver a poner esa canción y enseñarme lo que hacías?

Tobiko le dedicó una sonrisa pícaro.

—¿Quieres bailar, tesoro?

Aunque sonrojado hasta las orejas, Yunus no dio marcha atrás.

—Sí, ¿por qué no?

—Está bien —accedió Tobiko—. Pero ya que has venido tan guapo, será mejor que yo también me ponga algo bonito.

Abrieron juntos el armario y se sorprendieron al descubrirlo rebosante de ropa y accesorios, zapatos y sombreros elegantes.

—Esta mujer debe de gastarse todo el dinero en ropa —comentó Tobiko.

—No tiene nada negro —observó Yunus.

Sin embargo, a Tobiko, la mujer que solo vestía al estilo punki, no pareció importarle. Miró con admiración un pañuelo malva, una falda de color *beige* champán y una blusa lila. Se fijó también en un vestido de noche con brillantes lentejuelas, una chaqueta con ribetes de zorro y un abrigo de piel que le llegaría a los tobillos, muy suave al tacto.

Tobiko descolgó una percha con un vestido largo de estilo *vintage*, de raso y tafetán, de un color morado tan pálido que era casi blanco. Tenía la cintura de pinza y unos finos tirantes violeta, decorados con cientos de gemas.

—Estarías guapa con él —observó Yunus.

Tobiko negó con la cabeza como si la idea le pareciera ridícula. Sin embargo, respondió:

—¿Me dejas sola unos minutos? No vuelvas hasta que te llame.

Yunus esperó en el pasillo una eternidad. Cuando lo invitó de nuevo a pasar, encontró a una mujer distinta, alguien que tenía los ojos y los tatuajes de Tobiko, pero nada más en común con ella. Se había soltado el pelo y se había quitado el maquillaje. Los labios negros eran ahora de color rosa, y la sombra de ojos oscura había desaparecido. En lugar de las medias de red destrozadas, llevaba unas de color carne. Zapatos de plataforma dorados, pendientes de brillantes en forma de lágrima, una sonrisa tímida en los labios, un leve aroma

a perfume en el aire, encantador.

Yunus silbó como Iskender le había enseñado.

—Pareces... —titubeó al darse cuenta de que ninguna palabra era lo bastante poderosa para describir lo que veían sus ojos. Así pues, aventuró—: Pareces el Estado.

Tobiko se rio.

—Soy el Estado —respondió, abriendo los brazos.

A continuación alcanzó dos cepillos, uno para ella y otro para Yunus. Encendió el radiocasete y cuando la música empezó a sonar, se sintieron como en un escenario, cogidos de la mano, sin dejar de sonreír. Habían ido a verlos miles de personas. Hacía semanas que se habían agotado las entradas; muchas más esperaban en el exterior de la sala de conciertos. Ligero como una pluma, atractivo con su chaqueta de cuero, Yunus tocaba el piano, la guitarra, la batería y el saxofón. Tobiko cantaba y bailaba agitando la falda del vestido. Cada vez que sonaba el estribillo, se colocaban espalda con espalda, el uno apoyado en el otro. El público enloquecía.

Cuando la música cesó y los dos se encontraron jadeando en el suelo, Tobiko rodeó a Yunus con un brazo.

—El otro día me preguntaste por los secretos. Bueno, nuestro amor por ABBA será nuestro secreto. Prométeme que lo guardarás siempre.

Esa tarde, Yunus descubrió cosas sobre Tobiko que jamás habría imaginado. Aún ataviada con su vestido de ABBA, se fumó un porro y le confesó que no había dejado a Toby, su exnovio. Había sido al contrario. Él la había dejado de repente, y le había roto el corazón en mil pedazos. Después conoció al Capitán y, aunque no lo quería, tampoco podía dejarlo. En el pasado había sido más valiente, pero cada día que pasaba se volvía más dependiente, más enganchada. Dijo que se debía a que sufría un incurable complejo de Electra. Identificaba a los hombres a los que amaba con su padre, y seguía compitiendo con su madre. A continuación, le mostró un breve poema titulado «Madre». Justo en el momento en que empezó a leerlo, oyeron pasos en el piso de abajo. La señora Powell había llegado a casa.

A Tobiko le entró el pánico.

—¡Oh, no, mierda!

—No te preocupes —dijo Yunus—. La distraeré mientras te cambias. —

Acto seguido se metió el poema en el bolsillo y bajó a toda prisa por las escaleras.

Por la noche, sentado a la mesa para cenar, Iskender dirigió una mirada amenazante tras otra a Yunus, pero decidió no preguntar dónde había estado su chaqueta durante todo el día. Después de cenar anunció que salía a pasear. Iría a ver a los chicos y a jugar a billar. Lo necesitaba, para serenarse y poner en orden sus pensamientos. Pese a las objeciones de su madre, salió sin prestarle la menor atención. Desde el día que había mantenido la charla con su tío, la trataba con gran frialdad, aunque aún no se había enfrentado a ella.

La noche era fría, vigorizante. Iskender se subió el cuello de la chaqueta y se metió las manos en los bolsillos. Encontró algo, un trozo de papel. Lo sacó y lo leyó junto a una farola.

A continuación, con un movimiento decidido, arrugó el papel y lo tiró a una papelería. Alguien estaba jugando con él. Se pasó toda la noche intentando descubrir quién podía ser, y como no se le ocurrió nadie, volvió a los dos últimos versos del poema, que no dejaban de darle vueltas y más vueltas en la cabeza:

*Madre mentirosa, que la verdad no cuenta.  
Madre que no es lo que aparenta.*

*Cárcel de Shrewsbury, 1991*

*Un día lento. De un letargo exasperante. Trabajo en la lavandería hasta las 11.30. Vuelvo para el almuerzo. Por la tarde leo un libro, escucho la chachara de Zeeshan sobre el amor y la armonía. A las cuatro en punto nos encierran. Media hora después aparece el funcionario McLaughlin.*

*—Parece que pronto vas a recibir una visita —anuncia.*

*—¿Quién es?*

*—¿Por qué no lo descubres tú mismo?*

*Solo he recibido visitas de Esma, y no ha venido en todo el año. Pero me sorprende que el oficial McLaughlin haya dado su*

aprobación. Teniendo en cuenta mi historial reciente, podría haberla vetado sin más. Paso el resto de la tarde rumiando sin parar. Finalmente, lo veo claro. El funcionario McLaughlin sabe que quienquiera que venga a verme podría desequilibrarme. Cuenta con ello. He construido un escudo de protección a mi alrededor que nadie puede penetrar, pero hay algunas personas que me crisan los nervios. Son las que atraviesan mi armadura como un fantasma las paredes.

-Tú preocupado -dice Zeeshan.

Sea una pregunta o una observación, no lo niego.

-Sí, me pone nervioso no saber quién diablos vendrá a verme mañana.

-Nunca sabemos qué viene mañana, pero siempre empiezas día nuevo, con esperanza.

No estoy de humor para escuchar sus tonterías, así que me tumbo en la litera y me aílo del mundo. Parece que es otro día malo. He tenido muchos en mi vida, pero siempre hay un día peor que todos los otros: el día después.

El día después de cometer un delito te despiertas de una noche sin fin. En algún lugar de tu cerebro hay una señal, una luz roja que parpadea, tratas de no prestarle atención. Cabe la posibilidad, por pequeña que sea, de que todo fuera un sueño. Te aferras a esa posibilidad, como un hombre que cae por un precipicio y se agarra a la primera cuerda que ve. Pasa un minuto. Una hora. Pierdes la noción del tiempo hasta que, de repente, te das cuenta. La cuerda no está atada a nada, el extremo queda suelto. Te precipitas hacia la realidad de cabeza.

Allí estaba yo, en Lavender Grove, con un cuchillo en la mano. Oí los gritos. Estridentes, interminables. Alguien chillaba. Era extraño, pero parecía mi madre. Pero no podía ser ella, porque estaba tendida en el suelo, sangrando. El eco se hizo más intenso en mi cabeza. Me miré la mano izquierda, la mano más fuerte. Pero estaba muerta, como si hubiera estado unida a mi cuerpo solo de manera temporal y ahora perteneciera a otra persona. Lancé el cuchillo debajo de un coche aparcado. Si hubiera podido, habría lanzado también mi mano.

Eché a correr. Tenía la chaqueta salpicada de sangre. No sé explicar por qué nadie me paró, pero no lo hicieron. Corrí como una flecha por callejones, atravesé patios traseros, sin saber adónde iba. Supongo que crucé calles, que me encontré con gente, con perros asustados. No me acuerdo. La media hora siguiente está en blanco. Pero recuerdo que encontré una

cabina telefónica.

Llamé al tío Tariq. Le dije lo que había hecho. Se hizo un silencio violento. Creí que no me había oído, así que lo repetí. Le dije que había castigado a mi madre por su relación ilícita. A partir de ese momento, no lo volvería a hacer. Le dije que la herida no era muy fea, pero que tardaría en curársele. La había apuñalado una vez, en la parte derecha del pecho. Eso le enseñaría la gravedad de su pecado. Le daría tiempo a pensar en su error, a arrepentirse. Y el hombre se llevaría un susto de muerte. Nos dejaría en paz. El honor de nuestra familia quedaba limpio.

-¿Qué has hecho, hijo? -preguntó con voz ahogada-. Es terrible.

Me quedé desconcertado.

-Pe... pero... ha... habla... mos... de... de... e... lio.

-Claro que no -respondió mi tío.

El hombre que me lo había contado todo y después me había inculcado una y otra vez que tenía que hacer algo, y pronto, había desaparecido. Me quedé perplejo.

-Iskender, hijo, tienes que entregarte. Le diré a la policía que te pedí que lo hicieras cuando me llamaste. ¡No puedes huir de la ley!

De repente tuve la extraña sensación de que el tío Tariq había ensayado ese momento. ¿Acaso lo estaba esperando? Se había preparado un discurso. Lo que me diría por teléfono, la información que daría a la pasma, lo que declarararía en el juicio... Lo tenía todo preparado.

-Hijo, ¿estás ahí?

Colgué. Me quité la chaqueta y la tiré en un contenedor. Después me dirigí a casa de Katie en Albion Drive. La había acompañado muchas veces y nunca había entrado. Llamé al timbre. Por suerte para mí, fue ella quien abrió la puerta.

-Alex, ¡qué sorpresa! -Una sonrisa le iluminó el rostro-. Oh, cariño, sabía que vendrías.

Katie me invitó a entrar. Dijo que su madre estaría encantada cuando supiera que había decidido ir a vivir con ellas. Me abrazó, su vientre duro y redondo entre los dos. A mí no me parecía que estuviera embarazada de cuatro meses, sino más bien que se hubiera tragado una pelota.

Le pregunté dónde estaba el baño. Me lavé las manos. El yo reflejado en el espejo no era distinto al que había visto otros días. A decir verdad, esperaba encontrarme algo inusual en la cara, en los ojos. Pero no había nada. Volví a lavarme

las manos, las froté con fuerza. El jabón olía a rosas. Abrí el armario y encontré una botella de lejía en la que se veía una hermosa ama de casa con una sonrisa blanca como las nubes. Me eché lejía en las manos. Tenía cortes en las palmas y me dolió una barbaridad. Seguí frotando. Tenía algo debajo de las uñas. ¿Suciedad? ¿Pintura? ¿Sangre? No conseguí limpiarlo.

Katie entró para preguntar si todo iba bien. Me abrazó y se quedó mirando a la pareja del espejo. Ella, yo, nuestro bebé. Nos miró con orgullo. Me di cuenta de que tenía la misma sonrisa que la mujer de la botella de lejía. El mismo gesto de satisfacción.

Cerró el grifo.

—Estás lo bastante limpio para mí, cariño.

Volvimos al salón. La madre de Katie estaba sentada en un sillón junto a la ventana, esperando. Llevaba una bata cruzada. Una de esas de seda que salen por televisión. Azul cobalto. Se le veían los pechos. Tenía la piel cubierta de pecas, como salpicaduras de nuez moscada. Se acababa de peinar. Llevaba los labios pintados de rojo. Su cabeza podría haber salido a cenar a un restaurante de categoría, pero el resto de su cuerpo desprendía un aire doméstico. Intenté concentrarme en su rostro. Traté de no mirarla por debajo de la cabeza.

La señora Evans me ofreció té en una taza de porcelana fina. Bollos de fruta calientes. Comimos en silencio. En las paredes había fotos enmarcadas, montones de ellas. En algunas aparecía el padre de Katie. No me pareció la clase de hombre que se alejaría del buen camino.

La señora Evans observaba cada uno de mis movimientos.

Me dio la impresión de que me miraba debajo de las uñas. Escondí las manos.

—Alex, mi hija me ha dicho que si el bebé es una niña quieres que se llame Maggie, y si es niño, Tom.

Me volví hacia Katie. Ella evitó mi mirada.

—Sí, supongo.

A continuación, la señora Evans me preguntó si creía que iba a ser un padre responsable. Respondí que no lo sabía, pero que haría todo lo posible.

—A veces, todo lo posible no basta —replicó.

Me sonó a algo que hubiera oído por la tele. O algo que alguien le hubiera dicho en el pasado. Dijo que nos ayudaría, algo temporal, claro, hasta que estuviéramos asentados. Lo haría por su nieto. El primero. Sonrió. Tenía los dientes

blancos y perfectos.

Por la noche, Katie me dijo que teníamos que dormir en habitaciones separadas. Yo tendría que quedarme en el sofá del salón. Dijo que era algo temporal. Pronto nos casaríamos y entonces dormiríamos en la misma cama. Para siempre.

Me trajo sábanas limpias y una funda de almohada. Despacio, se quitó el jersey. Tenía los pechos hinchados, los pezones como dos aros oscuros. Se le notaban las venas: grandes, azules, marcadas. Me pidió que acercara la oreja a su barriga. Durante un rato no oí nada. Después noté un movimiento, como el de alguien desperezándose tras un sueño profundo. Una, dos, cuatro veces. Fue mágico. Me pregunté si mamá le había pedido a papá que le escuchara el vientre cuando estaba embarazada de mí.

Aparté a Katie.

-Lo siento, necesito dormir.

Cuando me dejó a solas, me tumbé y miré alrededor. Visillos, cojines con diseños florales, empapelado de formas sinuosas, un jarrón decorativo en la repisa de la chimenea, un reloj de pie. Creí que no lograría dormir, pero en cuanto apoyé la cabeza en la almohada me quedé como un tronco. Me desperté al amanecer. Katie estaba a mi lado, el rostro pálido, los ojos muy abiertos.

-Alex, hay dos policías en la puerta.

Me levanté y me llevé las manos a la cara. La besé. La boca le sabía salada. El sabor del pánico.

-Preguntan por ti.

Salimos al pasillo con paso lento. La madre de Katie estaba en la puerta, en camión. Tenía restos de crema en la cara. Le temblaba el labio inferior. Tiró de su hija hacia sí, como si yo tuviera una enfermedad contagiosa. Vi las luces de un coche de policía más allá. Eran dos policías. Uno se parecía a James Callaghan, solo que no llevaba gafas. Aún no me habían visto. Le pedí a Katie que les dijera que me estaba vistiendo.

La decisión de escapar no la tomé de manera consciente. Tan solo lo hice. Me dirigí a la cocina, abrí la puerta, salí al jardín y salté una verja, y después la otra. Mientras Katie hablaba con la policía, yo me alejaba de su calle, en dirección a la siguiente.

El último día de noviembre de 1978. Estaba a punto de cambiar de opinión cuando la vi doblar la esquina. Había estado

comprando, iba cargada con bolsas. Caminaba sin prisa, tomándose su tiempo. Me hirvió la sangre. Le había prohibido salir de casa.

Aflojó el paso mientras miraba a un músico callejero, de espaldas a mí. Me fijé en su perfil. Sonreía. Me sentí invadido por una oleada de rencor. ¿Acaso no le había prohibido salir de casa? ¿No le había dicho que no podía llevar vestidos con los que se le vieran las piernas? Y allí estaba ella, desafiando mis reglas, burlándose de mí.

La seguí. Se detuvo ante un escaparate, era evidente que no tenía ninguna prisa por volver a casa. Pensé que tal vez estuviera haciendo tiempo mientras esperaba a su amante, pero no fue así. Cuando nos acercamos a nuestra calle, tropezó y se le cayó el monedero. Uno de color caqui que no le había visto antes. Al agacharse para recogerlo, me vio detrás de ella.

-Iskender... susurró, como si mi nombre fuera un secreto.

ISKENDER TOPRAK

# La ramita y el manajo

Londres, octubre de 1978

**E**ncontrar al Orador fue más difícil de lo que Iskender había imaginado. Acudió a distintas cafeterías, hizo un par de llamadas, pero no consiguió nada. Entonces cayó en la cuenta de lo poco que conocía a ese hombre. Durante todos esos meses, siempre había sido el Orador quien le había enviado mensajes pidiéndole encontrarse con él, y nunca al revés. No tenía ni idea de dónde vivía o qué hacía en su tiempo libre. Recordó que le había dicho que estudiaba en una escuela de enseñanza superior, pero qué estudiaba era un misterio, igual que todo lo demás.

Sin embargo, a través del amigo de un amigo, consiguió encontrarlo en un lúgubre gimnasio de artes marciales en Brick Lane. Estaba rodeado de media docena de jóvenes en pantalones cortos, sentados en esterillas muy juntos los unos a los otros, como palomas acurrucadas debajo de un tejado. Algunos tenían el pecho manchado de sudor y llevaban toallas al cuello. Parecía que hubieran terminado una intensa sesión de entrenamiento y se hubieran reunido a comentar un asunto importante antes de dirigirse a las duchas. Cuando vieron acercarse a Iskender, guardaron silencio y lo miraron con una desconfianza que no consideraron necesario disimular.

—No pasa nada —dijo el Orador, guiñando un ojo a los chicos—. Lo conozco.

A Iskender no le gustó el guiño ni el tono de voz, pero los saludó igualmente. Una leve inclinación de la cabeza, una ligerísima curvatura de los labios y un breve «¿Qué hay?».

Con brío, el Orador se puso en pie y se llevó la mano derecha al corazón.

—*Salam aleikum*, hermano. ¿Quieres acompañarnos?

—No, gracias. He... Tengo que irme. Solo he pasado a saludar y a devolverte las cintas que me dejaste.

Murmurando algo dirigido a sus amigos, el Orador dio un paso al frente. Iskender se fijó en lo delgado que se veía el hombre sin el grueso abrigo y los jerséis. Tenía los hombros estrechos, las muñecas huesudas y las piernas algo combadas.

—No has venido hasta aquí para eso.

—Es verdad —respondió Iskender, aún sin saber por qué había ido allí.

—¿Quieres hablar?

—Bueno... Será un momento.

Se dirigieron a un rincón tranquilo y se sentaron. Frente a ellos, había un equipo de levantamiento de pesas. Observaron a un hombre bajo y fornido que resoplaba con esfuerzo bajo más peso del que podía levantar. Tenía el rostro cubierto de sudor, las mejillas enrojecidas y apenas le quedaba fuerza en los brazos.

Iskender dirigió una mirada de soslayo al Orador y susurró:

—No sabía que entrenaras. ¿Qué haces?

—Practico taekwondo. Aunque no soy buen luchador. No es lo mío. Soy un hombre de ideas.

—Entonces, ¿por qué vienes aquí?

—Porque la gente como nosotros tiene que saber defenderse. ¿Has oído lo que pasó ayer en North End? Cabezas rapadas, cuatro tipos. Atacaron a un tendero bengalí. Cuatro contra uno. Una lucha muy igualada, ¿eh?

—No me había enterado.

—Lo tiraron al suelo y le raparon la cabeza. Le dibujaron sus estúpidos símbolos en la cabeza. El pobre hombre estaba tan asustado que vomitó. Su mujer no dejaba de llorar. —Hizo una pausa para tomar aire—. Bueno, tú al menos sabes defenderte.

Iskender asintió con la cabeza, aunque no estaba seguro de que esa fuera la razón por la que había empezado a boxear. No lo hacía para enfrentarse a enemigos, imaginarios o reales. Boxeaba porque, a diferencia de muchos otros deportes que estaban orquestados o llenos de farsantes, el boxeo era auténtico.

Un deporte de verdad. Un reflejo mano a mano de la vida. En el *ring*, estabas solo. Nada de trabajo en equipo. Sin suplentes esperando en la banda. Una lucha en solitario. Lo bueno y lo malo, lo sublime y lo abyecto, la codicia y la gentileza. Todo estaba contenido allí. Para descubrir el carácter verdadero de un hombre, bastaba con verlo boxear.

—Eres un boxeador fantástico. Es algo innato —comentó el Orador.

—¿Cómo lo sabes? Nunca me has visto boxear.

—Bueno, en realidad, sí. Te he visto un par de veces a escondidas. No evitas las peleas peligrosas y te defiendes bastante bien. Es casi como si supieras por dónde te vendrá el siguiente puñetazo. Es un talento raro, algo con lo que se nace.

Como no sabía si sentirse orgulloso u ofendido, Iskender guardó silencio.

El Orador hizo una breve pausa, sin apartar la mirada de Iskender.

—Alex, hace tiempo que quiero preguntarte algo. ¿Te gustaría enseñarnos a pelear? Los hermanos se beneficiarían de tus conocimientos.

Iskender rebufó mientras pensaba en ello.

—No lo sé, tío. Me gusta pelear solo.

De súbito, el Orador torció el gesto.

—Mira, voy a ser sincero contigo. Vas por tu cuenta, ya lo veo. Sin compromisos. Así es como te gusta. Pero que no se te olvide que los grandes luchadores lo son por dentro y por fuera. Si tuvieras valores más fuertes serías invencible.

—No quiero ser invencible.

—Entonces, ¿qué quieres? —preguntó el Orador con una autoridad absoluta en la mirada y un tono abiertamente desafiante.

Como jamás se había hecho esa pregunta, no tenía una respuesta preparada.

—¿Por qué has venido a verme? —insistió el Orador—. Porque una parte de ti sabe la verdad. Tienes que sentirte de algún lugar. Necesitas un propósito en tu vida, una nueva dirección. Únete a nosotros.

Iskender intentó pensar en algo para salir del atolladero, pero no se le ocurrió nada. Se desabrochó el abrigo y sacó las cintas que le había dejado.

—¿Las has escuchado?

—Sí...

Su respuesta provocó un gruñido en el Orador.

—Nunca terminas de leer los folletos que te dejo. Ni uno solo. Y ahora las cintas. ¿Es pedir demasiado?

—Mira, mi hermana y mi hermano tienen siempre el radiocasete, ¿vale? Pero sí he escuchado algunos fragmentos. Hay un par de cosas que me han gustado. Como la parte de la hermandad. Una ramita se rompe fácilmente, pero un manojo de ellas es irrompible.

—¿Pero?

—Pero... No lo sé, tío. Supongo que ahora mismo tengo demasiados problemas. Mi novia está metida en un lío. Y... hmm... tengo que ocuparme de unos asuntos familiares.

El Orador no hizo comentario alguno. Sabía que Iskender era la clase de muchacho al que, cuanto menos se le preguntaba, más contaba.

—Lo que me dijiste el otro día me hizo pensar —prosiguió Iskender—. Eso de que si tus padres están equivocados, tienes que enfrentarte a ellos, ¿no?

—Sí, pero no te equivoques. Lo que quise decir es que si tus padres no conocen a Dios, tú tienes que elegir a Dios antes que a ellos. Porque Dios es más grande que tus padres. Pero cuidado. Si tú tampoco conoces a Dios y desobedeces a tus padres, te quedarás flotando en el aire. Sin principios que te sujeten, tío.

—Digamos que alguien cercano a mí... —Iskender se abrochó el abrigo hasta la barbilla—. Digamos que, hipotéticamente, alguien de mi familia está pecando. Intento saber cuál es mi deber.

El Orador se puso tenso al percibir la seriedad de la pregunta. Observó a Iskender con renovado interés y solo entonces se fijó en que tenía un temblor nervioso en la comisura de los labios y se había mordido las uñas hasta dejárselas en carne viva.

—¿Quién, por ejemplo? —le preguntó.

—Digamos que mi madre.

Se hizo un silencio incómodo antes de que el Orador señalara:

—Bueno, habla con tu padre. Es su deber, más que el tuyo. Pero si no está en casa... entonces el asunto queda en tus manos. Yo nunca permitiría que mi madre, mi hermana o mi mujer me avergonzaran.

—Pero ¿qué puedo hacer? —preguntó Iskender.

—No te diré lo que debes hacer hasta que confíes en mí plenamente, ¿me entiendes? Únete a nosotros y forma parte de algo más grande, tío. Ese es el camino. Aquí encontrarás respuesta a todas tus preguntas.

—Humm... Me lo pensaré.

—Sí, de acuerdo, piénsalo. Pero no tardes demasiado, porque pueden pasar cosas mientras lo haces.

Esa misma noche, Iskender estaba de pie frente a las puertas de un club que no conocía. Había imaginado la escena tantas veces, que le resultó curiosamente familiar. Acababa de dar un paso adelante cuando lo frenó un empleado de seguridad que le doblaba en tamaño. Traje azul plateado, gafas de sol de espejo aunque hacía rato que el sol había desaparecido del cielo, calvo como un huevo y con el cuello tan corto y grueso que parecía que tuviera la cabeza sujeta a los hombros.

—¿Cuántos años tienes, chico?

—Los suficientes —respondió Iskender, decidido a no dejarse intimidar.

—Eso para mí no es una respuesta.

—No sé qué será para ti, pero tengo que entrar.

Más sorprendido que enfadado, el hombre se quitó las gafas. Tenía los ojos excesivamente pequeños y juntos para su cara. Era imposible interpretarlos.

—¿Estás poniendo a prueba mi paciencia, niño? Porque te aviso que ya se me ha terminado.

Iskender sintió que le ardían las mejillas. El hombre podría dejarlo fuera de combate fácilmente y, sin embargo, Iskender pensó que no era tan amenazante como parecía. Perro ladrador, poco mordedor. Era solo un pálpito, pero en lo relativo a peleas callejeras, no solía equivocarse.

—Estoy buscando a mi padre. ¿Es un delito?

La cara del empleado adoptó un gesto de curiosidad.

—¿Tu padre trabaja aquí?

—No. Pero se tira a una mujer que sí trabaja aquí.

Tras un largo suspiro, el hombre añadió:

—Ajá. Y supongo que has venido a conocer a esa señorita, ¿no?

—¡No, colega! ¿Por qué iba a querer eso?

—Solo preguntaba. ¿Y qué pasa con tu padre, entonces? ¿Vienes a ajustar cuentas con él?

—Mira, no busco problemas. Solo tengo que hablar con mi viejo, nada más.

El empleado de seguridad volvió a ponerse las gafas.

—Te doy tres minutos. Ni un segundo más. Entrás, encuentras a tu padre y lo haces salir. Si dentro de tres minutos no has vuelto, entraré a buscarte y te romperé las piernas, ¿estamos?

—Genial, tío. Gracias.

Mientras entraba en el club, se metió la mano en el bolsillo y palpó el frasco de cristal. Era un milagro que el tipo de seguridad no lo hubiera cacheado. Ácido. Práctico y efectivo. Lo único que tenía que hacer era apuntar a la cara de la mujer. Después de eso, su padre no querría verla más. Jamás otro hombre volvería a desearla.

¿Cuántas veces había imaginado ese momento? Entraría en el club, ruidoso, lleno de humo, de gente, con un ambiente asfixiante, y se dirigiría a la barra a pedir una copa. Probablemente *whisky*. Con hielo. Esa sería la elección correcta. Se lo terminaría en dos tragos y, después, aún con ardor en la garganta, se colaría en la parte trasera. Recorrería los estrechos pasillos que apestarían a sudor y perfume. No tardaría en encontrar su camerino. Llamaría a la puerta en la que leyera «Roxana», pero no esperaría una respuesta para entrar.

«¿Quién eres tú?», preguntaría la mujer con un rastro de pánico en la voz. Iría muy maquillada, los labios rojos como la sangre, y la bata le transparentaría los pechos.

«Soy el hijo del hombre que robaste a su familia».

Esa frase cambiaba cada vez que Iskender imaginaba la escena. A veces la sustituía por: «No me conoces, pero yo te conozco muy bien». Otras veces era: «Soy yo quien debería hacerte esa pregunta. ¿Quién te crees que eres, para destrozarnos nuestra familia?».

La reacción de la mujer también variaba. La mayoría de las veces se mostraba avergonzada y se disculpaba. Pero otras veces armaba un escándalo, con los nervios destrozados. Había imaginado un zapato de tacón lanzado

contra la pared. Una copa de champán hecha añicos. Iskender había contemplado todas las opciones. Si se ponía agresiva, histérica, se sacaría el frasco del bolsillo. Si se mostraba arrepentida, se calmaría y le daría otra oportunidad.

En su fantasía, la mujer también se arrojaba al suelo, sobre el diván, el sofá, la alfombra, con lágrimas de vergüenza rodándole por las mejillas. De todas las posibilidades, esa era la favorita de Iskender.

«Oh, no sabía que estaba casado —diría ella entre sollozos—. No sabía que tenía una familia. No me lo dijo».

En esa versión, Iskender no sacaba el frasco sino que la consolaba. Ella le daba su palabra de que jamás volvería a ver a Adem, y ni siquiera cuando fuera vieja y ajada faltaría a su promesa.

Con todas esas ideas bulléndole en la mente, Iskender inspeccionó el local y se sorprendió al ver tan solo a unas cuantas personas, casi todas empleadas del club. Demasiado temprano para los clientes. Se dirigió al bar, que desprendía un olor dulzón a almizcle de los cientos de bebidas servidas a lo largo de los años. Un gran espejo oval con luces de neón; una barra de madera, lisa y brillante. Iskender permitió que su dedo recorriera las inscripciones y los símbolos grabados en la dura superficie.

El camarero, un afrocaribeño con el pelo recogido en trenzas apretadas, estaba secando un vaso. Examinó a su cliente con una mirada burlona.

—¿Cuántos años tienes?

—Los suficientes —respondió Iskender.

—Humm. ¿Me enseña su carnet de identidad, señor?

—Oye, si estoy aquí es porque soy lo bastante mayor. Si no, el gigantón de la entrada no me habría dejado entrar, ¿no crees?

—Buena respuesta —respondió el camarero—. Como premio, te serviré un vaso de agua. Con gas. Sin hielo. Es cuanto conseguirás de mí.

Iskender dio un sorbo al vaso de agua y se colocó delante del escenario a observar las cortinas de ambos lados. ¿Estaría la mujer allí detrás? ¿Debería ir a buscarla? Se tocó de nuevo el frasco que llevaba en el bolsillo. Lo notó frío y caliente a la vez en contacto con sus dedos. Seguía pensando en su siguiente movimiento y armándose de valor para el encuentro cuando vio al hombre de seguridad que entraba a buscarlo. El hombre lo miró y, con gesto

severo, se dio unos golpecitos en el reloj. Iskender se terminó el agua, dio las gracias al camarero y salió arrastrando los pies. Nada marchaba según lo previsto.

Esperó en la acera, la cabeza dándole vueltas. Después de lo que le pareció una eternidad, notó que alguien se acercaba hacia él. Con el pelo despeinado, la cabeza agachada y paso inquieto, como si temiera que las piernas le fallaran. No se fijó en el chico al pasar.

—Papá...

Adem se detuvo y se volvió. Una sonrisa sincera y sencilla le asomó en el rostro, pero enseguida dio paso a una expresión sombría.

—Iskender, ¿le ha pasado algo a tus hermanos?

—No, ellos están bien.

Durante unos segundos, Adem pareció aliviado. Sin embargo, tras el alivio llegó la desconfianza, y tras la desconfianza, el enfado.

—No deberías estar aquí.

Eso era algo que Iskender tampoco había previsto. Había esperado que su padre se sintiera incómodo al verlo, tal vez desconcertado, pero el enfado no entraba en sus planes. La expresión de Iskender permaneció impassible hasta que por fin espetó:

—Tú tampoco.

Adem esbozó una mueca que le torció los labios hacia abajo y le dedicó una mirada encendida.

—Vigila lo que dices, jovencito. No puedes hablarme así.

—Quiero que vuelvas a casa, padre —respondió Iskender.

Adem no pasó por alto la insinuación.

—Vuelve a casa con tu madre antes de que te rompa los huesos.

—No sé qué pasa, pero hoy todo el mundo quiere romperme los huesos.

Permanecieron en silencio. Padre e hijo se refugiaron en sus pensamientos sin dejar de mirarse, desafiando al otro a hablar primero. En ese momento, Adem se sintió invadido por una sensación extraña, como si se estuviera mirando en un espejo que le devolviera una versión joven de sí mismo. Su hijo era como él, pero con más privilegios, y ni rastro de la angustia y la pasividad que había pagado tan caras.

—Volveré cuando llegue el momento —respondió Adem al fin.

—¿Y cuándo será el momento? ¿Cuando te canses de esa puta...?

La bofetada fue inmediata. Iskender pareció menos asombrado por la reacción de su padre que por las palabras que le habían brotado de la boca. No podía creerse que le hubiera hablado de ese modo. Iba en contra de todo lo que le habían enseñado.

Tras presenciar la escena, el empleado de seguridad se acercó a ellos.

—Eh, vosotros dos. Si no os calmáis un poco llamo a la policía.

—No pasa nada —farfulló Iskender, como para sí. Tenía una mirada oscura, con un nuevo destello. Con calma, con una calma excesiva, se volvió hacia su padre y dijo—: Si vuelves a golpearme, te devolveré el golpe, y mi puñetazo es más fuerte.

Adem palideció. Sintió un dolor tan agudo en el pecho que durante unos segundos se quedó sin aliento. No era solo la impresión, el dolor y la vergüenza de que su hijo lo insultara delante de un desconocido. Había algo más profundo, más doloroso. Un descubrimiento tardío. En ese momento se dio cuenta de que eso era lo que él debería haber hecho muchos años atrás. Cuando su *baba* bebía y lo golpeaba, y al seguir haciéndolo incluso cuando Adem era más alto que él, era eso lo que debería haber hecho. Fue una sensación de arrepentimiento insoportable.

Adem dio un paso hacia Iskender y volvió a abofetearlo, esa vez con más fuerza. Entonces sucedió algo aterrador. Chillando como un animal herido, Iskender se abalanzó contra la pared del club y empezó a darse cabezazos. Uno, dos, tres. Pum. Pum. Pum.

Adem intentó controlarlo, sin éxito.

—No me toques —bramó Iskender.

Fue el empleado de seguridad quien lo apartó de la pared. Sin embargo, la necesidad de hacer daño era tan abrumadora que Iskender no podía parar. Clavó los dientes en el hombro del hombre hasta hacerle sangre. Le pisó un pie con fuerza y, con un movimiento de la cabeza hacia atrás, le golpeó el mentón con un ruido sordo. El hombre, que no esperaba nada de eso, perdió los nervios y se le encendió el rostro. Acto seguido se revolvió contra el chico.

Adem intentó intervenir.

—No, no, por favor, para. Es mi hijo.

La gente empezó a agruparse en torno a ellos. Clientes, camareros, algunas bailarinas. Entre ellas estaba Roxana, que observaba la escena con sorpresa y pesar.

Cuando por fin los separaron, el empleado de seguridad estaba temblando.

—No quiero volver a veros por aquí. ¿Me habéis oído? Si volvéis, juro por Dios que os daré tal golpe que no sabréis en qué día vivís.

—Venga, vamos. —Adem tiró de su hijo por el brazo, con cuidado, pero firmemente.

Caminaron en silencio durante unos minutos, y cuando se hubieron alejado lo suficiente, se sentaron debajo de una farola. Iskender tenía la respiración entrecortada y la boca le sabía a sangre.

—Madre está viendo a alguien —dijo, exhausto.

—¿Cómo?

—Lo que has oído. Tienes que volver a casa y arreglar las cosas.

Adem sacó un cigarrillo, lo encendió y se lo ofreció a su hijo. Al ver la sorpresa en el rostro del chico, dijo:

—Vamos, sé que fumas.

A continuación, se encendió otro para él. Fumaron uno al lado del otro. La noche era fría, apagada, pero estaba llena de posibilidades.

—¿Lo quiere?

Iskender no dio crédito a lo que acababa de oír.

—Papá, ¿pero qué dices?

Adem apoyó la mano en la rodilla de su hijo.

—Mira, sé que no lo entiendes. Hace diez años, me habría puesto como un loco. Habría hecho lo que fuera para pararlo. Pero ahora soy lo bastante mayor para saber que no puedo forzar su amor.

El hecho de oír la palabra «amor» en boca de su padre lo dejó atónito. Si bien era cierto que en el pasado se había preguntado cómo y por qué sus padres estaban juntos, eso no tenía nada que ver con el amor. Adem era su padre, el cabeza de familia, no un adolescente romántico.

—Pero, padre...

—Escucha, una vez un gobernador me dijo que el modo de amar de un hombre es el reflejo de su carácter. Nunca entendí qué quiso decir, pero ahora lo sé. —Soltó una voluta de humo por la nariz—. Crees que no estoy enfadado

con tu madre. Lo estoy. Pero estoy más enfadado conmigo mismo. Nunca nos quisimos. Nuestro matrimonio fue un gran error. Pero no me arrepiento, porque de él nacisteis tú, Esmá y Yunus.

Entonces sucedió algo que Adem no se tomó en serio en ese momento, pero que años después recordaría con nitidez, y siempre con doloroso arrepentimiento. Iskender lanzó el cigarrillo con un chasquido de los dedos, se quedó observando el tenue arco de luz que trazó en la oscuridad y dijo:

—Si tú no te ocupas de este asunto, lo haré yo.

# La sogá

Londres, octubre de 1978

**C**on paso acelerado, Pembe se acercó al cine que ahora conocía tan bien. El golpeteo de sus tacones bajos contra el asfalto sonaba constante, casi tranquilizador. Avanzó sin mirar al frente ni alrededor, manteniendo la vista clavada en el suelo, como si volviera a ser una niña y eso fuera un juego. Si no veía el mundo, tal vez el mundo no la viera a ella.

Siempre llegaba tarde a propósito y entraba en la sala cinco o diez minutos después de que hubiera comenzado la película, pues de ese modo disminuía las probabilidades de que los vieran juntos. Sin embargo, últimamente se había vuelto un poco menos cauta. En dos ocasiones incluso había caminado con él por la calle; una vez compraron flores, y otra se detuvieron a escuchar a un músico callejero. Seguía inquieta, como siempre, pero ahora sentía una necesidad en su interior, una voz que se moría por salir, por ser oída. Como nunca había experimentado algo así, no sabía qué hacer con ese nuevo atrevimiento que formaba, y a la vez no formaba, parte de ella.

Unas fibras del abrigo gris de Pembe se engancharon en la puerta cuando la abrió a toda prisa. Entró en el cine y notó el olor de los ceniceros sucios y el aroma familiar procedente del bar, a palomitas con mantequilla, patatas fritas y dulces. Las espirales de la mugrienta moqueta la mareaban si las miraba durante demasiado tiempo. Le parecía un lugar extrañamente confortable. En cuanto ponía un pie en el vestíbulo, la invadía una sensación de ligereza. Se sentía tranquila, a salvo. La tierra dejaba de moverse y, empujada a hacer lo mismo, sin preocuparse por el futuro, Pembe se dejaba

llevar por el momento.

El joven acomodador de la sala miró su entrada, abrió la puerta y le indicó que lo siguiera. La película había comenzado. El interior estaba a oscuras, solo bañado por el resplandor plateado de la pantalla en las escenas de más luz. Mientras seguía la linterna del acomodador, Pembe echó un vistazo alrededor. Había unas diez o quince personas, más público del habitual. Durante un instante sintió una tensión repentina.

Elias siempre se sentaba en el mismo sitio. En la fila de en medio y en el asiento de en medio. Una vez alguien ocupó el asiento, un contratiempo que la llevó a sentarse junto a un desconocido. «Hola, querida», la saludó el hombre sonriendo. Pembe dio un respingo y se trasladó a la fila de delante, donde Elias la esperaba, completamente ajeno a lo que acababa de suceder.

Ahora, con cuidado de no tropezar, Pembe dejó atrás una fila vacía tras otra. Se fijó en una pareja de ancianos cogidos de la mano y absortos en la película. Intentó imaginarse a Elias y a sí misma en la misma situación; viejos, frágiles, pero aún enamorados. Ni siquiera la fantasía le parecía real.

Mientras avanzaba distraída, no reparó en la persona sentada en la última fila. Se había sentado en el borde de la butaca, con la cabeza ladeada, convertido en una sombra. Permaneció allí en la oscuridad, observando, esperando.

La linterna se detuvo en la fila G. En el medio, sentado a solas, con la mirada teñida por una ilusión en la que no se permitía recrearse, estaba Elias. Pembe dio las gracias al acomodador y se sentó en su butaca con la respiración agitada. Elias se volvió hacia ella sonriendo. Alargó un brazo hacia Pembe y con las puntas de los dedos recorrió los de ella, como un ciego que reconoce a su amada mediante el tacto. Le estrechó la mano con ternura. Ella le devolvió el gesto. Durante los últimos meses, habían perfeccionado un lenguaje de muchos gestos y pocas palabras. Lentamente, el hombre se inclinó y le dio un beso en la muñeca al tiempo que inhalaba el olor de su piel. A Pembe se le aceleró el corazón. Siguió sin mirarlo. También eso se asemejaba a un juego de niños. Si ella no lo veía, no sería visible, y al no serlo, tal vez nunca desapareciera.

Vieron *El bueno, el feo y el malo*. Ella no había visto la película. Él, sí. Fue su primera película sonora. La semana anterior el cine había terminado su

programación de películas mudas y había iniciado una serie de clásicos de espagueti wéstern. Como ya habían quedado allí y les gustaba el lugar, no vieron razón para cambiar de planes. Además, Elias supuso que la película, de personajes lacónicos y escaso diálogo, no sería en exceso complicada para Pembe.

En tan solo unos segundos, la mujer se dejó llevar por la película. Mientras Rubio, Tuco y Sentencia se metían en un laberinto de problemas, buscándose y evadiendo toda clase de peligros, Pembe seguía la historia y tomaba partido por unos u otros. Cuando el malo preguntaba: «Si trabajas para vivir, ¿por qué te matas a trabajar?», ella cerró los ojos para reflexionar sobre la frase hasta entender plenamente su significado. Cuando el malo se burlaba del bueno y le decía que, en realidad, no eran tan distintos, Pembe no pudo evitar estremecerse. En los últimos tiempos había empezado a plantearse el significado del bien y el mal como nunca lo había hecho. Fueron las cartas de su hermana las que la obligaron a hacerlo. Su gemela era la mujer respetable, pura y virtuosa, de moral inquebrantable. Eso la convertía a ella en la mala, la impura. Sin embargo, no siempre había sido de ese modo. Las cosas cambiaban con gran rapidez. Nada era permanente, todo se desarrollaba en un fluir constante.

Cuando Tuco se sentó en un burro con una soga alrededor del cuello, a punto de ser colgado, un destello de temor cruzó el rostro de Pembe. Volvió la cabeza hacia un lado. Durante una fracción de segundo le pareció ver a alguien en la fila del fondo observándola, pero cuando volvió a mirar, la sala estaba demasiado oscura para distinguir algo. Fue entonces cuando oyó al feo decir: «La gente con sogas en el cuello no siempre cuelga».

Pembe cerró los ojos. Durante un espantoso momento se trasladó a otro lugar, a otro tiempo.

—¿Estás bien, cariño? Parece que te hayas quedado dormida —le dijo Elias al oído, y en un susurro añadió jocoso—: Es solo una película.

Pembe asintió con la cabeza. Solo era una película, lo sabía. En la vida real, la gente con sogas al cuello siempre colgaba.

Eran ocho hermanas, con edades de entre nueve y veinte años. La mayor se

llamaba Hediye, «un regalo». Eso es lo que fue, un presente del Creador, la primera hija, muy querida, aun siendo una niña. Tenía el rostro ovalado, la nariz afilada, los ojos grandes y almendrados, grises como nubes de tormenta. Al ser la mayor, con muchas hermanas y de una familia con ingresos escasos, se pasó la niñez jugando con bebés en lugar de muñecas. Hediye siempre estaba limpiando, cocinando, fregando, lavando, y alimentando y meciendo a las pequeñas. Llevaba las palmas de las manos pintadas con henna, las muñecas adornadas con pulseras de oro falso, aunque en ella nada parecía falso. Pembe no recordaba que se hubiera quejado jamás, si bien a su alrededor todo el mundo lloriqueaba continuamente. Hediye parecía haber aceptado su papel, sus responsabilidades interminables, haciéndose mayor antes de tiempo, convertida en una niña-mujer. Cuando Naze murió, ella la sustituyó de manera natural y cuidó de todas, sobre todo de las gemelas, que eran aún pequeñas. Cuando Berzo se volvió a casar, sus hijas consideraron a la mujer la «esposa de papá», pero nunca nada más que eso, pues su madre no era otra que Hediye.

«Nunca me casaré —le gustaba decir—. Cuidaré de mis hermanas hasta que todas se hayan casado. Moriré siendo una solterona».

Esas palabras tan alentadoras para las gemelas no resultaron ciertas. En el invierno de 1957 Hediye empezó a salir con alguien. Un hombre de ciencia, un médico designado por el gobierno para administrar vacunas contra la tuberculosis de las que la mayoría de los ciudadanos desconfiaban, y que todos los niños odiaban. Cómo había empezado la relación, cómo se habían conocido, eran datos que Pembe, de doce años, no sabría jamás, y que la mujer que era hoy no era capaz de imaginar.

El amor era una enfermedad, tonificante y vigorizante, pero una dolencia al fin y al cabo. De repente, Hediye se volvió más atrevida que nunca, indomable. Incluso su madrastra parecía temerla, incapaz de darle órdenes e incómoda en su presencia. Sin embargo, Hediye se mantuvo firme. La muchacha que no había dispuesto de un momento para sí estaba decidida a recuperar el tiempo perdido. Una noche despejada en la que la luna era una hoz dorada en el cielo se escapó con ese hombre al que apenas conocía.

A la mañana siguiente no había nadie que administrara las vacunas. Los niños del pueblo se alegraron. Las vacunas sobrantes fueron arrojadas al

Éufrates para borrar el rastro del desconocido que se había inmiscuido en sus vidas, que les había inoculado sus maneras y, al final, les había robado a una de los suyos.

Pembe recordó el dolor en que quedó sumida la casa, a la vez vacía y pesada. Se sintieron como si estuvieran llorando una muerte. Sin embargo, Hediye estaba peor que muerta. Nadie preguntaba por ella, al menos no en voz alta, y su nombre se convirtió en una blasfemia.

Su madrastra se mostró particularmente vengativa. «¡Que Dios la haga arder en el infierno!», exclamaba, viendo a Hediyes imaginarias por todas partes. De repente, todo lo que se había ido acumulando en su interior —la vergüenza por no ser capaz de dar un hijo a un hombre que se había casado con ella solo para tener un varón; su angustia por saberse yerma como un desierto; su resentimiento por tener que ocuparse de las ocho hijas de otra mujer— estalló en un oleada de furia intensa y amarga hacia Hediye.

Berzo, en cambio, permanecía extrañamente callado. Tenía los ojos hundidos en las cuencas. La cabeza siempre agachada, cavilando. Apenas iba a la tetería y prefería quedarse en casa todo el día, aislado y de mal humor, fumando cigarrillos de los que colgaban dos dedos de ceniza.

Fue un invierno riguroso. Transcurrieron cuatro meses. A última hora de una tarde de principios de primavera, Hediye regresó. Debería haber enviado un mensaje para descubrir si su familia estaba dispuesta a aceptarla. Sin embargo, se había subido a un autobús y había vuelto a casa, así, sin más. El médico resultó ser un cobarde. Aunque le había prometido que se casaría con ella, ante la más mínima oposición por parte de su familia había cambiado de opinión y la había abandonado en la gran ciudad.

Hediye se arrepentía de lo sucedido. También estaba asustada. Sin embargo, ese era el único hogar que conocía y no tenía otro lugar adonde ir. A su llegada, encontró la puerta abierta y entró en la casa. Ni Berzo ni su esposa estaban allí. Las gemelas sí, y al verla gritaron de alegría, aplaudieron y celebraron el regreso de su madre-hermana. Corretearon a su alrededor, como planetas orbitando alrededor del sol.

Sin embargo, Hediye había cambiado. Parecía insegura, reservada, cohibida. Con las rodillas juntas y la mirada clavada en el suelo, se sentó en el borde del diván; en su propio hogar, se sentía como una invitada que no estaba

segura de ser bien recibida.

Al cabo de un rato su madrastra entró en casa con paso lento, cargada con un montón de lana de vellón. Tenía la espalda encorvada y las mejillas rojas por el esfuerzo. Al principio no se fijó en Hediye. Sin embargo, enseguida percibió el extraño silencio en la habitación y la inquietud de las gemelas.

—¿Qué pasa? ¿Se os ha comido la lengua el gato?

Apenas había terminado de formular la pregunta cuando se fijó en la chica, sentada en un rincón. La fugitiva. La portadora de vergüenza. La mujer soltó la carga y se quedó mirando a la joven, paralizada. A continuación, dio un paso hacia ella, apretó los labios e hizo el gesto de escupir en el suelo.

Hediye palideció.

Por la noche, cuando todas las hermanas estaban en casa, nadie se atrevió a hablar con Hediye para no molestar a su madrastra. Nadie le ofreció té ni comida. Sus hermanas tampoco comieron demasiado. Tras varias horas de tal incomodidad, Berzo entró en la casa. En cuanto cruzó la puerta, todas notaron que ya lo sabía. Había oído la noticia y, aun así, se había tomado su tiempo, y escuchado lo que otros hombres tenían que decir. No había tenido prisa por volver a su casa.

Hediye se puso en pie de un salto y corrió a besarle la mano, pero su padre se apartó.

—No tengo hijos —dijo en voz alta para que todas lo oyeran—. Dios no me dio ninguno. Nunca entendí el porqué. Hasta el día de hoy.

Las niñas contuvieron la respiración y siguieron escuchando. Hediye agachó los hombros.

—Ahora sé la razón —prosiguió—. Si tuviera un hijo, le pediría que te matara para devolver el buen nombre a nuestra familia. Y tu hermano tendría que ir a la cárcel por tu culpa. Se pasaría el resto de su vida pudriéndose entre cuatro paredes.

Hediye no lloró, gritó ni pidió su perdón. Mantuvo la mirada clavada en una tela de araña del alféizar de la ventana y permaneció inmóvil y muda.

Tras el silencio que siguió a sus palabras, Berzo agregó:

—Jamás creí que diría esto, pero me alegro de no tener un hijo.

Por la noche, mientras las hermanas se preparaban para dormir en colchonetas en el suelo, oyeron a su padre y a su esposa discutir en la

habitación contigua, aunque no lograron entender sus palabras. Las niñas, con el pelo suelto y vestidas con sus gruesos camisones de franela, miraron a Hediye, aún sentada en el diván. Pembe se levantó sin hacer ruido.

—¿Adónde vas? —susurró Yamila.

—Debe de tener hambre.

—¿Estás loca? Papá y la madrastra aún no se han dormido. Se enterarán.

Pembe se encogió de hombros, se dirigió a la cocina de puntillas y volvió con pan, queso y agua. Bajo la mirada de sus hermanas, se lo llevó a Hediye, que solo aceptó el agua.

A la mañana siguiente Berzo desayunó antes de lo habitual. Mientras se tomaba el té negro y la torta de pan, las niñas esperaban.

—Voy a la tetería —anunció sin mirar a nadie.

Al oír eso, Pembe sintió una oleada de pánico. Su padre no había puesto los pies en una tetería desde el día que Hediye se marchó. ¿Qué había cambiado para que quisiera volver allí?

—¿Qué voy a hacer con ella en casa? —gruñó su madrastra.

—Ya sabes qué hacer —respondió el hombre, y no añadió más.

Poco después, con el ancho rostro contraído en un gesto adusto, la mujer les anunció que tenían que salir de casa. «Mucho trabajo, hay alfombras que tejer».

Mientras sus hermanas se ponían las botas y los abrigos, Pembe se entretuvo detrás de ellas, presa de una angustiada sensación de pánico. Algo estaba sucediendo, pero no lograba ponerle nombre. Poco después de salir de casa, vio a su madrastra entrar con la gran bandeja redonda que utilizaban para las comidas. La mujer extendió el mantel en el suelo, colocó la base de madera, y dejó encima la bandeja. Durante un segundo, Pembe creyó que estaba sirviendo comida a Hediye. Sin embargo, sería una comida extraña, pues no había platos, ni agua, ni pan.

Entretanto, Hediye no se movió. Una estatua de sal.

Lo último que Pembe vio fue a su madrastra entrar con un caldero. Muerta de curiosidad por saber qué contenía, intentó una treta.

—No me encuentro bien. Me duele la garganta. Sería mejor que me quedara en casa.

La mujer negó con la cabeza.

—Ya has oído a tu padre. No puede quedarse nadie.

Fueron a casa de una vecina y tejieron alfombras todo el día. Se sabían el patrón de memoria. Azul turquesa, rosa persa, vincapervinca, marrón canela. A Pembe le encantaba elaborar colores. El rojo de la henna, el amarillo de la cúrcuma, el marrón de las cáscaras de nuez machacadas. Mojó el hilo en el cuenco de cantalupo y le confió el secreto a su gemela.

—¿Cómo que le ha servido un caldero vacío? —preguntó Yamila con los ojos como platos.

—Te lo juro —susurró Pembe—. Puede que no estuviera vacío. Pero era raro. Si dentro hubiera habido comida, habría visto el humo, ¿no? O habría olido algo. ¡Pues nada!

—Sigue trabajando —ordenó Yamila, porque no se le ocurrió otra cosa que decir.

Por la tarde intercambiaron sus tareas. Pembe dejó que Yamila preparara el tinte mientras ella tejía. Era agotador. Le dolían los músculos de los ojos y las puntas de los dedos. Partes de su cuerpo a las que nunca había prestado atención también empezaron a dolerle.

En secreto, Pembe incluyó en la alfombra un motivo que no formaba parte del diseño. Si alguien lo descubría, y seguro que alguien lo haría, se enfadaría. Pero no pudo evitarlo. Pembe dejó una «h» diminuta, como recordatorio del nombre de su hermana. Cuando terminaran la alfombra, se vendería a un comerciante de la zona, que después la vendería a un comprador más importante. A continuación, la alfombra seguiría su camino hasta una elegante tienda del Gran Bazar de Estambul. Una pareja de turistas de visita en la ciudad durante unos días la vería en el escaparate. Aunque sería cara, la comprarían. Después la alfombra seguiría su viaje hasta París, Ámsterdam o Nueva York, dondequiera que viviera la pareja, con la «h» oculta para siempre, pero también viva para siempre.

Al anoecer, las siete niñas y su madrastra regresaron a casa. Cuando se acercaban al jardín, una oleada de nerviosismo se apoderó de Pembe. La niña echó a correr. Tenía un mal presentimiento, más cercano a la ira que al miedo, una furia creciente contra sí misma por no haber actuado antes. El porqué, no lo sabía.

Fue ella quien encontró a Hediye, el cuerpo flácido como una muñeca de

trapo, con el cuello roto, colgando de un gancho del techo que habían utilizado en el pasado para enganchar las hamacas en las que mecían a las niñas para que se durmieran.

Se había colgado con la soga que se le había servido en el caldero.

El vaquero llamado el Feo intentó sonreír mientras le ajustaban la cuerda al cuello.

«Estás bromeando, Rubio —dijo con voz entrecortada—. No me harías una broma así».

El Rubio entornó los ojos y, ladeando la cabeza, respondió: «No es una broma. Es una soga, Tuco».

Pembe apretó los labios y se dio cuenta de que no podía ver esa escena. Estuvo a punto de levantarse.

—Me voy.

—¿Qué? ¿Por qué, mi amor? —preguntó Elias—. ¿Por qué te marchas antes hoy?

—Sí, no... Me voy.

—¿Es por la película? ¿No te gusta?

—No... Sí... Lo siento.

—¿Quieres que vaya contigo?

—Quédate, por favor.

Dicho lo cual, Pembe se levantó y se marchó sin dar más explicaciones. Avanzó a toda prisa por el pasillo, y al pasar junto a las últimas filas el hombre sentado allí se frotó las sienes para ocultarse el rostro con las manos.

Una vez hubo terminado la película y cuando las luces volvieron a encenderse, Elias se levantó junto al resto del público. No sabía cómo interpretar la marcha precipitada de Pembe. Se dirigió penosamente hacia el vestíbulo con un peso en el corazón. Alguien le dio una palmada en el hombro.

—Perdone, ¿tiene fuego?

Un hombre joven, un adolescente. Demasiado joven para fumar. Sin embargo, no era asunto suyo y aunque le diera su opinión, sabía que el chico no la escucharía.

—Lo siento, no fumo —respondió Elias.

—¿De verdad?

Algo en la mirada del joven, así como lo extraño de su comentario hicieron que se estremeciera. Sin embargo, antes de que pudiera pronunciar otra palabra, el chico le dedicó un leve movimiento de la cabeza y, con voz severa y monótona, añadió:

—Bueno, que le vaya bien.

—Gracias. Igualmente.

Dejándolo atrás, aún sin quitarle ojo, Elias atravesó la puerta doble y su abrigo acarició las fibras grises que Pembe había dejado allí tan solo una hora antes.

# Piedras de arenisca

Abu Dabi, noviembre de 1978

**S**olo una semana después de la pelea a las puertas del club, Roxana dejó a Adem por otro hombre, un empresario australiano con intereses en el Golfo.

Tras perderla, un manto de aturdimiento cayó sobre Adem, como si la noche cubriera un valle de fantasmas. Trastornado y distante, se sentía descolocado, con el pensamiento a la deriva y la confianza en sí mismo mermada. Ya no sabía cuál era la verdad, ni si había llegado a entenderla. Su vida había sido un laberinto de espejos, y en cada uno de ellos había visto un reflejo distinto de sí mismo. Sin embargo, no era capaz de identificar al verdadero Adem. Pese a todo, no volvió a casa. Tampoco podía volver al piso que había compartido con Roxana, que estaba a nombre de ella. La casa de su hermano Tariq no era una opción, a menos que Adem estuviera dispuesto a escuchar sus sermones. Así pues, buscó refugio en casa de su amigo Bilal, quien, si bien no se mostraba muy comprensivo con sus problemas, al menos no los desdeñaba.

Los días transcurrían con dolorosa lentitud. Sentía un dolor en el estómago, como si se hubiera tragado un peso de hierro que le aplastara el centro del cuerpo. Como no tenía hambre, se saltaba comidas. Fumaba tres, a menudo cuatro paquetes de cigarrillos al día. Volvió a padecer asma, la enfermedad de su infancia. La gente que tenía alrededor se dio cuenta de que no podía seguir de ese modo, y Bilal trató de convencerlo para que regresara junto a su familia.

—No puedo —respondió Adem—. Si regreso hoy, mañana volveré a

marcharme.

—Pero ¿por qué huyes de los tuyos?

Adem no estaba acostumbrado a preguntarse los porqués, y aún menos a plantearse los a otros. Sabía cómo tratar los «cómo» (cómo colocar galletas en una caja, cómo manejar una máquina) y los «qué» (qué hacer en la mesa de la ruleta, a qué apostar), pero «por qué» era demasiado abstracto y difícil de comprender.

En las cercanías se disparó una alarma y ambos se distrajeron durante un momento. Cuando Adem volvió a hablar, lo hizo con tono solemne y los hombros hundidos.

—Mira, he estado pensando sobre el tema. Los chinos no van a dejarme tranquilo. Y mis deudas no hacen más que aumentar. Tengo que largarme de aquí, esta ciudad me está matando.

—¿Adónde piensas ir? —preguntó Bilal, sorprendido.

—He estado pensando en Abu Dabi. —Allí era donde estaba Roxana, pero no contemplaba decírselo a su amigo. En lugar de eso, comentó—: He oído que están construyendo una nueva ciudad. Oficinas, apartamentos, centros comerciales... Necesitarán trabajadores. Miles de ellos. Y no solo durante un año o dos, sino por mucho tiempo.

—¿No es todo desierto por allí? ¿Cómo van a construir rascacielos sobre la arena?

—Ah, puede que la arena no logre sostenerlos, pero los billetes, seguro que sí.

Repasaron todos los detalles; cuánto dinero ganaría Adem al mes, cuánto tardaría en poder comprarse un Mercedes-Benz, de color miel y tan brillante que se reflejarían las nubes en el capó, y lo bien que sentaría volver a Inglaterra convertido en un hombre de éxito, cargado de regalos para sus hijos. Entre los dos construyeron un sueño tan vivido que unos días después Bilal lamentó su suerte.

—Si no tuviera familia y un maldito trabajo en Londres, me marcharía contigo.

—Puedes venir más adelante. Te escribiré y tendrás mi dirección.

—Los árabes te tratarán de manera diferente. Allí no serás de segunda clase, ¡sino su invitado! —exclamó Bilal.

Un invitado, y disfrutando del sol. Con solo imaginarlo, ya se sentía reconfortado. Hacía ocho años que había llegado a Londres a trabajar y seguía siendo un extranjero, un intruso. A todos los inmigrantes que conocía les había ido mucho mejor, eran más felices. Para él no había sido así. Y si bien allí había un futuro mejor, en particular para las nuevas generaciones, Adem no formaba parte de él.

Desde luego, los árabes no serían como los británicos, y Abu Dabi poco tendría que ver con Londres. Nada de diluvios, ni de salchichas de cerdo envueltas en beicon grasiento como para duplicar el pecado, nada de cocinas minúsculas en casas llenas de moho, ni tomates sin sabor, ni jóvenes con el pelo teñido de morado que sembraban el temor por las calles en sus borracheras de locura. Los británicos siempre se mostraban educados: te escupían a la cara con tanta amabilidad, que esperabas que después te dejaran su pañuelo. No era posible llegar a las manos con un caballero inglés, pues siempre te desarmaba con sus discretos elogios. Se tardaba años en descubrir si te estaban felicitando o diciéndote que habías metido la pata. Con los árabes, las situaciones parecían mucho más directas, más transparentes. Cuando alguien decía «bienvenido», era porque así lo sentía. Tal vez pudiera llevarse a sus hijos al cabo de un tiempo. Sería bonito.

Sin embargo, aunque le gustaba fantasear con su vida en la soleada Abu Dabi, Adem era consciente de que la parte de vivir allí con sus hijos era una quimera. Esma estaba adaptada a la ciudad y amaba ese país, esa civilización. En cuanto a su hijo pequeño, sabía que era un chico muy especial. «Una cabeza de viejo sobre hombros jóvenes», solía comentar Pembe de él. Yunus era el más inteligente de todos los Toprak, si bien era débil ante el amor: una enfermedad que le venía de familia. E Iskender... A Adem le avergonzaba recordar su pelea, aunque no tanto como tener que reconocer que había defraudado las expectativas de su hijo.

Cuando te convertías en padre, dabas por hecho que tu hijo sería una extensión de tu persona. Te proporcionaba orgullo, satisfacción y una sensación de arraigo, hasta que, poco a poco, te dabas cuenta de que el niño era un ser independiente que tendría que perseguir su destino por mucho que quisieras o intentaras obligarlo a seguir tus pasos. En el instante en que Adem descubrió esa verdad, no pudo evitar sentirse engañado, hundido. No era así

como él se había comportado de adolescente. Él había escuchado a su *baba*, siempre respetuoso y obediente. Si hubiera sabido que tenía alas, y que era de otra especie, también él podría haber emprendido el vuelo. Sin embargo, ya era demasiado tarde. La libertad que no había obtenido de su padre era la que ahora le exigía su hijo.

Adem estaba cansado de Londres. Y aunque le preocupaba la dificultad de dejar allí a sus hijos, tenía ganas de marcharse, si bien no durante mucho tiempo; libre como una pluma, flotando de nuevo en una corriente más fuerte que él. Abu Dabi le aportaría novedad. Abu Dabi le levantaría el ánimo. Una vez allí, encontraría a Roxana..., cada cosa a su debido tiempo. La mujer querría volver con él y Adem la aceptaría. El único problema era que no tenía medios para hacer el viaje. Afrontó de nuevo el viejo dilema: para ganar dinero, se tenía que disponer antes de dinero.

Aconsejado por Bilal, fue a ver a un hombre al que todos llamaban Mamut Baba. Con una perilla poco poblada, ojos oscuros y rasgados que le brillaban sobre los pómulos, y una boca de gesto adusto, era uno de esos hombres que irradiaban omnipotencia sin tener un físico imponente. Nacido y criado en Bujará, había huido del régimen soviético y, tras pasar muchos años en distintos lugares de Europa, llegó a Londres. Hablaba varios idiomas y ayudaba a uzbekos, iraníes, turcos, árabes, chinos, mexicanos y portugueses... Siempre y cuando le cayeras bien, te ayudaba. Jóvenes que no conseguían trabajo, padres cuyas hijas se habían marchado de casa, familiares con rencillas pendientes, tenderos que no podían pagar el alquiler..., todos acudían a Mamut Baba.

La habitación estaba llena de hombres de todas las edades, sentados en el suelo enmoquetado, conversando en voz baja. En el centro del círculo, de espaldas a la pared y con una elegante capa de color *beige*, estaba sentado Mamut Baba. Su hijo de nueve años, un niño enjuto de cejas oscuras, estaba de pie junto a él con la vista clavada en un nuevo videojuego llegado de Estados Unidos, agitando los pulgares de un lado para otro. De vez en cuando, un gesto de entusiasmo le cruzaba el rostro, según si ganaba o perdía la partida, y se notaba que estaba a punto de chillar pues sus labios se encerraban alrededor de un grito fantasma.

—Miradlo —comentó Mamut Baba con alegría—. A su edad ya se le da

mejor la tecnología que a mí. Cuando algo se rompe en casa, su madre le pide a él que lo arregle, y no a mí.

Los hombres de la sala lo escuchaban, asentían y sonreían cuando era necesario.

—Pero así debe ser. Cada generación debe estar al día de la tecnología del momento. No podemos quedarnos rezagados.

—Pero... —susurró Adem, y acto seguido guardó silencio. La palabra se le había escapado sin pensar, casi como un suspiro.

Se fijó en un hombre delgado y con barba que lo miraba con el ceño fruncido, molesto por que hubiera interrumpido al maestro. Inquieto ante la intensa mirada del joven, Adem agachó la cabeza, sin saber que acababa de posar la vista sobre un amigo de su hijo, el Orador, un miembro destacado de ese círculo.

Entretanto, Mamut Baba seguía mirando a izquierda y derecha, intentando descubrir quién había hablado.

—¿Quién ha sido? Apenas lo he oído.

Sintiéndose obligado a descubrirse, Adem se aclaró la garganta.

—Humm... Lo siento, no pretendía interrumpirlo.

—Está bien, buen hombre. Adelante —dijo Mamut Baba en tono afable—. Dinos qué estabas pensando.

—Bueno, yo antes trabajaba en United Biscuits. Las galletas van pasando unas tras otras sobre una cinta transportadora, sin descanso —dijo Adem sin poder evitar mirar al Orador, buscando un gesto de ánimo donde no lo había—. Haces lo mismo, una y otra vez, miles de veces. Te inutiliza el cerebro. Estaba pensando en esos juegos a los que juegan nuestros hijos, ¿puede ser buena para ellos, tanta repetición?

Mamut Baba escrutó el rostro de Adem con una nueva expresión; una mezcla de paciencia y tolerancia. A continuación, empezó un largo discurso sobre ciencia y tecnología, tan abstracto que Adem no fue capaz de seguirlo. Una hora después, cuando estaba a punto de marcharse como los otros hombres, Mamut Baba les pidió, a él y a otros cuantos, entre ellos el Orador, que se quedaran a cenar.

Los cinco hombres se sentaron en la alfombra alrededor de una mesa redonda y baja, y esperaron a que les sirvieran la comida. Fue entonces

cuando Adem sacó el tema que lo había llevado hasta allí.

—Necesito un préstamo para ir a Abu Dabi. Cuando haya ganado el dinero suficiente, regresaré y le devolveré el dinero.

—¿Y qué hay de tu familia? —preguntó Mamut Baba, mientras se servía un pedazo de pan.

—Mi hijo Iskender se encargará de la casa. Es un chico maduro.

Ante la mención de ese nombre, el Orador observó a Adem con interés. «Así que este es el padre ausente del que me habló el chico». En ese momento se abrió la puerta y apareció una mujer cargada con una bandeja llena de platos. Iba cubierta de pies a cabeza con un burka de color canela que solo le dejaba al descubierto las manos y unos ojos oscuros tras los cortes en el velo. La mujer les sirvió una crema de garbanzos en cuencos de cristal; dejó el arroz y el cordero en el centro, distribuyó las tortas de pan, llenó los vasos de agua y desapareció.

—¿Tu mujer lleva *hiyab*? —preguntó Mamut Baba.

Adem se tensó y notó un nudo en el estómago. Desde que Iskender le había dicho que Pembe estaba viendo a un hombre, prefería no volver a oír hablar de su mujer y sospechaba de cualquiera que se refiriera a ella de pasada.

—Bueno, he visto más mujeres con velo en este barrio que en Estambul —respondió—. En mi familia, no tenemos la costumbre.

Mamut Baba se levantó mientras decía:

—Si algún día Dios te ofrece otro matrimonio, considera una esposa con velo. Sus ojos solo ven su hogar.

Adem respiró hondo y notó una arcada de bilis en la garganta. Intentó tragársela, pero no lo logró. ¿Acababa de hacerle una horrible insinuación o no era más que una charla trivial? ¿Era posible que la gente estuviera poniendo en entredicho la actitud de Pembe? El silencio se volvió más denso, más amplio.

—Tengo que irme. Gracias por la crema —dijo Adem, y se levantó. Antes de que pudieran detenerlo, y sin una despedida apropiada, salió de la sala. De camino a la puerta pasó junto a la cocina, donde la esposa de Mamut Baba y su hijo estaban cenando sentados a una mesa pequeña, y el niño disfrutaba de la comida al tiempo que manoseaba la consola de videojuego, intentando batir su propio récord.

A su llegada a Abu Dabi en noviembre de 1978, Adem se convirtió en obrero de la construcción. Con el tiempo, llegó a contemplar, admirar y temer en secreto la proliferación de los edificios más altos que había visto jamás. En una ciudad ardiente de deseo de transformarse, él era un hombre que solo tenía su pasado y ninguna perspectiva de cambio.

Las primeras semanas fueron las más duras. No solo porque el trabajo era exigente, sino porque tuvo que abandonar muchas de sus expectativas, si no todas. De la fantasía que había construido con Bilal, lo único que se ajustaba a la realidad era el sol, ardiente e implacable. Por las noches, agotado y cubierto de polvo, volvía a la cabaña que compartía con otros siete trabajadores. Hombres de pasados distintos, pero con carencias similares. Rara vez disponía de una hora libre, que empleaba en buscar a Roxana por todas partes: frente a centros comerciales, restaurantes y tiendas de moda.

Una noche soñó con Pembe, que llevaba el pelo suelto, ondeando al viento. Entraban en un pasillo estrecho, cogidos de la mano. Cuando por fin llegaban al final, Adem se daba cuenta horrorizado de que Pembe llevaba un vestido con volantes de Roxana y que se disponía a subir al escenario de un club de *striptease*. Él gritaba con todas sus fuerzas para detenerla, pero no lo lograba y tenía que arrastrarla fuera del escenario. Sin embargo, al mirarla descubría que la mujer que tenía entre sus brazos era Roxana, que lo miraba con ojos enfurecidos. Al despertar se dio cuenta de que su grito había despertado a los otros hombres.

Cuando llevaba algunas semanas viviendo su nueva vida, y aún sin pistas sobre el paradero de Roxana, Adem descubrió un lugar que fue para él lo mismo que un oasis para alguien que se hubiera perdido en el desierto. Un local de apuestas improvisado por varios trabajadores para ganar algo de dinero y combatir la monotonía. En un piso húmedo y sin ventilación, entre cuarenta y cincuenta hombres que gritaban, blasfemaban, fumaban y rezaban en idiomas diferentes, se reunían para presenciar peleas de gallos. De vez en cuando organizaban luchas de arañas y carreras de grillos, que Adem no había visto jamás. Sin embargo, era detrás de las pantallas de madera donde tenían lugar las apuestas de verdad, y adonde él solía dirigirse.

Solo disponía de lo que le quedaba del dinero que Mamut Baba le había

enviado a través de un mensajero dos días después de que se marchara de su casa. Podría haberle devuelto el dinero, pero no lo había hecho. No le quedaba demasiado orgullo y la necesidad de marcharse de Londres había sido más urgente que cualquier otra cosa. Ahora, Adem separó el dinero para sus hijos y lanzó el dado para apostar el resto. Jugaba todas las noches. Mientras que los otros hombres jugaban despacio y con cautela, Adem arriesgaba. Se dio cuenta enseguida de que la mayoría eran aficionados. En el ambiente se respiraba el miedo de ser descubiertos por las autoridades; el temor de ser deportados. Muchos de los trabajadores notaban esa tensión, pero, curiosamente, Adem parecía ajeno a ella. Más osado que nunca, animado tras cada impulso imprudente, apostaba una y otra vez. Cuando se le terminó el dinero de Mamut Baba, empezó a echar mano de su sueldo, despacio, al principio. Sin embargo, no tuvo que pasar mucho tiempo antes de que empezara a jugarse la paga semanal en una sola noche.

Se compró un Rolex de imitación, que no se quitaba nunca. Su paso perdió el vigor hasta convertirse en una serie de zancadas lánguidas, sin un rumbo determinado. Tomaba analgésicos a diario para aliviar las palpitaciones en el pecho, que siempre empeoraban por la noche. Tal vez, al igual que esos gallos y arañas, también él estuviera en una lucha permanente, aunque consigo mismo.

El paisaje le fascinaba. Se sorprendió al descubrir que el desierto no era un territorio árido, sino más bien un lugar rebosante de belleza oculta. A veces salía a caminar y se recreaba en la sensación de la arena caliente y líquida bajo los pies, y siempre llevaba piedras de arenisca en los bolsillos. Extrañamente atraído por esos prodigios de la naturaleza, se preguntaba cómo podían deshacerse en polvo, como si no tuvieran núcleo. En los últimos tiempos, cada vez con más frecuencia, se comparaba a sí mismo con esas piedras.

Alguien le contó que en el pasado esos desiertos habían sido mares. Si el agua podía convertirse en tierra, desaparecer y dejar de fluir, ¿por qué no podía un hombre transformarse a sí mismo? Porque, pese a lo que dijeran los libros, las películas y las revistas, Adem había llegado a la conclusión de que, al margen del lugar del mundo en que nos encontráramos, había una regla básica que permanecía invariable: los ganadores ganaban siempre, y los

perdedores no dejaban de perder.

# Esma

Londres, noviembre de 1978

Una plácida noche, tan solo unas semanas antes del asesinato, mi madre puso la mesa. Tres platos, tres tenedores, tres vasos. En los últimos tiempos, las cenas eran más reducidas, más silenciosas. Aunque se había acostumbrado a la ausencia de su marido, le costaba aceptar las frecuentes desapariciones de Iskender. Estaba más cansada que nerviosa. Por primera vez, la oí quejarse de lo mucho que le costaba llegar a fin de mes. Nos había criado prácticamente sola, pero en los últimos tiempos daba la impresión de que deseaba que alguien se ocupara de ella.

—¿Dónde está tu hermano? —me preguntó mientras salía de la cocina con la cesta del pan.

—¿Cuál de ellos? —murmuré—. Si te refieres al mayor, Dios sabe dónde está. Creo que Yunus está ocupando mi habitación. —También es su habitación.

—Todos mis amigos tienen su propio espacio, mamá. Sus familias saben que necesitan intimidad.

La mujer arqueó una ceja.

—Tú no eres una chica inglesa.

—Oh, vamos. Las hijas de nuestras vecinas tienen su habitación.

—Nosotros no somos nuestros vecinos.

—Mamá, no es justo. Iskender tiene su habitación y es solo un año mayor que yo. ¿Por qué le das privilegios solo por ser chico? Lo haces todo el tiempo.

—¡Ya basta, Esmá! No pienso tener otra vez esta discusión. Ahora, no.

Ante mi mirada dolida, se dirigió con paso decidido a la habitación, de donde salía un ruido extraño. Seguí su menuda silueta por el pasillo, sintiéndome como el patito feo detrás del cisne.

Cuando abrió la puerta, encontró a su hijo pequeño, su bebé, escuchando la música más alta y discordante del mundo.

—¿Qué haces? —preguntó mi madre.

Yunus no la miró. Tampoco a mí. Mantuvo la mirada en la alfombra, como si temiera que su rostro desvelara algo.

Curiosa, mi madre levantó el álbum del suelo y lo miró. Aparecía un hombre montado a caballo, una figura inquietante, y otra persona tendida en el suelo, devorada por cuervos. Arriba, en un rectángulo rojo, se leía THE CLASH. Debajo, *Give 'Em Enough Rope*.

—¿Qué es esto?

—Es un grupo, mamá —respondió Yunus—. De música.

—Sé qué es la música —replicó—. Y no es este bum, bum, bum.

Yunus me miró. Puse los ojos en blanco en un gesto de solidaridad fraternal. Mi madre señaló el título del álbum.

—¿Qué significa?

—Significa que cuando alguien está demasiado triste, sin esperanza, si le das una cuerda, se colgará.

El rostro de mi madre mudó de color.

—¿Es así como pasas el tiempo? Te estás destrozando el cerebro con este veneno.

—Pero es solo... —se quejó Yunus.

—No. Es horrible. ¡Nadie debería dar a alguien una cuerda! ¿Cómo es posible que te enseñen cosas así?

—Mamá, por favor. No lo has entendido. No enseñan...

—No quiero que mis hijos escuchen cosas tan espantosas —exclamó.

Nunca la habíamos visto de ese modo, tan angustiada, tan inquieta.

—Mamá, es una banda punk. Es solo un estilo de música. No es nada malo, créeme —tercié.

Ante nuestras miradas suplicantes, se dirigió con paso firme a la pared y desenchufó el tocadiscos de un tirón. El álbum tartamudeó como si se quedara

sin aire y se detuvo.

—¿Por qué has hecho eso? —se quejó Yunus.

Mamá le levantó la barbilla, obligándolo a mirarla a los ojos.

—No escuches cosas oscuras. ¿Por qué huyes de mí? No cambies también tú, por favor.

Yunus esbozó una mueca.

—No estoy cambiando.

Con la expresión más relajada, mi madre se acercó a Yunus y se estrecharon en un abrazo, fuerte y cálido. Le besó la cabeza e inhaló el aroma infantil de sus mejillas. A continuación, mi madre se fijó en el hueco que quedaba entre el cuello de mi hermano y la camisa, en la piel de debajo de la nuca.

—¿Qué es esta mancha que tienes aquí?

De inmediato, Yunus irguió la espalda. Una expresión de pánico le cruzó el rostro mientras pensaba en qué decir. Demasiado tarde. Además, Yunus no sabía mentir.

—Es un tatuaje, mamá.

—¿Un qué?

Hacia algún tiempo que sabía lo del tatuaje de Yunus e intervine para ayudarlo.

—No te preocupes, mamá, es...

Sin hacerme el menor caso, lo arrastró al baño, pese a las protestas de mi hermano. Le quitó el jersey, la camisa y los pantalones, lo dejó en calzoncillos y le metió la cabeza debajo de la ducha. Le frotó el cuello primero con las manos, después con la esponja.

—Para, mamá —chilló Yunus—. Me haces daño.

—Tendrías que haberlo pensado antes.

Detrás de mi madre, intenté mediar de nuevo.

—Es un tatuaje, mamá. No desaparecerá.

Me apartó de un manotazo, invadida por un impulso enloquecido, y siguió frotando.

—¿Cuánto hace que lo tienes? —preguntó.

Respondí por él.

—Meses —dije con un resentimiento del que no me sabía capaz—. Lo

habrías descubierto antes, si nos prestaras un poco más de atención.

—¿Qué quieres decir?

—Estás siempre distraída —exclamé—. Tienes la cabeza tan ocupada, que ya no hay lugar para nosotros. Ya no puedo tener una conversación normal contigo. Siempre estás con que no haga esto y no haga lo otro. Nada más.

—Eso no es verdad, Esmá —respondió con decisión, y siguió frotando el cuello de mi hermano. Minutos después, aceptó la derrota. Lanzó al suelo la esponja con los ojos encendidos y gritó—: Pero ¿por qué? ¿Por qué has decidido mancharte así?

—No lo he hecho —chilló Yunus entre lágrimas, goteando como un ratón mojado—. ¡Tú, sí! Te vi con un hombre por la calle. ¡Tú eres la que está manchada!

En cuanto pronunció esas palabras, Yunus se cubrió la boca con las manos. Miré a mi hermano horrorizada, y entonces me di cuenta de que ese era el secreto que había estado guardando. Él me devolvió la mirada, visiblemente arrepentido. Con timidez, me volví hacia mi madre. La expresión que descubrí en su rostro no se la había visto antes. Tenía los ojos vidriosos como canicas. Estaba llorando.

Un silencio se impuso entre los tres. En esa calma densa e incómoda, solo el agua se atrevió a moverse, a seguir goteando.

Esa noche en nuestra habitación, después de que Yunus me contara toda la historia, estuve dando vueltas y más vueltas en la cama, mientras las ideas me bullían en la cabeza. La habitación estaba a oscuras salvo por la luz plateada de la luna que se colaba por la ventana. Al cabo de unos minutos, le oí susurrar:

—Hermana, ¿estás dormida?

—No.

—Padre se fue... ¿Crees que mamá también se irá?

—No, tonto. No irá a ninguna parte, no te preocupes.

Extrañamente, no estaba enfadada con mi madre. Estaba molesta con ella por otras cosas, grandes y pequeñas; pero ahora que me daba cuenta de que tenía su propio mundo, o que intentaba construirse uno, contra todo pronóstico, algo en mí hizo que deseara protegerla. De súbito, a mis ojos se había convertido en el caracol del cuenco.

—Tenemos que asegurarnos de que Iskender no se entere de esto —añadí.

# Tinta sobre seda

Londres, noviembre de 1978

**E**ran las siete y media de la tarde. El fin de un día largo. Con el pelo recogido en un moño descuidado y un leve dolor de espalda, Pembe llevaba en pie desde primera hora de la mañana, pero no se sentía cansada. Le había dicho a Rita que se quedaría a limpiar, aunque en realidad no fuera su trabajo.

—Eres un ángel —dijo Rita, y la besó en las mejillas—. ¿Qué haría sin ti?

Aún no se lo había dicho. No sabía cómo comunicarle a su jefa que dejaba el trabajo. Mañana no volvería a Crystal Scissors. Ni al día siguiente. Le dejaría una nota. Era más fácil de ese modo. Se disculparía con la excusa de que no se encontraba bien y necesitaba tomarse un tiempo de descanso. Sin embargo, pensándolo mejor, decidió contarle la verdad, al menos hasta donde le fuera posible. Se lo debía a su amiga. Le diría que su hijo mayor no quería que siguiera trabajando.

Iskender era su hijo querido, un poco malhumorado a veces, un poco visceral, pero un buen chico. Tenía sus razones. De repente, la gente había empezado a murmurar. A sus espaldas, tras puertas cerradas, en tiendas, cafeterías, restaurantes de kebab, lavanderías y pescaderías, la gente comentaba que las cosas no eran como deberían ser en casa de los Toprak. Los rumores se extendían más rápido que la tinta sobre un retal de seda. Durante toda su vida, Pembe había limpiado manchas de ropa y alfombras, pero no conocía el remedio para esa clase de mancha. «Le escribiré a Rita, y lo entenderá, aunque no lo entienda».

La culpa era una sensación extraña. Empezaba con una única duda, diminuta como un piojo. Se asentaba en la piel, te chupaba la sangre y ponía huevos por todas partes. Últimamente se sentía culpable todo el tiempo. En el trabajo, en casa, mientras cocinaba, compraba o rezaba; incluso dormida la culpa infestaba su alma.

De pequeña, y en más de una ocasión, había tenido piojos. Pero la primera vez fue la peor. Siempre había creído que era su gemela quien se los pasaba, aunque Yamila sostenía lo contrario. Su madre las metía a ambas en una bañera de agua caliente durante horas y les frotaba la cabeza con una loción apesada que compraba a un curandero. Al final conseguía acabar con las liendres, pero el tratamiento casi mataba a las niñas.

Hacía más de una hora que todos se habían marchado: los clientes, la recepcionista y la manicura que venía dos veces por semana. Rita estaba pensando en contratar a un estilista, una palabra que a Pembe le parecía de lo más elegante. En Inglaterra, la gente adoraba las palabras elegantes. El nombre que ponían a las comidas no dejaba de asombrarla. «Pollo marinado con cuscús esponjoso de sabor intenso». Lo había visto en la carta de un restaurante de moda al que Elias la había llevado. La primera y única vez que habían salido a comer fuera. No se había sentido tan incómoda en toda su vida. Sabía que el hombre había intentado buscar un lugar en el que pudieran hablar sin que nadie los viera. Sin embargo, eso era imposible. No solo porque la gente estaba en todas partes, sino también por la antigua ley del universo: aquello que te esfuerces por evitar, seguro que terminas encontrándolo.

Durante el almuerzo comentó con Elias que, donde ella había nacido, la gente se burlaría al descubrir que a un invitado especial se le servía cuscús. Era un plato de campesinos. Y no porque su familia fuera rica, pero sabía diferenciar entre un plato de pobres y uno de ricos.

En Inglaterra, las cosas eran confusas. La palabra «cuscús», aunque común, se trataba con reverencia. Sin embargo, la palabra «vergüenza», aunque importante, se tomaba bastante a la ligera. Cuando la gente se sentía molesta por algo, por muy efímero o intrascendente que fuera, solía exclamar: «¡Qué vergüenza!».

Pembe le había contado todo eso a Elias para hacerlo reír, pero él se la había quedado mirando con cierta nostalgia, como hacía a veces, como si le

trajera a la memoria hechos más tristes y profundos.

—Entonces, si me invitaras a cenar, ¿no me servirías cuscús? —le había preguntado Elias con picardía.

—Por supuesto que no.

Pembe describió los platos que le prepararía. De primero, sopa, porque toda la comida sabía mejor en un estómago caliente. Sopa de yogur con estragón, menta y trigo turco, ensalada con melaza de granada, humus picante de pimiento rojo asado, pastelitos de lentejas, delicia del sultán y, como toque final, *baklava* casero.

—Me encantaría cocinar contigo en la misma cocina, en nuestra cocina —dijo Elias.

Aquel fue uno de los raros momentos en que hablaron de su futuro juntos y se permitieron pensar que tenían uno.

Un salón de belleza era un lugar donde cortarse el pelo y peinarse, pero, más allá de eso, era un lugar de palabras. La razón por la que las mujeres acudían tan a menudo no era porque tuvieran que cambiar de peinado con frecuencia. Muchas echaban en falta charlar; palabras que se asemejaban a un riachuelo serpenteante, satisfecho con el mero hecho de fluir. De vez en cuando, las clientas necesitaban que alguien las escuchara y las mimara, que las trataran, en realidad, como las princesas sobre las que habían leído en los cuentos.

Y aunque Pembe no era muy habladora, se le daba bien escuchar. Al haberse criado en una familia numerosa, había aprendido a poner primero a los demás, y escuchar le resultaba sencillo. Sus clientas le contaban sus deseos y frustraciones. Sabía los nombres de sus maridos, hijos, mascotas, e incluso los de sus vecinos molestos. Cuando hacían un comentario divertido, se reía en el momento oportuno. Cuando arremetían contra los políticos, torcía el gesto con ellas. Cuando le relataban una experiencia dolorosa, sus ojos se humedecían. Hacía todo eso con su vocabulario limitado. A veces se le escapaba el significado de alguna palabra, pero jamás su esencia.

El sol de la tarde se había puesto hacía rato y la calle estaba cambiando de aspecto. Las tiendas habían cerrado, el ruido de sus persianas de acero habían perforado el aire. La tienda que vendía saris de la India, la cafetería libanesa,

la carnicería *halal*, la tienda *hippy* que olía a incienso y a otras cosas, el supermercado del barrio que había empezado a vender pollos asados... La gente que trabajaba o compraba en esos lugares ya iba de camino a sus casas.

A las ocho y media, Pembe terminó de barrer el suelo, lavar los cepillos y las botellas de plástico en que mezclaban los tintes. Sus manos estaban tan acostumbradas a frotar, secar y abrillantar que si les diera la orden de no trabajar, no creía que la obedecieran. Cuando no quedaba más por hacer, descolgó el abrigo y el bolso y echó un último vistazo al salón.

—Adiós, secadores —murmuró—. Adiós, rulos, tijeras y decolorantes...

Se había prometido que no lloraría. Mordiéndose el interior de la mejilla, abrió la puerta y salió a la calle. Una pareja de mediana edad con aspecto achispado se besó mientras paseaba. Intentó no mirarlos, pero no pudo evitarlo. Llevaba ocho años en ese país y aún no se había acostumbrado a ver a la gente besándose en público. La mujer se dio cuenta de que la miraba y se separó de su amante con una risita, como si le divirtiera la timidez de Pembe.

Dándose prisa, Pembe cerró la puerta y metió la llave en el buzón de Rita. Se dio cuenta de que se le había olvidado dejarle una nota, pero pensó que tal vez fuera mejor de ese modo. No había necesidad de darle explicaciones y, aunque intentara hacerse entender, era probable que no lo consiguiera. Ahora tenía que encontrar a Elias y decirle que a partir de ese momento le sería más difícil quedar con él.

## El encuentro

Londres, 14 de noviembre de 1978

**E**se martes en la escuela, durante el descanso del almuerzo, Iskender parecía animado, como siempre. Gastaba bromas, se burlaba de sus amigos, se divertía. Se comió el pastel de carne mientras escuchaba la cháchara a su alrededor. Los chicos hablaban del partido del día siguiente. El Chelsea contra el Dinamo de Moscú.

De repente, Arshad se volvió hacia Iskender.

—Eh, ¿vas a darme ese pudin?

Iskender negó con la cabeza.

—Nn... ni... ni... haa... blar. Nn... ni... lo... sue... sue... ñes.

La conversación cesó de golpe cuando todos lo miraron fijamente. Jamás lo habían visto tartamudear. Ni sonrojarse. El momento pasó y siguieron charlando, pero el malestar de Iskender permaneció.

En clase, mantuvo la mirada clavada en el cuello del compañero sentado delante de él, inmóvil. Se quedó así hasta que un papel arrugado aterrizó encima de su pupitre. Lo cogió y lo abrió. Era de Katie.

*Maggie, Christine, Hilary. Y si es niño Tom.*

A continuación, le llegó una segunda bola de papel en la que le preguntaba si estaba bien. Iskender garabateó un mensaje breve para mitigar su curiosidad y se lo lanzó. En cuanto terminó la clase, se llevó la mochila al hombro y salió

del aula, si bien sabía que tendría problemas por marcharse sin permiso. Después de caminar sin rumbo durante un rato, sintiéndose pequeño y con el convencimiento de estar llamando la atención, vestido de uniforme y por la calle en horario escolar, se dirigió a la parada del autobús.

Cuando subió al bus, avanzó por el pasillo sin prestar atención a lo que le rodeaba. El ambiente cargado y ligeramente fétido se le clavó como una astilla de tristeza. La gente estaba apiñada en grupos, aunque había asientos libres en el centro. De inmediato entendió la razón. Allí sentado, hablando consigo mismo, había un vagabundo, un chiflado. Con la cara sucia, sin afeitar y los ojos rojos, se había quitado las botas y se masajeaba las plantas de los pies, sucios y callosos, como si fueran lo más valioso del mundo. Un olor a basura caliente impregnó el ambiente.

En un impulso, Iskender se acercó al hombre y se sentó junto a él. El vagabundo observó a su acompañante con gesto divertido, como si se preguntara qué le pasaba. Iskender se fijó en que algunas personas también lo miraban. No le importaba. Ahora que había empezado a tartamudear, también él se sentía un poco loco.

Cuando el autobús tomó lentamente una curva, Iskender se vio reflejado en la ventana del lado contrario, y se descubrió el rostro pálido y huesudo. Si bien acababa de cumplir los dieciséis, parecía mayor. Recordó un cómic que había leído en el que un detective solía encontrarse con su «yo» del futuro. Tal vez fuera eso lo que él estaba viendo: un Iskender aún por llegar.

Volvió a pensar en su tartamudeo. Se preguntó si habría cogido un virus. Su madre sabría qué hacer; le prepararía una infusión que le calmara la garganta y le soltara la lengua. Si su madre no lo lograra, le escribiría a su tía Yamila. ¿Acaso su madre no presumía siempre de que su gemela conocía el lenguaje secreto de las plantas? Iskender se reclinó en el asiento, convencido de que se curaría. El amor que sentía por su madre lo reconfortó. El tío Tariq no decía más que gilipolleces. Cuánto le gustaría encontrar una máquina del tiempo y volver a su niñez. Antes de Yunus. Antes de Esmá. Cuando solo existían él y su madre, envueltos en un amor perfecto.

Esos eran sus pensamientos cuando el autobús llegó a London Fields.

—Parece que alguien tiene prisa —anunció el vagabundo en tono alegre a los pasajeros del autobús, como si fueran sus amigos.

Iskender sintió la necesidad de decir algo y, como no pudo, asintió.

—¡Hale, hale! No hagas esperar a mamá.

Al oír esas palabras, Iskender tuvo un escalofrío. Mientras caminaba bajo la luz de sol, la risa del hombre seguía resonándole en los oídos. Eran las tres y media cuando llegó a su casa de Lavender Grove y llamó al timbre.

Elias estaba sentado a solas en el salón, en penumbra por las cortinas a medio correr, cuando oyó pasos en la puerta.

—Quiero saber dónde vives —le había dicho la semana anterior, consciente de que estaba traspasando un límite.

—¿Por qué?

—Cariño, tú sabes dónde vivo, conoces mi casa, mis plantas, mi trabajo, pero sigues siendo un misterio para mí. Cuando estés en casa, lejos de mí, quiero imaginar qué estás haciendo. Necesito imágenes mentales, eso es todo.

—¿Una foto? —preguntó Pembe en tono desamparado.

—Sí, bueno, no exactamente una foto. Quiero decir que me gustaría ir a verte... y bastará con unos minutos. Nada más. Entraré y saldré como un gato. Nadie se enterará. Solo una vez. ¿Te parece bien?

Pembe se mordió el interior de la mejilla y susurró:

—Pero solo unos minutos. Después te vas.

Esa tarde, cuando los niños estaban en la escuela, Elias entró en la casa de Lavender Grove. En cuanto cruzó el umbral, lamentó su idea. Se dio cuenta de que Pembe no quería que estuviera allí. Si había accedido, había sido para complacerlo. Estaba tan tensa que el menor ruido le provocaba un estado de pánico. Elias se sintió fatal, no solo por estar allí, sino también por formar parte de su vida y causarle tanta preocupación. Deseaba que su amor creara maravillas, aunque tal vez solo provocara problemas. A fin de no incomodarla aún más, Elias no se quitó el abrigo, listo para marcharse en cuanto ella se lo pidiera.

Sin embargo, esa casa le daba una visión de la intimidad de su amada, que él tanto anhelaba. Ese lugar oscuro y pequeño en el que Pembe pasaba tanto tiempo a solas, era la razón por la que la mujer parecía una bailarina solitaria en una caja de música. Se fijó en los tapetes de encaje sobre la mesita,

estantes y sillones; las piezas de ganchillo, los pimientos y berenjenas deshidratadas que había colgado en una cuerda junto a la ventana para preparar *dolma*, y sus zapatillas moradas con pompones. Se empapó de los detalles, los colores. Toda la casa estaba envuelta en olores contrastados: pasteles caseros, ropa recién lavada, un toque de canela y agua de rosas. Todo eso resultaba nuevo para Elias, pero a la vez era tan similar a la vida que su familia había dejado atrás en el Líbano, que se le humedecieron los ojos.

Cuando era pequeño, pasó un verano en Beirut con sus abuelos, paseando por la arena, cálida y generosa, junto al suave vaivén del mar. Una vez, después de una tormenta, había encontrado multitud de criaturas arrastradas desde las profundidades. Se sorprendió al ver a esos organismos peculiares tan fuera de lugar. A lo largo de los años, durante sus épocas de trabajo en ciudades occidentales, al observar las vidas de las primeras generaciones de inmigrantes, solía recordar esa escena. También ellos habían sido arrastrados de su medio natural. En el nuevo entorno, les costaba respirar, se volvían vulnerables, y esperaban que el océano los devolviera a su lugar, o que la playa se tragara su desasosiego y los ayudara a integrarse. Elias entendía esa sensación, pues siempre se había tenido por un hombre que vivía en la orilla de otras culturas. Sin embargo, se diferenciaba de ellos en un aspecto fundamental. Elias podía sobrevivir en cualquier sitio, pues no se sentía vinculado a ninguna porción de tierra en concreto.

Dirigiéndose hacia la puerta, le agradeció a Pembe que le hubiera permitido entrar y se disculpó por la angustia que le había provocado. La mujer parecía aliviada y triste a la vez por su marcha.

—Quédate —le pidió en voz baja—. Toma un té, y después te vas.

—¿Estás segura?

En la mesa había un samovar de bronce, del que salían bocanadas de humo. A Pembe le temblaban tanto las manos que al servir un vaso se vertió un poco de té hirviendo en la blusa roja.

—¡Oh, no! —exclamó Elias—. ¿Te has quemado?

Intentando mantener la blusa lo más alejada posible de la piel, negó con la cabeza.

—Está bien. Tú bebe. Voy a cambiarme.

Elias accedió y esperó. Apenas se había terminado el té cuando alguien

llamó a la puerta; un timbrazo breve, seguido de otro, largo e insistente. El hombre sintió que se le tensaba el cuello y se le agarrotaban los dedos alrededor del vaso.

Pembe salió corriendo del dormitorio, con la blusa blanca mal abotonada, y lo miró horrorizada. Sus hijos aún tardarían dos horas y media en volver. Sus vecinos estaban trabajando y no solían pasar a visitarla. Elias le indicó que se ocultaría, aunque no sabía dónde. Intercambiaron susurros. Acto seguido, se escondió debajo de la mesa, como si estuviera inmerso en una pesadilla, incapaz de creer lo que sucedía.

Un momento después, una llave se introdujo en la cerradura. Pembe palideció. Ya sabía quién estaba en la puerta. Solo una persona tenía su propia llave.

# El manto de calma

Londres, 1 de diciembre de 1978

Elias estaba regando su planta de aire cuando se enteró del asesinato. Las plantas epifitas eran organismos peculiares, el enigma del mundo vegetal. Absorbían la humedad a través de los poros de las hojas y sobrevivían sin raíces que les transportaran los nutrientes necesarios. En lugar de enraizar en el suelo, como el resto de plantas, crecían sobre la superficie de otras, casi en el aire, como nómadas. Elias tenía su *Tillandsia* en una caracola que adornaba la encimera de la cocina. En verano, cuando el ambiente de la casa era demasiado seco, sumergía la planta en agua cada diez días: el baño. Sin embargo, ahora, en invierno, le bastaba con pulverizarla cada cuatro semanas: la ducha.

Tan absorto estaba en su labor, que no oyó el primer golpe en la puerta. El timbre no funcionaba desde el último corte de electricidad, y no había tenido tiempo de repararlo. Al cabo de unos segundos llegó el segundo golpe, más fuerte. Preguntándose quién podría ser a esas horas de la mañana, devolvió la planta a su sitio y se secó las manos con una toalla.

Pembe había estado en su piso en cuatro ocasiones, siempre tímida y con prisa, como un pájaro apoyado en una rama antes de reunir las fuerzas necesarias para echar a volar. Silenciosa y observadora, se había sentado en su sofá de cuero, y la gata se había acurrucado en su regazo. Lo había observado mientras trabajaba en la cocina y escuchado su chachara. Su sonrisa era auténtica, tanto como la inquietud en su mirada.

Desde el principio, Elias la había considerado un manojo de

contradicciones. Ahora sabía lo retraída que era, casi frágil, y aun así, debajo ocultaba una capa resistente; una hebra de coraje, de tenacidad casi audaz, que dejaba entrar y salir de vez en cuando. Los hilos estaban enmarañados. En su mirada descubrió la luz de estrellas que había conocido en los ojos de su madre y que jamás había visto en nadie más. Sin embargo, Pembe estaba ensombrecida por una melancolía permanente y, en parte, era ese dolor inexplicable el que lo había atraído hacia ella.

Desde el día que se habían dado la mano en el cine viendo *El chico*, había deseado hacerle el amor. Había deseado un momento de intimidad con ella, lejos de todas las miradas, liberados de la prisa, la culpa y el miedo que Pembe arrastraba consigo a todas partes. Sin embargo, las veces que Pembe había acudido a su casa, una extraña sensación de comedimiento se había apoderado de él, un autocontrol del que no se sabía capaz.

Lo que de verdad deseaba era descifrar el enigma que era Pembe. Pero, aún más que eso, lo que quería era hacerla feliz. Sonaba altruista, casi noble, pero ahora era consciente de que, en esencia, era una aspiración egoísta. Aspiraba a que su amor actuara como una varita mágica y transformara lo que tocaba. Si la amaba con la pureza e intensidad suficientes, convertiría a Cenicienta en una princesa: hermosa, feliz e incandescente. Era ese deseo de convertirla en una mujer más ligera, más libre, lo que a la vez le intrigaba y le apasionaba.

En algunos aspectos, se comportaba como una joven doncella. Le daba la mano, permitía que le robara besos, le apoyaba la cabeza en el pecho y se recreaba en el calor de su cuerpo contra el suyo, pero jamás se atrevió a ir más allá. Elias había intuido enseguida que cualquier intento por cruzar esa línea habría hecho que se sintiera incómoda y sumamente culpable. Tal y como estaban las cosas, Pembe ya se sentía avergonzada: era una mujer casada, con tres hijos, que se veía de manera clandestina con un hombre mayor. Alguna vez le había confesado que le gustaría divorciarse, y que era probable que su marido también lo quisiera, pero no quería hacer daño a sus hijos, en particular al menor, que era todavía muy pequeño. El hecho de no tener acceso a su cuerpo, lejos de enfriar la relación, los había unido aún más. Y, para su propia sorpresa, Elias la había aceptado tal y como era.

De súbito, el sexo se convirtió en un postre al final de una larga comida.

Delicioso y exquisito, sin duda, pero no el plato principal, y en absoluto imprescindible. Ahora aún estaban en los entrantes. Elias no sabía cuánto tiempo seguirían de ese modo y no tenía prisa por averiguarlo. Había algo extrañamente atractivo en prescindir del sexo. Se burlaba de sí mismo por haber hecho tal descubrimiento a su edad, justo cuando creía que era demasiado mayor para descubrir nada nuevo.

—Dios nos está poniendo a prueba —comentó Pembe una vez—. ¿Crees que la pasaremos?

—No me interesan las pruebas de Dios. Quiero enfrentarme a mis propios retos.

A Pembe no le gustaba oírle hablar de ese modo. Quería que ambos tuvieran esperanza y fe, rasgos que él había perdido hacía mucho tiempo, si es que alguna vez los había tenido. Desde joven, había salido adelante sin tener que recurrir a una fuerza superior, y era consecuente con sus pecados, si podían llamarse así. Sin embargo, Elias había decidido no comentar sus argumentos para el agnosticismo. No quería romper el corazón de Pembe... o el de su Dios.

No obstante, en lo más profundo de su alma, Elias estaba seguro de que algún día, tal vez no muy lejano, sus dedos volverían a encontrarse, como por un impulso propio, y eso supondría el inicio de una nueva etapa en sus vidas. Entonces podrían mirarse a los ojos, convencidos y llenos de vida, cómodos en su desnudez. Sin más reparos. Sin vergüenza. El amor sería suficiente, y todo lo demás llegaría de manera natural. Pembe se entregaría a él, libre y liberada. Él la ayudaría a educar a sus hijos, estaría presente cuando lo necesitaran. Amaría y sería amado, y el vacío de su alma se llenaría al fin.

Ahora, mientras se dirigía a la puerta, Elias no pudo evitar preguntarse si sería Pembe quien había ido a visitarlo. No solía aparecer sin avisar, pero tal vez hubiera decidido sorprenderlo. Sin embargo, al abrir la puerta, lamentó ver a una desconocida. Una adolescente. Con vaqueros acampanados, una camiseta rojiza de mangas anchas y un pañuelo de seda color crema alrededor del cuello. De cabello rizado, peinado con raya en medio, frente ancha y mentón prominente.

—Estoy buscando a Elias —anunció la chica.

—Soy yo, ¿en qué puedo ayudarte? —respondió con una sonrisa cautelosa.

—Entonces, ¿fuiste tú? —La pregunta resultó tan inesperada y sonó tan amenazante que Elias no pudo disimular su inquietud. A continuación, agregó —: Mi madre...

—¿Cómo dices?

La joven alzó la cabeza, sin mirarlo directamente, consciente de que la estaba examinando.

—Mi madre está muerta.

A continuación se volvió, dispuesta a marcharse. Elias la agarró por el codo, con fuerza excesiva, presa del pánico.

—¿De qué estás hablando? ¿Quién eres? —preguntó con la voz entrecortada, y acto seguido añadió—: ¿Quién es tu madre?

Solo entonces se dio cuenta de que la joven había llorado.

—¿No sabes de quién te hablo? —preguntó en tono de reproche.

Elias empezaba a entender.

—Yo... No lo entiendo. Pero... ¿Cuándo? ¿Cómo?

—Mi hermano la ha apuñalado, por vuestra relación.

Elias abrió los ojos y palideció. Su corazón tuvo que volver a latir en silencio antes de recibir lo que su mente ya había procesado. Soltó el brazo de la joven y se apoyó contra pared.

—Solo nos has traído vergüenza. Espero que estés satisfecho.

Elias se dio cuenta de lo mucho que esa chica había querido a su madre, y de lo mucho que la había envidiado, detestado y poseído, todo al mismo tiempo. Sin embargo, no tenía palabras de consuelo, ni para ella ni para sí mismo. Abrió y cerró la boca, como un pez en una pecera.

—No queremos verte más. No vayas a su entierro y no intentes ponerte en contacto con nosotros. Déjanos en paz, ¿lo has entendido?

La pregunta fue demasiado dolorosa para dejarla sin respuesta. Elias asintió con la cabeza.

—Sí —dijo—. Sí.

La observó mientras bajaba a toda prisa los escalones, sin volverse para mirarlo. Una parte de él se negaba a creer sus palabras. «Debe de haberse inventado una mentira horrible con la esperanza de salvar el matrimonio de sus padres». Los niños hacían cosas así todo el tiempo. No tenía de qué preocuparse. En cuestión de horas, todo quedaría aclarado.

Se inventó una excusa para no ir a trabajar y Elias permaneció en su piso toda la tarde, esperando que Pembe llegara a consolarlo. Bebió más de la cuenta, durmió mal y se despertó con sabor a óxido en la boca. Lo primero que hizo por la mañana fue comprar el periódico. Ahí estaba. En portada. «Un joven asesina a su madre por honor». Parpadeó al leer las palabras; las reconocía, las entendía, pero se negaba a aceptar el significado que tenían unas tras otras.

Elias notó por primera vez que un adolescente lo seguía cuando se encontraba en la tienda de comestibles hindú de su barrio, comprando encurtidos de mango. Picantes y sabrosos, combinaban con multitud de platos, y Elias pensaba servirlos con conejo marinado. Al alcanzar un bote, notó la extraña sensación de incomodidad de sentirse observado. De manera instintiva, volvió la cabeza y vio al chico en el exterior de la tienda, mirándolo fijamente por encima de una montaña de latas y cajas. Tenía una expresión de antipatía mezclada con algo similar a la curiosidad. Una llama de interés le encendía la mirada, como una chispa que saltara de un montón de ascuas.

Elias salió de la tienda mirando a izquierda y derecha, decidido a hablar con el joven. Sin embargo, una vez en la calle, no encontró a nadie. Debía de estar buscando a otra persona, se dijo. Sería mejor que no se obsesionara. Elias decidió aferrarse a esa creencia, si bien había reconocido en él al joven que se le había acercado en el cine para pedirle fuego, y que tanto se parecía a Pembe. Dos días después volvió a verlo, fumando delante de Cleo's. Aquella noche, cuando salió de trabajar preparado para lo peor, el chico había vuelto a desaparecer.

Y así siguió sucediendo. Durante las semanas siguientes, el chico siguió a Elias a diferentes horas del día, apareciendo y esfumándose, como un fantasma desorientado. Nunca intentó esconderse, aunque se mantenía a una distancia prudencial por si tenía que salir corriendo. Elias jamás mencionó esos encuentros a Pembe, lo cual, ahora lo sabía, había sido un grave error.

En varias ocasiones Elias sintió la tentación de acudir al hospital más cercano

a la casa de Pembe, o al depósito de cadáveres, pero la idea de lo que podía suceder si se encontrara con sus familiares o vecinos se lo impedía. Deseaba volver a hablar a solas con su hija, pero aunque fuera capaz de encontrar las palabras adecuadas, dudaba que fueran bien recibidas. La joven se lo había dejado muy claro. Pensó en acudir a la policía, pero creía que no tenía nada que contarles.

Pasó los días siguientes encerrado en su cocina la mayor parte del tiempo, sin cambiarse de ropa, con el pelo sucio, totalmente abatido. Preparó salsas y sopas de color rojo intenso, naranja vivo y blanco lechoso, que no se servirían a nadie. En su interior, la ira, el autorreproche y el dolor formaban una mezcla particular. Era culpa suya que los hechos hubieran llegado a ese punto; él era el único culpable. ¿Cómo era posible que no lo hubiera visto venir? ¿Cómo había sido tan ingenuo?

Los periódicos publicaron que Iskender Toprak, el principal sospechoso, andaba suelto. Elias esperaba que apareciera en su puerta, deseoso de enfrentarse con él. Sin embargo, en lugar de Iskender, apareció Scotland Yard. Le hicieron multitud de preguntas. Tomaron fotografías de su casa, recopilaron información detallada acerca de su trabajo, lo interrogaron sin fin sobre «su relación con la fallecida».

Cuando por fin se marcharon, Elias corrió las cortinas y encendió una vela, que observó consumirse hasta el final. Entretanto, puso un disco de Fairuz, y su poderosa voz penetró hasta el último rincón del piso, cambiando el aire como una ráfaga de viento. Cuando sonó «Sakan al-Layl», el hombre rompió a llorar.

«La noche está en calma, y en ese manto de calma hay sueños ocultos...».

Durante todos esos años, se había engañado pensando que no podía pasar un día sin ir a Cleo's; su respuesta al agotamiento de trabajar demasiado siempre había sido trabajar aún más. Sin embargo, durante las tres semanas siguientes, se encerró en su piso y apenas salió de él. Sus empleados le llamaban por teléfono y le preguntaban cuándo regresaría. Cuando percibieron la profundidad de su dolor, aunque desconocieran la causa, insistieron para que se tomara un descanso. Un mes después, Elias puso al segundo jefe de cocina al frente del restaurante. Una vez liberado de sus obligaciones, se dejó arrastrar a un estado de ensoñación en el que, para su sorpresa, incluso las

cosas urgentes dejaron de serlo.

A principios de 1979, después de declarar en el juicio y sin nada más que aclarar, demostrar ni confesar, hizo algo que jamás pensó que haría. Llenó dos maletas y repartió el resto de sus pertenencias entre sus empleados. La vieja gata persa se la dejó a Annabel, que estuvo encantada de recuperarla. Después compró un billete solo de ida, y regresó a Montreal.

# El reloj

Abu Dabi, marzo de 1982

Una mañana, poco después del amanecer, Adem se dirigió a la obra donde trabajaba. El vigilante nocturno, un paquistaní fornido de grandes ojos negros, se sorprendió al verlo, pero también se alegró de tener compañía.

—Llegas temprano —comentó el vigilante.

—No podía dormir.

El hombre sonrió con complicidad y respondió:

—Echas de menos mujer. Envíale dinero. Si tu mujer feliz, tú feliz.

Adem trató de pensar en una respuesta que mostrara conformidad con el comentario sin ofender la memoria de Pembe. Lo único que se le ocurrió fue asentir brevemente con la cabeza. Observó los ojos del hombre brillar como joyas oscuras y se preguntó si sería verdad que unas gotas de limón en los ojos los volvían más brillantes.

Adem se llevó un cigarrillo a los labios y le ofreció uno al vigilante. Durante un rato fumaron en silencio, cada uno inmerso en sus pensamientos. Adem recordó la época en que, siendo joven, en Estambul, recogía colillas del suelo para darles una última calada. Una vez encontró medio cigarrillo manchado de carmín. El descubrimiento le llamó la atención en dos sentidos: le sorprendió que alguien hubiera tirado un cigarrillo a medio fumar, y que una mujer pudiera fumar por la calle.

Al llegar a Londres, se acostumbró a ver mujeres fumando en público, y la primera vez que Roxana compartió un cigarrillo con él lo vivió como un

momento de placentera intimidad.

—Toma, quédatelo —dijo Adem, ofreciéndole el paquete casi lleno.

—¿Me lo das? —preguntó el hombre.

—Sí, un regalo para mi hermano.

El vigilante sonrió, mostrándole unos dientes blancos como la leche.

Tal vez esa blancura también fuera cosa del limón, se dijo Adem. Lástima no haberlo probado. Los ingleses tenían unos dientes poco impresionantes. Debería haberles hablado del zumo de limón.

De repente, oyó un aleteo de cientos de alas, como si una bandada de aves migratorias pasara sobre él de golpe. Era posible que hubieran llegado hasta allí desde Estambul. O tal vez procedieran de Londres y las hubieran visto también sus hijos: Esma, al salir de una librería, con sus nuevas adquisiciones, o Yunus, haciendo grafitis en los muros con esos amigos punkis que tenía, o Iskender, en la cárcel, mirando por una ventana de prisión y viendo la lluvia caer en el patio... Pero no, aún le resultaba doloroso pensar en su hijo mayor y en el espantoso lugar en que había terminado. Adem se sentía culpable. Se hacía responsable, no tanto por lo que había hecho, sino por todo lo que no había sido capaz de hacer. Cayó en la cuenta de que había faltado a la vida, de que había estado ausente, temeroso de que se lo tragara la tierra.

Al sentirse observado por el paquistaní, Adem forzó una sonrisa. El rostro del vigilante desprendía una extraña inocencia, característica que no había encontrado en mucho tiempo, y se sentía cercano a ese hombre, como si compartieran una carencia. Si se hubieran conocido en otro momento, Adem se habría interesado por su historia. Le habría gustado ver las fotografías de su mujer y sus hijos, pues daba la impresión de ser la clase de hombre que llevaba las fotografías de su familia a todas partes, incluso a la caseta donde vigilaba a solas durante la noche.

Quizá también él le hubiera mostrado las fotografías de sus hijos: Iskender y Esma sosteniendo en brazos a Yunus, medio orgullosos y medio perplejos, durante sus primeros años en Inglaterra, vestidos con ropa algo desgastada, pero en proceso de adaptarse al nuevo país. Adem también tenía una foto de Pembe, que le tomó el día que se marcharon de Estambul, pero no permitiría que la viera nadie, ni siquiera él la miraba.

Poniéndose en pie, señaló la obra y dijo:

—Si no te importa, voy a pensar un rato en mis cosas.

El vigilante se encogió de hombros.

—Vale, pero no des muchas vueltas a cosas. No es bueno para cerebro.

Adem avanzó sobre el camino de gravilla. Cuando se disponía a entrar en el edificio, casi espectral bajo el azul metálico de la luz matinal, el vigilante llegó corriendo hasta él, agitando un objeto amarillo en la mano.

—Eh, espera. Te has olvidado casco.

—Ah, sí, el casco. Gracias, hermano.

Se lo puso, bromeó al dedicarle un saludo militar, y entró en el edificio.

Cuando Adem tenía ocho años —o nueve, nunca lo recordaba con exactitud—, su madre se lo llevó a pasear, los dos solos. Se sintió un privilegiado, pues la mujer lo había elegido a él para acompañarla, y no a alguno de sus hermanos.

Caminaron de la mano. Era un día radiante de otoño, pero parecía primavera. Tomaron un *dolmush* hasta la estación de trenes. Al niño le fascinaban los trenes: el olor, el ruido, la grandiosidad. Allí había un hombre esperándolos, fumando detrás de una columna, medio escondido. Se había engrasado el oscuro pelo, lo que le resaltaba la frente ancha y las pobladas cejas, y estaba fumando un cigarrillo. ¿Cuánto tiempo llevaba allí de pie? ¿Cómo se llamaba? ¿De qué conocía a su madre? Jamás descubrió las respuestas.

Cuando el hombre vio a la mujer, esbozó una sonrisa lenta y segura..., hasta que vio al niño.

—El niño...

—No podía dejarlo. Por favor.

—Ya hemos hablado de esto, Aisha. Te lo dije.

Parecía asqueado y que tuviera prisa. Sus ojos miraban alternativamente a la mujer y al tren, y al tren y a la enorme esfera del reloj.

—Es mi hijo pequeño —anunció en tono inexpresivo—. Necesita una madre.

El hombre lanzó el cigarrillo al suelo y lo pisó, como si aplastara una cucaracha. A continuación, levantó la cabeza y miró a la mujer a los ojos.

—Ya te lo dije, no pienso criar al hijo de otro hombre. Déjalo con su

padre. Será lo mejor para todos.

Con suavidad, la mujer apoyó una mano en el hombro de su hijo.

—Cariño, ve a preguntarle a alguien la hora.

—¿Qué? Pero...

—He dicho que vayas —repitió Aisha.

Cuando el niño volvió con la información de que eran las once y veinte, encontró al hombre despotricando y a su madre mirándose los pies, sin decir palabra.

—No podremos coger el tren siguiente —señaló el hombre—. Hay otro a las tres. Ven entonces. Y sola.

Adem y su madre se dieron de nuevo la mano. Salieron de la estación con paso rápido y caminaron bajo una llovizna tan fina que no les hizo falta refugiarse. Compraron dos *simit* a un vendedor callejero y se sentaron en las escaleras. El niño compartió la mitad de su *simit* con las palomas, mientras su madre las observaba con la mirada perdida.

—¿Quién era ese hombre, mamá?

—Solo un amigo.

—No me gusta —dijo, con los labios temblorosos. Aún no había decidido si romper a llorar.

Aisha se acercó a él y le alborotó el pelo.

—A mí tampoco me gusta mucho —respondió.

Pese al alivio, el niño sabía que algo iba mal. Tan mal, que su madre ni siquiera le regañó cuando corrió en círculos para asustar a las palomas, sudando bajo la gruesa chaqueta. Cuando se metió en los charcos turbios y los zapatos chirriaron al entrarles agua y los dedos comenzaron a helársele, su madre permaneció en silencio.

—Quiero ir contigo.

—¿Ah, sí?

—Sí, mamá. Quiero ir contigo. ¿Me lo prometes?

De repente, Aisha adoptó una expresión seria.

—Sí, amorcito —respondió la mujer.

—No —corrigió el niño—. Tienes que decir «mi gran amor».

Adem subió al montacargas y pulsó el botón superior: veintidós. Una vez allí, tenía que seguir por las escaleras hasta el piso veintisiete. Desde esa planta ya no podía subir más alto, pues apenas había un armazón, tan solo un esqueleto de barras de hierro. Cuando estuviera terminado, sería uno de los edificios más altos de Abu Dabi.

Al llegar arriba, empujó un saco de cemento hacia el borde y se sentó en él; tenía la boca seca y las manos le temblaban como llevaban haciéndolo en los últimos tiempos. Las vistas eran perfectas, bañadas en luz. Mejores que las que tenían los ricos desde sus áticos y elegantes oficinas. Frente a él, en diagonal, se alzaba un famoso hotel con balcones ornamentados y una fachada elaborada. Durante un segundo imaginó que alguien lo miraba, una sensación que desapareció tan rápidamente como había llegado.

Allí sentado, observando el desplazamiento de las nubes, con las piernas colgando del armazón, intentó adivinar la primera vez que su *baba* habría oído los rumores que corrían sobre su madre. Aunque resultara extraño, no lograba recordar ninguna escena de su niñez en la que fuera evidente que su padre lo sabía. Tampoco se le ocurría quién podría haber ensuciado el nombre de Aisha, si bien sabía que unos cuantos lo habían hecho. ¿Sería un vecino? ¿Tal vez el carnicero de la esquina, que lo dejó caer mientras preparaba chuletas de cordero? ¿O quizá un desconocido, sentado junto a él en la tetería, fingiendo ser su amigo mientras su boca escupía rencor y calumnias? Las insinuaciones eran más rápidas que la luz. «Mira que hacerle algo así a un buen hombre como tú», le decían, ofreciéndole un consuelo falso, alegrándose por la desgracia de otros.

La historia se había repetido años después, generaciones después. Hacía poco, había llegado un obrero turco que conocía el crimen de Iskender y las razones que lo habían motivado. Si el hombre se iba de la lengua, y Adem estaba seguro de que lo haría, la noticia se extendería hasta allí. En los ojos de sus compañeros, vería el brillo siniestro que reconocía tan bien: una mezcla de pena, escarnio y curiosidad. Pero no le importaba. Adem había decidido que, a partir de ese momento, ya nada le importaba. No era más que una sombra del hombre que había sido, y nadie podía hacerle daño a una sombra.

A lo lejos, el horizonte estaba cubierto por una franja de luz naranja rojiza, intensa y deslumbrante. Bajo esa neblina resplandeciente el mundo parecía extrañamente sabio y en calma. Adem se quedó admirando el amanecer, los edificios lejanos encendidos y recortados contra el plácido paisaje. Parecía que el cielo se hubiera abierto para descubrir otro universo, y que todos y todo estuviera pintado con el pincel de Dios.

Aquella tarde, a las tres, la madre de Adem no volvió a la estación. En lugar de eso, tomó a su hijo de la mano y juntos se dirigieron a las afueras de la ciudad. Subieron una colina luchando contra el viento, sin prestar atención a las señales que encontraban por el camino, en las que se leía «PROHIBIDO EL PASO». Estaba prohibido acercarse tanto a la presa, pero ellos siguieron caminando. Nadie lo vio, nadie intentó detenerlos. Se sentaron en el muro de contención y observaron las aguas, brillando misteriosas a sus pies.

—Lo ves, no pienso dejarte —dijo Aisha—. ¿Estás contento?

El niño respondió que sí, pero le castañeteaban los dientes y tenía los labios de un tono azul pálido, si bien no hacía tanto frío. Llevaba un pañuelo en la mano, que retorció una y otra vez hasta formar un nudo que no logró deshacer.

—Vamos a casa —rogó casi sin aliento—. Quiero irme.

—¿Qué hay en casa? —espetó la mujer. Su voz, pesada como el aire húmedo, era la de una extraña. Acto seguido, como avergonzada por su reacción, se llevó un dedo a los labios y añadió, con suavidad—: Chist.

Como si el mundo hubiera escuchado su petición, se hizo un silencio. Las cigarras de los árboles, los grillos del campo, los camiones en la alejada carretera, e incluso Estambul, con su permanente murmullo y rumor... El mundo se detuvo. Todo y todos se sometieron a su deseo. Era un juego. Adem se sintió especial, un niño grande. Su madre estaba compartiendo un secreto no con sus otros hijos, sino solo con él.

—Mamá...

—¿Hmmm?

—¿Adónde vamos?

—Cariño, ya hemos hablado de esto.

—No me acuerdo.

—Vamos a un lugar precioso donde hay un montón de manzanas de

caramelo.

—Pero si como muchas se me caerán los dientes.

—No te preocupes, puedes comer todas las que quieras.

Adem intentó demostrar una pizca de alegría, pero su mirada seguía desconcertada, angustiada. No le gustó el cambio de tono. Las madres debían enfadarse y reñir, y los dulces estropeaban los dientes y daban dolor de barriga. En los últimos tiempos, tenía la sensación de que nadie cumplía con su deber.

Aisha suspiró al notar la inquietud de su hijo, del mismo modo que una lechuza percibe el más mínimo movimiento en la oscuridad. Con la mirada en el suelo, dijo:

—En el lugar al que vamos nadie se pone enfermo. No les pasará nada a tus dientes, y a mí ya no me dolerá más la cabeza. ¿No es estupendo?

«Entonces, ¿por qué lloras?», quiso preguntarle, pero no pudo. La calidez tenue y cosquillosa de su abrazo era a la vez tierna y punzante. Al devolverle el abrazo, el niño notó el calor del sol en su cuerpo. El aliento de la mujer, por debajo del olor cálido y dulce habitual, tenía el matiz amargo de lo que está podrido. Le acarició un moretón en la mejilla derecha, justo debajo del ojo, que apenas era visible cuando habían salido de casa. Sin embargo, el maquillaje se le había corrido, y la marca mostraba toda su fealdad verde azulada, más oscura hacia el centro.

Atenazado por un miedo que no había experimentado antes, Adem se aferró a la mano de su madre, los dedos fríos y pálidos contra la piel de la mujer. Juntos se acercaron al borde, arrastrando sus sombras tras ellos. Los labios de ella no dejaban de moverse, y el niño supo que estaba rezando. Cuando empezó a inclinarse hacia delante, dispuesta a llevárselo de la mano, Adem se asustó y, de manera instintiva, se hizo a un lado. Sus manos resbalaron y se separaron con la misma rapidez con que un puñal sale de su funda. Ese movimiento repentino creó una confusión inmediata e hizo que la mujer perdiera el equilibrio, pero no la determinación. Aisha cayó, pero en lugar de precipitarse a las aguas, chocó contra un lado y rodó por la pendiente. Descendió unos metros, las ortigas y las piedras le provocaron cortes en el rostro y le partieron el labio inferior.

—Mamá, ¿estás bien? —gritó Adem desde arriba.

Estaba bien, y al mismo tiempo no lo estaba. Ese día volvieron a casa y nunca dijeron una palabra a nadie.

Dos años después, incapaz de soportar la situación, Aisha los abandonó. Desapareció una mañana; su abrigo no estaba en la percha, y debajo de la cama faltaba una vieja maleta. Adem se negó a creer que se hubiera marchado sin él y, para asegurarse de que no era así, abrió el cajón de su tocador varias veces al día, y comprobaba que estuvieran el espejo y el cepillo de plata. Mientras siguieran allí, su madre volvería. Cuando la gente chismorreaba — dentro y fuera de casa—, él escuchaba los comentarios feos que hacían, pero jamás le contó a nadie, y especialmente a su Baba (el Ebrio), que había intentado suicidarse y arrastrarlo con ella. Tampoco comentó nada sobre el hombre que había visto en la estación: el hombre con el que, ahora lo entendía, se había marchado.

La noche anterior, en el piso oscuro en el límite con el desierto, Adem había jugado y perdido tal cantidad de dinero que no podría devolverla jamás, por muchos turnos extra que trabajara. Ahora, mientras se secaba los ojos, se sorprendió al verse las lágrimas en la mano. No era consciente de que estaba llorando. Sin embargo, no era exactamente pena lo que sentía. Una profunda indiferencia se había apoderado de él, una aceptación de las cosas que no podía cambiar: incluido él mismo.

Se quitó el reloj y lo dejó a un lado, con cuidado de no romperlo. Si fuera un Rolex auténtico le habría gustado dejárselo a uno de sus hijos, probablemente a Yunus. Sin embargo no quería legar a ninguno de sus hijos una falsificación. Solo esperaba que lo encontrara el vigilante nocturno.

*Cárcel de Shrewsbury, 1991*

*A la mañana siguiente, Zeeshan me despierta para meditar. A diferencia de otros días, no me quejo. Nos sentamos en el suelo con las piernas cruzadas, el uno frente al otro. Sonríe y me pregunto de dónde saca el buen humor.*

*—Limpia tu mente —dice, como siempre—. Contaminación no buena para ciudades. Contaminación de cerebro no buena para*

humanos.

Durante diez minutos, permanecemos en silencio. Es un ejercicio que me enseñó el mes pasado. Se supone que no debo pensar en nada, algo que nunca consigo. Mis pensamientos empiezan a zigzaguear de un lado a otro y pronto noto como si tuviera una reunión de brujas dentro de la cabeza. Me preocupa el visitante misterioso. No paro de pensar en posibles candidatos. El tío Tariq, el Orador, mi viejo colega Arshad.. No quiero ver a ninguno de ellos. Los culpo a todos por convertirme en la persona que fui. Sin embargo, ellos siguen libres, disfrutando de la vida, mientras yo ardo aquí dentro.

Así que la meditación no funciona. Nunca lo ha hecho. Pero Zeeshan no parece desanimado. Nunca lo parece.

-Iskender, cuando piensa en otros, toda energía de tu interior va a ellos. No queda nada para ti.

En el mundo de Zeeshan, hay redes invisibles en el espacio que conectan gente, sucesos y lugares. A través de esos tubos, nos enviamos cosas los unos a los otros. Como una disparatada película de ciencia ficción.

-El corazón humano es como una cocina. Producimos calor, creamos energía, cada día. Pero cuando acusamos a otros, cuando decimos cosas horribles, la energía interior va a otra parte. Y nuestro corazón se enfría.

»Siempre mejor mirar dentro -dice Zeeshan-. Dejar a otra gente en paz. Todo rencor es saco pesado. ¿Por qué llevar? Eres globo de aire caliente. Dime, ¿quieres ir arriba o abajo? Dejar atrás ira, dolor. Soltar los sacos.

»En el universo hay dos arcos. Uno ascendente y otro descendente. Todo ser humano está en continuo movimiento. Algunos bajan, otros suben. Si quieres ascender, empieza por criticarte. Un hombre que no ve sus errores, jamás podrá sanar.

Desde el día que Zeeshan apareció en mi celda, he tenido ganas de darle un puñetazo en la cara o decirle que se calle muchas veces. Lo extraño es que no puedo. Mi umbral de tolerancia debe de ser más alto con este tipo. Escucho sus chorradas, que no paran nunca, a veces divertido, otras casi convencido. Así que cuando sigue hablando, lo escucho.

-Cuando visitante llega de pasado, prometes a Zeeshan que no te pondrás como una feria.

Me río.

-Furia.

-Sí, sí. No peleas con nadie. Piensas en ti mismo, no

olvides. Eres joya, pero no tienes bordes pulidos. Tienes que trabajar en tu corazón, como obrero.

Este hombre me resulta muy perturbador. En la misma frase es capaz de llamarme cocina, globo de aire caliente y obrero de la construcción. Me oigo responder:

-No soy una joya, Zeeshan. A diferencia de ti, yo he cometido un delito, un delito grave.

Con los ojos cerrados, Zeeshan suelta el aire. Un resoplido largo y profundo que me recuerda los ataques de asma de mi padre.

-Mucha gente en este mundo baja. Pero algunos de ellos bajan del todo. Al final del arco descendente, ¿sabes qué hay?

-No.

-Infierno -responde-. Tú has estado allí. Y tu alma está en llamas. Pero tiene que ser, porque hiciste cosa horrible. Tienes que arder. Después tú empiezas a subir. Arco ascendente. ¿Sabes qué hay al final?

-¿El cielo? -aventuro.

-Sí. Cuando queremos y quieren a nosotros, cuando libramos de energía dañina, nos acercamos a cielo. Cada día un paso pequeño. No puedo prometer que lo consigues. Pero intentamos, Alex. Trabajamos.

Esa misma semana entro en la sala de visitas sin saber qué esperar. El funcionario McLaughlin está allí. No me mira, pero no hace falta ser muy inteligente para saber que quiere presenciar el espectáculo, si lo hay.

Entonces lo veo. Es Yunus. Mi hermano pequeño, al que llevo años sin ver. Desde el día que me encerraron, ha venido solo dos veces. Una vez después del juicio. No cruzamos una sola palabra. Se quedó sentado, mirándose las manos. Volvió al cabo de un año. De nuevo, no dijo nada. Después dejó de venir.

Está hecho un hombre. De mediana estatura, bastante atractivo. Aunque ha cambiado mucho, sigue teniendo los mismos ojos. De mirada suave, amable, con abundantes pestañas. Los ojos de un niño enamorado de una punki.

-Hola, tío.

-Hola, hermano -responde.

Nos miramos. Soy el primero en desviar la mirada. Me resultaba más fácil enfrentarme a Esma. Ella me odia. Sin disimulos. De vez en cuando viene y vierte su ira. Me dice toda clase de cosas a la cara, y seguro que también a mis espaldas. Sin embargo, jamás ha hecho que me sienta ni la mitad de culpable de lo que me siento ahora. En los ojos de

Yunus hay algo que no soporto: la necesidad de comprender. Sigue buscando una explicación. Sigue pensando que los seres humanos son buenos y que algo tuvo que sucederme para que ocurriera un hecho tan horrible.

-¿Qué tal va la música?

-Genial -responde con entusiasmo-. Acaba de salir mi primer álbum. Te he traído uno, pero se lo han quedado. Me han dicho que te lo darán.

-Claro, no te preocupes por eso -digo, aunque sé que jamás lo tendré en mis manos-. ¿Por qué has venido, Yunus? No me mal interpretes, me alegro de verte, pero es que... me sorprende.

Vacila. Se le ensombrece la expresión.

-Pronto estarás fuera. Y necesito saber qué planes tienes.

¿Mis planes? Suena muy pobre. Muy de boy scout. Pero así es mi hermano pequeño. No voy a romperle el corazón. Y le he prometido a Zeeshan que iba a empezar a subir, aunque no sepa lo que significa.

-Mis planes son encontrar un trabajo decente. Llevar una vida tranquila. Si Katie se comporta de un modo razonable, me gustaría ver a mi hijo. -Espero-. Y pasar más tiempo contigo y con Esma. Si vosotros queréis.

Yunus yergue la espalda y me mira fijamente.

-He estado pensando si decirte esto o no, y decidí que no. En todos estos años no lo he hecho. Y tampoco Esma. Llegamos a un acuerdo. Pero ahora no pienso correr ningún riesgo.

Me río entre dientes, sin sonreír.

-Eh, déjate de acertijos. No sé de qué me hablas.

Respira hondo.

-Era un niño cuando mataste a mamá. No pude detenerte. Si vuelves a hacerle daño, será distinto. Ya no soy un crío. Me enfrentaré a ti.

Durante un segundo, temo que mi hermano haya perdido la razón. Lo he visto con mis propios ojos. Tipos en el ala de los chalados, locos perdidos por culpa del dolor.

-Yunus, ¿qué estás diciendo?

-Estoy diciendo que quiero a mamá y que no permitiré que vuelvas a hacerle daño.

-Hermano, mamá está...

-No he terminado -interrumpe en voz alta. El funcionario McLaughlin nos mira con un brillo en los ojos. El escándalo que ha estado esperando está a punto de comenzar.

A continuación, Yunus baja la voz, y en un susurro tan grave y áspero que no estoy seguro de haberlo oído bien, añade:

*-Iskender, escúchame. Mamá está viva.*

*ISKENDER TOPRAK*

# Reflejo

Londres, 30 de noviembre de 1978

**Y**unus levantó la mirada del plato del desayuno y sonrió a las dos mujeres sentadas en el sofá. Había sucedido un milagro. Su tía Yamila había ido a Londres. Habían pasado tres años desde la última vez que la vio. Antes de eso, la visitaba de vez en cuando, sobre todo en verano, y los encuentros eran tan breves e intensos que al final casi siempre se quedaba mareado. Sin embargo, en los tres últimos años la familia había dejado de viajar y las vacaciones suponían un gasto que no podían afrontar. Ahora, después de echarse de menos mutuamente, las dos hermanas volvían a encontrarse bajo el mismo techo: Rosa Destino y Belleza Suficiente.

Reclinado en la silla, Yunus buscó las diferencias entre las gemelas, la una un reflejo de la otra, como si fuera un juego. Pembe era zurda, Yamila, diestra. Pembe tenía un hoyuelo en la mejilla derecha, Yamila, en la izquierda. Pembe tenía el lunar a la derecha de la frente, mientras que el de Yamila estaba en el otro lado. Los remolinos les crecían en direcciones opuestas. Yamila era dos centímetros más alta, tenía las extremidades un poco más largas y los dedos más huesudos.

—¿Qué más, mamá? —preguntó Yunus.

—Bueno, en realidad hay otra diferencia. Te has dejado la más importante.

—¿De verdad? ¿Cuál? —preguntó con interés.

Fue Yamila quien respondió.

—Nuestros corazones laten en lados contrarios.

—¿Qué quieres decir?

Padecían una afección poco común en gemelos. El corazón de Pembe latía en la parte izquierda de su pecho, mientras que el de Yamila estaba situado a la derecha.

—¡Guau! —exclamó Yunus.

Viendo su entusiasmo, Pembe se rio y se sintió ligera, y de algún modo completa, como no se sentía desde hacía mucho tiempo.

Ninguna de las dos dio demasiada importancia al hecho de que Yamila no hubiera podido saludar a otros dos miembros de la familia: Adem, que se había marchado de Londres a Abu Dabi, e Iskender, que había llegado a casa la noche anterior cuando todos dormían y se había marchado antes de que Pembe pudiera anunciarle que había llegado su tía. Tenían previsto darle una sorpresa esa noche.

Yunus le rogó a su madre que le dejara quedarse en casa. Dijo que no se encontraba bien, que le dolía la garganta y estaba muy cansado. Pembe sabía que, aunque algo de eso fuera verdad, lo estaba exagerando, pero era tanta la alegría de tener a su gemela a su lado, que le permitió faltar a clase por un día.

Mientras sorbían el té junto a la ventana, empezaron a hablar en kurdo, con lo que excluyeron a Yunus de la conversación. Pembe le confesó a Yamila que, de algún modo, la gente se había enterado de su relación con Elias. En el barrio chismorreaban y decían pestes de ella. El rumor había llegado a oídos de Iskender, Su hijo ya no la miraba a la cara, susurró. Iskender le había prohibido que fuera a trabajar y, por si no fuera suficiente, no le permitía salir de casa. Le contó todo eso con una sonrisa forzada, para que Yunus no notara su preocupación.

—Lo arreglaremos, si Dios quiere. Deja que hable con mi sobrino —dijo Yamila.

Entonces, como si la conversación que había imaginado ya hubiera tenido lugar, sonrió alegremente.

—Oye, ¿por qué no voy yo a hacer la compra hoy?

Elegiría verduras frescas, pan delicioso y las mejores hierbas aromáticas. No hablaba ni una palabra del idioma, pero si Yunus, cuya garganta se había curado milagrosamente, le echara una mano, no tendría ningún problema.

Entusiasmado por pasar tiempo con su tía, Yunus no desaprovechó la oportunidad.

—¡Sí, sí, mamá, déjame ir!

—Pero no volváis tarde —advirtió Pembe.

Era un día como cualquier otro, solo que mejor. El 30 de noviembre, un jueves. En el momento en que Yamila y Yunus se estaban poniendo los zapatos y los abrigos, Pembe los llamó.

—¡Esperad un segundo!

Sacó del bolso una barra de labios de color ciruela, y pintó los labios a su hermana, secos y pálidos tras años de sol, viento y falta de cuidados. En un movimiento rápido, le quitó el pañuelo de la cabeza. La espesa melena de Yamila le cayó sobre los hombros en una cascada de color sepia y castaño.

—Así estás más guapa.

Yamila vaciló. En el estrecho espejo del pasillo, se echó un vistazo. Ese vestido nuevo, ese peinado nuevo, esa nueva Yamila le causaban inquietud. De pie a su lado, Yunus gritó en turco:

—Vamos tía, estás guapísima.

—Si tú lo dices —concedió.

Sonriendo, Pembe dio unos billetes a su hermana y un puñado de monedas a Yunus. A continuación los besó.

—No te olvides de comprar cardamomo. Esta noche cenaremos carne. Y lo necesito para el café.

Acto seguido, se marcharon. Yamila y Yunus, cada uno encantado con la compañía del otro. Yamila intentó hablar en kurdo con el niño, pero observó con desilusión que no entendía ni una palabra. Como ninguno de los dos dominaba el turco, hablaron poco, pero caminaron de la mano y disfrutaron de la mutua compañía. Aunque feliz de estar con su tía, después de dos horas de compras vio la oportunidad de separarse de ella. Se había encontrado con Tobiko por la calle, y había decidido que tenía cosas más importantes que hacer.

Los okupas estaban planeando recuperar su antigua casa. Por fin había llegado el gran día. A medianoche el grupo, que había reunido a todas sus fuerzas, consumaría el tan esperado regreso. Armados con palancas para reventar las vallas que rodeaban la casa victoriana, volverían a ocupar el lugar, cargados con sacos de dormir y munición. A la mañana siguiente, el vecindario despertaría con su presencia, y si el ayuntamiento decidía enviar a

sus agentes, les lanzarían piedras y botellas.

Al ver a Tobiko tan agitada, Yunus le preguntó a su tía si podía quedarse un rato con la joven. Estaban cerca de casa, dijo, y ya habían comprado todos los productos de la lista.

—¿Seguro que a tu madre le parecerá bien? —preguntó Yamila.

Sonó menos a pregunta que a una ligera reprimenda, pero Yunus le aseguró:

—Volveré dentro de nada, te lo prometo.

Yamila asintió con la cabeza, agarró las bolsas y tomó el camino que Yunus le había señalado. Durante el trayecto, se detuvo en varias ocasiones: a escuchar a un músico callejero, a observar el mural en una pared, a mirar escaparates, maravillada con la cantidad de cosas a la venta. Iba tan distraída, y era tal el sobrecogimiento y la admiración por encontrarse en una ciudad tan extraña, que no se dio cuenta de que alguien había empezado a seguirla.

# Limonero

Londres, 30 de noviembre de 1978

Pembe estaba en la cocina, tarareando una vieja canción de amor kurda, «Susan Susie», tan melancólica que hundía el ánimo de quien la cantaba, como sucedía con la mayoría de las viejas canciones de amor kurdas. Sin embargo, ella distaba mucho de estar triste. Aunque su cabeza era un torbellino y su corazón añoraba a Elias, Pembe no podía evitar sentirse dichosa. La presencia de su hermana había renovado su fe en la vida y le había dado esperanza. Hacía unos meses, había escrito una carta a Adem para explicarle que debían separarse para siempre. Él nunca respondió. Pembe tendría que buscarse un abogado. Adem se pondría triste, pero no se sorprendería. Era posible que incluso se sintiera aliviado porque fuera ella, y no él, quien diera el primer paso. Sin duda, sería mucho más difícil convencer a Iskender, pero tal vez lograra hacérselo entender. No le contaría mentiras, solo la verdad. Las cosas serían distintas de ahora en adelante. Pembe no sabía cómo, pero confiaba en que fuera así.

Tras decidir el plan, empezó a preparar el pastel de merengue de limón, una receta que le había enseñado Elias. Esperaba sorprender a Yamila con ese postre exquisito. Cuando eran pequeñas, les encantaba mordisquear limones con sal, e incluso se habían inventado un dicho: «Ácido más ácido igual a dulce». Sus hermanas mayores jamás fueron capaces de hacerlo, y contraían el rostro en una mueca horrenda cada vez que lo intentaban. Sin embargo, las gemelas podían comerse cinco limones de una sentada, y sus mermeladas favoritas siempre fueron las de sabor agridulce.

No obstante, Yamila parecía haber perdido el apetito de antaño. Había llegado a Londres el día antes y desde entonces apenas había probado bocado, y había hablado poco de sí misma. Su hermana había cambiado. Tenía ojeras, la sonrisa vacilante, casi de disculpa. Sin embargo, los cambios eran tan sutiles que solo Pembe los había notado. A los niños les asombraba que su madre y su tía siguieran siendo tan idénticas. Cuando Yamila se quitó su ropa de lana, se puso un vestido de Pembe y se peinó como ella, hacia delante, siguiendo la dirección natural de su pelo, era imposible diferenciarlas.

Cuando terminó de batir los huevos con azúcar a punto de nieve, Pembe encendió el horno. Elias le había recomendado añadir una generosa cantidad de limón rayado. Pembe guardaba los limones, las naranjas y las limas en una cesta de bambú en el balcón. En el pasado había intentado plantar limoneros, pero siempre se morían por culpa de las heladas repentinas.

Aún tarareando la misma canción, Pembe salió al balcón. Sin querer, su mirada se desplazó por encima de la barandilla de acero y hasta la calle. Algo le llamó la atención. Un segundo después, vio a su gemela aparecer por Lavender Grove, cargada con bolsas de la compra. Pembe se asomó y la saludó con la mano. Su hermana no la vio.

—Yamila... ¡Aquí arriba! ¡Hola!

Yamila dirigió la mirada al balcón con gesto alegre. Pembe esbozó una sonrisa. Por debajo de la contención solemne y el porte digno de su hermana, quedaba algo de su inocencia infantil, delicada como la neblina. No pudo evitar sentir envidia de lo atractiva que era Yamila. Aunque eran muy parecidas, no eran iguales. En ella el encanto era algo natural, tanto como para una abeja posarse en una flor. Yamila rebosaba vida y luz, además de valor y compostura, a diferencia de ella, se dijo Pembe.

—¡Te estoy preparando un postre!

—¿Qué? —preguntó Yamila, a quien el ruido de un coche que pasaba cerca no le permitió oír a su hermana.

—Te estoy...

En ese instante, Pembe vio a su hijo mayor detrás de Yamila. Los ojos de Iskender no eran más que dos hendiduras; apretaba los dientes y sus labios se movían sin cesar, como si mantuviera una lucha consigo mismo.

Pembe no entendía lo que estaba sucediendo. Ni siquiera cuando lo vio

abalanzarse sobre Yamila, cuando se fijó en el cuchillo que llevaba en la mano, ni cuando le impidió el paso y pronunció palabras que le sirvieron para armarse de valor, lo que estaba ocurriendo ante sus ojos, seguía sin tener sentido. Sin embargo, de repente, el velo que le nublabla la visión se le cayó de los ojos y descubrió la verdad desnuda, el auténtico peligro. Pembe sintió que se quedaba sin aire. Aún con los limones en las manos, corrió del balcón al salón, cruzó el pasillo, después la puerta y salió a la calle.

Pembe corrió. Estaba a poco más de dos metros de ellos cuando vio a Iskender apuñalar a su hermana. El joven manejaba el cuchillo de manera precipitada, como si quisiera acabar de una vez y seguir su camino. El filo trazó un semicírculo en el aire y atravesó la parte derecha del tórax de Yamila. A sus espaldas, Pembe soltó un grito ahogado. Supo de inmediato, como un fatal presentimiento, que el cuchillo había alcanzado el corazón de su hermana.

Iskender dio un paso atrás, se detuvo durante un instante y miró el cuchillo con gesto adusto. Durante un instante pareció confuso, como si no supiera lo que había hecho, como si fuera un títere sometido al designio de las cuerdas y solo entonces empezara a despertar. De repente lanzó el cuchillo a un lado y echó a correr en dirección opuesta.

Pembe oyó gritar a alguien. Un chillido penetrante. Tardó casi un minuto en darse cuenta de que el sonido procedía de ella. No podía moverse, pues no tenía cuerpo. No tenía sustancia. Era solo voz. Su cuerpo entero se vio reducido, o magnificado, a un grito que generaba otros nuevos, que surgían en espiral, independientes de su voluntad, y giraban, se arremolinaban y se fundían en un eco infinito.

Con los ojos muy abiertos y el estómago convertido en un nudo, Pembe trastabilló hasta su hermana. El contenido de las bolsas quedó esparcido por la calle. Panecillos, queso, manzanas verdes, un bote de albahaca, un paquete de cardamomo.

Como una sonámbula, Pembe abrazó a su hermana. Besó el rostro de Yamila, la frente, las mejillas, el suave hueco de su cuello. Le buscó el pulso, pero lo encontró silenciado, y notó su cuerpo flácido, perdiendo poco a poco calor. Su rostro carecía de color, salvo los labios, que tenían el mismo tono que su herida. Pembe empezó a temblar, como si también ella se estuviera desangrando. Un charco de sangre tan oscura que era casi negra se extendía

espesa alrededor. Oyó pasos apresurados, comentarios susurrados. La sirena de una ambulancia que llegaba por la esquina. Puertas de coches que se cerraban, radios de policía. Se alejó del cuerpo de su hermana tambaleándose, sintiendo el asfalto duro bajo las zapatillas.

Medio minuto después, una anciana, una vecina albanesa de buen corazón, se acercó desde el otro extremo de la calle atraída por el alboroto. Estupefacta y asustada, corrió junto al cuerpo que yacía en el suelo. Se postró de rodillas, temblando, gritando.

—Oh, ¡pobrecita mía! ¿Qué te ha pasado? ¡Pembe, querida!

En esa misma calle, más abajo, a Pembe se le erizó la piel. El hecho de presenciar el lamento por su muerte resultaba extraño y escalofriante, pero, curiosamente, la ayudó a desconectar del entorno. No se detuvo ni volvió la vista atrás. Con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza agachada como si caminara con un fuerte viento de cara, flotó entre la multitud como el fantasma que ya sentía que era.

Durante el resto del día, Pembe recorrió las calles y descubrió partes de East London en las que nunca había estado. Sabía que no podía volver a casa ni a la de Elias cuando Iskender seguía cerca, en alguna parte, aún libre. Sin duda, era cuestión de tiempo que su hijo advirtiera su error y fuera a buscarla. Estaba tan aterrada que ni siquiera era capaz de llorar por su hermana. Se sentía cada vez más inquieta, como si la ansiedad fuera una sustancia, un líquido que la iba llenando poco a poco.

Tuvo que detenerse en varias ocasiones para respirar y recuperar el equilibrio. Sus pies trazaron círculos concéntricos alrededor de Crystal Scissors, hasta que se detuvo frente a la entrada. Se había marchado del trabajo sin dar ninguna explicación. Había dejado su llave en el buzón y se había ido. Ahora, escondida detrás de una furgoneta del correo, observaba el exuberante perfil de Rita a través de la ventana. Había dos clientas y la que debía de ser su nueva aprendiz, una joven asiática con el pelo color berenjena.

Pembe se acercó a hurtadillas a la sala trasera del salón, donde secaban las toallas, las batas y los delantales. Con un poco de suerte, encontraría algo

que ponerse. Su blusa estaba manchada de sangre, que había ocultado detrás de los brazos cruzados, con la espalda encorvada. Era curioso que nadie se hubiera dado cuenta. O tal vez la gente prefiriera no ver. Abrió la puerta trasera, entró y se detuvo.

Caminando al ritmo de la música que sonaba en el salón y masticando chicle, la aprendiz se acercaba a recoger las toallas que estaban colgadas. Era demasiado tarde para salir y no tenía donde esconderse. Así pues, Pembe se quedó mirando boquiabierto a la desconocida, que la miró del mismo modo.

—Lo siento —se disculpó Pembe, las mejillas encendidas. Dio un paso adelante, alcanzó una bata y salió corriendo.

—Eh, ¿qué haces? —gritó la ayudante—. ¡Ladrona! ¡Ladrona!

Pero Pembe ya había desaparecido.

Durante las horas siguientes, continuó vagando por las calles, con el tibio sol del atardecer acariciándole la nuca. No tenía adónde ir. Si acudía a la policía, la interrogarían. Como no los entendería, no podría responder a sus preguntas, y tal vez terminaran creyéndola culpable.

Tampoco podía refugiarse en casa de un vecino. ¿Quién estaría dispuesto a correr ese riesgo? Además, no sabía si Iskender había actuado por su cuenta o guiado por alguien. De ser ese el caso, ¿quién más podía estar implicado? ¿Lo sabría Tariq? ¿Su marido, quizá? ¿Acaso los dos hermanos habían convencido a Iskender, su sultán, la niña de sus ojos, para que asesinara a su propia madre? Sentía la cabeza a punto de estallar. No podía confiar en nadie, solo en Elias. Al pensar en él, un escalofrío le recorrió la espalda. Era el fin. No volvería a verlo. Era una suerte que Iskender no supiera dónde vivía o trabajaba, pensó Pembe. Mientras se mantuviera alejada de Elias, el hombre no correría ningún peligro. Era mejor que creyera que había muerto.

La culpa, esa serpiente artera a la que llevaba meses alimentando y engordando en su pecho, había surgido con todo su horripilante esplendor y le roía el alma. Se culpaba a sí misma, y a nadie más. Su relación con Elias había provocado esa calamidad. ¿Cómo podía plantearse volver a verlo? La verdad era que, incluso en esas circunstancias, intentaba disculpar a Iskender. Se moría de ganas de ver a sus otros dos hijos. ¿Qué harían cuando descubrieran que su tía estaba muerta y que su madre había desaparecido? ¿Qué les contaría la policía y qué le dirían ellos a la policía?

Cuando anocheció, Pembe regresó pesadamente a su barrio, aunque era consciente del peligro. Ocultándose lo mejor que pudo, llegó a Lavender Grove. En el lugar donde Yamila había muerto hacía solo unas horas había una silueta dibujada con tiza blanca. La zona estaba acordonada y algunas personas fumaban en los alrededores, comentando la tragedia. Incapaz de acercarse más, se marchó.

Esa noche, Pembe encontró un rincón lleno de basura frente a una oficina bancaria y se acurrucó en él; se estremecía cada vez que un coche pasaba cerca. Usó baños públicos, pidió agua y comida al propietario de un restaurante, y lloró hasta quedarse dormida.

—¡Despierta! ¡Levántate, guarra! —Un indigente estaba de pie junto a ella. Alto, con barriga cervecera, tenía el rostro hinchado, las cejas pobladas y le faltaban algunos dientes—. ¡Joder! ¿Qué estás haciendo en mi sitio?

Pembe se levantó sobresaltada y le temblaron los labios.

—Lo... Lo siento —dijo, y percibió el olor del hombre. Una mezcla de vino, tabaco, naftalina y orina. El hombre se tambaleó hacia ella con decisión. Pembe lo esquivó y huyó.

—¡Eh, vuelve aquí, pajarillo! ¿De qué tienes miedo?

El vagabundo la observó correr a toda prisa calle abajo, hasta que desapareció por la esquina. Riéndose como si hubiera compartido una ocurrencia consigo mismo, el hombre se acomodó en el rincón, aún caliente, suspiró mientras se quitaba las botas y empezó a masajearse los pies con gesto ausente.

# Esma

Londres, 1 de diciembre de 1978

**H** Había demasiada comida en la cocina; ollas y cazos a rebosar de manjares que desprendían un olor fuerte y acre; guisos, pasteles y postres en la encimera, en la mesa, en las sillas, en el suelo. No sabía quién se comería todo eso, ahora que solo estábamos Yunus y yo. Sin embargo, las visitas seguían llegando, y nos traían comida, decididas a alimentarnos. En la sala había mujeres de todas las edades, sentadas las unas junto a las otras. Algunas eran vecinas de siempre; a otras apenas las conocía, y había gente a la que no había visto en mi vida. Con la llegada de cada nuevo grupo de visitantes, la tía Meral, en su papel de anfitriona, se levantaba, les daba la bienvenida y lloraba con ellos. Yunus y yo nos quedamos sentados en un rincón, allí y a la vez muy lejos, como los dos únicos peces soñolientos de un acuario. La gente se nos acercaba, nos miraba, nos examinaba, daba golpecitos al cristal que nos separaba de ellos, y después esperaban nuestra reacción. Nosotros los veíamos, los oíamos, pero no sentíamos nada, insensibles a sus palabras de consuelo. Nuestro pensamiento estaba ocupado en resolver el acertijo que solo nosotros conocíamos.

—Esma, es culpa mía —dijo Yunus con la voz quebrada.

—¿Qué quieres decir?

—Dejé sola a la tía...

Le tomé la mano, lo abracé.

—Fue Iskender quien lo hizo, no tú, *canim*.

—Pero si la tía Yamila iba en la ambulancia, ¿dónde está mamá?

—Eso mismo me pregunto yo.

En menos de una hora descubriríamos la respuesta. Hacia el mediodía la puerta volvió a abrirse e hizo aparición una nueva visitante, vestida de verde chillón de la cabeza a los pies, con un sombrero con plumas. Los dolientes observaron embobados sus accesorios brillantes, las uñas pintadas, sus modales extraños, estupefactos.

Yo, en cambio, estuve encantada de verla.

—Oh, Rita... —dije, mientras corría hacia ella llorando.

Nos sentamos a la mesa de la cocina, lejos de las miradas curiosas.

—Mi madre no está muerta —susurré.

La mujer asintió con la cabeza.

—¿Está contigo?

Volvió a asentir.

Rita me contó que por la mañana temprano, cuando llegó a la peluquería, se encontró a su antigua empleada durmiendo en la puerta. Le preguntó qué le había sucedido, pero Pembe le dio pocas explicaciones. La llevó a la sala trasera, le sirvió té y galletas, bajó la persiana, dio el día libre a su aprendiz y decidió no abrir la peluquería. Después ayudó a mi madre a lavarse la cara y a asearse.

—¿Puedes cuidarla durante unos días? —le pregunté—. Hasta que se arregle todo.

Rita negó con la cabeza. Su novio no le permitiría llevar a mi madre a casa y, aunque lo hiciera, no estaba segura de querer confiarle un secreto de tal magnitud.

—Ah, y otra cosa —añadió Rita. Me dio un pedazo de papel en el que se leía el nombre y la dirección de Elias—. Tienes que decirle que tu madre está muerta. Pembe cree que es mejor así.

No nos dijimos nada más. La acompañé a la puerta. Interpretando su papel a la perfección, Rita me dio un emotivo abrazo antes de marcharse.

—Lo siento, cariño. Quería mucho a tu madre.

Al anoecer Yunus y yo entramos en Crystal Scissors por la puerta trasera, cogidos de la mano. Mientras viva no olvidaré el momento en que corrimos a

abrazarla, llorando y riendo al mismo tiempo. Estaba agitada y tenía el rostro apagado y las ojeras muy marcadas y oscuras.

Con la cabeza apoyada en su pecho, Yunus se quejó:

—Es todo culpa mía. Dejé sola a la tía Yamila. Me quedé con mis amigos y ella volvió sola a casa.

Mamá lo besó. Después me besó a mí también y susurró:

—¿Has hablado con él?

Le relaté brevemente mi encuentro con Elias. Ella me escuchó, abatida y exhausta, como en una ensoñación.

—Dicen cosas horribles sobre ti —intervino Yunus—. Ya no les hablamos.

Fue así como mi madre descubrió que el barrio bullía de maledicencias. Había quienes la acusaban de haber llevado la desgracia a su familia y de obligar a su hijo a elegir un camino tan oscuro.

Fulminé a Yunus con la mirada.

—Falta un día para el entierro. La tía Meral lo está organizando todo.

Entonces Yunus agarró el brazo de mi madre y le dio unas palmadas con autoridad.

—No te preocupes, sé adónde llevarte. Hay un lugar en Londres donde estarás segura y nadie te entregará a la policía.

Fue así como mi madre, Pembe Kader Toprak, de treinta y tres años, fallecida según los registros oficiales, se mudó a una ruinoso casa de Hackney, ocupada por un grupo de rockeros punkis.

# La limpieza

Londres, 5 de diciembre de 1978

**P**embe estaba reclinada en la cama, su rostro convertido en la viva imagen del agotamiento. Se abrazó las rodillas y entrelazó los dedos. Notaba una presión en el pecho, un dolor creciente, como si algo le oprimiera las costillas. Le costaba respirar. Tragar le resultaba doloroso.

Se quedó escuchando los ruidos de la vieja casa victoriana, ahora totalmente a oscuras, en la que flotaba un leve olor acre. Polvo, sudor, muebles viejos, ropa húmeda, sábanas mugrientas, botellas vacías, ceniceros llenos. El hecho de encontrarse en una habitación en la que varias personas dormían en el suelo juntas le trajo recuerdos de su infancia. Se acordó de cuando ella y sus siete hermanas dormían acurrucadas unas contra otras, dándose calor. Por muchas mantas que utilizaran, siempre se despertaban en plena noche, con frío y destapadas. Solían tirar de la manta que tenían más cerca para cubrirse la cabeza y envolverse del todo en ella, dejando así a otra niña destapada.

Ahora Pembe echó un vistazo a los jóvenes dormidos a su lado y se quedó observando la lóbrega nada que se extendía al otro lado de la ventana con una apatía que no había experimentado nunca. Transcurrió una hora. Tal vez más. No tenía forma de saberlo. Al cabo de un rato, sus ojos percibieron el primer resplandor de luz en el horizonte. Rayos de color rojizo, afilados como flechas. El amanecer despuntaba sobre los edificios de la ciudad. Un miedo amargo le anudó la garganta. Pronto estarían despiertos. Comerían, bromearían, fumarían. Aunque la habían aceptado bajo su techo y hacían todo

lo posible por no molestarla, los okupas no podían evitar hacerle preguntas, incapaces de comprender lo que estaba sucediendo.

A la mayoría de esos jóvenes les gustaba levantarse tarde, pero teniendo en cuenta la situación con el ayuntamiento, debían estar muy atentos, conscientes de que los días idílicos en que podían quedarse en la cama hasta tarde eran cosa del pasado. Así pues, sobre las ocho ya estaban todos despiertos, vistiéndose con la ropa del día anterior, encendiendo los primeros cigarrillos del día, apartándose a codazos para hacerse sitio ante un lavamanos desportillado. Incluso Iggy Pop, que dormía con tapones caseros para los oídos, estaba despierto y activo.

En la cocina, Tobiko observaba a Pembe preparar tortitas para un regimiento. Intentó pensar en algo que decirle, pero solo se le ocurrió:

—Vaya, huele bien.

Pembe le dedicó una débil sonrisa. Sus manos continuaron trabajando; se movía rápida y concentrada, aunque con la cabeza muy lejos de allí. Unos minutos después, le ofreció a Tobiko un plato grande a rebosar de tortitas.

—Ve... Come... —dijo.

Tobiko vaciló.

—¿Y tú?

—Yo después.

—Sabes que queremos a tu hijo, ¿verdad? —dijo Tobiko de repente—. Es como nuestra mascota. Y humm... no sé cuál es el problema, pero Yunus nos dijo que es un secreto, que tienes que esconderte durante un tiempo. Sea lo que sea, puedes quedarte el tiempo que quieras.

Pembe sintió tal ternura hacia Tobiko que se le humedecieron los ojos. Abrazó a la joven, que no se lo esperaba, pero que enseguida le devolvió el abrazo. La escena se vio interrumpida por Iggy Pop, gritando a voz en cuello desde el ágora:

—Eh, que aquí estamos muertos de hambre. ¡Queremos comida!

Sonriendo, Tobiko cogió el plato y se marchó.

Sola en la cocina, Pembe buscó una escoba y empezó a barrer. Sintió que si no hacía las tareas a las que estaba acostumbrada, se volvería loca. Así pues, durante las horas siguientes, frotó, barrió, quitó el polvo, fregó y limpió toda la casa bajo la mirada atónita de sus habitantes. Su actividad era tan

febril que nadie se atrevió a burlarse de ella ni a pedirle que parara. Y debió de ser contagiosa, porque algunos se ofrecieron a ayudarla con fregonas y escobas improvisadas. Sin embargo, cansados y aburridos, pronto abandonaron el trabajo.

Al llegar la noche, Pembe seguía atareada, y los okupas paseaban de puntillas a su alrededor, observando a esa mujer de otra cultura, que hablaba un idioma diferente, que tenía una historia distinta, y que no dejaba de llorar y limpiar, llorar y limpiar.

*Cárcel de Shrewsbury, 1992*

*Justo tres meses antes de mi puesta en libertad, una anciana ingresada en cuidados intensivos en un hospital de la zona abre los ojos. Dice que tiene sed y se queja de dolor en la espalda. Sin embargo, aparte de eso, parece estar en buen estado de salud. Cuando se encuentra con fuerzas, la interrogan sobre el hombre que le robó el bolso y la atacó con una botella rota en un día frío. Lo describe. Tiene la memoria en perfecto estado. Y la descripción no encaja en absoluto con Zeeshan. Como siguen sin estar convencidos, le muestran una foto del careto de mi compañero de celda. La mujer dice que no es él. Se llevan a Zeeshan para que la mujer lo mire a través de un cristal espejo. Repite que no es él. El tribunal decide reabrir el caso.*

*-Debes de estar como un niño con zapatos nuevos -comento-. Pronto serás un hombre libre.*

*-Zeeshan ya eres hombre libre -responde-. No necesitas comprar zapatos nuevos.*

*-Te echaré mucho de menos, tío.*

*Parece alicaído y traga saliva.*

*-Zeeshan salgo y pensaré en ti. Tú sido mi mejor alumno.*

*-Mientes muy mal.*

*Se ríe, agitando los hombros.*

*-No olvides hacer deberes.*

*-¿Qué deberes?*

*Entonces me lo explica.*

*La mañana que Zeeshan va a salir, meditamos juntos por última vez. A diferencia de otras veces, no me burlo ni protesto. Me siento en el suelo, con las piernas cruzadas, y lo miro. Y, por primera vez, consigo mantener la mente en*

calma, aunque durante poco tiempo.

Esa misma noche, cuando Zeeshan ya se ha ido, me tumbo en la litera a pensar. Me doy cuenta de que su ausencia me pesa. La última vez que me sentí así fue porque Flipi había muerto. Intento terminar lo que me ha pedido que haga. Mis deberes. Es lo más difícil que he tenido que hacer jamás. Mis deberes consisten en escribir una carta a mi madre y dársela cuando haya salido de aquí.

Bolígrafo en mano, voy anotando palabras en días distintos. Algunas frases no están mal, pero se quedan muy cortas, y la mayoría son bastante ridículas. Rompo la hoja de papel y vuelvo a empezar, pero no llego a ninguna parte. Cada día escribo algo, como le prometí a Zeeshan. También medito un poco. El funcionario McLaughlin viene y va; no nos adoramos, pero tampoco nos sacamos los ojos. Ya no.

Entonces escribo algo que me parece menos horrible que lo que he escrito hasta ahora. Y esta vez decido guardarlo. Zeeshan me pidió que copiara la carta en una hoja en blanco todos los días, hasta memorizarla, y es lo que hago a continuación.

Querida madre:

No voy a enviarte esta carta. Te la daré yo mismo, Inshallah, porque es más fácil escribir lo que contiene que decirlo. Este año me han abierto los ojos. Tuve un compañero de celda chiflado. Chiflado en el buen sentido de la palabra. Te habría caído bien. Se llamaba Zeeshan. Un buen tipo que me ayudó mucho. Ahora que se ha marchado, lo entiendo mejor. Lástima que siempre apreciemos lo que teníamos cuando ya lo hemos perdido.

Si pudiera volver a los dieciséis años, jamás haría las cosas que hice y que causaron tanto dolor. A ti, a mi hermana, mi hermano, mi pobre tía. No puedo cambiar el pasado. Ni un solo momento. Pero si me aceptas de nuevo en tu vida, si encuentras el perdón en tu corazón, me sentiría honrado de volver a ser tu hijo.

ISKENDER TOPRAK

# Esmá

Londres, 12 de septiembre de 1992

Sábado por la mañana. Estoy preparando el desayuno en nuestra cocina nueva. Nos ha costado un ojo de la cara, más de lo que nos podíamos permitir, pero mi marido ha insistido en comprar lo mejor. Es su regalo para nuestro octavo aniversario. Muebles de color café, suelo de madera de arce, un bonito frigorífico de estilo americano, un exprimidor de fruta entera con el que no hace falta trocearla, de lo más práctico. «Elegante, silencioso y práctico», rezaba el folleto.

Revuelvo los huevos con una pala y los pedazos ya cocinados del fondo saltan a la superficie, como fragmentos de un pasado que emergen al presente. No es fácil preparar huevos revueltos cuando la cabeza le da vueltas a otro asunto. Tienes que medir bien los tiempos para que el resultado sea óptimo, y me parece que no se me da bien. Puede que tenga un problema con la noción del tiempo en general. No soy capaz de soltar el ayer, ni de concentrarme en el mañana. Hoy queda poco de aquella niña con grandes ideas y palabras deslumbrantes. Cuando pienso en la persona de ojos vivarachos que fui, algo que hago con frecuencia, no puedo evitar sentirme traicionada, aunque por nadie más que por mí misma.

Mis hijas están sentadas a la mesa, hablando de los que presentan *Blue Peter*, su programa favorito. Como siempre, tienen opiniones distintas. Trato de escuchar lo que dicen, pero mi pensamiento es una cometa. Vaga de un lado a otro en el viento.

—Mamá, por favor, ¿podrías decirle a tu otra hija que se calle? —dice

Layla.

—Humm, sí —respondo mientras aparto la sartén del fuego. Los huevos aún no están listos, pero no quiero que se cuezan demasiado. No otra vez.

—¡Mamá! —exclama Yamila.

—Perdona, cariño, ¿qué decías? —le pregunto, pero es demasiado tarde. Cuando me vuelvo una está sonriendo, triunfante, y la otra enfadada.

Mi marido sale en mi ayuda.

—Dejad en paz a mamá. Hoy tiene muchas cosas en la cabeza.

—¿Por qué? —pregunta Layla.

—Ya hemos hablado de esto —responde Nadir en tono amable—. Vuestro tío viene a visitarnos, y vuestra madre lleva mucho tiempo sin verlo.

—Oh —exclama Layla, aunque sin rastro de sorpresa en el rostro.

Me doy cuenta de que Yamila observa a su padre atentamente, con un brillo desafiante en los ojos, oscuros y almendrados, tan distintos a los de la mujer de quien heredó el nombre. De repente, pregunta:

—¿Nos estáis mintiendo?

Mi mano, que está sirviendo los huevos, se detiene en el aire. Me quedo escuchando el silencio que nos rodea, incapaz de romperlo.

Nadir está tranquilo, sereno, como siempre.

—Esa no es forma de hablar a tus padres, cariño. Ni a nadie.

—Lo siseento —dice Yamila en tono cantarín.

—Está bien, pero ahora dime qué querías decir con eso.

Entusiasmada por ser el centro de atención, Yamila frunce los labios con expresión divertida.

—Bueno... Pues que no creo que el tío Iskender trabaje en Alaska. Yo creo... —Recorre la mesa con la vista como si buscara en ella una pista—. Creo que es un espía ruso.

—¡Pero qué dices! —interviene Layla.

—Claro que sí. Y bombardea icebergs.

—¡No es verdad!

—¡Sí es verdad!

Coloco unas rodajas de tomate y una hoja de albahaca en cada plato y los llevo a la mesa, preguntándome si las cosas habrían sido más fáciles si mi hermano hubiera sido un espía que trabajara para los rusos probando bombas

en el polo norte.

Más tarde, cuando las niñas han ido a prepararse para ir a una fiesta de cumpleaños, Nadir me estrecha entre sus brazos y ladea la cabeza. Lo miro fijamente, prestando atención a todos los detalles. El modo en que entorna los ojos con dulzura, las líneas de la sonrisa, las finas arrugas en la frente. El pelo, grueso y abundante, le crece hacia arriba, desafiando la gravedad, y se niega a cubrirle las orejas. Tiene algunas canas en las sienes que insinúan su edad. Es dieciséis años mayor que yo. Exactamente la misma diferencia de edad que había entre Elias y mi madre. Una coincidencia, claro, me digo siempre.

Lo amo, pero no siempre fue así. Al principio, ambos sabíamos que yo no estaba entusiasmada por él como él lo estaba por mí. En mi corazón albergaba una mezcla de sentimientos: respeto, cariño, admiración y, sobre todo, gratitud por sacarme del fango en el que me estaba revolcando. A veces, la gente dice que el hecho de estar en pareja las ha vuelto mejores personas. Y tú lo oyes y no terminas de creértelo hasta que te pasa a ti.

Después del último día de noviembre de 1978, nuestra familia se deshizo como un muñeco de nieve bajo un sol abrasador. De repente, lo único que quedaba de nuestra vida pasada era una montaña gris de nieve a medio derretir. Lo que alguna vez había parecido sólido y firme, de repente se volvió esquivo e inconstante. Yunus y yo vivimos con el tío Tariq y la tía Meral durante un tiempo y, aunque nunca fueron poco generosos o crueles con nosotros, odié cada segundo que pasé con ellos. Jamás les perdoné que extendieran sucios rumores sobre mi madre durante las semanas previas al asesinato, y aunque viví bajo su techo, comí su comida y me vestí con la ropa que me compraban, siempre fueron los primeros de la lista de la gente que más detestaba. Al principio, nuestro padre nos enviaba tarjetas, regalos y dinero desde Abu Dabi, aunque con los años el contacto se volvió más esporádico hasta que por fin cesó. Mis tíos nos ocultaron la noticia de su suicidio tanto tiempo como les fue posible. Escondiendo la verdad, malográndola, distorsionándola. Y sé de lo que hablo, porque eso mismo estoy haciendo con mis hijas. Es una tradición familiar, la de envolver la verdad en un velo y enterrarla muy hondo, en el estancamiento de la vida cotidiana, de manera que al cabo de un tiempo ya no puede alcanzarse, ni siquiera con la imaginación.

Mi recuerdo de esos años es un terreno inestable, unas arenas movedizas de dolor y desesperación. Una vez en ellas, descubrí que solo la ira podía ayudarme a salir, y así viví un tiempo. Durante la primera época de la señora Thatcher, en un momento de grandes cambios. Inglaterra se alejaba de todo lo que había sido, como un behemot despertando perezoso de un sueño de invierno. Las notas de mis exámenes siempre fueron altas. El Ministerio de Educación demostró un interés especial en nuestro caso y a Yunus y a mí nos trasladaron a un internado en Sussex. La distancia ayudó un poco. Sin embargo, seguí aferrada a mi ira sin darme cuenta de que no me llevaba a ninguna parte. Me estaba ahogando en mi resentimiento. Después del internado fui a la Universidad Queen Mary, donde cursé la carrera de filología inglesa. Allí conocí a Nadir.

Es un hombre de ciencias, un especialista que cree en certezas universales y verdades objetivas. Nacido en Gaza, criado en un campo de refugiados palestino, abandonó su tierra para marcharse a Inglaterra a los diecinueve años y vivir con un pariente generoso que se hizo cargo de sus estudios. Poco después de que los Beatles sacaran *Yellow Submarine*, Nixon fuera investido presidente y Arafat se convirtiera en presidente de la OLP, Nadir llegó a Manchester taciturno y tímido, pero lleno de esperanza. Se decidió por una carrera lo más alejada posible de la política: biología molecular. Mientras el mundo giraba rápidamente en un torbellino de conflictos, él se encerraba en su laboratorio, limpio, metódico y controlable, para estudiar la morfología de las células.

Sus amigos y familiares siguen en Gaza. Los he visto varias veces. Son una familia numerosa. Cálidos, orgullosos, curiosos, habladores. Observaba a mi marido entre sus familiares y, cínica, buscaba señales que indicaran un cambio en su carácter, una variación que hiciera aflorar el fondo que se escondía tras la capa de decoro. Pero Nadir es la misma alma amable en todas partes, y con todo el mundo. Jamás actúa por capricho o por impulso. Le gusta procesar, «cavilar», por utilizar una de sus palabras preferidas. Nunca tiene prisa. «Las aguas tranquilas son las más profundas» es su lema vital. No me extraña que se lleve tan bien con Yunus.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Asiento con la cabeza. Estar sola. Es lo único que quiero ahora. Descolgar

el abrigo, salir por la puerta y dejarlo todo tal y como está, sin recoger, las sobras en los platos, las migas en el mantel, las tazas sucias, los pedazos de mi pasado.

—Será un día largo, nada más.

—No te preocupes por nosotros. Yo recogeré a los monstruos de la fiesta. Tienes que pasar tiempo con él a solas.

Presto atención al acento de mi marido. Los sonidos guturales, el dejo árabe.

—Pero es justo lo que temo, pasar tiempo con Iskender.

Nadir me apoya las manos en las mejillas y me da un beso en los labios.

—Cariño, todo irá bien.

Durante un instante pienso que me gustaría que no fuera tan considerado, tan cariñoso. Nadir es la clase de hombre que, frente a una agresión, física o verbal, evita a toda costa un enfrentamiento. Si alguien le hace una mala pasada, como le sucedió una vez con un colega de la universidad, acepta la situación e incluso asume la responsabilidad. De repente caigo en la cuenta de que, consciente o inconscientemente, me he casado con un hombre que es lo opuesto a mi hermano.

—No lo sé —respondo—. Tal vez no debería ir. Puede que mi tío se presente, o alguno de sus viejos compinches.

Nadir arquea una ceja. La ve venir, intuye mi amargura y parece elegir las palabras con cuidado.

—Deberías ir a verlo. Si no ha cambiado ni un ápice, si es el mismo hombre que antes, no lo necesitas en tu vida. Pero tienes que ir para averiguarlo. —A continuación pronuncia tres palabras que me resonarán en el oído todo el día—: Es tu hermano.

—¿Qué voy a decirles a las niñas cuando esté aquí? Preciosas, este es el tío al que no conocéis. ¿Por qué? Bueno, porque estaba en la cárcel. ¿Por qué? Bueno, pues veréis, es que mató a vuestra...

—No hace falta que les cuentes nada. Aún no.

Se me humedecen los ojos y cuando hablo, la voz me sale tensa.

—Yunus y tú pretendéis que las cosas sean siempre fáciles y sencillas. Pero el mundo es complicado. Todo es complicado.

Nadir frunce los labios para imitar mi expresión.

—Olvídate del mundo. «Gocemos en la vida todo cuanto nos place, antes de que bajemos al oscuro confin».

Me río, aun sin ganas.

—¿Otra vez Jayyam?

—Omar Jayyam, sí.

Ese hombre de palabras tiernas y poemas esperanzadores. Ese hombre honesto, de confianza y honrado, tanto que a veces roza una ingenuidad que me pone de los nervios. Ese hombre que cree que el honor está en el corazón de la gente y no en sus alcobas. Intento imaginar qué ve en mí, cómo es posible que aún me quiera. Incapaz de dar con la respuesta, murmuro:

—Será mejor que vaya a arreglarme.

—De acuerdo, cariño.

Algún día creí que estaba llamada a hacer cosas importantes, a liderar luchas dignas, ideales vitales. Sería escritora además de activista por los derechos humanos. Viajaría a distintos lugares del mundo para hacer campaña a favor de los desfavorecidos y oprimidos. Algún día deseé ser el centro del universo, pero después llegué a aceptar que era tan solo uno de los personajes de la historia, y ni siquiera uno de los principales.

Escribí durante un tiempo, al terminar los exámenes de nivel avanzado, aunque ahora apenas lo recuerde. En la universidad obtuve buenas notas, mis trabajos eran imaginativos y había gente que creía en mí, pero algo había cambiado de manera irreversible. Había perdido la fe en mí misma. Como una planta que parece llena de vida en la tienda, pero que se marchita de modo misterioso al llevarla a casa, mi deseo de convertirme en novelista se mustió en cuanto salí de mi entorno familiar.

Después no escribí más. Salvo cartas, montones y montones de cartas. Escribía a Shrewsbury con frecuencia, y a Yunus cada vez que nos separábamos. También me carteaba con Elias (con quien me puse en contacto) y con Roxana (quien se puso en contacto conmigo), y cada uno de ellos me ayudó, a su manera, a encontrar las piezas que le faltaban al *puzzle*. Y también escribí a mi madre, dos veces a la semana durante los doce años siguientes.

Fue el verano pasado, después de que mi madre falleciera, cuando empecé a escribir la historia de su vida. Trabajaba día y noche, temerosa de que si paraba, aunque fuera por un momento, perdería la necesidad, o la necesidad

me perdería a mí, y todo se desmoronaría. Los hechos que describía eran tan personales que a veces dolían, mientras que otros se agarraban a algo de mi interior. Sin embargo, poco después de terminar el manuscrito, me invadió una sensación de distanciamiento. Esa historia no era mía.

El pasado es un baúl en el desván, lleno de retazos, algunos valiosos, pero la mayoría inútiles. Aunque preferiría mantenerlo cerrado, la más ligera brisa es capaz de abrirlo, y cuando quiero darme cuenta los pedazos se han desperdigado. Vuelvo a guardarlos. Uno a uno. Los recuerdos, buenos y malos. Pero el baúl vuelve a abrirse de golpe cuando menos lo espero.

El embarazo fue más un accidente que una decisión. Cuando me enteré, sentí terror, asombro y euforia, todo a la vez. Y cuando descubrí que eran gemelas, lloré durante más de una hora, porque, una vez más, sentí que al margen de lo que eligiera hacer con ella, mi vida no era más que un eslabón en una cadena de historias. Durante esos nueve meses mi cuerpo se fue remodelando, como si fuera de arcilla. Deseé que sucediera lo mismo con mi alma. Ahora mis hijas tienen siete años. Layla, con el pelo como el negro raso de la noche, y Yamila, que lleva el nombre de su tía abuela, aunque no sabe por qué.

En el piso de arriba, en el dormitorio, suena el teléfono y mi marido lo descuelga. Tengo el presentimiento de que es Yunus, el chico que lleva el nombre del profeta más renuente. Últimamente, mi marido y mi hermano pequeño se llaman a diario. Camaradería masculina. Sé que hablan de mí y de mi espantoso estado de ánimo. Me consideran una bomba de relojería en un constante tictac, a punto de estallar, y ellos, siempre contenidos y racionales, intentan averiguar cómo desactivarme. Me imagino como un paquete sospechoso en mitad de la calle, y a Yunus y a Nadir como artificieros protegidos con trajes ignífugos y cascos, acercándose a mí con cautela.

—Cariño, Yunus quiere hablar contigo.

Descuelgo el auricular, espero a que mi marido cuelgue arriba y digo, en el tono más despreocupado del que soy capaz:

—Hola, cariño.

—Esma, mi amor, ¿cómo te encuentras?

¿Por qué todo el mundo me pregunta lo mismo?

—De maravilla —respondo—. ¿Y tú? ¿Qué tiempo hace por allí?

Pasa por alto mi banalidad y va directo al meollo del asunto.

—Bueno, ¿cuándo vas a recogerlo?

De fondo oigo ensayar al grupo. El piano, las guitarras, el *ney*. Mi hermano da un concierto en Ámsterdam esta noche. Un elegante acontecimiento cultural. Se espera la asistencia del príncipe Claus.

—Saldré dentro de una hora.

—Mira, esto... Sé que no es fácil. Me siento fatal dejándote sola. Ojalá estuviera allí.

—No pasa nada. Tienes cosas que hacer.

Percibo un matiz de aspereza en mi voz. Si Yunus también lo ha notado, no lo demuestra.

—¿Sabes de qué me he acordado esta mañana? Del día que fui a visitarlo. Se alegró de saber que mamá estaba viva. Estaba... muy conmovido. Es una lástima que no haya podido verla y pedirle perdón.

Pongo los ojos en blanco.

—Ah, pedirle perdón...

—Podría haber pasado —insiste—. Habría sido bonito que pudiera besarle la mano y pedirle su bendición.

—Oh, por favor, no fastidies.

Se hace un silencio pesado y estoy empezando a sospechar que se ha cortado la conexión cuando oigo que Yunus dice:

—Creo que ya ha sufrido bastante.

Cierro los ojos y siento que la sangre me hierve en las venas.

—¿Cómo puedes decir eso? No hay manera de que sufra lo suficiente. Es un hombre egoísta que mató a nuestra tía y morirá siendo un hombre egoísta.

—Era un niño.

—¡No era ningún niño! No tuvo nada que ver con la edad. Tú eras un niño, y no hiciste lo que hizo él. Fue cosa de su carácter.

—Pero era el mayor —replica Yunus—. Tú siempre te quejabas de que te trataban de manera distinta por ser una chica, y para mí no era fácil ser el pequeño, pero ¿alguna vez te has parado a pensar que tal vez Iskender lo tuviera más difícil?

—Sí, ser un sultán tuvo que ser durísimo.

Yunus suspira.

—Escucha, hermana, tengo que irme. Estaría ahí contigo si pudiera. Ya hablaremos cuando vuelva. Lo arreglaremos. Juntos. Como siempre hemos hecho. ¿De acuerdo?

No confío en mi voz, así que asiento con la cabeza, como si Yunus pudiera verme. Después de colgar, me dirijo al baño para lavarme la cara y aplicarme un poco de maquillaje. Estoy resentida con Yunus por ser capaz de perdonar y olvidar, y resentida con Iskender por lo que nos ha arrebatado: una niñez normal. Esa agradable sensación de seguridad, amor y continuidad que obtienes de tu familia antes de crecer y salir a un mundo lleno de sufrimiento real. Tenía quince años cuando Iskender perdió la razón. Después de eso, la vida normal, tal y como la conocía, quedó hecha añicos y un dolor constante se asentó en mi corazón. Para mi madre fue aún peor.

Al asesinar a una persona, Iskender mató a muchas.

Conduzco hasta Shrewsbury, frente a parcelas de césped cuidadas y verdes pastos ondulantes. El tiempo se ralentiza. Mi pensamiento vuelve a Yunus. Se está haciendo bastante famoso, mi hermano pequeño. Nadir me cuenta que sus alumnos conocen su música y les encanta. Estoy orgullosa de él. Y, en esos momentos, cuando soy honesta conmigo misma, también reconozco que lo envidio. Me pregunto si es otra broma divina que yo, la creativa, por así decirlo, haya terminado con una vida vulgar de ama de casa, mientras que Yunus, el tranquilo, el sereno, esté persiguiendo sus sueños por el mundo. Supongo que la rivalidad fraternal nunca termina. Se sigue compitiendo por el amor de los padres, incluso cuando ya no están.

Cuando llego a la cárcel de Shrewsbury espero frente al edificio y me sorprende que no haya nadie. Ni el tío Tariq, ni la tía Meral, ni vecinos, amigos o familiares. ¿Dónde están? Los viejos compinches de Iskender tampoco han aparecido. ¿Acaso todo el mundo se ha olvidado de él?

Pasa una hora. El ambiente fresco me cala hasta los huesos, silencia todos los sonidos, y de repente tengo un poco de sed. Si hubiera entrado en el edificio, probablemente los funcionarios me habrían ofrecido un vaso de agua o una taza de té. Les habría preguntado qué podía esperar y tal vez me habrían contado un par de cosas sobre Iskender. Pero entonces él habría salido y

habríamos tenido que abrazarnos o darnos la mano delante de todos. Prefiero esperar aquí, fuera.

Al fin la doble puerta se abre. Bajo esta luz, vestido con unos vaqueros y una chaqueta de pana, tiene un aspecto distinto al de la última vez que lo vi. Se ha estado cuidando, parece fuerte y en forma. Camina de manera diferente. No echa los hombros hacia atrás ni estira el cuello como solía. Tras dar unos pasos, se detiene y mira el cielo frío y nublado, tal y como imaginé que haría.

Entonces me ve. Mi rostro carece de expresión. Avanza despacio, dándome tiempo a volver al aparcamiento, encender el motor y marcharme si así lo elijo. Cuando se acerca, doy un paso adelante con las manos en los bolsillos.

—Hola, Esmá.

De repente me enfado con Nadir, con Yunus y con todas las personas de este mundo por haberme convencido para venir hasta aquí. Sin embargo, intento apartar los pensamientos oscuros de mi mente.

—Hola, hermano. —Pronuncio la última palabra con cierto énfasis.

—No esperaba verte.

—Bueno, yo tampoco pensaba venir.

—Me alegro de que lo hayas hecho.

En el coche siento la necesidad de decir algo para llenar el espacio vacío que nos separa.

—Creí que el tío Tariq estaría aquí.

—Quería venir, pero le pedí que no lo hiciera.

Agarro el volante con más fuerza.

—¿En serio? Qué curioso.

Iskender se reclina en el asiento y no hace ningún comentario.

—¿Cómo están las niñas? ¿Y Nadir?

Le cuento que este año las niñas actúan en un musical en la escuela. Layla será un pez cantarín, aunque aún no sabemos de qué especie. Probablemente un bacalao, aunque ella preferiría ser un delfín. A la pequeña le ha tocado en suerte el papel de la esposa del pescador, un personaje desagradable y avaricioso, pero bastante importante. Así que en estos momentos en casa hay un poco de rivalidad. Pez cantarín contra mujer del pescador.

Le hablo de todo eso sin mencionar el nombre de Yamila, aunque seguro

que ya lo sabe.

—Están las dos entusiasmadas —concluyo.

—Son niñas estupendas —dice sonriendo.

El silencio que sigue es desconcertante. Introduzco la cinta de ABBA en el radiocasete, pero por alguna razón temo apretar el botón de inicio.

—¿Quieres un cigarrillo?

Iskender niega con la cabeza.

—Lo dejé hace un tiempo.

—¿En serio? —Lo miro de reojo—. Oye, si no te importa que te lo pregunte, ¿qué piensas hacer ahora?

—Me gustaría ver a mi hijo lo antes posible.

No menciono que Katie me llamó hace unos días. Se ha mudado a Brighton. Está casada con un vidente, un hombre que lee la palma de la mano y dice ver el futuro, aunque dudo que haya profetizado la salida de la cárcel del exnovio de dudosa fama. Tienen tres hijos. Cuando hablé con ella por teléfono, no pude evitar la sospecha de que aún le importa mi hermano, y tal vez todavía lo quiera un poco.

Como si me hubiera leído la mente, Iskender pregunta en voz baja:

—¿Qué tal está Katie?

—Felizmente casada.

Si mis palabras le hacen daño, no lo demuestra.

—Fantástico. Me alegro por ella.

¿Lo dirá en serio?

—Has sido muy amable viniendo a recogerme. No me quedaré mucho tiempo. Encontraré casa y un trabajo. Hay buenos samaritanos que ayudan a la gente como yo. Después... —Hace una pausa—. Me gustaría ir a ver a mamá.

Tras esas palabras, se crea una sensación de expectativa que se queda flotando en el aire, humeante como los *boreks* de mamá. Cambio de marcha, acelero y digo, secamente:

—Murió.

Me dirige una mirada perpleja.

—Pero... Yunus me dijo...

—Sé lo que te dijo. Era verdad. —Me seco los ojos—. Murió hace seis meses.

—¿Sola?

—Sola.

No le cuento lo que pasó. Lo haré más adelante.

—Yo quería... quería be... besarle la mano —dice, y detecto un leve tartamudeo en su voz—. Esperaba que aceptara verme.

—Estoy segura de que habría querido —respondo, porque es la verdad—. Guardo sus cartas. Leerás alguna y te darás cuenta de que siempre preguntaba por ti.

Iskender agacha la cabeza y se examina las muñecas como si aún las tuviera esposadas. Se vuelve hacia el otro lado, suspira y su aliento empaña el cristal. Baja la ventanilla, se asoma y respira con fuerza. A continuación, le saca un pedazo de papel del bolsillo y lo suelta al viento.

—Otra cosa —digo cuando vuelve a subir la ventanilla—. Nadir, mi marido, no lo sabe.

—¿A qué te refieres?

—Solo Yunus y yo. Y tú, claro. Nadie más de la familia sabe que mamá estaba viva, y nadie debe saberlo.

Fue nuestro juramento, entre Yunus y yo. Cuando descubrimos que todo el mundo había confundido a la tía Yamila con mi madre, juramos sobre el Corán que jamás revelaríamos la verdad. Ni a nuestro padre. Ni al tío Tariq. Ni a la tía Meral. Ni a Elias. Ni siquiera a nuestras parejas si nos casábamos. Sería un secreto entre los dos.

—Entonces, ¿por qué me lo dijisteis?

—Fue idea de Yunus, no mía. Pensó que había llegado el momento de que lo supieras. Esperaba que pudierais encontraros y reconciliaros. Supongo que quería que estuvieras preparado para ello.

Pasamos por un pueblo aletargado sin cruzarnos con una sola alma. La tarde está llegando a su fin y el mundo parece completo y satisfecho. Cuando nos detenemos en un semáforo, Iskender se vuelve y me mira a los ojos.

—Demasiados secretos, hermana.

—Hablando de secretos... —digo mientras abro la guantera—. ¿Puedes sacarlo?

Lentamente, Iskender acerca una mano al objeto que le señalo. Un libro. Sobre Alaska.

—Tienes hora y media para aprender todo lo que hay que saber sobre Alaska. Es donde les he dicho a mis hijas que has estado todo este tiempo, trabajando.

Con una sonrisa triste, Iskender empieza a hojear el libro. Montañas nevadas, osos pardos, salmones saltando en aguas frescas y cristalinas. Bien mirado, no estaría mal vivir allí. Nada mal. Alaska.

## Sueño dentro de un sueño

En un lugar cercano al río Éufrates, mayo de 1991

**A**bre el arcón, saca la alfombra de rezo y se queda escuchando los sonidos del valle. Esa era otra de las cosas curiosas de vivir allí. Cuando el viento soplaba en dirección norte, traía las llamadas a la oración procedentes de la mezquita del pueblo de abajo, pero cuando cambiaba de dirección, Pembe no tenía forma de saber qué hora era. El reloj que se había traído desde Londres había dejado de funcionar y esperaba en un rincón, convertido en una esfera vieja y marchita, demasiado cansada para hablar. Sin embargo, tenía que saber la hora para rezar, pues tenía muchas cosas que contarle a Dios.

Tal vez la edad la hubiera vuelto más cumplidora, aunque no fuera en absoluto una mujer mayor; solo tenía alrededor de cuarenta y cinco años. Quizá fuera, sencillamente, porque ahora había demasiados fantasmas en su vida, demasiadas personas a las que llorar. Todos los días le pedía a Dios que ayudara a su hermana a encontrar la paz en el cielo, segura de que Yamila estaría allí. En sus oraciones incluía a Hediye, la madre-hermana a quien recordaba, no como el cuerpo hinchado y amoratado colgado del techo, sino como a la joven jovial que algún día fue. Rezaba también por su marido, y repasaba todo lo que se habían dado uno al otro, y lo que no. Después dedicaba una oración a sus padres, muertos tantos años atrás. Si aún le quedaban fuerzas, recordaba a los tres ancianos centenarios del pueblo, que hacía poco que habían exhalado su último suspiro, uno detrás del otro.

Cuando había terminado de presentar sus respetos a los muertos, pasaba a

los vivos. Empezaba por sus nietas que vivían en la lluviosa ciudad de Londres, a quienes solo conocía por fotografías. Pedía orientación para «mi obstinada hija y su bondadoso marido». A continuación, seguía con una elaborada oración por Yunus (y a veces también por su grupo de música), para que triunfara y llegara a lo más alto sin caer en las trampas de la fama. Después se tomaba un minuto para rezar por Elias, para que estuviera bien, sano y feliz, y para que encontrara una persona a quien amar, si no lo había hecho ya. A continuación, llegaba la oración más larga, dedicada a Iskender. Su sultán, su león, la niña de sus ojos.

En ocasiones se preguntaba si había hecho bien en regresar allí. Sin embargo, la serenidad que la envolvía como un chal a cada amanecer era confirmación suficiente. Una vida tan solitaria podía acercarla a la locura, pero intentaba mantener el equilibrio dando las gracias a Dios por todo lo que le había concedido y negado. Era más difícil enloquecer cuando se era agradecida.

Sus primeros días en Inglaterra le resultaban tan lejanos como un sueño dentro de un sueño. La primera vez que tomó un autobús rojo con los niños, aún pequeños, y cuando Yunus aún no había nacido. Jamás olvidaría el entusiasmo al ver el palacio de la reina a través de las ventanillas empañadas, y aquellos soldados, serios y formales sobre sus caballos. Una sensación de soledad la había invadido al llegar a Hackney, con sus calles anegadas de lluvia, las casas de ladrillo una al lado de otra y los jardines del tamaño de un dedal. La casa que su marido había encontrado estaba destartalada y necesitaba una mano de pintura, pero a ella no le importó, pues estaba acostumbrada a vivir en espacios reducidos. A lo que no pudo adaptarse fue al clima. La lluvia. La penumbra. Las nubes siempre teñidas de un tono oscuro. Al crecer junto al Éufrates, estaba habituada a inviernos severos y a veranos aún más rigurosos, pero no consiguió acostumbrarse a despertar cada día bajo un cielo encapotado. Sin embargo, le gustaba ir al mercado de Ridley Road, observar a la gente que revolvía en busca de gangas, la calle bullendo de actividad, como una colmena. No se parecía en nada a los bazares de Estambul, pero rebosaba vida, y eso le encantaba. Además, podía encontrarse con gente muy distinta, con la piel de diferentes tonos de moreno, blanco o negro, procedentes de lugares que para ella no eran más que nombres en un

mapa borroso.

Detalles como que los coches circularan por la izquierda o que los conductores se sentaran en el lado contrario no la sorprendieron tanto como el carácter de los londinenses. Los modales acartonados de las mujeres mayores, el descaro de los jóvenes, la libertad de las amas de casa, la clase de seguridad que ella nunca tuvo y jamás pensó que alcanzaría. Solía observar a las mujeres en camiseta, marcando los pezones, el cabello reluciente bajo el sol, y le maravillaba el hecho de que lucieran su feminidad como si fuera un vestido. Parejas besándose por las calles, fumando, bebiendo, discutiendo. Nunca había visto a gente tan dispuesta a vivir sus vidas en público. Los vecinos de su infancia no eran las personas más locuaces del mundo, y ella también tenía un carácter reservado. A sus ojos, Inglaterra era un país de palabras y siempre se esforzó por desentrañar los significados ocultos, las bromas, la ironía.

Sin embargo, lo que más la asombraba de las grandes ciudades eran los pájaros, que vivían escondidos en huecos y agujeros, casi siempre invisibles, salvo cuando se apiñaban y competían entre sí por un puñado de grano, o cuando aparecían muertos sobre el asfalto. Los pájaros del Éufrates no eran así. Tal vez no hubiera tantas especies, desde luego no tantas como en el zoológico de Londres, pero eran libres, y apreciados.

En Londres, le afligía ver los alféizares de las ventanas protegidos con tiras de agujas afiladas, como las púas de un puercoespín, para evitar que las aves se acercaran y las ensuciaran. Siempre le recordaba a lo alto de los muros de jardín cubiertos de pedazos de cristal que había visto en Estambul. Servían para mantener alejados a los ladrones, según le dijeron. Solo de pensar en ello, se estremecía. Quienquiera que viviera en esas casas no solo quería ahuyentar a los ladrones, sino que deseaba que se cortaran las manos o los pies. Alféizares con pinchos, muros con cristales..., no le gustaba una cosa ni la otra. Ni cómo la vida en la ciudad transformaba a la gente poco a poco.

Después del asesinato, Pembe se quedó un tiempo en la casa okupa. Yunus y Esmá se turnaban para visitarla, siempre vigilantes, siempre con cuidado de que no se les escapara una palabra delante de sus tíos. Por entonces Iskender

ya había sido detenido y encarcelado, pero Pembe no sabía aún si debía o no seguir escondida. Al principio temió que los okupas descubrieran por qué se ocultaba, pero el hecho de que apenas leyeran los periódicos y no prestaran atención a los cotilleos, jugaba en su favor. Sin duda, intuían que había algún problema, pero sospechaban que guardaba relación con el Ministerio del Interior. Y como estaban contra cualquier clase de autoridad, se mostraron encantados de esconderla, incluso cuando descubrieron el verdadero motivo de su reclusión. Yunus les pidió que ayudaran a su madre a cambiar de aspecto y los jóvenes no dejaron pasar la oportunidad. Le cortaron el pelo y se lo tiñeron de un suave tono rojo anaranjado, como de pelirroja irlandesa. Con unas gafas grandes y redondas, y vestida con vaqueros, quedó irreconocible.

No obstante, por mucho que lo intentara, Pembe no habría sido capaz de sobrevivir a la oscuridad de esos días sin la ayuda de su gemela. Una noche, mientras estaba sentada junto a la ventana, contemplando un vacío que solo ella veía, divisó una forma en el jardín, lánguida y evidente al mismo tiempo. Era su hermana. Yamila no se acercó ni le dijo una palabra, pero su imagen fue suficiente para que Pembe sintiera una enorme sacudida de alegría. La aparición no duró más que un instante; en seguida se disolvió en el aire como una gota de leche en el agua. Sin embargo, la experiencia convenció a Pembe de que su hermana no padecía dolor y de que el lugar al que había ido no era desagradable. Desde entonces, ese mismo fantasma los visitaría de vez en cuando, a ella y a Iskender en la cárcel.

Poco después de que Yunus y Esma fueran a la escuela en Sussex, Pembe decidió marcharse. Estaba segura de que se había terminado su estancia en Inglaterra y de que debía regresar. Al Éufrates, al lugar que la había visto nacer, porque, a diferencia de Elias, ella no era una planta de aire y necesitaba recuperar sus raíces. Yunus y Esma apoyaron su decisión siempre y cuando pudieran visitarla en verano.

Aún tenían la Concubina Ámbar, que Yamila había llevado consigo en un tacón de zapato vaciado, y que pidió a su hermana que pusiera a salvo. Ninguno de ellos tenía la menor idea de su valor ni sabían cómo venderlo. Al final fue la señora Powell quien acudió en su ayuda, con el Capitán, para inquietud de Yunus. Vendieron el diamante y la señora Powell ayudó a organizar el viaje de Pembe. También se aseguró de que en el banco se

ingresara una cantidad de dinero para Yunus y Esmá. Con el dinero sobrante, los okupas organizaron fiestas tan salvajes que, durante meses, en Hackney no se habló de otra cosa. El único detalle del que Pembe no estaba al corriente cuando cerró el trato en Hatton Garden era que el diamante podía darse o aceptarse como un regalo, pero no venderse. No había oído hablar de la maldición, pero, aun habiéndola conocido, habría seguido adelante con su plan. Pembe, la mujer de infinitas supersticiones, se había cansado de sus miedos.

Cuando Pembe llegó a la cabaña de su hermana en el valle, no se sintió demasiado sorprendida por el desastre que descubrió. El transcurso del tiempo, los cuatro vientos, los bandidos y la dejadez en general habían arruinado el tranquilo escondrijo que Yamila se había construido.

Los aldeanos estuvieron encantados por tener de vuelta a la comadrona virgen, aunque nunca entendieron por qué se negaba a atender partos. Sin embargo, la ayudaron a limpiar y arreglar su cabaña. La región se había vuelto una zona peligrosa, le advirtieron. Había insurgentes kurdos que luchaban contra el gobierno, y los soldados patrullaban por allí de día y de noche. A ese escenario tuvo que adaptarse Pembe, reemplazando a su hermana.

Hubo ocasiones en que tuvo que esquivar peligros, pero nunca mencionó eso en sus cartas. Solo escribía sobre lo bueno.

Había prometido a sus hijos que su estancia allí no sería para siempre, que se quedaría un tiempo y después regresaría como una mujer renovada, pero en cuanto puso los pies en la casa de su hermana y empezó a colocar sus cosas en orden, supo que no tendría prisa en marcharse.

## Esma

**D**icen que solo llegas a entender a tu madre cuando tienes hijos, pero en mi caso fueron las cartas de Pembe las que me ayudaron a conocerla mejor.

Me escribía con frecuencia y me contaba más cosas de las que me había dicho jamás cara a cara. El hecho de recibir un sobre azul de su parte se volvió indispensable para mí, una preciada rutina semanal. Solía preparar té, sentarme a la mesa de la cocina y leer sus cartas, una vez, y después muchas más, tranquila al saber que estaba bien y animada.

*Mi querida hija, luz de mi vida, en este mundo y más allá:*

*Pienso en ti continuamente. Por favor, no dejes de visitar a tu hermano. Perdona, Esma. Inténtalo. Sé lo difícil que es, pero tienes que hacerlo. Asegúrate de que sabe que no está solo. Nunca lo estamos. Rezo a Alá para que le envíe compañía, alguien compasivo con otros seres humanos, que sepa lo ignorantes que son y aun así los ame. Rezo todos los días para que Alá encuentre a esa persona y la envíe a prisión para que haga compañía a Iskender.*

*No pongas mala cara, mi amor. No digas que siento predilección por él, aún ahora. ¿Acaso puedes preferir un dedo a otro? Para una madre, es así. No puedes favorecer a un hijo sobre otro. Iskender, Yunus y tú sois iguales para mí.*

*Últimamente es más complicado enviar las cartas. No te preocupes si pasa algún tiempo sin que recibas noticias de mi parte. Ayer tuve un sueño de lo más plácido. Estaba aquí y allí, en Londres, al mismo tiempo. Llovía, pero era una extraña lluvia de colores, tan viva que fue como contemplar*

*fuegos de artificio. Me desperté y pensé en ello, y es verdad. Estoy allí con vosotros. Siempre.*

*Tu madre, que te adora.*

*PEMBE*

Fue la última carta que recibí de ella: la que he leído tantas veces que el papel tiene las puntas desgastadas y está lleno de huellas, las mías encima de las suyas, como historias que se cruzan y se separan.

Más adelante, cuando conseguí viajar a Turquía, los aldeanos me contaron con detalle cómo sucedió. Me aseguraron que no había sufrido en absoluto. Un virus. La enfermedad empezó con un sarpullido en el cuello y los brazos, manchas rosadas, nada demasiado alarmante. Al cabo de poco tiempo, los pacientes empezaban a temblar y a sudar, y si en ese punto no se trataba, la enfermedad provocaba una fiebre alta, un estado comatoso que debilitaba los pulmones con tanta rapidez que muchos ni siquiera podían levantarse. Había surgido a finales de la primavera de 1992, pasando de los animales a los humanos, y había matado a media docena de personas en un mes para después desaparecer como si nunca hubiera existido. Era probable que la hubiera contraído cuando fue a su pueblo, Mala Çar Bayan, para conseguir provisiones, y aceptó un té de una mujer que quiso enseñarle las alfombras que había tejido en su juventud. El hijo de seis años de la mujer portaba el virus, aunque en ese momento nadie lo sabía. El niño sobrevivió; mi madre, no.

Solo cuando dejé de recibir sus cartas entendí que había muerto por segunda y última vez.

# Agradecimientos

Me gustaría dar las gracias a David Rogers por leer un primer borrador y ofrecerme sus valiosas sugerencias.

Gracias a mi agente, Elizabeth Sheinkman, por su ánimo y por ser siempre tan encantadora. Gracias en particular a mis dos maravillosos editores, Paul Slovak y Venetia Butterfield, por sus comentarios atinados y escrupulosa atención a los detalles, y a Donna Poppy por su extraordinaria contribución.

Mi mayor agradecimiento a Zelda y Zahir, quienes, cuando les preguntaron en la escuela qué solían hacer las madres en casa, respondieron: «Firman libros»; y a Eyup, marido, amado, nexo de paciencia y sabiduría.

También estoy muy agradecida a las mujeres, occidentales y orientales, que han compartido sus historias personales conmigo, así como sus silencios.

ELIF SHAFAK

[www.elifshafak.com](http://www.elifshafak.com) (<http://www.elifshafak.com>).

# Notas

[1] «Mi casa, mi morada», en kurdo. <<

[2] Si bien originalmente significaba «tu salud, tu bondad», la palabra se utiliza hoy en día para expresar «por supuesto que no». <<



ELIF SHAFAK (Estrasburgo, Francia 1971). De padres turcos y madre diplomática, le obligó a viajar y a residir en distintos países, entre ellos España. Actualmente vive con su familia entre Estambul y Londres, colabora con distintos periódicos turcos, ingleses y estadounidenses y es un miembro muy activo del London Speaker Bureau.

A la hora de escribir, suele alternar el inglés y el turco. Tras el éxito internacional de *La bastarda de Estambul* (Lumen, 2009), Shafak escribió un texto autobiográfico donde reflexionaba sobre su nuevo rol de madre, y en 2012 publicó *El fruto del honor*, una novela que ponía en entredicho las reglas de dos mundos distintos y sin embargo condenados a entenderse. Con *El arquitecto del universo* (Lumen, 2015), Shafak volvía a hablarnos de su querida Estambul y situaba la acción en los tiempos en que se construyeron las grandes mezquitas y los hermosos palacios que han cabalgado el tiempo para llegar hasta el día de hoy y en *Las tres pasiones* hablaba de la tradición y el afán por descubrir otras maneras de ver la vida. *Mis últimos 10 minutos y 38 segundos* en este extraño mundo es su última novela.